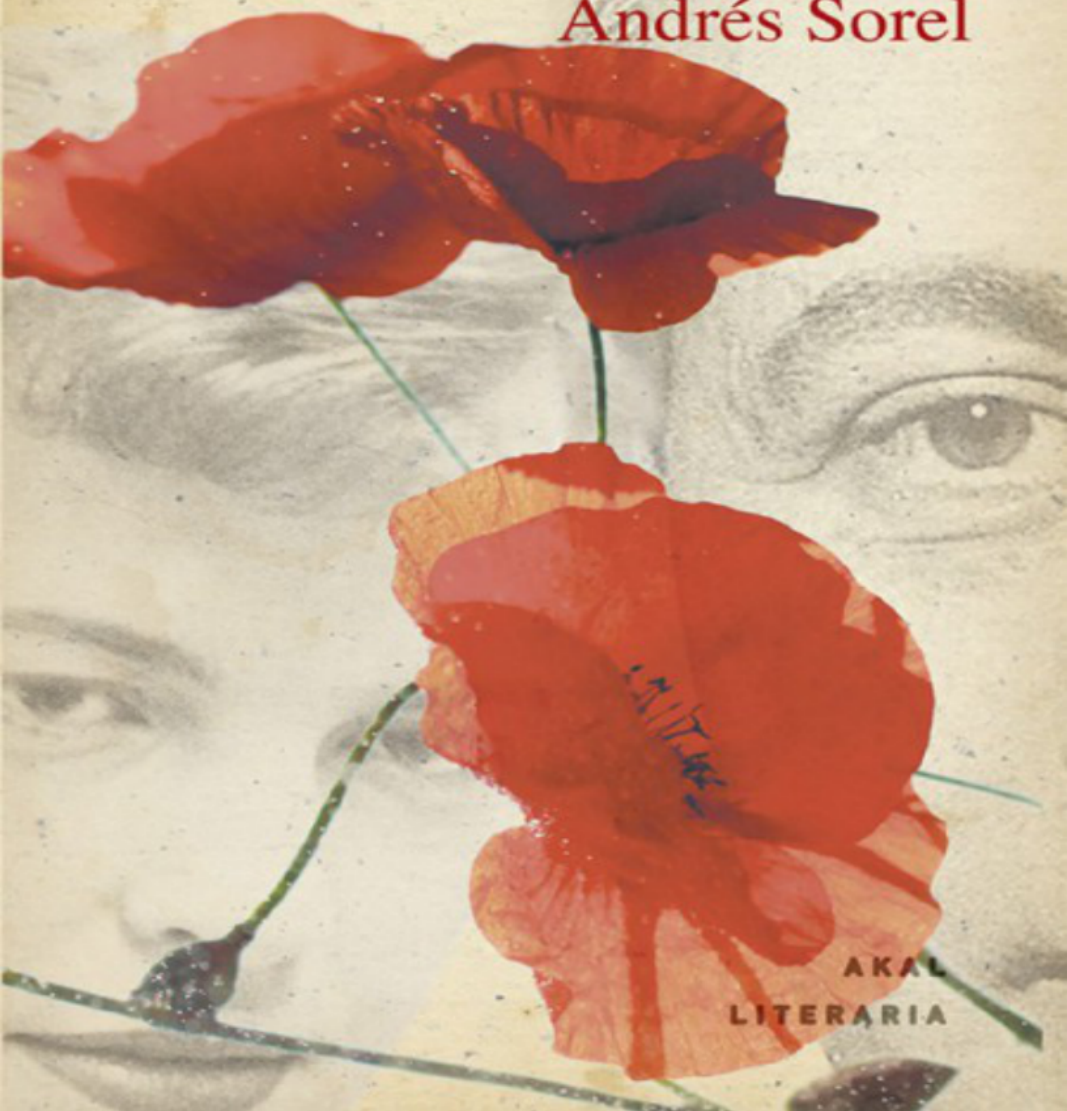


*... y todo
lo que es misterio*

Andrés Sorel



AKAL
LITERARIA

...Y TODO LO QUE ES MISTERIO

PAUL CELAN - INGEBORG BACHMANN

ANDRÉS SOREL



akai

ARGENTINA / ESPAÑA / MÉXICO

Paul Celan-Ingeborg Bachmann: un amor apasionado que se desarrolla en el siglo xx y desemboca, al compás de su tiempo, en la locura y en diversos *modos de muerte*. La memoria histórica de la mayor tragedia conocida por la Humanidad se mezcla con la evocación del amor-dolor de dos seres excepcionales.

En el camino se cruzan otros personajes asimismo decisivos en la literatura y el pensamiento: Martin Heidegger, Hannah Arendt, Thomas Bernhard.

Los escenarios de esta historia son: Rumanía, Austria, Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, España.

Los narradores: dos sobrevivientes del bombardeo de Alcañiz (Teruel) efectuado por los aviones italianos, año 1938. Uno de ellos se salvaría, después, de Auschwitz.

Esta novela recorre años decisivos de nuestro presente histórico desde el escalofrío más profundamente humano de los narradores y la creación poética más sublime: la de los protagonistas.

Nacido en Segovia durante la Guerra Civil, de padre castellano y madre andaluza, estudió Magisterio y Filosofía y Letras. Durante el franquismo colaboró en la prensa clandestina del Partido Comunista y fue corresponsal de Radio España Independiente de 1962 a 1973. Durante su exilio en París dirigió la publicación *Información Española*, que se realizaba para los emigrantes españoles en Europa. En 1974 fue excluido del Partido Comunista por diferencias ideológicas y políticas. La censura de Fraga Iribarne prohibió la publicación de sus novelas en Seix Barral y Ciencia Nueva. Muerto el Dictador, colabora en periódicos y publicaciones de España y Europa. Fue fundador, presidente y responsable de Cultura del diario *Liberación*.

Galardonado en 2013 con el premio José Luis Sampedro, ha publicado 50 libros, entre novelas y ensayos, e impartido más de 1.000 conferencias en diversas ciudades el mundo. Su última novela es *Último tango en Auschwitz*, publicada en esta misma colección.

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Andrés Sorel, 2015

© Ediciones Akal, S. A., 2015

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com



facebook.com/EdicionesAkal



[@AkalEditor](https://twitter.com/AkalEditor)

ISBN: 978-84-460-4550-2

Eres desierto y mar y todo lo que es misterio.

Ingeborg Bachmann a Paul Celan,

24 de junio de 1949

Cuando te conocí, fuiste para mí lo sensual y lo intelectual.

Eso no podrá separarse jamás, Ingeborg.

Paul Celan a Ingeborg Bachmann,

31 de octubre de 1957



AMAPOLA Y MEMORIA 1948-1953

¿Qué vale todo lo que los hombres
hacen y piensan durante milenios
frente a un solo momento de amor?
¡Y es también lo más logrado,
lo más hermosamente divino de la naturaleza!
A él conducen todos los estados
desde el umbral de la vida.
De él venimos. A él vamos.

Hölderlin

Yo no sabía nada mejor que amarte

Yo nací el dieciséis de mayo de 1948. Cuando tu sonrisa triste y tus ojos luminosos y perdidos en lejanías inasibles traspasaron con su belleza todos los poros de mi piel. Parecía como si hasta ese momento hubiera permanecido encerrada en un cuarto sombrío, en un laberinto que me abría múltiples salidas, aunque todas ellas me conducían a la angustia de un corazón clausurado. Cuando nuestras miradas se encontraron creí hallarme desnuda ante la inmensidad del mar y del desierto. Entonces tu voz melodiosa me acarició con palabras misteriosas y oscuras, nuevas y de profunda trascendencia, que al principio me costó esfuerzo interpretar. Supe, desde aquel instante, que pronto entraría en ti, que tú anidarías en mi cuerpo, y todo cuanto era enigma en tu existencia se posesionaría de inmediato de mi ser.

Apenas puedo recordar más de esa noche que evoco, del lugar en

que nos encontrábamos, las personas que nos acompañaban. Y solamente han transcurrido setenta y dos horas desde mi nacimiento. Rasgaste el velo de lo arcano. Y has desterrado la muerte de mis pensamientos, porque vida y muerte configuran este único soplo de la realidad en que nos hemos unido.

Sólo la noche abandonada en la fosa del cielo en que yacen las cenizas de tantas almas muertas puede ser el lugar que nos acoja, donde continuemos amándonos -que eso es lo único que quiero obrar-, en el que habitemos sin tiempo ni relojes, para siempre Paul, para la eternidad, como ellos, los convertidos en humo por la barbarie. La bóveda celeste es memoria y en ella pronunciaremos nuestras palabras, escribiremos nuestros poemas, desarrollaremos el regenerador lenguaje, el idioma de los asesinos, me has dicho y yo ratifico tus palabras, para destruir el recuerdo del pasado. Ya pregunto: ¿podrá ser así, escaparemos a la herencia de lo execrable, conseguiremos que el amor nos regenere, consuma, devore, hasta que la utopía se confirme al fin en realidad? Sé que, apenas sorprendiste mi primera mirada, acunada en tus ojos, y comprobaste que mis manos temblaban impelidas por el deseo de acariciar las tuyas, fuiste consciente de que iniciábamos la más dulce y peligrosa travesía balanceada por los sueños, la de la pasión que borra y paraliza el fluir del tiempo, la que puede conducir nuestra relación a los límites de la locura. Fuera de ti, los caminos que pudiera recorrer, si nos separábamos, ya se han extinguido devorados por el misterio en que decidimos sumergirnos. Y en los nombres de las mujeres de tu pueblo, asesinadas o perdidas, nombres bíblicos, nombres también de las que existieron y se deleitaron con los besos de tu boca, las que como Ruth, Noemí, Miriam, Lía, Rosa, Marianne, Corín, nunca abandonarían tu memoria, yo, la extraña me llamarías, me preguntaba sobre el momento deseado y envolvente en que mi mirada se nutriría con la sombra de aquel caballero oscuro que irradiaba dulzura desde sus ojos almendrados- así los cantan las indias-, mientras me acariciaba sin palabras, y en cuya frente contemplaba las cenizas depositadas por quienes existieron antes de mis temblores, las desprovistas de ataúdes que alojaran sus cuerpos invisibles, que no yacían estrechas en la inmensa fosa del cielo, habías escrito. Y tus dedos se enredaban en mis cabellos que creí bañados a su contacto por lágrimas de felicidad. Y mientras bebías mis labios, sonaban músicas melódicas y embriagadoras, saltaban las aguas de las fuentes del Jordán sobre la roja alfombra de la primavera y yo ofrecía con mis acompañados jadeos no ser para ti la extraña que supliera a las desaparecidas, sino quien te acompañara durante la travesía del futuro que pudiera descubrirnos el mar de Bohemia de nuestro amado Shakespeare.

No, Ingeborg, no puedes equivocarte, siempre serás la más amada,

eternamente la extraña, milagro acaecido en la tierra que no existe, en el bosque petrificado cuya localización se encuentra vedada al resto de los humanos, los dos seremos extraños para todos menos para nosotros mismos. Porque cuando tú llegaste y te vi, te llamé la extraña, sí, procedías de un mundo diferente al de las mujeres que irradian mi memoria, fuesen literarias o reales, era como si la vida se inundara de sonidos anteriores al éxodo y al castigo, por eso te colmé de amapolas, con ellas adorné tus pechos y tu pubis, tenías que ser la más bella y aromática de todas, y no lo dudé: dormiríamos juntos. No hace muchos meses yo había escrito:

*Amapola, cara con sangre arañada
de rodillas, bebe sin tardanza.*

Así que bebe, extraña, bebe sin tardanza.

Yo también huía del pasado, Paul. Alguna vez te lo contaré. Soñaba con experimentar el amor en toda su intensidad, con la entrega que atraviesa todas las barreras que hombres y dioses hayan interpuesto para impedirlo. Y que en el abrazo y las caricias, con el calor que transmites a mi cuerpo cuando lo penetras, me convertiría en una de las estrellas que mis ojos persiguen cuando viajan sin controles que lo impidan por el cielo.

Ingeborg, cuento yo ahora, Alma, tras el primer encuentro con Paul en Viena, escribe a sus padres dos cartas fechadas en mayo y junio de aquella primavera de 1948. Como una joven adolescente, que, aunque fuese acompañada por su amante Hans Weigel a aquel encuentro, experimenta lo que es por primera vez la profundidad del amor, necesita comunicar la pasión que la desborda y se transforma en grito ininterrumpido que ha de expeler para continuar respirando. ¿A quién mejor que a sus padres? En la primera misiva les relata cómo en un lugar donde se reunió mucha gente, la casa del pintor Jené, pudo contemplar por primera vez al joven poeta Paul Celan, y aquel encuentro no resultó fortuito ni banal: lo descubrió fascinante. Y lo trascendente es que él se enamoró de ella de inmediato. Y la habitación donde ella dormía se convirtió en un campo de amapolas con las que él la inundó, y yacieron juntos. Era el veinte de mayo de 1948, ella contaba veintiún años de edad, él veintisiete, y también podría decir sin rubor alguno como escribiera este poeta apátrida, hombre tan bello como inteligente: «¡Miren, duermo con ella!», porque ya se habían amado y dormido acoplados el uno y el otro.

Y es que la extraña libaba el presente, el incendio del amor y el diálogo con el único bien que le restaba a él -judío sobreviviente, proscrito, desterrado, huérfano de padres asesinados en un campo de exterminio-: la lengua, y a través de ella, la creación poética. La había abrazado para que se convirtiera en el agua que vivificase los nombres

perdidos. La había transmitido su dolor y adornado con el papel que guardaba en el medallón que almacenaba y transmitía su memoria, y tras el llanto, las canciones y las risas, fundieron sus cuerpos en una barca mecida por las aguas fluidas del placer. Y ella, confesó, gozó en el viaje por el río que carecía de nombre y de destino, con el poeta oscuro de la voz melodiosa, como nunca volvería a gozar ni a olvidar en su vida. Y Celan le dijo entonces, escribiéndolo años más tarde:

*Cuando te encontré, fuiste para mí lo sensual y lo intelectual.
Eso no podrá separarse jamás, Ingeborg.*

Añadiendo: de tu cuello, que como el de un cisne se dibuja y estiliza buscando el remanso de tus pechos, prenderé este medallón que contiene el enigma, único y subsistente, de mi pasado, para que lo arcano pueda transformarse en presente. Nunca te desprendas, olvides, pierdas la hoja que guarda.

Paul, contestó ella, ahora que me has legado tu memoria y donado el amor, ahora que descubro dónde la vida guarda su deleite más abismal, comienzo ya a tener miedo a que pueda perderte algún día, consciente de que el dolor sería para mí irresistible. Significaría mi muerte. Conservaré el medallón que en mi cuello prendiste porque tú eres ya con tu historia mi vida, y con tu cuerpo mi carne, y si un día me abandonas, envejeceré de golpe cien años. No habría más amaneceres, y la luz, tu luz, y la de la lamparita que juntos saldremos siempre a buscar, se extinguiría irremediablemente.

El pasado, tiempo de torturas, de huidas, de pensamientos apartados a manotazos ahora que sus besos encadenados les unían y ahogaban, quedó en suspenso. Paul era consciente de que en el cuerpo, en el sexo de Ingeborg, habitaba otro lenguaje, no menos poético, oscuro y necesario, que el por él creado en sus poemas. Y que le exigía recorrerlo, beberlo, hundirse en él, acariciarlo ininterrumpidamente afanándose con sus labios para no dejar una sola milésima de la piel de ella sin recorrer; solamente la asfixia, la parálisis del corazón podría en aquellos momentos desligarle de su físico. Su contemplación del cuerpo amado le transportaba a la experimentada turbación sentida en su juventud al leer los luminosos versos del *Cantar de los Cantares* y aparcaba momentáneamente todo el dolor y la rabia acumulados ante la crueldad ejercida sobre sus padres, familiares, sobre su pueblo, sobre él mismo; el horror tenebroso de lo «ocurrido» se difuminaba, perdía en este espejo que tras navegar por sus ojos incitaba a todos sus miembros a incrustarse en él. Tómame, tómame, gritaba Ingeborg y sin palabras Paul surcaba aquel idílico paisaje creado por Dios antes de que impusiera el trabajo y el sufrimiento, para encontrar por fin algún sentido a la existencia humana. Aspiraba todos los sabores emanados desde la boca, los

senos, las piernas, el sexo de ella, se sumía en ellos. Como si regresara al regazo protector que antecedió al espasmo, grito al tiempo de liberación y de terror con el que saludó la expulsión del vientre materno hacia el ancho territorio de la vida. Cuando ahíto, fatigado, mermado de fuerzas para proseguir navegando en el océano sin límites de la mujer, se hizo a un lado del lecho, Bachmann le dijo: «¿Ves? Hoy ni es ayer ni es mañana. Hoy tú y yo somos uno. El tú que buscabas, al que te dirigías, era mi cuerpo. Abrasamos nuestras pieles para liberarnos del fuego con el que nos torturan y conseguir que corra, dulcificado, por el interior de nuestro ser, el que nos entregamos el uno al otro. Lástima que este momento único no pueda trasladarse a la escritura. Nosotros, Paul, no somos la historia de nuestros libros, por eso nadie podrá contar nunca lo que ahora sentimos y hablamos».

Celan permanece silencioso, los ojos clavados en el techo, los brazos pasados por debajo del cuello de Ingeborg, apoyada la cabeza entre sus pechos. Ella se incorpora levemente en la cama. Toma con sus manos el miembro de él, todavía humedecido de semen, y se lo lleva a su boca. Comienza a succionarlo con suavidad y lentitud, no tardando en conseguir que crezca de nuevo. Paul enloquece por momentos. ¿Es un continente oscuro el amor?

*Allí siempre estás de rodillas
y él te rechaza y te escoge con razón.*

Y no le dice con palabras, pero sí con sus ojos semicerrados y sus gemidos: te quiero, Ingeborg, te amo, Ingeborg, me matas, Ingeborg.

Y volvió sin más dilaciones a poseerla, como si ya no pudiese despegar su miembro del sexo de ella.

Con los besos de su boca le había inoculado placeres más generosos que los provocados por el más deleitoso de los vinos que enrojecían y recorrían su cuerpo, había gozado como nunca amante alguno semejante placer degustara, ya ella había dejado de errar por los caminos buscándole y Paul descansaba en los pechos más generosos brotados en la más exuberante de las viñas, con sus dedos trenzaba rosas en la amarga yerba de su pubis, despertaría de su enloquecedor viaje con la boca teñida por los dibujos trazados con el rojo sanguinolento de sus labios, ningún guardián podría borrarla nunca de su memoria, celada de piedra para los sueños del delirio agostados. Y ahora intercalaban sus palabras en el descanso de sus amores y sería la vida, no la muerte, la que el lenguaje les ofrendara.

Horas más tarde, cuando Celan se alejó de su lado, y faltaban días, meses y años para que dijese sus últimos silencios, todavía no abandonada en el reino del desamor en que después habría de habitar hasta su muerte, Ingeborg recordó la conversación precedente al

prolongado coito. Le dijo a Paul que nunca podrían vivir juntos allí, donde habitaban los hombres, los edificios se erigían como cárceles y las obligaciones y rutinas de la existencia cotidiana eran las rejas que encriptaban a unos y a otros. Solamente en un bosque, ¿verdad, princesa?, en el castillo perdido en un silencioso y profundo bosque al que tuvieran acceso únicamente los pájaros y las flores, ¿no es así? Sí, sonrió ella, en un bosque donde deberíamos alimentar en exclusiva nuestro amor. ¿Y después del amor, Ingeborg, qué nos quedaría? ¿Acaso nos habría abandonado también la memoria?

La tristeza se profundizó en los ojos, heló de inmediato los labios de Paul. La memoria. Si no perdía la memoria, no se encontrarían solos en el bosque, ejércitos de sombras pulularían en derredor de ellos, los espectros que se proyectan en el reino de los desaparecidos, porque Paul nunca había dejado de habitar en el reino de los muertos, sólo cuando hacían el amor, cuando la boca de Ingeborg se transformaba en la flor más dulce que jamás buscara, cuando recorría con sus labios a lo largo y a lo ancho, en sus protuberancias y en sus honduras, todo su cuerpo, cuando lamía y mordisqueaba, consumía sus jugos, cuando navegaba por él acompañando su ritmo y los movimientos, uniéndose en sus espasmos a los gritos por ella emitidos; después, culminado el placer, ya con los ojos desmesuradamente abiertos -e Ingeborg se sentía igualmente acosada por un ejército de sombras que pretendían poseerla, inútil gritar, eran incorpóreas, gelatinosas, no necesitaban tocarla para introducirse en sus entrañas, para aposentarse en su corazón, aunque encendiera todas las luces de la estancia en ella únicamente contemplaría las tinieblas, tinieblas que la hechizaban, la atraían devorándola-, regresaban los fantasmas incrustados en su memoria.

Paul volvió a acostarse a su lado. En la mano portaba una flor. Con la otra acarició su pubis. Comenzó a masajearlo. Después llevó los labios a los senos, lamiendo, mordisqueando sus pezones. Regresaba la luna a la ventana, se colaba a través de ella reflejando las aguas del río desde el que había surgido el hombre de la voz melodiosa envuelto por una capa negra, sintió Ingeborg cómo sus brazos ahuecaban su cuerpo, su miembro la penetraba por enésima vez, se movía el lecho tan suavemente como el pez en las aguas estancadas del lago, se dejaba llevar y con cada movimiento se contraía con punzadas de placer, había depositado él la flor en su pecho y, después de besarla en los ojos, salió a través de la ventana para cabalgar hacia la luna, al río no, al río no, gritó ella contemplando el agitado y ennegrecido despertar de sus aguas, al bosque, huyamos al bosque, cabalguemos juntos, abrazados, protégeme con tu capa, es nuestra única oportunidad, no tendremos otra, Paul, el bosque o la muerte, y lloró, lloró hasta que comenzó a enloquecer, nada conseguía calmarla,

carecía de fuerzas para fumar, beber, incorporarse de la cama, al bosque, su voz se debilitaba, la fatiga pronto la adormeció, cuando despertara se encontraría sola, sola en el camino de las infinitas soledades.

Cuando Alma le relataba a Tristán cuanto iba conociendo e imaginando de las relaciones de Ingeborg Bachmann y Paul Celan, el amor sublime y trágico, decía, surgido y desarrollado entre dos personas de inusual sensibilidad humana y creativa, y la genialidad pensaba ella lindaba siempre con las fronteras de la locura, Tristán le contestó que no necesitaba insistir en desarrollar aquellos argumentos para que él comprendiera sus palabras. Intuyó en Celan cómo su silencio, tan frecuente en los encuentros que mantuvieran en París, transparentaba en su mirada y en su ensimismamiento ese mutismo y aura de misterio. Nunca había conocido ser humano como él, tan dubitativo y meditabundo, que reflejara la angustia de un dolor antiguo pero perenne imposible de expresarse, acunado por su memoria y habitando en ella. Por eso cuando le leía las cartas publicadas de Paul a Inge podía imaginarle escribiéndolas, sumergido en los temores y deseos que se alternaban en sus pensamientos, incluso en los accesos de furia que le acometían y llevaban a destruir algunas de ellas; quiere huir de su encierro parisién para acudir al encuentro de Ingeborg, pero renuncia a última hora entre ataques de pánico, el temor y el deseo le provocan accesos de fiebre, sabe del agua que purifica pero también del fuego que calcina, está a punto de entregarse a las llamas, mas, si su cuerpo logra hurtarlas, su mente no apacigua su ansiedad, necesita calmarse para escribir y entonces, avanzaba hacia su final noviembre de 1948, recibe palabras de ella que le sumen en la desesperación y la angustia, compañeras desde su juventud, inventa banales excusas para no dejarse llevar por la pasión que le consume, como carecer de medios económicos para ir a Viena y que puedan volver a amarse, si pudiera trasladarse de inmediato cerraría los ojos y navegaría por los cielos en compañía suya, Ingeborg, Ingeborg, que le escribe:

tendría que ir, mirarte, sacarte, besarte

bésame, bésame Ingeborg, siento que me precipito hacia el abismo, Inge, sálvame, todo me da vueltas, es el vacío, recógeme, no consientas mi caída

*veo con mucho miedo que te alejas a la deriva por un gran mar
pero yo voy a construirme un barco y a recogerte del desamparo*

porque, Alma, ella es consciente ahora de que tiene que ayudarle, necesita Paul su ternura y amor, ese es el sostén que ha de prestarle siempre,

todavía sigues tomándome y oscureciéndome con ese pesado sueño en el que yo quiero ser luminosa.

Ingeborg precisa que Paul la escriba porque así desahogará con palabras de respuesta la profunda amargura y desánimo que la invade. Paul sabe que ella es suya y, si lo desea, pueden juntos salvarse. Y es que, Alma, se había iniciado la vieja contienda entre el amor y sus circunstancias. El principio es lo más luminoso. Imagínalos, jóvenes, paseando abrazados, deteniendo sus pasos para besarse de vez en cuando, por los caminos que bordean un pequeño cementerio. Nada les importa de quienes yazgan allí. Tampoco ven a los que acuden a recordar a sus muertos y se cruzan en su camino con sus abrazos. La muerte y la vida parecen demasiado lejanas, inexistentes, ajenas a ellos, sólo existe ese segundo en que sus manos se entrelazan, las bocas se unen, los ojos de uno se fijan en los ojos del otro, como si el resto constituyera el decorado de una película de la que ellos habían sido excluidos como actores. También Ingeborg paseaba por las cartas transcriptoras de amarguras de su amante con palabras que escribía y después no se atrevía a enviarle. Nos encontramos en el tiempo del corazón, antes de que Celan se sumerja en el pavor e incluso el odio por culpa de los ataques que va a sufrir, acusándole de plagio o denostando su poesía, de gentes que considera insufladas por las ideas de rechazo a los judíos. Tiempos del corazón capaces de desterrar en sus momentos de éxtasis la muerte, inexistente incluso para ser pensada. Ingeborg sobre todo, cuyas palabras sinceras y que no contemplan convencionalismo alguno desesperan a Paul, inmerso no sólo en problemas morales y literarios, sino también en celos oprimentes cuando, tras confesarle que le ama intensamente, no le oculta que durante su separación se había acostado con algún hombre, de hecho no había aún interrumpido su relación con Hans Weigel, escritor y promotor literario al que conoció en mayo de 1947, cuya compañía mantuvo después de que Celan marchase a París, y que sólo rompió totalmente cuando él publicó su novela *Sinfonía inconclusa*, en la que no dudó de hablar de la joven provinciana austriaca. Weigel, cuando reeditara la obra en 1992, escribiría al recordar a Ingeborg: «he sabido tanto de tus muertos... he entendido lo que significa para ti hacer que estén vivos conmigo... Y he visto que la amargura que te causa que ellos ya no existan, no te abandona». En la novela Weigel expresaba: «Lo que nos diferencia. Nuestro miedo no es vuestro miedo. Nuestra salvación no es vuestra salvación» refiriéndose a los asesinados o a los nazis nunca desaparecidos de los que Bachmann le ha hablado. Y Weigel fue quien le reveló primero la existencia de Paul Celan, el mayor autor de la catástrofe sufrida por los judíos, le dijo, y quien la acompañó a conocerle. Leyó así las palabras de Alfred

Margul-Sperber cuando Celan publicó *La arena de las urnas*, que era, según el crítico, «el libro de poemas en alemán más importante de los últimos decenios». Y del libro se hablaba en la reunión del Grupo 47 al que Ingeborg pertenecía.

Pese a la distancia que ahora les separaba, Ingeborg también continuaba untando mantequilla en el pan de los desayunos, y no le daba excesiva importancia a la satisfacción experimentada en aquellas relaciones sexuales: suplían a sus dedos y sus sentimientos no podían olvidar en ningún momento a Celan. Tomaría el alimento, recibiría el semen ajeno que en su cuerpo introducirían y continuaría habitando en sus inquietudes y sobre todo sufriendo por la ausencia de Paul. Y este tenía que comprenderlo. Nada suponía ya para ella aquel hombre que la había introducido en los círculos artísticos y literarios de Viena. Cumplía o había llenado una necesidad coyuntural y desaparecería como ocurriría después con algún otro sin que con el todo de su ser estableciera vínculo alguno. La ligazón, y condensaba más intensidad que el fuego que en el estío calcinaba los bosques, continuaba siendo la que durante los meses de mayo y junio de 1948 ellos establecieron, esa era la que oprimía y desazonaba a Ingeborg largas horas de cada día, y todos los días, pensaba que indeleble, eterna dentro de la fugacidad de la vida. Aquello sí era amor y no necesidad social o física ocasional, el más bello que los paseantes por el camino bordeante del cementerio pudieron nunca imaginar. Alma, y ahora Tristán se refería a la vida de ellos, que no pretendía relacionar, que sólo tangencialmente apuntaba para contrapuntear o apuntalar, ahondar, en la que ocupaba aquellas conversaciones y escritos, Alma, aquella primavera de 1948 en que tú y yo nos reencontramos y comenzamos a amarnos, yo no buscaba en tus ojos las llamas del fuego que a tus compañeras de juego y estudio devoraron durante el bombardeo de Alcañiz, sino la risa y la vida que yo mismo, tras mi paso por el campo de exterminio, había milagrosamente recuperado. Y en tus ojos y en tus labios, y pienso en ello cuando recreamos la historia, en tu cuerpo, yo también descubrí el fuego al que escapaste aquel día de marzo de 1938 y a mí no me devoró en Auschwitz, un fuego tan dulce como purificador. Y tras amarnos por primera vez contemplé tu cuerpo sabiendo que en todos los poros de tu piel, en todas sus llanuras y hondonadas, podía reflejarse, mirada y contemplación de la belleza, la historia de ellos mismos. Sé que igualmente el recuerdo del pasado, y sobre todo el de tu madre víctima de las bombas, te ha acompañado estos años, al igual que el silencio sobre aquella barbarie, una más de las que yo iba a vivir desde entonces, que en determinados momentos llenarían de desesperanzas y pesadumbres nuestras evocaciones. Y unos y otros nunca abandonaríamos el fuego. Pero conseguimos depurarlo con nuestro amor. Y aunque yo no llevé amapolas para

adornarte, mis dedos, como si fuesen flores azules, rozaron tus cabellos, tus pestañas, mientras te anegaba de palabras que alababan tu hermosura. Por eso puedo decirte ahora con el lenguaje de él, el poeta en el que el peso de la memoria terminaría imponiéndose al del amor, el sufriente, el genio de la creación y espejo en el que contemplé reflejada la angustia, desesperanza y miseria de nuestro siglo, no mi amigo, sino algo superior, la sombra sobre la que proyecté mi vida tan plena de derrotas por otra parte: eres, Alma, la única razón de mi existencia, la justificación de mis silencios y de mis palabras. Tal vez esa noche que ahora evocamos, las campanas de las iglesias de Alcañiz voltearon festivas porque al fin dormíamos juntos. También nosotros dormíamos acunados por ellas, y con el recuerdo de las gentes, tu madre en primer término, a las que ellos, asesinos instalados para siempre en la historia del crimen, arrancaron la sonrisa, la canción y el tiempo de vida en las márgenes del río Guadalupe, cuyas aguas confluyeron con el Danubio, e irían a morir un día en el Sena.

Y con los de Ucrania, Tristán, arrastrados desde la Bucovina, «nuestra tierra que dejaron solada».

*Me sangró, madre, el otoño, a lo lejos, me quemó la nieve:
busqué mi corazón para que llore, encontré el aliento, ay, del
verano,
era como tú.
Se me vino la lágrima. Tejé el pañuelo.*

Paul, si te insisto al decir que yo nací a la vida aquel día de mayo de 1948 en que nos miramos uno al otro directamente a los ojos, también reitero que me sumergí en ellos consciente de que detrás de tu doliente sonrisa las sombras del pasado oscurecían el tiempo del corazón con el destello de la muerte. Ojos tan bellos como melancólicos, albergantes en su profundidad de historias inenarrables, aquello que aconteció, decías, pero que se volcaron en mi mirada demandando paliar el dolor con el encuentro con la vida. Tan hermosos como tus manos que, nos encontrábamos, recuérdalo, sentados muy juntos a la mesa, al rozarse con las mías temblaron provocándome los primeros estremecimientos. Tal vez desde antes de conocerte, breves referencias a tu presencia entre nosotros, veladas alusiones a tu creación poética, evocación del primer viaje del que nos hablaste, contabas entonces 18 años y en tren cruzabas Europa desde Rumanía camino de París cuando en el tránsito te encontraste en la estación de Berlín y pudiste contemplar las cuadrillas y desfiles de jóvenes ataviados con horrísonos uniformes acordes a sus cantos que se dedicaban a incrustar en vuestros ojos los restos de los cristales de los establecimientos comerciales o de ventanas de viviendas de judíos

que iban destruyendo mientras detenían o apaleaban a sus habitantes, comprendiste la maldición que iba a acompañarte de por vida, el sino que destruiría a tus padres y consumiría a tu pueblo, la importancia del lenguaje al que por encima de cualquier otra circunstancia, incluso la del amor y el placer que siempre habías perseguido, ibas a dedicar el resto de tu existencia. Y ahora tu voz, dirigiéndose a mí, hablaba de que la poesía no deja de ser misterio y ha de poseer la fuerza suficiente, expresividad en su verdad proclamada, para que nadie pueda corromperla más. Que tu vida se reflejaba en tus palabras, que herido y atormentado por la realidad vivida, de la que huías y ya siempre te encontrarías huyendo, solamente podías refugiarte en el lenguaje y los versos amargos, encadenados, notas de una partitura siempre inconclusa y visualizada, eran el reflejo único y sincero que podías ofrecerme de tu alma. Aquellas miradas, aquella conversación, los posteriores silencios, nos condujeron a la bendita locura del delirio personal. Nunca olvidaré los días de mayo y junio que sólo a nuestros cuerpos y voluntades pertenecieron. En mis posteriores cartas yo te indicaba que era el más bello amor imaginable el que encontré a tu lado, que difícil me resultaba encadenar palabras capaces de expresar semejantes sensaciones, consciente sin embargo de que la más sencilla de ellas puede, si se sabe leer, definir el más profundo sentimiento, y no ignoras mi voracidad para indagar cuanto pueda explicarme. Y aunque en los meses transcurridos desde entonces intento analizar lo sucedido la pasada primavera, no creas que me es fácil describirlo. Y resulta sencillo de explicar por enigmático que parezca. Te quiero. Tanto que, pese a lo que acaezca entre nosotros, creo estaré siempre a tu lado, despierta a tu recuerdo, despejando las nubes que puedan cubrir los cielos, recubro los árboles de las hojas que perdieron y río y grito sin que nadie pueda comprender las razones de mi elocuente alegría: pronto regresará la primavera. O me tumbo en la cama y, como si fueras un muñeco que nunca abandonó el lecho donde duermo, tomo tu cabeza acariciándola, paso mis dedos por tu frente alisándola, despejándola de los surcos que la nublan, te acaricio y pido que olvides, que cantes, cántame como hacías en las noches de la Beatrixgasse. Tus regalos por mi cumpleaños ocupan igualmente muchas horas de mi soledad. Junto al poema «En Egipto», nuestro poema, Paul, contemplo la foto que me enviaste e hizo en Viena Schulder-Muller, cual si estuvieras posando ante mis ojos: veo tus manos acariciadas y acariciadoras apoyadas en las páginas del libro que esperas cerrar cuando te indiquen que ya puedes abandonar la rigidez y recuperar los movimientos, los ojos tan abiertos como huidizos, tan peculiar en ti la expresión, la boca opacando e intentando abrir tu sonrisa apagada pero viva, te sienta bien el jersey de cuello alto sobre el que sobrevuelan las alas de la camisa, pronto

aceptarás que te despoje de él para que pueda acariciar tu pecho y tus espaldas en las que gusto de refugiarme, y pienso en esa noche anterior a mi cumpleaños, en el vino que bebimos y desencadenó nuestras risas y entrelazó los dedos de nuestras manos y unió nuestras bocas, en el silencio casi poblado de lágrimas que sucedió a nuestro ardor pasional. Otras veces sufro ante la mudez que guardas pese a la aflicción que dices sufrir para no darme cuenta de tus pesadumbres, te escribo una y otra vez, y concluyo estrujando entre mis manos el papel que no me decido a enviarte, temo contribuir a tu malestar, herirte, me echo a la calle y paseo por el parque donde tantas promesas nos hicimos, hablamos de los poemas por crear, me convierto en el pececito que tú me dibujabas en el estanque diciendo que me habías transformado en uno de los que remoloneaban en sus aguas, que siempre seguirías la estela que iba dejando, contemplo la hoja depositada en el medallón que me regalaste, continúa con su vida propia, ofreciendo calor a mi carne, me agito, es el mundo entero el depositado en nuestros corazones, iré a verte a París, Paul, no puedo resistir más tu ausencia, hemos de continuar desarrollando este maravilloso cuento iniciado el pasado año, nada importa mi trabajo, no me hables irónicamente del éxito que tan joven comienza a acompañarme, solamente quiero estar a tu lado, iré donde te encuentres, Paul, querido Paul.

Se paseaba nerviosa por las calles de la ciudad, jaulas que se cerraban y abrían conforme en ellas se internaba, escapaba, buscaba rutas que acortaran el viaje que de nuevo la arrojaría en sus brazos, se detendría en Innsbruck para serenar su agitado corazón, después en Basilea, cuando Paul la recogiera en París se encontraría así descansada, dispuesta a la nueva batalla en la que necesitaría desplegar todas sus fuerzas para acoplarse a él, no podía desmayar, interrumpir el viaje a los orgasmos que dominaron pensamientos e imaginación de ambos durante tantos días y noches de ausencias transcurridos en idéntica ansiedad y espera, y después, después, ¿qué ocurriría después?, ¿vendría nuevamente la resignada separación?, ¿no existía ninguna otra salida?, ¿por qué no podían continuar juntos?, se angustiaba, temblaba, lloraba incapaz de conformarse a la idea de interrumpir el sueño transformado en realidad, Paul, París, todo podía convertirse en vivificante historia o pesadilla enloquecedora si él no la ataba con sus brazos a su cuerpo, la ungía con clavos más firmes y taladrantes que los del Gólgota a la cruz de su alma, si la abandonaba sería la hidra de cien cabezas quien la penetrara destruyéndola, poseyéndola, pero no, no ahora, cuando cruzaba en trenes tierras que la conducían a su encuentro, eso sería diez años más tarde, aún se encontraba en el tiempo en que resplandecen las rosas, sus imágenes preferidas la acompañaban, las

que integran poesía y amor como en la pasada primavera, las que se solidifican a las palabras que aúnan el movimiento acompasado de los amantes, amapola y memoria, ni marchitas ni devastadoras, las que desarrollarán un libro críptico para los lectores de tiempos futuros, abierto para ellos en estos soplos del goce y plenitud de los sentidos, sensaciones que se duermen en las bocas que se buscan y encuentran y, aunque lo intenten, no consiguen separarse, las manos que recorren con las yemas de sus dedos todos los poros de su piel, las angosturas corporales que se exploran y lamen, penetran, acompañan el furor de lentas o salvajes, bailantes embestidas, ahogo que ignora si podrá alcanzar un final o derrumbará exhaustos a los cuerpos, bañados en sudor, semen, lágrimas de felicidad, cómo es posible, balbucea ella con desbordada emoción, que no le haya gritado un millón de veces que le quiere, le quiere, le quiere, las amapolas y las palabras se han incrustado en su carne, quiere ser tocada, mordida de nuevo por él, acariciada hasta que no pueda herirla y desgarrarla más con sus dedos, ser ella quien después le voltee y le lama desde los labios hasta el miembro, le hunda las uñas en la espalda rasgándosela mientras le penetra y cabalga y mueve su sexo de uno a otro lado sin que él pueda, tan fundido se encuentra al suyo, despegarse de sus entrañas, ya ignora de dónde proceden, adónde se dirigen, impulsan su baile pasional, hablan, escriben, murmuran, gritan, cantan, repite ella: eres desierto y mar y todo lo que es misterio, sin nombre, sin origen, sin futuro, ya divisan el castillo, todavía Paul no es el caballero que ha de acudir a rescatarla, que la ha convertido en princesa y la invitará, todo vestido de negro, a montar en su blanca cabalgadura pues ella es quien únicamente conoce la senda que a la fortaleza conduce, se edificó exclusivamente para albergarles a ellos, te quiero, te amo, te deseo, soy tu sierva, señor encantado, adornaremos las paredes con tus poemas y los suelos con amapolas traídas de los campos de Samarkanda y músicos resurreccionados de la corte de Shakespeare tañerán sus violas y laúdes con notas que inventarán el sonido del amor, tú y yo, bésame, Paul, bésame, te quiero, volvamos a empezar, nunca terminaremos, en los campos de tierra sin nombre se componen nuevas Mil y una noches, mil noches estarás dentro de mí y mil días yo me introduciré en ti, y cuando abramos los ojos sin que nunca hayamos dormido, franquearemos los balcones contemplando cómo las aguas del Danubio y del Sena se han volcado en nuestro lecho, ya no existen calles, un único río sobre el que nosotros, convertidos en pececitos, nos deslizamos inocentes y felices.

En mi mano come el otoño su hoja: somos amigos

En aquel año de 1948 comenzaba ya a reflejarse un oculto pero amenazante antisemitismo en Viena, la ciudad que Alois Brunner, agente de Eichmann, había limpiado de judíos tras su ocupación militar. La vida era difícil para la mayor parte de sus habitantes. Disparados los precios, escasos los alimentos, las medicinas secuestradas por un mercado corruptor que las acaparaba para revenderlas a las fuerzas de ocupación aliadas o a las clases pudientes, grandes masas de parados y huelgas extendidas por todas partes. Los refugiados, sobre todo si eran judíos procedentes de los países del Este de Europa, apenas encontraban recursos para subsistir.

Paul Celan tenía miedo del hitlerismo no desaparecido, antes bien, cada vez más presente y vociferante. El siete de diciembre de 1947 había huido de Bucarest portando como única documentación sus poemas de la Bucovina y los escritos en la capital rumana, y a través de las estepas y montañas húngaras, durmiendo en los campos, en granjas aisladas o abandonadas, en desiertas estaciones de ferrocarril, tras recibir ayuda de algunos campesinos -su dominio del alemán y el conocimiento de otras lenguas constituían su mejor salvoconducto- y permanecer una semana en Budapest -donde recibe auxilio de periodistas, escritores y sindicalistas que le conocen de Rumanía o por la incipiente obra que ha comenzado a publicar-, consiguió llegar a Viena. Es el diecisiete de diciembre. Congelada e inhóspita la ciudad -gentes hay que mueren en sus calles o no despiertan bajo los puentes del Danubio donde yacen de noche-, se acoge a un campo de refugiados hasta que unos amigos de sus padres le ceden una pequeña habitación por unos días en su vivienda. Conoce al pintor surrealista Edgar Jené, con el que termina trabando una profunda amistad. Por intermedio de él publica en febrero de 1948 diecisiete poemas en la revista vienesa *Der Plan*. Los reproduce *Die Tet*, que se edita en Zurich. Lo que cobra por su publicación le ayuda a sufragar sus primeros gastos en la ciudad. Ofrece una lectura pública de sus poemas y ese día, once de febrero, escribe entusiasmado a un amigo de Bucarest:

Créame: Dios sabe lo feliz que me hizo que me dijera que yo era el más grande poeta de Austria y -que se supiese- también de Alemania.

Lee en la radio austriaca parte de su obra. Y en marzo colabora en la exposición de Jené con textos suyos dentro de una muestra antológica de cuadros de pintores de esa tendencia.

Como brújula que le orientase en busca de ayuda portaba una carta

de Alfred Margul-Sperber para el escritor Otto Basil en la que le recomendaba argumentando que «Celan era el único equivalente lírico a la obra de Kafka».

Cuando Celan fue a visitarlo en la sede de *Der Platz*, Otto Basil se encontró, según sus recuerdos, ante un hombre joven, de rostro delgado y ojos oscuros y tristes. Apenas salía un hilillo de voz de sus sensuales labios. Todo en él reflejaba modestia, temor, deseo de no molestar ni importunar con su visita. Y traslucía el agotamiento, las penurias, tal vez el hambre que dejaba atrás, en su éxodo, que se unía a la fatiga, el miedo a ser sorprendido y detenido, un judío más descubierto en su búsqueda de salvación. Gracias a estas relaciones y a la publicación de sus poemas Celan consigue ante un grupo de escritores y de gentes relacionadas con la literatura elevar su tono de voz, imponer el ritmo necesario en los poemas que les recita. Basil, además de publicarle los poemas, le busca una nueva lectura que rinde a un público entusiasta. Escribe el poema «Corona», que evoca «Día de otoño» de Rilke. Le diría tras su encuentro a Ingeborg:

*Estuve días, semanas recordando el primer verso de ese poema:
«Señor: es tiempo. Inmenso fue el verano».*

No dejaba de hablar de las fuerzas que le aportó en sus momentos de abatimiento. Consciente de que ahí se encontraba la poesía, su futuro, también el del hombre, el de su pueblo. Resurgir. No olvidar; superar la herida. Buscar que la palabra condujera al pensamiento hacia la única salvación posible. Escribir en las pavesas del lenguaje. Aniquilar, borrar la lengua de los asesinos.

En mi mano come el otoño su hoja: somos amigos.

Por eso en su poema tenía que encontrarse ella, Ingeborg. Porque los ojos de Paul contemplaron su cuerpo y su mirada, y cuantas palabras no se dijeron sabían que atravesaban lo oscuro, les inundaban y ofrecían el amor que el mar dispensa al rayo de sangre de la luna que le atraviesa y traspasa. Les observaban desde la calle, y su canto sería para ellos, para la piedra que florece, para el corazón que vuelve a latir. Vendría el otoño, Inge, y Rilke les hablaría del tiempo en que las hojas son arrastradas.

Pero más allá del lenguaje de los poetas, de los amigos, pintores, críticos que le acogían hospitalariamente, se encontraban las gentes que habitan las casas, ocupan los comercios, se arrastran por las calles, las gentes hostiles a su pueblo, a él, al fin un cerdo judío. Y los ojos de Celan, al contemplarlas, vuelven a inundarse, más que de tristeza, de angustia y miedo. Se entrega apasionadamente al amor que le ofrece la joven austriaca. Sintiendo su cuerpo, escuchando sus palabras, ofreciéndole sus poemas, se refugia en ella.

Muchos años después Ingeborg Bachmann continuaría recordando aquella inolvidable primavera de 1948. En su novela *Malina* fabula el recuerdo emocionado del encuentro de la princesa y el lejano amante:

extranjero llegado del Este, con cálidos ojos oscuros, una voz irresistible y una larga capa negra.

E introduce textos y versos de Celan en los diálogos. Cuando le pregunta la princesa si regresará a su pueblo, el caballero misterioso le responderá que su pueblo es el más antiguo de todos los pueblos del mundo y no tiene ubicación precisa, se esparce por los cuatro vientos.

Celan comprenderá que, pese a la felicidad experimentada el último mes en compañía de Ingeborg, no puede quedarse más tiempo en la ciudad dividida, en la que le resulta imposible encontrar trabajo. Parte vía Innsbruck el cinco de julio de 1948. En Viena, confesará, comprendió, desengañado, que no podía subsistir. En Innsbruck visita la tumba de George Trakl. Éste, con Hölderlin y Rilke, considera que conforman la trilogía de poetas salvadores de la ruina humana y literaria en que se sume Alemania en aquellos tiempos. A través de su ejemplo, de sus obras y de su imaginación y esfuerzo, él mismo va a encaminarse a la búsqueda de un nuevo lenguaje, de la depuración de las palabras que ellos alcanzaron, un idioma que parece encriptado porque arroja el lastre de vulgaridad, mentira y corrupción que lo ha pervertido bajo el nazismo. Frente a las palabras de Adorno sobre la imposibilidad de continuar escribiendo poesía después de Auschwitz, Celan afirma:

No hay nada en el mundo por lo que un poeta dejará de escribir, ni siquiera cuando es judío y la lengua de sus poemas es el alemán.

Considera que él, tal vez, va a consumir con su existencia uno de los últimos clamores que proyecten hasta el fin el destino de la intelectualidad judía en Europa. El primer poema que ahora escribe respira todavía el hálito de la pasión que le ha despertado la mujer que a su vez le ha leído algunos de los versos que ella compone, de la que se ha enamorado intensamente y a la que el día de su veintidós cumpleaños se lo ha obsequiado como el más preciado de los testimonios que pueda ofrendarle. Era el veinticinco de junio. Acompaña el poema con un libro de reproducciones pictóricas de Matisse, cigarrillos Gitanes y un arreglo floral de amapolas. La dedicatoria del poema «En Egipto» es:

Para la escrupulosamente exacta. 22 años después de su nacimiento. El escrupulosamente inexacto. Viena 25 de mayo de 1948.

En la noche del día veinticuatro, habían salido a cenar, embriagaron con vino sus palabras y vieron amanecer haciendo el amor. En la memoria de Paul, aparcadas, Ruth, Noemí, Miriam, otras mujeres deslizadas por sus aguas, la literatura y sus recuerdos de Bucovina, quienes alumbraron sus primeros y más sencillos poemas. Ahora, en sus brazos, Ingeborg, poderosa y sensible, devastadora como el fuego que incendia todo su cuerpo, ella, la extraña.

Cuando llegue a París, se domiciliará en el número treinta y uno de la rue Des Ecoles, en pleno barrio latino. Ya ha sido publicado su libro *Arena de las urnas*, un mes después que el pequeño trabajo que dedicara a su amigo Edgar Jené con el título de «Edgar Jené y el sueño del sueño». Aprende a conocer y detenerse ante la fachada de las casas y hoteles donde han vivido, muerto o se estacionaron escritores como Rilke, Verlaine, Baudelaire. Y escribe. Le consume la fiebre por encontrar las palabras precisas que puedan convertirse en pensamientos profundos e inexcusables. Consulta los libros que va adquiriendo en los *bouquinistes* o librerías, diccionarios de botánica, de geología, geografía, historia, literarios. A veces su impaciencia, su nerviosismo por precisar el lenguaje que crea, le oprime y desazona; convulsivamente pasea su búsqueda por el silencio en que se ha enclaustrado, como si una prescripción no escrita pero asumida le impidiese hablar. De los poemas que desarrolló en cuatro años considera que solamente ocho se encuentran terminados y aptos para publicarse. Para ganarse la vida trabaja como intérprete, imparte clases de alemán al tiempo que estudia filología y literatura alemanas en la Escuela Normal Superior. Un día visita al poeta judío alsaciano Ivan Goll, traductor al francés del *Ulises* de Joyce, al que envía su poemario *La arena de las urnas* que incluye «Fuga de muerte». Goll se encuentra en una clínica enfermo de leucemia. Morirá en 1950. Recibe de él el encargo de que traduzca su poesía del francés al alemán. Celan trabaja incansablemente vertiendo a su lengua nativa los tres tomos de las obras que le entrega. Pero no llegará a publicarse su versión porque Claire Goll, la mujer del poeta, se queja de que en la traducción se mezclan giros, modismos, expresiones y voces del propio Celan. Éste, sin entonces ser consciente de ello, ha inoculado en su vida con este trabajo un cáncer que irá lenta pero progresivamente atacando su cerebro y destruyendo su voluntad.

Recorre las calles de París. Pasa horas en sus librerías, busca el arte que se exhibe en sus museos y galerías, asiste a las películas de estreno o antiguas que se proyectan en sus numerosos cines, lee o conversa en las terrazas de los cafés, estudia los monumentos que narran la historia de la ciudad. Así va conociendo París, sus bulevares y anchas avenidas, callejuelas medievales, plazuelas literarias: pero también la villa que colaboró con los nazis. Ve reflejada esta secuencia, la de las

víctimas y resistentes, la que más le interesa, en sus exposiciones pictóricas, que le adentran en el corazón de los orígenes y desarrollo de lo que Celan denomina «lo sucedido», «aquello que ocurrió». París ha dado a conocer en 1947 la novela de un joven escritor que pronto es comentada en todas las tertulias literarias: *La peste*. París, impulsada por Estados Unidos, va recuperándose de la guerra y se presenta al mundo -ya se pone en marcha el Plan Marshall- como capital de una nación cuyo desarrollo y libertad se ofrecen como dique de contención al nuevo enemigo: el comunismo. París, capital del New Look que lanza Christian Dior.

Aunque a Celan lo que sobre todo le atrae es seguir la ruta que sin palabras ni consecuencias propagandísticas o comerciales, pero con imágenes terribles, le ilustra sobre la herida nunca cerrada en su memoria: la que reproduce realidades y pesadillas de los recientes campos de concentración en cuadros como *El infierno organizado* de Eugen Kogen, *Los días de nuestra muerte* de David Rousset, *El pequeño bar del campo*, *Construcciones delicadas*, *Montaña humana* de Wolls, *Las Milles ardiendo*, *Max Ernst en el campo de las Milles* de Anton Räderschesdt, *Campo de mujeres* de Félix Nessbauer, *En el campo* de Joseph Loos, *Hace tanto calor en las barracas* de France Hamelin, *La cabeza llena de piojos* de Boris Taslitzky, *La disentería*, *El éxodo* de Stelle Gumschian, otras obras de Jacques Gotko, David Breinin.

Acude a la representación de *Un superviviente en Varsovia*, la ópera de Schönberg. Y al imaginario de la Galería del Luxemburgo que exhibe pinturas, dibujos y grabados de Wols, Bryce, Hartung, Mathieu, Arp, Riopelle, Uba. Comprueba que fuera del arte, en su vida diaria, los parisinos intentan, por todos los medios, olvidar, y que también esquivan, salvo excepciones, tratar el tema de «los peregrinos de Weimar», los pintores, escritores, músicos que aceptaron la invitación de las autoridades nazis para viajar a Alemania y desarrollar allí o exponer y publicitar su obra, aunque parte de la misma fuera calificada como degenerada y sirviera para que algunos jerarcas nazis, más astutos, guardaran esos cuadros rechazados oficialmente para otros tiempos en que pudieran proporcionarles buenas ganancias. Las autoridades alemanas, ante la llegada a su país de los artistas franceses, no dudarían en mostrar al mundo cómo la Francia «ocupada» colaboraba activamente con sus ocupantes. Matisse escribió entonces a su hijo Pierre: «¡Qué caravana! Penosa. Ha sido malo para ellos. No saben cómo explicarlo. Lo intentan diciendo que les han obligado. ¡Tonterías!».

Los artistas alemanes y austriacos que huyendo del auge del nazismo en los años inmediatos a la guerra habían entrado en Francia, agrupados bajo el nombre de «Unión de Artistas Libres», tuvieron que disolverse en 1939 tras la ocupación. Algunos, como Tristán Tzara,

que adoptó este seudónimo para escapar a la represión, lucharían en la resistencia francesa. Tzara ofrecería conferencias en la Sorbona y, tras la contienda, sería internado en un hospital psiquiátrico. Paul Celan se mostraba muy interesado en seguir el rastro de quienes no claudicaron ante Petain y su empeño por restaurar los valores de la vieja Francia -recordaba palabras de Heidegger referidas a la grandeza del pasado alemán que debía ser restituida-, aunar la cultura latina, origen de la elegancia y delicadeza de la francesa, con la gran cultura protagonizada por Alemania, restituir al arte y la cultura lo artesano, puro y ortodoxo, frente a los experimentalismos degenerados, malsanos y enfermizos. «El arte por el arte y el arte moderno -decía Petain- debieran ser sustituidos por el nacionalismo como grandeza, el culto al líder y al orden.»

Y frente a esas palabras que le conducían de nuevo al hitlerismo, Celan contemplaba la obra de la joven praguense Maie Toyen: «Escóndete guerra». Bastaban unas nubes oscuras en movimiento, el volumen de una masa sombría y sin rasgos diferenciales en un paisaje desolado, y unas abstracciones desnudas como osamentas de hierros decorados, para anticipar el horror que consumiría a los seres humanos, espectros renacidos cuando no silenciados. Pensaba Celan, recorriendo incansablemente exposiciones o repasando libros que ilustraban el arte francés, que el lenguaje plástico poseía más facilidad que el poético para expresar directamente la realidad del reciente pasado, de ahí su obsesión por encontrar palabras y construcciones nuevas que dibujaran otro lenguaje, desechando adjetivos tópicos o composiciones tradicionales. Perseguía reflejar la angustia, pesadumbre y rechazo del pasado que le obsesionaba, sin renunciar a la profunda belleza y el rigor conceptual.

Celan había llegado a Francia por segunda vez en 1947, encontrándose con un país, a diferencia de su primera estancia en 1938, que reflejaba con exactitud las palabras de Roland Barthes: «salido de una pesadilla siniestra y glacial». Un país en el que los nazis no solo mataron seres humanos o los deportaron a campos de concentración, sino que robaron cuanto se hallaba a su alcance, fundamentalmente a ciudadanos o comerciantes judíos.

Años más tarde, Celan, en la conferencia que tituló «Meridiano», diría:

Ve con el arte a tu propia angostura.

El poeta judío de lengua alemana nacía en el exilio con la muerte traída por las palabras para borrar aquellas huellas, lanzar al mundo -perverso y genocida como pudo comprobar antes de su viaje al largo y penoso exilio- su condena sumergiéndose en palabras nuevas, con musicalidad no contaminada por el otro exterminio: el del lenguaje

asentada en un lugar donde nada tenga en común con aquella armonía

que, más o menos indiferente, aún consonaba y asonaba con lo más espantoso sufrido por el desarrollo humano e incardinado en nombres, imágenes y obras que bebían en la fuente de los orígenes de la literatura de su pueblo, lo eterno, y partiendo del ayer vislumbra igualmente el futuro.

Porque sólo en la lengua materna, y la suya era el alemán, podría expresar la verdad y la pureza de quienes creían en el lenguaje como comunicación y no pretenderían ni sabrían mentir nunca con él. En la oscuridad y precisión que envolvían sus versos, habitaba ya aquella verdad.

El poema está solo. Está solo y de camino. El que lo escribe queda entregado a él. ¿Y no está el poema precisamente por eso, es decir, ya aquí, en el encuentro, en el secreto del encuentro?

Eres desierto y mar y todo lo que es misterio

Ingeborg contemplaba al poeta no sólo como le habían definido en el Grupo 47 otros escritores e intelectuales, sino como reflejo del hombre más sensible, tierno y bello que nunca pensara haber conocido. Weigel le había regalado el libro aparecido en Dresde sobre la lengua del Tercer Reich. Y de su trascendencia hablaba con Paul. Denominaba al nazismo como una enfermedad mortal. Los sobrevivientes, subrayaba, se encontraban obligados a extirpar el mal, y no resultaría fácil porque sus raíces se extendían por todas partes: los niños nacidos en los años treinta ya en las escuelas y los ámbitos familiares fueron inoculados por él, y peor resultaba para quienes eran jóvenes entonces y se arrojaron en brazos de aquella peste, que escasos fueron quienes se libraron de los hábitos, pensamientos y prácticas brotadas al conjuro de las consignas y leyes nazis. Y sobre todo, y en esto insistía Victor Klemperer, el peor virus inoculado por los nazis fue su lenguaje. Destruir aquellos usos lingüísticos: ¿con qué procedimientos contamos nosotros para realizarlo? Imagínate las escuelas, los libros, los medios de comunicación, todos contaminados por la peste, pero una peste no dolorosa sino necesaria e instructiva para ellos, cómo contraponer su poder al que nosotros únicamente podemos desarrollar con unas obras minoritarias, unas publicaciones e intervenciones públicas que no alcanzan al uno por ciento de la población. Celan asintió: Resulta imposible regenerar un lenguaje

deformado hasta la más profunda de sus raíces, Ingeborg, sí podemos crear uno nuevo para nosotros buscando un interlocutor, una minoría que lo comprenda, aunque nos quedemos solos en la aventura, conscientes de que el hitlerío continuará acosándonos. Es un diálogo desesperado, es nuestra creencia del poema como luz de la utopía.

En Viena, la ciudad ocupada y dividida, el judío de Czernowitz vivía como «persona desplazada» recordando a sus propios compatriotas colaboradores del exterminio de su pueblo, nazis entre los nazis tan o más feroces y sanguinarios que ellos, parejos a los ucranianos. Ingeborg le habló de su padre, miembro del Partido Nationalsocialista de los Trabajadores. Reflejaba en sus palabras imágenes imborrables de Klagenfurt, de los bombardeos sufridos y que destruyeron gran parte de los edificios de la ciudad matando centenares de personas sin que aquello constituyera obstáculo para que los balcones y ventanas continuaran adornándose con las banderas de las esvásticas. Contra ello escribimos, Paul, para encontrarnos a nosotros mismos. Y le pide que le lea su poema una vez más. ¿Egipto? Mandamiento que escenifica el amor y la palabra, que dibuja el dolor por las víctimas del holocausto, por las mujeres perdidas y ahora reencontradas en la extraña, amor y lenguaje para aunar el ayer y el hoy cuando un nuevo e indisoluble vínculo, Ingeborg, la mujer amada en estos momentos, se constituye en su razón de vida, el agua que se desborda para encontrar la nube que apacigua el dolor con las caricias.

Era el año 1950. Desde mediados de octubre y hasta finales de diciembre Celan y Bachmann conviven en París. Ella le confiesa no haber concebido que pudieran existir unas Navidades tan dichosas. Porque ya sólo piensa en Paul, vive para él. Únicamente desea verle, abrazarle, escucharle, amarle. Lee una y otra vez sus poemas. Tiembla su mano no por el peso de las hojas del libro publicado en Alemania, sino por los versos que va memorizando. En ellos encuentra sus huellas compuestas al hilo de la pasión, porque, tras amarse intensamente, la memoria que sangraba en el rojo de las amapolas que cubrían sus desnudos cuerpos conformaba su otro alimento:

¿Cuándo volvemos a vernos? No te separes nunca de mí. Te necesito, Paul, quiero estar contigo, siempre contigo.

¿Cuántas decenas de años han transcurrido desde aquella primavera de 1948 en que ellos hicieron por vez primera el amor? Y ahora otra vez el tiempo, siempre asesino, vuelve a separarlos un día de marzo de 1951, en que ella regresa a Viena. Lento será el fluir de sus cartas. No siempre se deciden a ponerlas en el correo, aunque no dejen de pensar el uno en el otro, sobre todo por parte de Ingeborg. La primavera no se convierte en un nuevo aniversario. Ella insiste en

encontrarse con el pececito que él busca y atrapa con su boca, con sus dedos, con sus palabras. Como si fuese niña siempre prendida de la voz que le va narrando un maravilloso cuento inacabado. Ya ha transcurrido un año desde que en marzo publicara su tesis «La recepción crítica de la filosofía de Martin Heidegger», desde que diera a luz sus primeras narraciones en el periódico *Wiener Tageszeitung*. En agosto sufrirá su primera crisis nerviosa. Necesita ampliar sus conocimientos literarios y, sobre todo, romper el círculo alemán en el que se desenvuelve y comienza a sentirse asfixiada. Sólo confía en que pronto pueda regresar al lado de Paul, espera que él se lo demande y los dos consigan paliar el peso de la desgracia y los recuerdos que se van alejando. Anhela acariciarle una vez más, prodigarle su amorosa entrega. Ha solicitado una beca para ampliación de estudios en París o Estados Unidos. Preferiría el primer destino, ir a la ciudad en que él habita. Nada le importa el éxito que tan joven ya parece aureolarla por sus intervenciones públicas, primeros poemas, relaciones humanas que recogen y divulgan la prensa, sobre todo la de mayor alcance y sensacionalismo. No puede remediar el aparecer fotografiada en compañía de hombres que la buscan y desean, por fugaces que sean sus encuentros, y Hans Weigel, que se habla es o ha sido amante suyo, es uno de los intelectuales más conocidos de Alemania. Todo ello no es obstáculo para que Ingeborg no deje de pensar constantemente en Paul: le anhela y le sorprende la sombra de los celos de él, no duda en escribirle insistiendo en que correrá a su lado en el momento que se lo pida:

Nadie más que tú cuando coloque amapolas, muchas amapolas y memoria.

A sus veintitrés años Ingeborg Bachmann se encuentra inmersa en la escritura y la pasión amorosa, caminos que el pensamiento elegía para alcanzar la libertad. Para recordarlo Celan la envuelve con palabras y flores y el misterio de su origen: llega de lejos, un lugar que los señores de la guerra han decidido deje de existir, carece de país y domicilio que pueda considerar suyo, fuera del idioma ningún mapa del mundo, antiguo o actual, puede fijarle nacionalidad alguna. Repite su nombre una y cien veces, el nombre de Ingeborg, a la que ha besado hasta la asfixia, y ella lo recibe y grita el de él, Paul, Paul, al que ha acogido en el interior de su cuerpo hasta que el sol la arrastraba en la amanecida al desvanecimiento, para el que, si ella fuera poderosa, habilitaría un castillo más mágico e indescriptible que el fabulado por escritor alguno, un castillo en el que los dos pudieran hablar, cantar, amarse, Ingeborg le convertiría en su señor encantado, llenaría sus estancias amplias y luminosas de multicolores y suaves alfombras, escucharían músicas embriagadoras, lenguajes de voces

dulces y suaves que escanciarían sus ecos y sonos por todos los rincones de sus estancias, jóvenes como eran con sus hermosos cuerpos siempre desnudos repetirían para que resonara en los cielos de las salas y en los pasadizos y bodegas de los aposentos: nosotros inventamos el amor, el tiempo del pasado aquí yace proscrito, nosotros somos el amor. Alguien, no corpóreo, voz mágica que flotaba en los salones, recitaría fragmentos del poema «Corona» y los versos se metamorfosearían en árboles frondosos y crecidos en el tiempo que dura un suspiro, de gruesas ramas entrelazadas que cerrarían las puertas del castillo clausurando sus balcones y ventanas para que nadie pudiera desde el exterior traspasarlos. No se habían inventado palabras que pudiesen explicar cómo se amaba cuando se amaban, y ahora, en la distancia, necesita decírselo con versos de Paul

*Estamos abrazados en la ventana, nos miran desde la calle:
¡Ya es tiempo de que se sepa!*

...

*Ya es tiempo de que sea tiempo.
Ya es tiempo.*

grita y grita que le quiere, y a sus veintitrés años jura a Paul cómo desde el primer día de su existencia y hasta que llegue el último, en la vida y en la muerte, reflejará el único nombre que existe y puede ser concebido, y así lo musita en sus sueños, en el papel que le escribe, en el aire que expele su boca al respirar, en el agitarse de sus senos, en el temblor de sus dedos cuando se acaricia, en el susurro que envía al cielo con sus palabras. Paul, Paul, siempre es tiempo para que acepte su ternura y su amor, para que siga tomándola, para que ella se vuelva luminosa, ¡es tan bello el amor que vive con él!, por eso quiere sentir sus mano, cómo la toca, no importa que ignore de dónde viene y adónde va

eres desierto y mar y todo lo que es misterio

le quiere para ella, una, dos, tres mil noches de minutos y horas que dejarán de existir, se paralizarán todos los relojes del Universo, ellos solos son la existencia, allí, donde el Sena terminará acunando sus caricias, quiere que él la conduzca asida de la mano a la profundidad de las aguas, que se recuesten en el claro de luna que ellos al abrazarse abrirán para que se amen, para que en su culminación del placer fijen sus ojos en la corriente que discurre mansamente a sus pies, que les transforme en pececitos que se reconocen jubilosos mientras saltan y corretean como niños traviesos en la claridad que con sus lanzadas les alcanza.

Calor, humedad, en aquellos primeros días de agosto de 1949. Turistas ingleses y americanos en los cafés parisinos a los que acude Celan. En espera de amor, de trabajo, de paz. Nervioso, expectante. ¿Cuándo se reunirá de nuevo con Ingeborg? En la terraza de un café de Saint Michel ha conocido a la cantante holandesa Diet Kloos-Barencheht, de veinticinco años de edad, cuyo marido fue asesinado por los nazis en 1944. Se relacionaría con ella a lo largo de este año. Las dudas sobre su futuro le atormentan. Obtiene un certificado de literatura extranjera y de estudios prácticos del alemán. El seis de noviembre visita a Ivan Goll. Al que traduce sus poemas al alemán. El veintisiete de febrero del año siguiente será testigo de la muerte del poeta al lado de su mujer, Claire. Sus encuentros con Claire, preparando la traducción de los poemarios de Ivan, se alargarán durante unos meses, hasta que se produzca la ruptura por las discusiones entabladas sobre la traducción.

Se pregunta con quién estará Ingeborg. Le han comentado algo sobre el escritor y promotor cultural Hans Weigel, que la acompañaba el día que la conoció en Viena. El silencio en que los dos se sumen le angustia. Bachmann debiera comprender, piensa, que él, Paul, procede de unas tinieblas mayores, más densas que las suyas, que su garganta se encuentra atorada por memorias más oscuras, el verano parece no terminar de morir nunca y, con los días nublados, el frío y el silencio de las calles, su desconfianza y pesar por la indefensión en que vive se acrecientan. ¿Dónde quedan mayo y junio del año pasado? No temas, Paul, es su voz quien desde la distancia le acaricia, te comprendo, ocupaciones, modos de vida, ¿no?, nos separan, rutinas incomprensibles a las que nos amoldamos, eso es lo único que me aleja de ti, no tengas miedo, sigo construyendo -no existe momento del día o de la noche en que mis pensamientos dejen de trabajar en ello- el barco que impedirá que hundas en las aguas y yo encalle entre las rocas, te recogeré para que podamos impulsar sus velas y dirigirnos a la isla bienaventurada con la que soñamos, de la que hablamos, con un libro de Hölderlin en las manos y los poemas que tú sigues escribiendo, y los que yo desarrolle a tu lado, y extenderé mis brazos poderosos para arrebatarle a tu desamparo, te ofrendaré ternura y pasión, seré la luz, la lámpara maravillosa que anhelas buscar conmigo, y alumbraré tus oscuros sueños despertándote, pasearemos abrazados por cementerios marinos en los que yace la memoria poética de los asesinados, todo es real, no será una pesadilla, nos amamos, el trabajo tan sólo es un accidente que momentáneamente nos ha separado, encontraremos las palabras, la vida y la muerte se convierten en imágenes de una película que no protagonizaremos, los hombres que creyeron pasar por mí no existen, son simples apoyos coyunturales para no derrumbarme cuando tú no

existías o no existes, mayo y junio, nuestro tiempo, continúa manteniéndose fulgurante en mi corazón, sombras son también los viajes proyectados si llegan a realizarse, nada tiene que ver con nuestro amor, esa música, esa luz, ese resplandor en los ojos, en los labios, solamente brota al conjuro de tu presencia, Paul, y cuando sienta entre mis dedos, pegado a mi boca, tu rostro, ya no necesitaré pronunciar palabra alguna, te estremecerás sin que pueda contener mis sentimientos. Solamente me inunda la desesperación cuando anhelo el abrazo que nos unía y tanto echo de menos.

Las palabras se paralizan. ¿Destruirá lo escrito, se lo guardará como uno más de los borradores de sus textos a él dirigidos y que no se atrevía a enviarle? No le da cuenta de sus estados nerviosos, le resulta a veces difícil escribir conociendo la soledad en la que él habita, la exclusión a diferencia suya del medio en que se mueve: lejos de reconocerle, le desprecian o ignoran, no deja de ser un exiliado entre los exiliados, sin origen y que oculta incluso su procedencia, iré a tu lado, Paul, no sé cuándo pero iré, no podría soportar mucho tiempo más la angustia de saberme

perdida, desamparada, amargada

semejante estado supondría desterrar de la vida la utopía. Los sueños que se sueñan cuando permanecemos despiertos, creer que París ha dejado de existir y que tú, tú... llora pensando que él pueda morir, llama por teléfono a su casa, nadie responde, el buzón permanece vacío de cartas y no será hasta el mes de octubre de 1950 cuando recuperen el tiempo del amor y las palabras. Luego, en los días finales de diciembre, Bachmann marchará a Londres permaneciendo allí hasta febrero de 1951.

Te amo y no quiero amarte. Vienen días más duros

Masas apretujadas intentando desplazarse por Oxford Street, cortados sus rostros por las gélidas gotas de la nevisca, abriéndose paso a grandes zancadas, estancándose los más jóvenes como grullas perezosas ante los escaparates de las iluminadas tiendas contra cuyos cristales estampan sus fauces; a veces, embutidos en sus descoloridas y chillonas túnicas, un puñado de religiosos de cabezas rapadas bambolean su andante melopea entre los viandantes, como si provenientes de otros mundos quisieran burlarse de quienes todavía

perviven en el que ellos abandonaron o nunca quisieron habitar; hieráticos, embutidos en la seguridad de su creciente importancia y necesidad en la Europa que intenta sonreír abandonando las cenizas de las que resurge y que al parecer nada tenía que ver con los sobrevivientes, caminan los importantes hombres de negocios, procurando rozarse lo menos posible con el resto de los paseantes, con sus carteras de piel uncidas a sus brazos y su suave y monótona recitación mnemónica de cifras, datos, actividades bursátiles, bancarias, mercantiles, que pronto expondrán en las silentes reuniones a las que se dirigen. Son hombres de la City. Porque la armonía del hombre consigo mismo y con la Naturaleza, sea en Klagenfurt o en Southampton, en París o en Viena, ha definitivamente muerto. Ingeborg nació cuando el país que aparece con ese nombre en los mapas geográficos ya había fenecido, aunque se identificaran con su patronímico algunos paisajes, creaciones artísticas o literarias, músicas que sí admira, heredadas de la antigua «Casa Austria». Es el Norte a quien comienza a detestar Bachmann, este Norte en el que ahora se encuentra y vincula a una extensa mancha religiosa, moral, física y humana que odia. Su mirada abre al Sur su futuro, su existencia, su búsqueda de luz y libertad personal.

La niebla y su espeso y húmedo sabor devoran su cuerpo. Camina ciega por las calles, tropezándose con gentes sin rostro, inexpresivas, que se mueven como si desearan enviar mensajes de seguridad a sí mismas. Va a morir aplastada por uno de esos autobuses de dos pisos que se esfuerza en esquivar. Todos, hombres y mujeres, parecen desplazarse como apelmazadas y compactas bandadas de peces en el agua, conformes y disciplinadas en el habitáculo en que las han encerrado. Visten correctamente. Si se conocen, se saludan cortésmente. Ingeborg le dice a Bachmann: de qué te extrañas, llevan muchos años aparentando delicadeza en sus modales, hasta cuando los bombardean o ellos eran los bombardeadores. Afabilidad por encima de cualquier otro gesto, eso equivale a equilibrio, educación, buenas maneras. A la hora de vestirse, afeitarse, depilarse, tomar el té, acceder al trabajo, leer sin aspavientos ni gestos de extrañeza los periódicos. Las guerras, catástrofes, sucesos del momento, acontecen en otros lugares protagonizadas por gentes ajenas a ellas. Continúan los muertos contando su salmodia de destrucción e impotencia en tierras de Asia, África o América, donde ellos tienen cada vez menos poder político aunque acrecienten el económico. Bachmann se irrita y contesta a Ingeborg: odio a este pueblo, a sus ciudadanos burgueses y más a los aristocráticos. Odio esta ciudad. ¿Dónde queda el Sur, qué me mueve a encontrarme aquí, por qué camino entre ellos?

Deambula entre las gentes que por las calles de Londres circulan. Tristeza. Abulia. Melancolía. Consciente, de que viene un tiempo que

reencarna el pasado, que ya asoman por el horizonte otra vez los días terribles, que avanzan hacia un tiempo de ignominia y destrucción, tal como dice en uno de sus poemas más hermosos y simbólicos de cuantos escribió en su vida.

Cuando regrese al Continente pensará que nunca estuvo en esta ciudad. Soledad. Cuántas lágrimas añadió a las monótonas gotas de lluvia o nieve que se deslizaban por su rostro. Se detiene en los puentes que se asoman al Támesis. Puentes de Viena, de Hamburgo, de París. Apoyada en el pretil de uno de ellos le golpea el peso de su memoria. ¿En cuál de los puentes de la vieja Europa, años más tarde, no se encontrará atorada por las lágrimas?

No eras tú solo, Paul, quien sentía esa oprimente argolla anudada a la garganta. Es otra, pero duele y oprime igualmente la mía. Lleva grabada tu nombre en el hierro que la circunda. Es más íntima, agresiva, el peso de la culpa no se diluye entre naciones, guerras, castigos o crímenes que afectan a las gentes de su pueblo. Somos tú y yo quienes lo soportamos, los dos únicamente, nosotros. Por eso atenaza mi garganta, provoca arcadas en mi estómago, paraliza con calambres el escozor de mi clítoris. No sólo hemos perdido los besos, ahora también me has dejado sin palabras. Qué duro es el invierno, qué triste fue el verano. Sólo refulgieron los días dorados del otoño que alumbraron unas mágicas Navidades antes de que nos separáramos. Ahora floto en el vacío en que navega mi espíritu. Contemplo barcas deslizándose por el río. Como espectros surgen y desaparecen en este día blanco y gris, sucio, que me atrapa en su espesura, los edificios del otro lado del puente. No es la clara y abierta hojarasca del bosque, no, por la que deambula mi mirada. Me llega el lejano sonido de unas campanas, el ronco estremecimiento de la sirena de una falúa. Y a mi alrededor siguen caminando gentes, gentes. Ni siquiera reparan en la loca que se apoya en la balaustrada del puente. Tal vez piensan que está considerando la posibilidad de arrojarle al Támesis. ¿Lo estás pensando, Ingeborg? No serías ni la primera ni la última, pero tu cabeza formula aún preguntas y tu ser se encuentra demasiado vivo para que irrumpen esos deseos. Estás enamorada. Y continuas buscando palabras. Esas palabras que se unen, idean sonidos, representaciones pictóricas, concluyen convirtiéndose en versos. Al principio existen los lectores. Luego llegará también para ellos la nada. Sólo tienen valor ahora, cuando las persigues, sueñas, encuentras. Pero no es asunto vuestro, les dices, a ellos, los desconocidos con los que comunicas mediante textos literarios. Ellos tampoco te contemplan. Pasan a tu lado. Si acaso, meditan o susurran una leve disculpa si te rozan. Alguno se molesta por tu presencia, le gustaría llamar la atención de un policía para que te interrogara.

Mejor no meterse en problemas, se dice. No es asunto suyo. ¿Que gasearon a los detenidos en campos de concentración? ¿A los padres de Paul? ¿Pero quién es Paul? ¿Existió un lugar llamado Auschwitz? En cualquier caso, son historias del pasado, no nos incumben. Tú lo que tienes es un polvo salvaje. Pero a lo mejor estás loca. No queremos líos. Y hasta el lector puede cabrearse si se enmarañan los tiempos y modos de la narración, las opiniones y los personajes, y todo se vuelve confuso. Te encuentras acodada en el pretil de un puente que se asoma al Támesis y en sus aguas grises se reflejan algunos haces luminosos y líneas rojizas, amarillentas, culebreantes. Todos saben, tenemos noticias por vagas que sean, de los campos de exterminio. Pero no eran estos mismos que patean el asfalto de este puente quienes... ¿O sí? Te estás volviendo loca. Siempre estuviste, estarás loca. La guerra llega un día, como los soldados, los aviones, la primavera, el aumento del precio del pan, los desahucios, el vagabundeo del niño que carece de escuela, la enfermedad, nada les compete, Paul, sí, ahora me dirijo a ti, al peso que llevas en tu memoria, palabras, ellos hablan de otros temas con más insistentes mentiras, las que te disgustan, los políticos en nombre del pueblo actúan, dicen que por el bien del pueblo, rigen los destinos del pueblo, el pueblo ha delegado en ellos sus decisiones, ya sé que aborreces la palabra pueblo, que tú no eres el pueblo, pero tampoco las palabras son palabras, las palabras son tuyas, ellos son solamente instrumentos de dominio, palabras alienación, palabras liberación, tú escribes poemas, un inútil por tanto, ellos trabajan en cosas serias, se visten, se alimentan, caminan, se ocupan de asuntos útiles y trascendentes, ¿nos compete acaso el nacer o morir? Cada vez mis ojos alcanzan menos profundidad, todo se va difuminando en torno a la mirada, me marcharé al Sur, Paul, como el animal que lame sus heridas en la soledad del estercolero, rascaré allí mis penas costrosas, llenaré al menos de sol mi derrota. Un día, dentro de bastantes años, Max Frisch me llamará y dirá que Roma no contesta, no desearé contestarle más, no tardaremos en odiarnos, Roma no contesta, no, Max, nunca más volverá a responderte, destruiré lo que a escondidas escribías sobre mí, tú quieres sólo mi cuerpo, terrible resulta ser mujer, tú lo decías, Paul, un hombre y una mujer no pueden convivir mucho tiempo juntos, y Bernhard entiende que el amor es una lucha por el poder entre el hombre y la mujer, yo me extasiaba con tus labios pero también bebía tus palabras, tú devorabas mi cuerpo pero tuvo que pasar mucho tiempo para que aguantaras mi creación, mis ideas, el dueño del lenguaje y del tiempo histórico eras tú, y yo debía escucharte pero no discutirte, nunca podríamos ser iguales, al fin y al cabo descienes de un Dios que otorgó leyes y yo soy solamente parte minúscula del infortunio que condenó a mi sexo, éramos muy felices

haciendo el amor, y después, cuando el sexo termina y son las palabras, pensamientos, actos, quienes deben unirnos, ¿experimentaremos el mismo placer?, ¿nos comunicaremos con la misma fuerza y vehemencia con la que entrechocábamos nuestras lenguas, mordíamos con la boca o con las manos o con los miembros nuestros sexos?, hacer el amor, hacer el amor, ¿dónde comienza, termina o se continúa?, porque en la cama nos compenetrábamos completamente, pero, tan pronto los cuerpos se desunían, pasaban los minutos o los días, comenzaban a marcarse nuestras diferencias, las que tú habías heredado, transportabas en tus fatigosos viajes, algunas te acompañaron siempre, me dijiste que jamás dejaste de estar en Berlín, ahí murió tu juventud, cuando el tren se detuvo paralizándote ante ellos que te contemplaban con desprecio, agresividad, odio, otro cristal a romper, te despiertas a veces escuchando sus gritos, cánticos, recibiendo sus esputos, vómitos, impotente ante sus puños, banderas, uniformes, sangre al fin, bocanadas de sangre derramaban por sus fauces los cachorros rubios y hermosos del III Reich, los que consumiste sin que ya nadie pudiera borrarlos del todo, incluso los que llegaste a observar en algunos de tus recitales, aquel marchante culto que te hablaba de Kandinsky, de su gran colección de arte, respetado y querido por el pueblo alemán, siempre tan adicto a la música y la pintura, adivinaste que era uno de los ladrones al servicio de Hitler, pero quienes ahora nos gobiernan, planifican la economía, la cultura, son en gran mayoría, Paul, luchadores fanáticos herederos de Hitler reconvertidos como opositores al nazismo en sus nuevos partidos y partidas de nacimiento, me recuerdan a los cazadores, guardabosques, cantineros, labradores, profesionales de mi odiada Carintia, sólo poniendo fin a tu vida puedes desprenderte de ellos, y yo no lo quiero, deseo amarte y huir contigo a un lugar donde nadie pueda encontrarnos aunque cohabitemos con la pesadilla del pasado, querría poseerte completamente, en el lecho, en tus sueños, en los paseos solitarios, en los interminables silencios, en la búsqueda de pensamientos que nos hagan encontrar las palabras, ya sé lo difícil que resulta esquivar la autocensura, dar rodeos para no emplear los vocablos que hemos decidido prohibir, son demasiados, nos agreden en todos los lugares en que nos encontremos, pero si difícil resulta regenerar el lenguaje humano en la poesía que, aún saturada de nostalgia, nos desvela lo más oculto del conocimiento, que

puede tocar el sueño de los hombres

será más difícil, y no lo conviertas tú en imposible, que los sentimientos también aniden formas nuevas de relaciones si no desterramos las tradicionales, convencionales, ¿cuántas horas, tras hacer el amor, no me insistías diciendo: hemos de crearlas, las

palabras?, creémoslas, Paul, y los sentimientos, nos mirábamos y no se pronunciaban ni se definían, las unas y los otros, oleadas de ocultamientos, temores lo impedían, miedos, hábitos heredados, necesidades vitales a las que hemos de amoldarnos, sobrevivir, ¿ves?, como en los campos de exterminio, todos sobrevivientes, acomodarnos a lo que sea para sobrevivir, el verdugo y la víctima continúan siendo sobrevivientes, ocultando los pensamientos más profundos, cerrando nuestro mundo interior como si fuese un laberinto cuya puerta de salida estaba vedada para ti y a mí se me impedía entrar, la guardabas celosamente, y si entonces, dolorida, buscaba tus besos, te acariciaba hasta la extenuación de mis fuerzas, como buen guardián de tu intimidad amurallabas aún más tu recinto, ya me tienes en el destierro, ya soy un naufrago que ninguna isla salvadora encuentra dispuesta a acoger, se espesa todavía más la niebla, me grita con sus mil ojos la lluvia que ya no estoy, nunca estuve aquí, no quiere que vea a nadie, mi alma se humedece herida hasta el desconsuelo, los grises habitantes de Londres, invisibles y ajenos, se apartan de mi presencia, continuo revoloteando por las aceras, intento con una de mis manos asirme a la piedra que conforma las balaustradas, busco tus manos, una niña se ha detenido a mi lado, posee ojos grandes, luminosos, cubre su cabeza con un gorro de lana a franjas rojas y azules, caen los rizos de sus rubios cabellos sobre su frente, ya va volcando la noche sus sombras, Emma, me dice, me llamo Emma, sin que yo le pregunte nada, ya he cumplido cinco años, le digo: tú no tengas miedo ni llores, no debes llorar nunca mientras tengas esta edad, no te detengas sola en un puente solitario y ten cuidado de los lobos, los lobos no existen, sonríe, sólo están en los cuentos, adiós, me voy con mi papá, Waterloooridge, Pont Mirabeau, campanas de muerte tañen un día sobre las aguas del Sena, ¿cómo decirle que cuantos la rodean son lobos peores que los lobos de los cuentos?, Paul, cántame, cántame como me cantabas aquella primavera, cuando acariciabas, mordisqueabas mis pezones, besabas mis labios, cuando con lentitud y dulzura te introducías en mí y tus ojos esquivos y vagabundos se posaban en mis ojos provocando una sonrisa de vida que yo febrilmente acaparaba, Paul, también tú

*aquella mañana, cuando nuestro lecho se encontraba húmedo
de rocío y el clavel dormía junto a tu corazón, viste el río oscuro
pasar a tu lado*

el hombre era alto, muy alto, se cubría la cabeza con un sombrero de copa, me contempló con odio, como si pretendiera pegarme, agarró con violencia a la niña por uno de sus brazos, la arrastró consigo sin volver la vista atrás, mi semblante se nubló, iba a perder el conocimiento, la niebla acunaría y ocultaría mi caída, alguien me

agarró por los hombros, me arrastró consigo hasta un café, extraviados en la noche, los dos extraviados, Paul,

que el amor ya había apagado sus ojos.

Cuando Ingeborg regresó de Londres, culminados sus estudios, febrero de 1951, tras su estancia en París con Celan que abarcó dos semanas, marchó a Viena, donde pasó a trabajar en el organismo de ocupación norteamericana antes de que se empleara como guionista y redactora de la emisora Rot-Wei-Rot hasta finales de julio de 1953. La primavera le traía recuerdos que se iban difuminando con el transcurso del tiempo, pero no apagaban en su mente el alcance de sus relaciones con Paul. Tras una breve enfermedad le escribe. Extraña calma la que respira la ciudad dividida, intervenida, donde especuladores de todas las clases van repartiéndose el incipiente desarrollo que la ayuda americana propicia. Se trafica con dinero negro, con informaciones reservadas, con productos traídos directamente de la campiña, con pasaportes falsos, con favores sexuales. Un lote de penicilina es un aval para que criminales de guerra obtengan visado a países de América o a España. Ingeborg detesta cada vez más la capital de Austria. Le pide a Celan que le escriba con sentimiento, que recuerde su tiempo del corazón, cuando hacían el amor sin miedo a que pudieran arder las cortinas de las ventanas, cuando paseaban desnudos por la habitación ajenos a que les contemplaran desde la calle. Su ausencia de noticias le duele demasiado. También le escribe cartas que no echa al correo. A veces le adjunta posteriormente uno de los borradores desechados con las que sí le envía. No tiene reparos en comunicarle que solamente desea verle, donde sea, como sea, iría al fin del mundo con tal de abrazarle aunque fueran unos minutos, minutos existen que equivalen a siglos, tiene miedo a su rechazo, a no articular cuanto desea expresarle, no ha de olvidar lo felices que se sintieron cuando juntos se encontraban, incluso enfrentados en discusiones como si disputaran con sus hostilidades territorios a conquistar. Y expresaba, sin que él al leerla pudiera contemplar las lágrimas que en ese momento, mientras escribía, empañaban los ojos de Ingeborg, su imposibilidad de dejar de amarle aunque se lo propusiera.

A partir de esta confesión y ante la distancia emocional que transmiten las cada vez más parcas respuestas de Celan, las cartas que se cruzan van convirtiéndose en impersonales, frías. Ingeborg reconoce en sí misma dos personalidades: una que huye de las complicaciones, intenta acomodarse a una existencia más tranquila y complaciente, lo que le lleva en ocasiones a frivolarizar sus relaciones, moverse sin complejos en la vida social, rodearse de hombres que la desean y aparecer en periódicos o revistas que comentan sus éxitos

literarios y mundanos, y otra más oculta, que sólo a ella pertenece, que la provoca dolor, nerviosismo, desequilibrios, más sufriente y ambiciosa, y que alcanza el verdadero motivo y fin de su vida, que no tardará en abrazar como único aislándola de cuanto la rodea ahora. Profundo anhelo capaz de otorgarle estabilidad, deseado por encima de las restantes circunstancias, confesado a Paul con insistencia: que se reúna con ella, al tiempo que le insiste, buscando calmarle, que son muchos los amigos con los que habla de él, que le admiran y desean verle, pensando que sus palabras puedan arrancarle del pozo oscuro en que habita con la única luz de sus poemas. Al menos eso cree ella, cada vez más alejada de la realidad de Paul. Y por mucho que le reitere cuánto piensa en él, las respuestas obtenidas le reflejan más huraño, resentido, alejado de Ingeborg. Incluso no duda en criticarle sus modos de vida y se muestra tajante a la hora de clausurar el fin de sus relaciones. Un día la exige que le devuelva el medallón que le entregara, dado que no desea profane con su actual y errática vida la memoria de quienes lo portaron antes de ella. Ingeborg se revuelve contra sus reproches: las letras e historias que encierra siempre tuvieron para ella un profundo significado, se lo devuelve, pero no logra entender por qué de pronto la detesta, por qué destruye abrupta e irracionalmente el mundo, casi perfecto en su belleza, que los dos construyeran tan poco tiempo atrás, el más sincero que podía existir, por qué anida en él ahora ese ansia de destrucción, de venganza, a santo de qué y por qué. Pero por más sufrimiento que sus palabras le provoquen, ha de gritarle, ciego y obtuso como se ha vuelto, que ella, Ingeborg, su Inge, le sigue amando y nunca lo sacará de su corazón.

Estoy segura, Tristán, y tú comprenderás que insista en el relato en este tiempo intermedio de separación entre su segundo encuentro y relaciones en París y la ruptura que años después se tornaría definitiva, que Ingeborg amaba a Celan ya antes de conocerle. Desde que leyó sus primeros poemas. Desde que contempló por primera vez su rostro fijando sus ojos en su mirada huidiza, esquiva, dirigida casi siempre a ninguna parte, como temiendo encontrarse con imágenes ancladas en su pensamiento, sonreía resignadamente, un rictus tierno que ahuyentaba en su cortés acogida cualquier atisbo de intimidad, le aislaba de explicaciones en sus certeras y educadas palabras, alejaba a quienes intentaban penetrar más en él, barrera que conformaba su mundo propio, íntimo, que solamente a algunos elegidos permitía traspasar. Al menos esa es la impresión que yo tengo por las palabras con las que me lo describías en numerosas ocasiones. De ahí que escritores inteligentes como Heinrich Böll, al margen de las polémicas que mantuviera con Celan, no supieran comprenderle, limitándose a fijarle con vulgares descripciones de su físico entresacando tópicos sobre su cabello y negra vestimenta, tachándole equivocadamente de

joven rabino bohemio, delgaducho y de poca estatura llega a decir de él, y pensando, y es todavía error más grave, que con sus poemas solamente buscaba el reconocimiento y la gloria.

Ingeborg, y esto tampoco lo comprendieron bien quienes les trataron, fue consciente desde el primer encuentro que ella y Celan mantuvieron el dieciséis de mayo de 1948, de que los dos habían caminado tierras, vivido historias y soñado búsquedas, para unirse; de inmediato comprendió que su soledad y sus poemas iban a fusionarlos y que los lenguajes de la creación y del cuerpo que ambos perseguían los fundirían en abrazo profundo; intentarían encontrar un reino propio, impenetrable para los demás, tan apasionado como tortuoso. Por eso hablaban aquella primera noche pausadamente, pensando sus palabras antes de dirigirlas el uno al otro, aislándose de inmediato de cuantos les rodeaban. Luego permanecían en silencio, él con la mirada perdida más allá de las ventanas de la habitación, ella sin dejar que la ternura y el deseo que le provocaba su presencia se apartaran de sus ojos. Y cuando se amaron tres días más tarde, el cuerpo de Ingeborg se convirtió en pez. Y la habitación donde yacieron, desnudos y afiebrados, se transformó en el río Jordán por cuyas aguas rodaban entrelazados y sedientos de inagotables caricias. Paul no podía abandonar aquel cuerpo, más poderoso y envolvente que la propia memoria, y recitaba en sus ojos, oídos y boca palabras suyas o de sus poetas bíblicos. El pececito escuchaba prodigándole besos y caricias. Danzaban entre las aguas formadas por los ríos emanados de sus cuerpos, atrayéndose y separándose, sumergiéndose entre amapolas y nenúfares en corrientes cada vez más abrasadoras en las que su voz oficiaba como guía, voz que en ocasiones se transformaba en canto. Y los nombres de las mujeres amadas, perdidas o sacrificadas apenas si se deslizaban en un leve susurro. Y ella respondía, aquí no restan cenizas ni maestros alemanes que gobiernen la muerte. Y nuestra nube navegará por cielos estrechos y perdidos para evitar encuentros con los que allí yacen. Se abrazaban en un espacio creado exclusivamente para ellos. Había encajado una flor entre sus pechos tras libar con sus labios sus pezones. Y la extraña le oprimía con sus brazos, le acomodaba en las rotundas formas de su cuerpo porque deseaba convertirse en el jinete que la arrebatara para cabalgar hacia los umbríos bosques donde nadie pudiese encontrarlos. Háblame, le decía ella, nunca dejes de hablarme, a partir de ahora solamente viviré para escuchar tu voz, tan dulce, que dudo exista música alguna que pueda equiparársela. Y él le respondía: Tú justificas la palabra, siempre te estuve buscando, siglos habitando en el dolor hasta hallarte. Éntrame en ti, acógeme en tu honda suavidad, nunca permitas que vuelva a salir de tu cuerpo. El agua me depositó aquí, nos envuelven y acarician flores del paraíso. De la vida, Paul, son las flores que crearon

la tierra.

Escribían en aquellos momentos, Tristán, juntos, su primer poema, con besos supliendo las palabras. No sería el único, mas para ellos sí, el más hermoso, inolvidable, de cuantos crearon.

Fueron después quince días. A su regreso de Londres. En la última semana de febrero del año 1951 y la primera de marzo. Aunque no todo era ya como en el pasado. A las horas de amor sucedían las de disputas, los pesados silencios, los paseos solitarios. Pronto comprendió Ingeborg que ella era la derrotada. Que baldíos resultarían los intentos y esfuerzos realizados para unirse definitivamente. Comprobó su error cuando le propuso que su relación no fuera intermitente, ocasional, pues terminaría volviéndola inviable. Él insistía en la amistad, en encuentros ocasionales y similares al que ahora les reunía. Interiorizaba Ingeborg su dolor, consciente de que tal vez supusiera el alejamiento definitivo.

Regresó a Viena. Era viernes, veintisiete de junio del año 1951. Bachmann escribe a Celan notificándole que enferma de tanto como le extraña. Claudica una vez más y le insiste en que han de verse nuevamente, ya, donde sea, pero pronto. Desnuda sus sentimientos con palabras escritas en muchas de sus cartas ocultas, palabras no pronunciadas cuando se encontraban cerca de la despedida, vigentes en sus pensamientos, explicitadas como las alumbradas en sus más íntimos momentos de ansiosa soledad.

Te amo y no quiero amarte, es demasiado y es demasiado duro, pero te amo por encima de todo. Yo lo digo hoy, aun a riesgo de que ya no lo escuches o no quieras escucharlo. Déjame darte todo mi cariño, los muchos besos y abrazos que no puedes recibir, déjame estar contigo por el lapso de mi pensamiento. Tuya, Ingeborg.

Paul contesta distanciando su relación, como si en ella se sintiera involucrado a su pesar, palabra que ahuyenta su implicación y la parte de esa unión que ella reivindica para los dos, significándole que su corazón no puede detener ni el ritmo de sus pensamientos ni su búsqueda de estabilidad individual, y menos su creación poética. Insiste en que el tiempo fluye sin respetar situaciones presentes o futuras, que tal vez pueda detenerse una vez más pero de inmediato volvería a ponerse en movimiento anulando lo que parecía estático, devorando ese segundo de vida.

El tiempo del corazón que deja su estela rutinaria para uno, dolorosa, ácida para el otro. Ingeborg comprende que ahora nada puede revocarse ni revivirse si uno de los dos no se encuentra dispuesto a ello, por mucho que el otro lo pida y evoque. Y cruelmente, ignorando esos sentimientos, Celan la felicita y alienta por

la futilidad de sus éxitos, tan joven como es, en su vida pública. Interpretación que Ingeborg recordará y comprenderá en su exacto alcance pocos años más tarde como reflejo de la debilidad emocional e inestabilidad existencial de Paul, cuando se derrumbe a causa de las acusaciones de plagio que se formulan contra él e incluso de algunas críticas desafortunadas a su obra poética. Cartas, cartas comedidas, frías, de un lenguaje que no corresponde al creador que las escribe -él, que persigue siempre las palabras exactas, pero que no las encuentra o busca en estos años de dudas sobre sus relaciones humanas-, cartas ajenas a los sentimientos, hielo para adornar incertidumbres, acusaciones y arrepentimientos atropellados, expresiones alejadas del bello y sincero lenguaje del que tanto habían hablado y que refleja en su creación poética, no es, dice él, tiempo para romanticismos, han de ajustarse a unas normas estrictas de vida que le permitan encerrarse en su prioridad, la escritura, e Ingeborg le contesta más con desesperanza y amargura que con rencor, no ha de preocuparse, tener miedo por su futuro, ya es tan miserable la vida en Austria y supone para ella tal aflicción y apatía que no considera sino banales sus coyunturales éxitos, sí, en ocasiones resulta frívola y le gusta ser cortejada y disfrutar de algunas alegrías vitales, lo sabe, pero qué significan esos ratos de esparcimiento o huida, que así pueden interpretarse, con las largas horas y días de su trabajo burocrático, el tiempo perdido y carente de significado y proyección de sus verdaderos objetivos culturales y humanos, no es su modo de vida aunque haya de amoldarse a él para no caer en el absoluto desánimo, no deja de convertirse sino en otra forma de caminar hacia la muerte en la vida que día a día se pierde, pero existe algo más profundo y prioritario y no puede obviar el decírselo aunque tal vez le disguste escucharlo: la ansiedad por verle, reunirse con él. Mas ambos acrecientan las hirientes palabras, sobre todo por parte de Paul. Ingeborg se siente acusada de ladrona cuando el pequeño colgante en el que se grababa el mensaje sobre el tiempo de muerte no era para ella sino un vínculo que unía sus existencias, aunaba la memoria histórica y la herida siempre presente del nazismo en sus voluntades, significando que cuanto había ocurrido les motivaría en su búsqueda de un mundo mejor; medallón que él exigió se lo devolviera con abruptas palabras. Con humildad y pesadumbre le expresa en su respuesta cómo ahora entiende muchas de sus actitudes y mensajes, cree que la detesta y que desconfía de ella, sólo puede lamentarse y transmitirle la inmensa amargura que la invade; y no saldrá, de continuar con semejantes actitudes, él mismo del pozo en que se va hundiendo cuando se limita a acusar al otro como responsable de su situación, más cuando ella continúa amándolo, aunque esto ya sólo a su intimidad y conciencia pertenezca.

Otra vez dilata su contestación Celan. Se encuentra en Londres. Soledades de nieve en las calles y en el alma. Noches sin sueño meditando la deuda que con ella tiene, sobre todo cuando no ignora que, pese a su actitud, Ingeborg continúa perseverando por divulgar su obra poética en Alemania. ¿Es esto lo determinante para el tono que adopta la carta que al fin le escribe? Porque en las palabras del treinta de octubre que le envía se muestra más calmado, le habla de su soledad, de alguna manera se disculpa por lo que anteriormente le ha escrito, como si buscara, al pedirle le perdone, una reconciliación que pueda propiciar un nuevo encuentro. Y acompaña sus palabras con el poema «Agua y fuego». Sería uno de los favoritos de Ingeborg. Lo leería muchas veces y también la haría sufrir en sus años de soledad.

*Y yo alzo la vista hacia ti,
soleada de fuego:
recuerda el tiempo cuando la noche con nosotros
[subió a la montaña,
recuerda el tiempo,
recuerda que yo era lo que soy:
un maestro de mazmorras y de torres,
un aire en los tejos, un bebedor en el mar,
una palabra a la que tú ardiendo descendes.*

Ingeborg vuelve a dirigirse a él llamándole queridísimo, abominando de la vida y el trajín de Austria y Alemania, de las gentes que la rodean y de las conversaciones que mantienen, a gritos parece reclamar su presencia, su ayuda. Podemos sorprenderla sorbiéndose una despechada y sigilosa lágrima mientras escribe estas palabras con las que fustiga tanto su existencia como la ausencia de Paul, angustia en la que anticipa la que un día ha de devorarla, le confiesa que él, Paul, el amante y el poeta, es el único en el que puede decir que existe el yo complementario que busca, el que puede acompañarla en sus pensamientos y en sus momentos enloquecedores, al que quiere y conoce en su propio extravío, en su indefensión. Y con la infinita tristeza del amor que creía haber perdido para siempre, le insiste en su temor de que él no la ame a ella, que no podrán ir juntos al paraíso con el que sueña, pero que todavía le resta una esperanza para que algún día puedan alcanzarlo, que las dificultades económicas o de otra índole no les han de separar para siempre.

Lo íntimo, aflicción amorosa, se une al desasosiego producido por el entorno social y político en que Ingeborg vive. Se extiende a su quehacer literario y a las relaciones humanas que culminan en el carácter frívolo y sensacionalista con el que se ofrece su figura en publicaciones que de ella hablan. Cada vez se siente más aislada en

una sociedad en la que vuelven a cobrar importancia, a desempeñar un papel importante, los nazis dormidos y que nunca fueron juzgados ni condenados, ni siquiera acusados, cuyas ideas, conceptos éticos y sociales, religiosos y nacionalistas afloran aceptados por la mayoría de la población que no criticó ni se opuso al hitlerismo. Sólo confía en Paul, pero Paul se encuentra cada vez más lejos, no ya de su compañía, sino de sus propias palabras. No duda en escribirle, es el diez de noviembre de 1951, pese a su desamor, a huir de ella, confiando en que surja un día una ocasión que les permita volver a encontrarse. Ingeborg tardaría muchos meses en conocer que veinticuatro horas antes de que enviara su carta, en el café Royal Saint Germain, situado en el bulevar del mismo nombre, esquina a la rue de Rennes, frecuentado por Celan, éste había conocido a Gisèle de Lestrangé, con la que quince días más tarde iniciaría su relación amorosa. Gisèle trabajaba en el Museo Nacional de Arte y Traducciones. Las palabras que tras su primer encuentro se intercambian reflejan dos mundos distintos: el de ella sencillo, extrovertido, sincero, adaptado a un lenguaje que no es propio del de él, Celan. El cinco de diciembre Gisèle se refiere al inicio de la relación surgida en los días finales del pasado mes. Y el once le escribe: «Todavía estoy muy cerca de ti, de tus caricias, de tus ojos, de tu hermosa sinceridad, de tu amor. Me siento tan lejos, tan imperfecta para ti. También esto es muy inquietante. Debe ser difícilísimo amar a un poeta, a un bello poeta». El uno de enero del año 52 muestra su disposición a entregarse plenamente a él, en cuerpo y alma, casi reverenciándole, buscando sus huellas para adorarlas ahora que se encuentra ausente, pasando sus temblorosas manos por ellas, dejando que resbalen lágrimas de felicidad en sus ojos al tocar la mesa ante la que él se había sentado, en la que leía libros, escribía, bebía el vino que ella le servía, desde la que contemplaba el árbol de la calle entrevisto a través de los cristales de la ventana. Le llama querido amado -tal vez no encuentre otras palabras que definan mejor la intensidad de su amor y devoción- y se despide de él con la frase: «Soy tu pequeña flor de melocotón». Gisèle le dice que intenta leer, con placer, todos los poemas que él ha publicado, él, que pertenece a la raza de los «rarísimos y altísimos», aunque le cueste trabajo. ¿Cómo puede un Dios semejante dedicarse plenamente a ella? Ya han saltado las primeras acusaciones de Claire Goll a Celan por plagiar, dice, la obra de su marido en sus poemas. Gisèle la llama infame. Dice a Paul que lo único que anhela es que vivan pronto juntos. Quiere ser «su mujercita». En la última semana de mayo de 1952, cuando Celan y Bachmann han vuelto a tener relaciones amorosas, Paul, ocultando la existencia de la poeta alemana, le escribe diciendo simplemente: «El grupo vienes del que en París te daré todos sus detalles, es a un

tiempo curioso y ridículo». Y cita entre sus componentes a Ingeborg Bachmann.

Con Gisèle encontrará Celan una estabilidad emocional y económica sin desgarros ni pensamientos encontrados durante unos años, que concluirán con violencia inusitada y enloquecida por parte de él, y, por parte de ella, una sumisión y entrega que incluso se alargará en los tiempos difíciles en que él intente asesinarla o permanezca recluido durante largas temporadas en clínicas psiquiátricas. Su correspondencia ininterrumpida, incluso en los momentos más difíciles, es muestra de esta entrega dócil y obediente. Y sin darle cuenta a Ingeborg de su relación, se limita a contestar su carta tres meses más tarde: el pasado ha muerto y no se puede recuperar, le escribe, solamente aludir a él le provoca desazón y nerviosismo que desembocan incluso en ira, no, no deben volver a referirse a él, es mejor que Ingeborg no viaje a París, y subraya:

¿para qué hacernos más daño el uno al otro?

Le sugiere la posibilidad de una amistad que ni nazca de cuanto les unió ni adquiera compromiso de ninguna índole. ¿Cómo puede entender ella palabras que hablan de no perdonar jamás, de olvidar lo que ocurrió entre ellos? La ha condenado a un desierto envolvente y cegador, el que ha de instalarse en su corazón, que es la vida presente en su trabajo y en sus relaciones humanas. Es el germen infeccioso de futuras enfermedades que todavía no la abrazan peligrosamente, sólo la deprimen, la anonadan, vacían de estímulos. Pasan semanas en las que lentamente se va reponiendo, intenta burocratizar, no perder las relaciones, enviándole cartas literarias, le ayuda a difundir su obra en Alemania, a su reconocimiento, hasta que un día se entera por amigos comunes del matrimonio de Celan y Gisèle, y le reprocha: ¿cómo puede olvidar que fue él quien rehusó irse «a la selva» con ella? Y tras un hondo quejido que ahonda su abatimiento, concluye su comunicación con Celan reflexionando:

Dime cómo puedo estar contigo si tú ya hace mucho que te has ido.

Lo inexplicable recorre en voz baja el país

El veintiocho de febrero de 1952 Ingeborg Bachmann ha recibido elogiosas críticas por el estreno radiofónico de su obra «Un negocio de sueños». Mientras Celan, que ya lleva dos meses de relaciones con

Gisèle, escribe cartas de intenso amor a la joven francesa, tan sencillas que parecen más propias de un adolescente que del hombre atormentado que de manera cada vez más distanciada se comunicaba con Ingeborg. El veintiocho de marzo de 1952, a las 17 horas, escribe: «Maia, amada mía... este mundo es tú, tú sola... Lo que he amado hasta ahora, lo he amado para poder amarte». Trabaja intensamente sobre la obra de Kafka. Y recibe en mayo una invitación para desplazarse a Alemania. Desde Hamburgo, el veintiuno de mayo escribe a Gisèle: «Querido melocotoncito. Ángel mío, yo sé que me daré prisa en volver - mi vida no tiene mucho sentido cuando estoy lejos de usted».

En Niendorf se reúne el Grupo 47. Celan ha sido invitado. La ciudad, cercana a Stuttgart, acoge en estas veladas literarias, entre otros, a los poetas Ingeborg Bachmann, Reinhard Federmann y Milo Dor. Éste, nacido en Hungría, fue detenido en Belgrado e internado en varios campos de concentración, y se consideraba por sus vínculos humanos y culturales tracio, vienés y de patrimonio serbio. Era presidente del Pen Club austriaco y con Federmann escribió varios libros. Una fotografía del grupo muestra, y es uno de los escasos recuerdos gráficos que de Bachmann y Celan juntos se conservan, a los reunidos y se ve como Bachmann, fumando, contempla fijamente el rostro de Celan, que la observa a su vez con suma atención. Recuerda Bachmann cómo uno de los asistentes, tal vez el propio Federmann, se refirió a Goebbels definiéndole como el más perfecto arquetipo de los ejecutores del «mal», el asesino que nunca quiso reconocer la sima homicida que anidaba en su conciencia. Aparentó siempre mostrarse como un fiel ejecutor de la ley, funcionario disciplinado del Gobierno elegido por la mayoría del pueblo alemán, intérprete de su voluntad y de los principios eficientes que propiciaron el desarrollo y la riqueza de su país, sacándolo de la postración y humillación en que se sumió tras la derrota de la guerra del 14. Y para mostrar su rigor economicista y científico en el desempeño de sus funciones, cumplidoras de las leyes vigentes, llegó a lamentarse de que aquellos miles de cadáveres convertidos en humo por los hornos crematorios en los campos de exterminio -aunque era tema prácticamente proscrito para ser tratado en la renacida Alemania, en aquella reunión cobró importancia por exigencias de Dor y otros asistentes- pudieron y debieron haberse utilizado mejor como abono para las tierras no sólo de Alemania sino de otros países europeos. Rudolf Höss, comandante de Auschwitz, se oponía a esta idea. Para él los hornos crematorios significaron la perfección del desarrollo técnico y científico alemán. Con el mínimo esfuerzo y la mayor limpieza y asepsia posibles, que únicamente genios creadores de progreso como eran los investigadores y especialistas de su país fueron capaces de desarrollar, se había

llevado a término «la solución final». Nadie presenciaba aquellas muertes fuera de un puñado de ejecutores que manipulaban los cuerpos en las cámaras y hornos; luego desaparecían sin dejar rastro de su existencia, quemados por las propias llamas que alimentaban los cadáveres que durante no más de seis meses los *sonderkommandos* arrojaban a sus fauces a diario, y no circulaban noticias sobre ellos fuera de aquellos cerrados recintos, todo se encontraba perfectamente planificado. Goebbels le contestaba que lo que él razonaba y proponía se basaba en algo superior a los condicionamientos humanos, era el necesario beneficio económico que siempre ha de situarse por encima de cualquier otra consideración humanista, dado que la muerte y el castigo no se cuestionaban, sino el rendimiento económico que de ella se podía extraer. Para él el ser humano no era sino una máquina más de la que se debía sacar el máximo provecho, ellos eran, por encima de todo, empresarios. Y añadió: «En un tiempo no muy lejano funcionaremos a la máxima cuantía de revoluciones en numerosos ámbitos, con rendimientos perfectamente organizados y dirigidos, como las ruedas que desplazan a los automóviles por nuestras autopistas, persiguiendo que los hombres máquinas puedan portar la máxima carga y esfuerzo sobre sus hombros de acero».

Estas últimas palabras trasladaron el debate del pasado al presente y al futuro. Ya se hablaba en todo el mundo del milagro económico alemán. ¿Y acaso no tenía que ver con el razonamiento utilitarista del Goebbels de las últimas palabras? Que seguro se acentuaría en los próximos años. El ser humano había sido herido de muerte precisamente en la Alemania nazi, el autómatas era el hombre del futuro, argumentaban algunos de los escritores presentes. ¿Quién podría reinventarlo y, sobre todo, revivirlo?

Ingeborg llevaba tiempo observando cómo Paul, que no había abierto la boca en todo el desarrollo de la reunión, se iba poniendo cada vez más tenso, su creciente nerviosismo hacía temblar la mano que apoyaba en la mesa. Ella posó discretamente una de las suyas encima de la de él. Por momentos se miraron a los ojos. Paul, con palabras apenas audibles, manifestó su deseo: Vámonos de aquí, por favor, marchémonos, si no quieres acompañarme me iré solo. Ingeborg se disculpó con los presentes: tenían otro compromiso, una entrevista de Celan con sus compañeros de la radio. Y abandonaron juntos la reunión.

Pasearon por las calles semivacías de la ciudad antes de sentarse en el rincón de un solitario café. No había resultado difícil quitar los escombros de las casas derruidas por los bombardeos del año 45, limpiar las plazas y vías públicas, levantar nuevos edificios en las ciudades de Alemania y Austria. No faltaron, pese a los numerosos muertos causados por la guerra, mano de obra, ni arquitectos ni

constructores, muchos reciclados, que pasaron de trazar planos que reconvirtieran tierras baldías en campos de la muerte en el reciente pasado a levantar sobre las ruinas y escombros de las urbes o los campos poblados de muertos viviendas de lujo, edificios oficiales y, sobre todo, barriadas concentracionarias para los ciudadanos con menores recursos económicos. Tampoco escaseó el dinero y los apoyos a la reconstrucción de los aliados occidentales que contribuyeran con sus bombardeos a la devastación del país. La nueva Alemania edificada tras el final del III Reich, sus habitantes, que ya disponían de un techo protector bajo el que guarecerse y pan y cerveza para alimentarse, no tardarán en olvidar la contienda y las formas y modos de ejercer la política del hitlerismo. De esto hablaban Paul Celan y Bachmann mientras ahondaban en sus deseos de reencontrar la confianza perdida que habría de llevarles al hotel donde volverían a desarrollar el lenguaje que apenas si necesita palabras para comunicar los sentimientos y deseos que minuto a minuto, mientras bebían el vino blanco del Rin, se iban apoderando de sus cuerpos. Pero, expresará Ingeborg, ¿y las conciencias, quién desarrollará las conciencias que no desean olvidar ese tiempo de ignominia para abordar una ética y moral diferentes? ¿Somos nosotros, los escritores que aquí nos reunimos, los encargados de ello? Paul no contesta a estas palabras. Permanece ensimismado, rechaza al grupo que acaban de abandonar, no cree en sus discursos ni confía en su lenguaje poético y menos testimonial. E Ingeborg insiste: Son palabras tuyas, Paul, recuerda: una palabra, un cadáver. Tus poemas, añade, son palabras igualmente contra el mal, contra los cadáveres humanos que provocamos, pero también contra las conciencias pervertidas y perversas que lo desarrollan o contribuyen a su aplicación.

Tiempo después Celan recordará esta conversación al leer los poemas de Ingeborg en el libro que le ha enviado, en los que vibran los ritmos y significados de sus voces:

*Donde la tierra de Alemania ennegrece el cielo
busca la nube palabras y llena el cráter de silencio...
Lo inexplicable recorre en voz baja el país.*

Porque para Ingeborg ya no cuentan solamente los tiempos pasados, ni siquiera la memoria que debe purgarlos. Nuevas arias y plegarias, sin ocultaciones ni debilidades, debían entonarse igualmente por los holocaustos presentes. El crimen político, nacionalista, religioso o económico había abierto todas sus compuertas y amenazaba con extensos naufragios a la civilización no del todo extinguida. Mientras, se continuaba hablando de héroes y mitos, y los rutinarios burócratas del mal, embutidos en sus carteras de negocios o parlamentos reciclados, incluso organizaciones que

pomposamente se denominaban Naciones Unidas, continuaban cabalgando en el Apocalipsis de la historia. Por eso le decía Ingeborg a Paul que era necesario hacer comprensible lo incomprensible. Él negaba con movimientos de cabeza. Escucha, Paul, el hongo del humo ha vuelto a transformar el color de la tierra y ahora no son cenizas las que vuelan hacia el cielo, sino restos humanos, esqueletos los que se arrastran sobre los campos y los pueblos incendiados, y enfermedades las que se transmiten unos a otros los vivientes, que acaban muriendo entre atroces dolores y espasmos. Ya no se puede cantar o rezar inocentemente al dios de la lluvia, al crucificado, al de la ira o al del pueblo escogido, se han fundido todos en la voz del crimen que, como la música, se planifica en pentagramas o diagramas de papel. Te digo esto porque lo estamos comprobando día a día: barrer los escombros resulta fácil, pero el lenguaje que lo consigue no deja de ser el lenguaje de las palabras perversas que nos han alimentado a lo largo de este siglo, ¿y quiénes se esfuerzan en crear, fuera de ti y algunos contados con los dedos de la mano como tú, un nuevo lenguaje? Y si lo consiguen, ¿lo entenderán las gentes, lo asimilarán o preferirán continuar utilizando el viejo, maquillándolo si acaso, desbrozando algunas palabras pero sin arrasarlo su contenido con un fuego más devastador que el utilizado por ellos para destruir el nunca alcanzado progreso y liberación de la humanidad? Porque el lenguaje hitleriano era en el fondo un lenguaje religioso, y no olvides que las cancerígenas religiones constituyen el mal nunca intervenido, extirpado, para que no continúe con su nocivo dominio sobre la conciencia de los pueblos, lenguaje basado en afirmaciones rotundas, repetitivas y con un halo misterioso, credos cuyo origen resulta de difícil explicación pero son aceptados sin dudas ni réplicas posibles, sencillo por otra parte, como una música pegadiza que se apodera de los oídos y termina incardinándose en el ser humano a la manera en que la sangre corre por las venas, en una palabra, habita en él y ningún esfuerzo realiza para su limpieza y desahogo.

Celan la escuchaba procurando no seguir su discurso, que le desagradaba, palabras que herían sus pensamientos por su desacuerdo con ellos. El tema religioso, incluso político, era una de las cosas que más los separaban. Tampoco aceptaba de buen grado que fuese una mujer, tan hermosa como sensible, quien, aunque no lo nombrara, arremetiese contra sus propias creencias. En las relaciones pasionales e incluso en el análisis e importancia de la poesía es donde se encontraban. Cuando se trascendía esta para él fundamental razón que los unía, la tensión provocada por sus argumentos le causaba un rechazo y un malestar que le iban alejando de ella. Decía que comprendía sus orígenes, pero ella tampoco aceptaría, aunque ahora fuese por causas ideológicas, sus raíces judaicas.

E Ingeborg, ajena al mal que le causaban sus palabras, seguía insistiendo. Porque el mundo conforma una humanidad de fanáticos en el sacrificio y la sumisión por culpa de las distintas religiones, que podríamos reducir a una gran serpiente de múltiples brazos, y contra sus rígidos y mesiánicos modos de comportamiento difícilmente podemos nosotros imponer nuestra búsqueda de conocimiento y belleza. Nuestras palabras provienen del razonamiento, pero las de ellos las dicta la providencia, y contra el Dios todopoderoso no existe manera de dialogar.

Recordó entonces Ingeborg, y estas palabras paliaban el disgusto que le estaba provocando a Celan, cómo, en otra sesión del Grupo 47 a la que había asistido, uno de los escritores presentes comentó que, cerca ya del final de la guerra, había sorprendido en el edificio donde vivía a unos vecinos gimoteando en la escalera. Pensando ayudarles por si se trataba de una necesidad urgente, les preguntó que les ocurría. Tal vez un robo, una tragedia familiar. Ellos, marido y mujer ya casi ancianos, le contemplaron con tristeza y altanería a la vez, entre las lágrimas derramadas y el llanto entrecortado: Nuestro hijo, nuestro único hijo, acaban de comunicarnos que ha muerto en el frente. Quiso, antes de evadirse de la escena, mostrarse solícito y educado: lo siento, lo siento mucho, les dijo. Y ellos, por boca del hombre, respondieron con aplomo y constantes asentimientos de cabeza de la mujer: Es una pérdida irreparable, pero nos sentimos orgullosos, orgullosos de él que ha muerto combatiendo por el Führer y la patria. Todos debieran seguir su ejemplo. Y le contemplaron, por su juventud, provocativamente. Esta vez Celan sí habló: Los que se hunden en el oprobio no tienen tiempo para las lágrimas.

Apuraron el vino. Fue Paul quién tomó ahora las manos de Ingeborg entre las suyas. Ella atrajo su rostro para besarle.

Del veintitrés al veintisiete de mayo se producen varios encuentros íntimos de Paul e Ingeborg. Le habla ella de las ilusiones y esperanzas que había concebido de vivir juntos tras sus dos encuentros del pasado año en París, cuando regresó de Londres. Y ahora que han vuelto a encontrarse, a hacer el amor, no comprende cómo continúa rechazándola.

El último de aquellos días fue tumultuoso y provocó una agria disputa. Tras la unión pasional vino la desunión afectiva. Celan, esquivo, intentó justificar su distanciamiento a causa de la vida frívola que llevaba Ingeborg. Para nada quería confesarle su decisión de contraer matrimonio con Gisèle. Me dices, Inge, que no deja de haber hombres a tu alrededor. ¿Crees acaso que, cuando recibí tus palabras, no me dolieron, aunque tú pretendieras restarles importancia? También yo me llenaba de dudas preguntándome si te encontrabas cerca o lejos, muy lejos de mí. Y no pareces comprender que mi

silencio nada tiene que ver con el mundo que me rodea, con los hechos que acaecen en los días que vivimos, por horribles que me parezcan, sino que se ahonda en una oscuridad demasiado impenetrable y antigua para exponerla públicamente. Tú vives envuelta por personas que te quieren, o al menos eso expresan, que te adulan y desean, yo soy un expatriado, alguien excluido del orden que imponéis vosotros, siempre perseguido, expulsado de todas partes, sufriente de todas las violencias, me encuentro solo, siempre fui y seré, Inge, un proscrito. Y no ignoro que únicamente existe un segundo de vida para amar, y este tal vez no vuelva a repetirse nunca, y eso, profundo como la lágrima que uno retiene a lo largo de sus años sin que se desprenda nunca de sus ojos, nada tiene que ver con el éxito mundano, cuyo único resultado es alargar esa fugacidad de la comunicación y plena existencia de quien le busca y experimenta. En este caso de ti, Ingeborg.

Paul, Paul, sé lo que dices, lo que piensas, lo que escribes, no ignoro cómo la memoria retuerce tu cuerpo con los sufrimientos que te ahogan, pero te equivocas, si tú no estás, si no te siento dentro de mí, aunque pueda acompañarme alguien en ocasiones e impulsar momentos de huida, cuando febril y desquiciada me abandone para no enloquecer, piensa que entonces *nadie gana*. Y tú también pierdes, recuerda, Paul, recuerda tus palabras, nadie se asomará después a la ventana tomándome por la cintura como tú hacías, y cantando, porque nadie posee tu voz ni es capaz de pronunciar tus palabras y nadie sabe tampoco pronunciar mi nombre porque yo sólo lo escucho cuando sale de tus labios, ni yo puedo contemplar extasiada otros ojos que no sean tus ojos, Paul, y yo no gano ni tampoco pierdo porque no existo, existe mi cuerpo, Paul, pero mi cuerpo no soy yo, y luego sola me asomo de nuevo a la ventana y es el río que discurre bajo ella quien recoge mis lágrimas, porque yo también he sido decapitada como los tulipanes que no adornan la estancia donde yazgo.

Ingeborg no conoce en profundidad todo lo que Celan le oculta o no se atreve a contarle. En sus relaciones sólo discierne que Paul intenta marcar las diferencias que les separan, más allá de la pasión que les ha unido. Le habla de cómo el poeta, él en concreto, ha de ser siempre veraz, en su vida pública o privada, encontrar cuál es el sentido primordial que conforma su existencia, buscar la esencia de la palabra y convertirla en razón que dialogue con los otros, movimiento hacia la autenticidad de su significado, su vida y relaciones humanas han de supeditarse a ese fin, es su destino, hablar a su corazón para que sea este quién le exija precisión y serenidad en sus conceptos y expresiones poéticas.

Sólo manos verdaderas pueden escribir poemas verdaderos

le dice. Y si la memoria abomina de cuanto tiene relación con lo que obsesiona a los otros, patria, tierra, destino histórico, honores, gloria, es porque piensa en los seres humanos vencidos o humillados y cómo se identifica con ellos lo único que puede unirles: la lengua. Por eso él, Celan, ha de escribir en la lengua que le dio vida, pero fuera de la lengua se debe a su pueblo, a sus antepasados, a los sufrientes y a su destino. Y los acontecimientos que ella conoce le marcaron como ser humano, pero también convirtieron la lengua en la que escribe en vasalla del crimen. Ella y, más que ella, los componentes del Grupo 47 no son conscientes de esa servidumbre. Antes de trabajar con la lengua han de comprender de dónde parte y adónde se dirige. Oscuro el lenguaje, pero las palabras simples y convincentes, orientadoras, que alcancen el corazón. Si el lenguaje que crean se encuentra enfermo de realidad, será necesario que ellos, al utilizarlo, creen una realidad diferente. Y él, Celan, pese a quienes le critican y atacan, también los del Grupo 47, no renuncia a interpretar ese presente ni a ocultar el pasado, antes bien, se aferra a purificarlo y salvarlo, por eso lo dirige a lo insólito, lo que yace oculto, lo innombrable, poetizar es escribir sin falsos adornos ni mentiras ni mendaces esperanzas ni sonidos propios de la fanfarria embaucadora: palabras eternas, de tiempos de fuga de los dioses. El lenguaje humanizará el misterio.

Mientras Celan se expresaba, Ingeborg, doliente, permanecía en silencio. Celan hablaba de poesía en el tiempo. Ella tenía en ese tiempo dolor de corazón. Continuaba Celan su discurso. A veces el lenguaje, cuando el cuerpo sufre y a través de los sentimientos lo expresa en palabras que no dejan de ser convencionales, al fin tejido de polvo sin trascendencia, termina convirtiéndose

en un retumbar vacío de sílabas.

Quedó en silencio Celan. Tardó Ingeborg en hablar, apenas susurrando: el problema, Paul, es de otro lenguaje en lo que respecta a mí, ahora, aquí, el del amor, porque yo te amo, intensamente, y tú no me quieres a mí. Y estas palabras no las expresa ni mi conciencia ni mi pensamiento: es el corazón quien las pronuncia. ¿Tú escuchas alguna vez el lenguaje del corazón? Me pregunto si en tus relaciones conmigo, con el mundo, incluso contigo mismo, llegamos a existir. Habitas en la poesía, dices, y en la memoria, pero, si el corazón calla, la poesía también enmudece y, algo más grave, desaparecemos nosotros, y también las víctimas a las que crees entregarte en tu búsqueda de la verdad, de la comunicación por la palabra. Por muchas razones e historia que pesen en tu memoria, ahora, cuando te encuentras a mi lado, lo haces más con los sentimientos y las llamadas de tu cuerpo que con la historia, y creí que no solamente se pegaban una a otra las pieles, sino también los corazones. Y pensé que cuando

hablábamos, y los dos habitamos en idéntico lenguaje de las palabras, era también el del corazón.

No, Ingeborg, tú posees tus propias palabras, yo tengo las mías, y por mucho que lo intentes no llegaremos a comprendernos. Yo podría amarte, pero existen fuerzas superiores a mí que me arrastran a la soledad. En el amor me pasa como con la política. De joven sí me arrojé en sus brazos. Antes del acontecimiento. Cuando conservaba creencias que me impulsaban a participar en las luchas o acciones revolucionarias. Pero todo, de inmediato, pasó a convertirse en muerte. Ahora sé que únicamente un cuarto Reich me obligaría a regresar a ella. Mientras, considero que sólo cada uno de nosotros, aislado, con su esfuerzo y voluntad, puede purificar la vida de la sociedad. No olvidas que quienes

andamos con la cabeza tenemos el cielo como abismo bajo los pies.

Resulta natural que la barahúnda que nos asola tienda a enmudecer la poesía y la poesía evoque el refugio y la pureza del silencio. También lo hará, si no lo ha hecho ya, la música. Y el arte en general. Yo me diferencio de ti en que no acepto la vida mundana y rechazo los caminos que puedan conducir al éxito: dejaría de existir fuera del poema. Sin la poesía no existo. El poeta es como el buscador de la piedra filosofal, del enfebrecido orfebre que persigue la talla de la más preciosa joya, del alquimista, su secreto es su única realidad y desmiente que la vida sea un sueño o una pesadilla. Poema y hombre caminan solos. De ahí que cuando extraviemos el camino, entiéndelo, Inge, entiéndelo, no existen otras razones, enfermemos, languidezcamos. Es un diálogo terrible, lo sé, que puede conducir a la locura. Para los agnósticos como la vida: de la nada a la nada camina para ellos la existencia. Y del no ser al ser para dejar de ser, ese es el corazón del poema en el que habitamos. Por eso hablamos también de la luz, la lámpara que pueda iluminar el poema, pero también el amor:

quien está solo con la lámpara, tiene solo la mano para leer en ella.

Ingeborg tomó su mano, que Paul no retiró. Su voz había bajado el tono, casi era inaudible, como si recitara un salmo, un lamento profundo y prolongado. Y continuó hablando. Algunos de vosotros os mostráis comprensivos y solidarios con nuestra condición y circunstancia humanas, con la realidad de nuestro destino y sacrificio, aunque jamás alcancéis el ámbito absoluto de la soledad judía. Y menos en este siglo de masas enajenadas y criminales. Yo no podría refugiarme contigo en ninguna parte, aunque en alguna ocasión lo haya deseado. Cuando te encontré, heriste mi amargura con un

resplandor semejante al de la más hermosa flor brotada en los jardines del Edén. Nos amamos y hablamos de poesía. Por momentos creí que las palabras se convertían en corazón. Mi poesía siempre ha pretendido dialogar, profunda y sencillamente, con lo humano. Tú eres lo humano, el cuerpo, pero también el pensamiento. Pensé que ya había conseguido estrangular la lengua heredada y que de su estertor surgiría la palabra salvadora para los dos, aquella que mis labios pronunciaban en los tuyos. Mas las rosas también terminan marchitándose, las amapolas pierden su fragancia y la realidad pasa de acecharnos a devorarnos. Ingeborg, es ella, no el corazón, quien nos separa. Mi realidad es demasiado conflictiva para que pueda compartirse. Algunas noches o días, en mi soledad, me considero capaz de apresarla en mis libros, la poesía me salva de la destrucción e impide nos convirtamos en cenizas, la poesía es lo que existe sin que parezca haber existido antes.

Todavía los días eran grises, se iba oscureciendo la tarde, cuando el cielo se nublaba sólo la luz cenicienta extendía su capa de resplandor sobre el esqueleto de los árboles con las hojas florecidas que curvaban sus ramas titubeantes para dar cobijo bajo ellas a quienes cruzaban las calles. Débiles llamaradas rojizas y parpadeantes se escurren a través de algunas ventanas y balcones, y apenas turba el silencio el espaciado rodar de los automóviles que se desplazan por la calzada, ajenos a las vidas que van dejando a su paso. Cuando las lágrimas invisibles y al tiempo atropelladas se estacionan en el fondo de los ojos de Paul, estos brillan y parecen sonreír como si no le pertenecieran a él, como si así pudiese conseguir que no los atravesaran para desprenderse de ellos e inundar la estancia. Temblores sacuden la garganta de Ingeborg, que clava los dedos de una mano en la palma de la otra, los entrecruza y al fin, ardiente de pasión contenida, acaricia el rostro de Paul, y cuanto ocurre a partir de este momento ya se representa en un espacio alejado de esa habitación, aparcadas las palabras, suspendida la poesía, movidos los cuerpos por el desplazamiento de sus corazones reunidos en una nube solitaria que cabalga por algún lugar recóndito y no ubicable. Sus bocas se buscan y sólo se separan cuando los estertores de sus gargantas amenazan con ahogarlos. Entrechocan las lenguas, laminan los dientes. Una gota de sangre brota del labio superior de Ingeborg. Paul la recoge con su dedo meñique. Sonríe y su voz enronquecida musita: Ingeborg, ha brotado una amapola en tu boca. La multiplicaremos, alfombrarán el suelo y caeremos sobre ellas para que nos envuelvan y protejan. Nuestra sangre honrará la memoria de otras sangres, porque es dulce, como la brotada un día en los pechos de Sulamit en los que sumergió su rostro el rey Salomón. Ya no es ácido el sabor que deja en su lengua. La saliva se ha extinguido por el fuego

que la devora. Ingeborg se ha despojado de su blusa y sobre el amplio pecho se estiran los senos que amoratan sus enhiestos pezones. Paul refugia su cabeza entre ellos. Los besa y enloquece mientras ella oprime con dulzura su cabeza para que se asfixie entre los blancos, firmes y suaves muslos que la comprimen. Resbalan del sofá hacia el suelo, ruedan por él. Desliza Paul sus manos por las anchas y musculosas espaldas de ella y las lleva a su clitoris, mientras la besa con ansiedad incontrolable. Ya se encuentran desnudos, Ingeborg extendida en la cama con el bosque rojizo que cubre su sexo llamándole a que se interne en él. La contempla como si fuera una apariencia tan real y plena de exigencias que teme se diluya y desaparezca inesperadamente. Las caricias, por imperativo de Ingeborg, se tornan más lentas. Prolongados los movimientos de su pelvis, hasta que uno y otro, fundidos en un solo ser, desarrollan los caminos que llevan a la culminación del placer.

Era ya avanzada la noche. Ingeborg dormía. Él se vistió silenciosamente. Abandonó la habitación a la que no había de regresar.

Apenas amanecido, era el veintiocho de mayo, escribía a Gisèle:

Angelito, la he hecho sufrir y no me lo perdono, pero usted me perdonará este silencio demasiado largo, porque sabe bien que no he cesado, ni un segundo, de amarla, de pensar en usted.

Paul no vuelve a ver a Ingeborg aunque permanece en Alemania hasta el seis de junio. Algunos componentes del Grupo 47 le acusan de ser demasiado patético en sus lecturas y expresiones públicas. Él piensa que esas palabras las mueve su antisemitismo. El trece de julio dará una nueva lectura en Stuttgart. Desde el último día de este mes vive con Gisèle en Carintia, en casa de su amigo Klaus Demus. Terminadas las vacaciones regresan a París. Y el veintitrés de diciembre de 1952 Celan y Gisèle Lestrangé contraen matrimonio civil en la ciudad francesa con la presencia de dos amigos de ella. Su madre y hermana no han aceptado acompañarla por casarse y compartir su vida con un «judío apátrida de lengua alemana».

Ha publicado Celan este mes el segundo ciclo de su poemario *Amapola y memoria* con el título de *La arena de las urnas*. La carta que recibió de Ingeborg, en la que esta le confiesa su creencia de que tal vez puedan vivir juntos un día, coincide con la huida hacia delante de Paul, el doble refugio de los brazos y el apoyo humano y económico que le brinda Gisèle, cuya relación continúa desconociendo Bachmann. Ingeborg insiste en que vuelvan a reunirse en el mes de abril del 53 en que gozará dos semanas de vacaciones y piensa marcharse a París para encontrarse con él. Celan se mueve una vez más entre la seguridad que cree le brinda Gisèle y la memoria

reciente, el fuego no del todo extinguido de su relación con Bachmann. Tras varios intentos fallidos por contestarle, el dieciséis de febrero, titubeante y ocultando su presente situación, responde con breves líneas que no se refiera más a lo ocurrido entre ellos para que su herida no vuelva a abrirse aumentando su malestar. No desea que venga a París: solamente se provocarían daño. Pueden mantener una simple amistad: lo demás se ha perdido irremediablemente.

Ingeborg, apenas transcurridas cuarenta y ocho horas desde que recibe este profundo rechazo, despechada e inquieta ante la separación que supone, fijada por Celan como definitiva, le comunica, orgullosa, que irá a París no por él, sino por otras cosas que no necesita especificar. Pero aun siendo así, ¿le resultará desagradable que se vean tan sólo? No ha dejado de leer su carta una y otra vez. No puede transmitirle el dolor y la angustia que la atenazan. Su sensibilidad despierta clava infinitas agujas en su frente, y al tiempo se revuelve desasosegada, nunca más ajena a la vida que ahora ante el gran absurdo que la envuelve: ¿qué significado alcanza llenarse de actividades rutinarias como alimentarse, ducharse y vestirse, trabajar, salir a la calle, hablar con los conocidos, qué se ha hecho del lenguaje, qué razones la obligan a pronunciar palabras vulgares y carentes de sentido?, todo lo ha perdido, como si en un casino hubiera apostado su propia vida a una carta y el crupier, de un manotazo, la arrojara al montón del olvido, cómo ignorar que, tras convivir con Paul en Viena, Alemania o París, ha de despachar como si jamás hubiesen existido esas relaciones con un simple no, no existieron, Paul, Paul, tan sólo ya un nombre, un nombre que destruye su persona, entierra su presente, la deja indefensa para sentir, hablar, quien vive tan intensamente el sentimiento como ella no puede volver a exteriorizarlo, la extraña también puede convertirse en humo, vagar por los infinitos cielos que alimentan la memoria de Paul.

Alargados fueron los días que llenaron de luz y calor estos meses de 1952. Pero llegó la nueva estación y la oscuridad y tristeza otoñal acompañaron el sufrimiento de Ingeborg. Muchas fueron las horas en que recordó las emocionadas y enconadas discusiones que habían mantenido tras su encuentro amoroso en mayo. Ahora comprende que su amante no sólo sufría por el pasado, por la carga histórica y moral que arrastraba consigo, sino que era un hombre demasiado débil, egoísta, incapaz para amar sin límites a quien no le proporcionara paz y estabilidad emocional sin más compromisos ni ataduras. Con ella se había sentido feliz, pero sólo cuando se encontraban esporádicamente. Varios días de convivencia acentuaban su nerviosismo, su malestar: deseaba huir. Ingeborg buscaba la perfección en lo inalcanzable, el amor compartido y entregado era uno de esos mitos, el amor se realizaba en los encuentros sexuales pero debía ir mucho más allá,

sobre todo en la necesidad de compartir la creación para abordar entre los dos un proyecto de vida común, abolir el mundo del que habían partido y alcanzar uno de plena libertad, sensual y espiritual. Stendhal y Flaubert la habían guiado en sus lecturas literarias de juventud; del último aprendió que quemándose la mano y los pensamientos atravesaría la naturaleza del fuego que era el signo distintivo de aquel siglo de guerras y exterminios. Las heridas que desde los doce años se incrustaron en su memoria, las había renovado ahora Paul.

Pero insistía. Viviremos juntos, atravesaremos el infierno, encontraremos frases verdaderas que impregnen nuestro lenguaje, le diremos a Hölderlin que la poesía también puede aflorar en periodos de indigencia. Celan, en sus días de relaciones amorosas plenas con ella, sobre todo en la primavera de 1948 y en los encuentros de los años 50 y 51, le había propuesto que, cuando sus cuerpos se separaran, sus imaginaciones y sensibilidades poéticas trabajaran para reducir a cenizas, a las que tantos millones de seres humanos fueron condenados, el lenguaje literario de sus verdugos; si todos los escritores, compositores, pintores, artistas lo intentaban, la civilización tal vez podría renacer. Ingeborg pensaba erróneamente, antes de que le hablaran de la relación de Celan con Gisèle, que su amante estaba condenado a la soledad con ella. Y con Gisèle incluso podría compartir sus angustias, pero no sus búsquedas. Sería joven, bella, pasiva y sumisa, de familia acomodada y tal vez se sintiera enamorado de ella, pero no tardaría en recuperar su desasosiego y sus ansias de soledad. Celan, que no respondía ya a las cartas enviadas por Ingeborg, la condenaba no solamente al desamor, sino a la desafección humana e intelectual. Y en enero del 53 creía borrar para siempre a Ingeborg de su memoria cuando escribía a su mujer que siempre permanecerían unidos y afirmaba que fuera de ella, Maia, el mundo ya no existía ni existiría para él:

Tengo la impresión de dejar un mundo hecho de malentendidos, de falsas claridades, de engaños. Estaré ahí, a tu lado, dentro de unos instantes, dentro de un segundo que inaugurará el tiempo.

Es el verano del año 1953 -hace seis meses que Ingeborg ha conocido al músico homosexual y de tendencias comunistas Hans Werner Henze, con el que va a colaborar en libretos para sus composiciones, y con el que pasará una temporada, de agosto a octubre, en Isquia-. Ingeborg respira el vacío de Viena, la ciudad que considera corrompida y que se le ha vuelto insoportable, cada vez más oprimiente de su vida diaria, de sus concepciones políticas y culturales. Para no quebrarse definitivamente ha de huir a una tierra diferente, de gentes y costumbres más cálidas, humanas, sensibles y sensuales,

que no arrastren la carga del presente de su país. Italia tal vez. Son los poemas quienes le proporcionan algo de tranquilidad: los que ella escribe, los que va publicando Celan. Ya tiene casi terminado el libro que es creación, memoria y pensamiento, reflejados en bellas composiciones poéticas. Heidegger. La herida del pasado. Transportes masivos de prisioneros que mueren con la única culpa de haber nacido. Experimentos con mujeres previos a su asesinato, memoria, memoria, recuerdos que brotarán los días de fiebre, que más tarde, cuando renuncie a escribir poesía -mejor diría publicar-, transformará en prosa reivindicativa, exterminio colectivo o individual, el amor como abrazo de la muerte, el recuerdo constante de Paul, innombrable, presente, amante, amante jamás perdido, testigo acusador, presencia nunca muda aunque no hable de la barbarie sufrida por su pueblo, y sus gentes, austriacos, alemanes, ¿cómo no van a surgir en sus pesadillas, en su lucidez, cuando escriba, incluso en sus relaciones con otras personas, sobre todo en el futuro, el día que tenga la inmensa fortuna de conocer e intimar con Thomas Bernhard? Ingeborg puede leer los poemas de Celan mejor que los demás, porque ella ha sido, será siempre parte de Celan, él es lo que más le importa, nunca dejará de pensar en él. Ingeborg se alejará de Austria. Quizá para siempre. Única manera de intentar serenarse, continuar viviendo.

En el mar quemado de la soledad campestre italiana recobrando fuerzas. Petrarca y Celan. El pelo de ceniza. Los copos negros. La nieve caída, sin luz. Bucles de judío, gris no serás. Horror del pasado anclado en la memoria. Transformación de la muerte. Creación pura. La oscuridad de las palabras no es sino el reflejo de la claridad del horror. Sólo un puñado de vacas contempla su paso por el camino que bordea los prados. Habla o recita y luego sonrío. Saluda con la mano al pastor que dormita junto a una encina. El sol hace años que calcinó su rostro. Y ya en la mesa de la casa que habita escribe:

*Transformado quedó tu bucle
en el pelo de sombras de la noche
copos negros de las tinieblas
nevaron tu rostro.*

Yo, Paul, le dijo en aquellos días de mayo en Niendorf que marcarían el final de sus relaciones hasta octubre de 1957, nunca lograré separar el lenguaje de la vida, ni la creación artística o literaria de nuestros sentimientos o compromisos. Hasta que llegue la muerte quiero tener los ojos abiertos. Eso es lo que nos separa, lo que más lamento.

Y cuando publique *El tiempo postergado*, en diciembre de 1953, se lo enviará con la dedicatoria: «Para Paul cruzándose para el

desconsuelo». Ha transcurrido un año desde que Gisèle y Celan contrajeron matrimonio. En octubre había nacido su primer hijo, muerto de inmediato. Paul, que ya ha sufrido denuncias de plagio por parte de Claire Goll, no acusará recibo ni contestará al envío del libro.

Este año de 1953 es sin duda, Tristán, clave para comprender la crisis que ha de estallar de manera definitiva en las nuevas relaciones amorosas de Paul e Ingeborg de 1957 y 1958. En marzo Celan envió *Amapola* y *memoria* a Bachmann con la dedicatoria «Para Ingeborg, un jarrito de azul. París, marzo de 1953». Ingeborg, acosada por la tristeza, la melancolía y la desesperanza, le contesta desde Viena el veintinueve de junio. Le dice en su misiva:

Perdona que agradezca los poemas recién hoy. No encontraba el valor... Me voy de Viena a Italia y no vuelvo más... Los poemas son lo más valioso que me llevo. Te deseo mucha suerte.

Solamente desde San Francisco de Paola volvería a dirigirle unas líneas el dos de septiembre. Serán las últimas hasta cuatro años más tarde. Vive, le dice, en una casa rural vieja y pequeña completamente sola. La zona se llama «mar quemado». Y en su soledad no desearía volver nunca a la otra Europa. Celan no le contesta.

Soledad, aislamiento, insiste, desapego del mundo, de los hombres, memoria inundada de melancolía y furia por el amor perdido que extiende a la tierra que rechaza, de la que ha huido. Y, sin embargo, *Der Spiegel* ha publicado un reportaje literario y mundano sobre Ingeborg Bachmann convirtiéndola en una estrella, al tiempo que en toda Europa y los Estados Unidos se subraya el reconocimiento al «milagro económico alemán». Literatura protagonizada además por una mujer bella y relacionada con prestigiosos intelectuales. Ingeborg, que desprecia este tipo de reconocimientos, tanto como el resurgir de la entente austriaco-alemana, protagonizado por antiguos nazis travestidos de demócratas, incluso de socialistas, huyó precisamente de ese «milagro» aunando la crisis sentimental protagonizada con Celan al aturdimiento que le provocaba el ruido mediático. Y como contraste a la imagen que de ella buscan dar los medios de comunicación y las gentes más proclives a los cotilleos y sensacionalismos sociales que a la mera información literaria, ha visto la luz este poemario escrito contra un mundo en ruinas que anuncia que «vienen días más duros».

Vienen días más duros.

*El tiempo postergado hasta nuevo aviso
asoma por el horizonte.*

*Pronto tendrás que atarte los zapatos
y correr los perros de vuelta a las granjas de las marismas.*

*Pues las vísceras de los peces
se han enfriado al viento.
Pobre arde la luz de los altramuces.
Tu mirada rastrea en la niebla:
el tiempo postergado hasta nuevo aviso
asoma por el horizonte.*

Esa «amada que se hunde en la arena, que siempre está dispuesta a la despedida tras cada abrazo», no alumbrará en su poemario ningún vestigio del «milagro económico alemán» y sí la presencia de la atormentada memoria y la poesía de Celan.

En agosto, cuando Celan y Gisèle se mudan a vivir a la rue du Lote, se hicieron públicas en periódicos alemanes las acusaciones de plagio formuladas por Claire Göll contra Celan.

El diálogo entre Calan y Bachmann se había interrumpido. Roto permanecerá hasta 1957. Creo, Tristán, que los dos habían iniciado el camino de la autodestrucción, aunque esta no estallaría hasta los años sesenta. No se trataba exclusivamente de un problema usual en las relaciones hombre-mujer, de analizar quién era el más fuerte o el más débil. Era la destrucción del amor, de la pasión, que todavía viviría momentos de gloria, efímeros pero profundos, quizá los más significativos, en 1957 y 1958, de las subsiguientes caídas y sueños inconfesables, irrealizables, la que conduciría a ambos a idéntico y trágico final. Ella, sin palabras, se hunde. Él, en la rutina de su aparentemente ordenada vida, acompañado por la mujer y el nuevo hijo que nacerá dos años más tarde, acosado por las críticas a su obra, también irá enloqueciendo lentamente. En la consciencia del abrazo perdido se abre el légamo de la muerte. En la mujer hundida en la arena, en la imagen de la mujer que yace sola sin que la nieve le haya tupido todavía los ojos. El exterminio, el holocausto, corren paralelos a su propia extinción. Nunca fue tan vivible el ahogo, interpretable, como en los poemas oscuros de los dos amantes. Y la lámpara que deseaban buscar yace temporalmente escondida.

Nadie me ama ni me ha agitado una lamparita.

Aquellos días en que iniciara el mayor de sus sueños, truncado al fin, encuentran un reflejo en su libro *El tiempo postergado*, en el poema titulado «Amplio paisaje junto a Viena»:

*En ningún lugar se conceden, como aquí, antes de
[los primeros besos
los últimos. Se trata, con la resonancia en la boca,
de seguir caminando y callar.*

Ingeborg, consciente de no ser culpable, no encuentra lugar al que dirigirse. Todavía cree que tal vez existirá un momento propicio en el que pueda buscar con su mirada el fondo de los ojos de Paul, aún no congelados. Mas transcurrirán cuatro años de silencio -sólo cortado por breves notas para acusar publicaciones de libros o encuentros impersonales en reuniones o congresos de escritores- hasta que en el otoño del 57 todo el deseo postergado y la memoria encarcelada pero no extinguida explosionen en Celan, que vuelve a buscar desesperadamente a Ingeborg: será un nuevo estallido amoroso, preludio del enloquecimiento que atacará, apenas unos años más tarde, a los dos al mismo tiempo.

II

EXTINCIÓN

2003

Sólo tenía una concepción aproximada, no pienso al respecto en algo inmenso, ni tampoco en algo único, pero sin embargo sí en algo más que un esbozo, más que un esbozo de existencia, en algo que se puede mostrar... y de lo que no tenga que avergonzarme... que me parezca digno de ser escrito porque es importante para mí, y por añadidura me causa un gran placer.

EXTINCIÓN, me gustaba ese título, de ese título se desprendía para mí una gran fascinación... Cómo se me ocurrió, no lo sé ya. Creo que es de María, que al fin y al cabo me llamó también extintor... Que soy un extintor, afirmó. Y que lo que llevo al papel es lo extinguido.

Thomas Bernhard

Cuando le informé a Tristán de que ya había comenzado a escribir la historia de Ingeborg Bachmann y Paul Celan, tras mirarme fijamente, se sumió en un profundo silencio. ¿No te parece bien? ¿Tienes algo en contra de que lo haga? Me contestó: ¿Quieres más vino? Asentí. Bebimos los dos lentamente. Pasaron varios minutos sin que ninguno hablara. Al fin me preguntó: Alma, ¿qué historia es esa? Yo acababa de terminar la lectura de *Extinción*. Todavía me embriagaba la emoción, ¿emoción?, asombro, temblor que desde el momento en que la inicié se apoderó de mí. Era como un nuevo fragmento de la Biblia de la narrativa y el pensamiento. Tomé el libro y leí a Tristán: «algo más que un esbozo, más que un esbozo de existencia... no soy realmente escritor, sólo un intermediario de la literatura». Esas líneas, situadas al final de la obra, me decidieron, Tristán. No se trata únicamente de una historia, aunque esta constituya el motivo principal. Es de ellos, ciertamente, pero también

de quienes existieron entonces y existen en nuestros días pretendiendo negar el dolor, borrar sus huellas; porque con sus palabras buscaron que el lenguaje dejara de ser un cadáver más al servicio de burócratas complacientes y banales en su complicidad con el mal. E intenté, por mucho que yo no sea escritora sino intermediaria de la narración y de la vida, reflejarla. Lástima que no pueda usar el título de Bernhard para contarla, para hablar de ellos, de su tiempo histórico, nuestro tiempo, de su amor apasionado y convulso. ¿También de nuestro amor, Alma?, dijo Tristán contemplándome con ternura. Nuestro amor, nuestro amor, nuestro amor no ha existido, nos perteneció únicamente a nosotros, por eso carece de historia, no es historia, la de ellos sí. De ahí que para el título eligiera palabras de Ingeborg. Ellos, y tú también Tristán, surgiendo siempre de las sombras en que se profundiza el misterio. Hemos hablado tanto de la vida de estos dos seres tan únicos como sufrientes y protagonistas de la civilización que cuando nacieron ya comenzaba a extinguirse, que sólo tuve que dar curso escrito a nuestras palabras, sus palabras. Y la razón de ser de esas palabras se encuentra en el relato de Bernhard, cuando, recogiendo lo que le dijo Ingeborg Bachmann, a la que llama María, cuenta que fue ella quien le proporcionó el título para la novela, su postrer libro, ella, que designaba al propio Bernhard como extintor. Y él aceptó la definición de la gran, querida amiga, como un extintor, efectivamente, que no llevaba al papel sino lo extinguido o que se encontraba en trance de extinción, sentimientos, cultura, vida pública o privada. Lo extinguido que vivimos nosotros también en España aquel día de marzo de 1938 en que la muerte bajó del cielo a Alcañiz. Creímos poder aislarnos de la extinción de España con nuestros besos y no ha sido así: el pasado también nos condenó. Tal vez sin esa extinción no hubiera surgido en mí la necesidad de escribir un libro, este libro, mi primer y único libro, y al mismo tiempo le doy la vuelta a mis razonamientos, y sin seres humanos e historias como las de Bachmann y Celan tampoco se podrían escribir libros como este.

Tristán me escuchaba, pero con la mirada perdida, los ojos semicerrados, parecía ajeno a mis palabras. En la penumbra, contemplándole, yo adivinaba la infinita pesadumbre que siempre le acompañaba, acentuada estos últimos tiempos. De forma casi imperceptible dijo: También el amor se extingue, Alma, como nosotros mismos. Y nada resulta más doloroso que regresar al pasado cuando uno se pregunta una y cien veces: por qué lo hice, o por qué no lo hice, creíamos que la vida duraba eternamente y ahora nos impide que podamos rectificar, vuestro tiempo ha terminado, mas para provocarnos más sufrimiento nos deja la memoria.

Tomé una de sus manos acariciándola. Y añadió: ¿Cuándo murió el sueño de la vida, de la utopía como ella lo denominaba? El mundo

carece ya de fuerzas para gritar, se consume en artificiales y virtuales escenarios, se mueve cada vez a mayor velocidad, pero ciego, y el ser humano prefiere ignorar que él mismo camina hacia su propia extinción.

Lo que yo escribo, Tristán, no es ajeno a tus palabras. Me preguntas: ¿Dónde queda nuestro amor? Y te respondo: Donde la infancia, la guerra, en los últimos rescoldos de la memoria. Fueron muchos los días, los años que hicieron de nosotros dos uno solo, en las caricias y en las palabras. ¿Acaso no eras tú el narrador también de lo que yo escribo? Nuestros cuerpos cabalgaban en la montura del corcel negro que ellos espoleaban por la llanura de los sueños hacia las estrellas del país de las mil y una noches, y cuando alcanzábamos el valle de la sangre y las amapolas, brotaba el torrente de confesiones en que fundíamos nuestro amor. Cuando Celan se suicidó, tu dolor y pesadumbre mostraban las profundas huellas de cuanto perdiste en tus viajes y acciones políticas: nunca podrías superarlo. También yo sufrí con la muerte de Ingeborg. Era el camino de nuestra propia agonía. Transmitía entonces palabras que al final alcanzarían su significado: el triunfo del amor venía unido al triunfo de la muerte.

Ni a ellos ni a nosotros nos queda ya ninguno. Alrededor nuestro las estrellas de la utopía se han ido apagando, una a una, cada vez a mayor velocidad. Fugaces destellos anteceden al definitivo silencio. La canción, el eco y el desgarró de las relaciones nos sobrevivirán un breve tiempo cuando entremos en el vasto e inexplicable reino de la inexistencia. Pero no lo ignoras: todo es siempre ruido y silencio. Hablábamos durante horas que se tornaban tan fugaces como los segundos. Al separarnos, yo leía. Y escribo. Nada importa que sea yo quien refleje palabras que te pertenecen igualmente a ti y que son o pudieran ser al tiempo de ellos. Yo, que eres tú, iba tejiendo su existencia sobre la que nosotros mismos habíamos gravitado. Tu amistad, comunicación mejor, con Celan se debía a tu carácter de exiliado, pero sobre todo sobreviviente de Auschwitz, por eso pudiste hablar, o pensar, o guardar silencio a su lado, acompañando el profundo, infranqueable mutismo de él. Tú me llevaste a los cafés de París donde os reuníais, a los lugares por donde paseabais vuestras derrotas y amarguras, algo que, si a él jamás le abandonó, a ti tampoco, pese a tu vida de acción y compromiso político, idéntico síndrome de la memoria herida, el velo que oscurece las imágenes de la existencia que intenta abrirse paso a su abatimiento, el naufragio de quienes ya nunca podrán encontrar isla bienaventurada posible. La mía se ha ido identificando con los poemas y reflexiones humanas de Ingeborg, mi piel se fundía a esa piel y solamente cobraba su libertad y sensaciones propias cuando tú abandonabas tu misterio para acudir

a mi lado y amarme. El suicidio de Celan te golpeó con una fuerza inmisericorde que grabó en tu brazo otro número con tinta imborrable acompañando al que te imprimieron en el campo de exterminio. A mí la muerte de Ingeborg, por sobrecogedora que fuese, me afectó de otra manera, con la identificación en sus palabras, las que pronunció, escribió, ocultó o guardó para sí, que apenas si lograba penetrar en sus noches de insomnio, en sus delirios sobrecogedores cuando estuvo sometida a tratamiento con psicofármacos, en la lucidez esplendorosa y escalofriante de sus poemas escritos en los periodos de internamiento, en sus alucinaciones alcohólicas o desbordamientos sexuales, en sus interminables encierros solitarios o en el desdoblamiento de su personalidad provocativa, de sus ideas, de sus concepciones estéticas o humanas a través de los personajes que creaba. La amaba, Tristán, y, de haber podido, la hubiese amado hasta la extenuación, hubiera besado hasta el último poro de su piel dejando que su boca me devorase hasta la asfixia. Eso diferenciaba mis pensamientos ardientes de los tuyos, siempre distantes respecto a Celan. A los dos, el camino que recorrimos en nuestros encuentros para explicar lo que ellos vivieron, gozaron, sufrieron en sus relaciones, los «modos de muerte» que desde siempre atravesaron sus vidas, las «fugas de muerte» que terminarían por extinguirlos, de diferente manera pero con idéntico final a los impuestos a sus familiares, amigos, ciudadanos de los atormentados países de la vieja Europa, nos identificaron y acompañaron como un desdoblamiento de nosotros mismos.

Cuando Tristán se puso a hablar monótonamente, Alma no quiso interrumpirle. Tuvimos la desgracia, decía, de nacer y vivir en un país que amábamos y pronto aprendimos a aborrecer. Un país dominado por bonetes, guerreras, señoritos latifundistas y banqueros encorbatados. De sonrisas vacuas, melifluos tocamientos, marciales exabruptos, criados y siervos que se creen libres. Pronto nos destrozaron los juegos, las ilusiones de nuestra infancia y adolescencia. Los cielos se ennegrecieron, la tierra se contaminó y corrompió, y los hombres se revolcaron en la sangre costrosa y paralizante que brotaba de sus ojos y bocas bendecidos por crucifijos y sotanas con olor a semen estancado y rancio. Odio este país, Alma, y comprendo que tú te refugies en otras historias para no vomitar la náusea que nos envuelve por vivir en él. España: sólo su nombre envenena mi caminar hacia la muerte.

No creo, Tristán, que sea peor que otros, Austria, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos. Si acaso más zafio, inmerso en la podredumbre y la mediocridad cultural. Si hablásemos de ellos, también podríamos decir que la civilización es una palabra vaciada de contenido. Pero en ellos, y otros similares encontraríamos en el

nuestro, vivieron, sufrieron y se amaron seres humanos como los que intentamos describir, y hablar de ellos equivale a hablar de la vida. No nos referimos a patrias, banderas, cuarteles, bancos o iglesias, y menos a los rostros que los representan.

¿Y qué pretendes con el libro que escribes, encontrar la lámpara que ilumina las conciencias durmientes en la opacidad y la ignorancia, ejército de sombras cada vez más numeroso que camina dirigiéndose con lentitud pero sin pausa a «los últimos días de la Humanidad», la lámpara o la nube que alumbra una gota de lucidez en el proceso de la abismal extinción?

Ingeborg, respondió Alma, albergaba el deseo de escribir para él. Nos quedó el título de su empeño, *Modos de muerte*, y unos cientos de páginas. Cuando se amaban, pensó que Celan debía pedírselo, confiar en sus libros, aunque no le demandara que los leyese y al fin terminara reconociendo la poesía de Bachmann como emanada de su sensibilidad, el complemento de la sensualidad que poseía, tal como él la definiera. A ella le bastaba su confianza para satisfacerla. Cuando Celan murió y pasó a habitar ya sólo en su memoria, los estaba desarrollando. Se le extinguió la vida antes de concluirlos. En las páginas escritas habitaba él, en su esencia y en su presencia, en su laberinto humano y en su lenguaje poético. Yo identifico sombras de esa historia en nuestra propia relación, Tristán, e igualmente en nuestro destruido país. Después de Alcañiz y su pequeño genocidio, cuando yo era demasiado joven y tú te convertías prematuramente en adulto, en los años posteriores en que desarrollamos nuestro amor, siempre abrasados por el temor y la distancia, corrimos un camino en el que no tardó en introducirse la presencia de ellos, una vida que seguimos a plenitud, casi en éxtasis. Y yo se lo debo a Ingeborg, Tristán, se lo debo aunque nunca pude conocerla y amarla en persona, aunque ella no pueda leer el texto que a cuatro manos estamos escribiendo. Sin ti, pese a nuestro envejecimiento y angustia final, no hubiera podido realizar este trabajo. Mejor eso que suicidarse o vegetar en espera del último día, ¿no crees? Han transcurrido ya treinta años desde la muerte de Ingeborg. Pero, si lees algunas de sus palabras, puedes aplicarlas a la España de hoy.

Las matanzas han pasado, pero los asesinos siguen entre nosotros, muchas veces mentados y otras localizados, y algunos -no todos- procesados.

En nuestro país, corregiríamos: ninguno procesado, que la justicia continúa siendo de ellos, aquí la historia ha sufrido un escarnio mayor. Los asesinos no tuvieron que huir o agazaparse un tiempo, disimular al menos su pasado. Aquí siguieron y continúan prepotentes, años y años dirigiendo nuestras vidas. Combatir el odio o el asco que

por nuestro país experimentamos, a la manera en que Bernhard lo hace con su Austria, es hablar de poesía -que también entre nosotros habitan, aunque sean los menos, algunos poetas o narradores del lenguaje y la dignidad humana- y de amor -por mucho que este se vaya extinguendo o deformando-, y así, al escribir sobre Celan y Bachmann, a través de las palabras y los sentidos, nosotros hablamos de España, porque tampoco Auschwitz es un pasado extinguido ni los crímenes y holocaustos cesaron con el cierre de aquellos campos de exterminio. Extinción, Tristán, ese es el título, que mi relato solamente nace para extinguir el tiempo que desarrolla lo en él escrito, y con la extinción de los personajes desaparece el tiempo en que vivieron, y nosotros igualmente desaparecemos con él, y el lector, si acaso existe, que ni ha vivido ni vivirá la historia que no es la historia que estudian o le cuentan, porque los seres auténticamente humanos, creadores personales y sufrientes, no aparecen en esa historia de falsos absolutos -y ahí se cuelan figuras como Heidegger-, de sucesos tan magnificados como deformados e irrelevantes, ni en sus novelas de cartón piedra o en sus palabras grandilocuentes. Todos llevamos, llámalo Wolfsegg, llámalo España, Carintia, Roma o París, misterios y pesadumbres no escritos, tú mismo, Tristán, y cuanto de ti ignoro tras medio siglo de relaciones.

Alma no quería escribir sobre Tristán. ¿Qué podría decir? ¿Que le amaba desde que era niña, desde que la recogió cuando lloraba junto al cadáver de su madre víctima de las bombas arrojadas por los fascistas italianos a orillas del río Guadalupe? ¿Qué importancia tendría subrayar que cada vez que realizaba el amor con él devolvía a la palabra felicidad -tan esquivada con ella desde aquel día terrible de marzo de 1938- su significado? Tristán llegaba de improviso, hablaban interminables horas, se amaban hasta el agotamiento de sus cuerpos, volvía a marcharse, y ella, se encontraba donde se encontrase y estuviera con quien estuviese, continuaría esperándole. Tristán apenas si le daba alguna referencia de los lugares de donde venía. Un día citaba Leningrado, otro Pyongyang o Bergen, tal vez Moscú, Babilonia, La Habana, Bucarest o, sobre todo, París. Y se sucedían, en ocasiones, con diferencia de meses o años, los nombres de las ciudades. Nunca le informó de los motivos que le llevaban a ellas. A qué se dedicaba en sus misiones políticas. En qué conspiraciones andaba metido. Me amaba, se decía Alma. Y se dejaba amar. Reíamos. Me burlaba de él. Paseábamos. En ocasiones realizábamos algún viaje. Yo también he estado en un lugar que no conoces, aunque digas que has viajado por el mundo entero, le comentaba, nadie hablaría de ese lugar, es mi misterio. Dime cuál es, Alma. Apolda, se llama Apolda. Después, ya más seria, yo insistía en mis preguntas, deseaba conocer algo más de sus viajes, de su extraña vida. Me respondía: soy solamente un

sobreviviente de Auschwitz, tú lo eres de Alcañiz, Alma, pero sólo te dejaron las huellas de la muerte de tu madre, de tus compañeras de colegio, yo las llevo grabadas sin nombre en mi cuerpo. ¿No te resulta eso suficiente, no basta para explicar mi existencia posterior? Sí me referí, desde nuestro reencuentro, a Celan. Habías ido a enterrar a tu padre, otro fugitivo de la guerra, a París. Y cuando me solicitaste datos de mi vida, salió el apellido de la única persona de la que podía hablarte, que las otras, políticos clandestinos o en el poder, no merecían ni merecen la pena, te lo juro. Paul Celan, al que conocí, junto a algún otro refugiado español, a finales de 1938 en Tours, donde él estudiaba medicina y yo había llegado huyendo tras el desmoronamiento del frente de Aragón, con el que me relacionaría más ampliamente a partir de 1948 ya en París. Y si te hablaba de él es porque se trataba de otro sobreviviente como yo, no dejó de serlo ni un solo día de su vida, y los dos nos vimos obligados a no olvidar el pasado, salía en nuestras conversaciones de forma natural, sobre todo era él quien deseaba conocer más de mi internamiento, de las víctimas de su pueblo. En sus poemas vivía aquella tragedia, la combatía más acertadamente que yo, por oscuras que parezcan sus palabras y ortodoxos que resultaran nuestros mítines. Apenas le comentaba algo sobre el presente de mi vida, distanciada de la suya, dado que yo todavía consideraba que a través del comunismo en el que militaba lograríamos extirpar el fascismo, cuando fue el fascismo quien nos extirpó, desde fuera y desde dentro, a nosotros, que las raíces que desarrollan su veneno alcanzan no ya solamente a los seres humanos sino a la naturaleza entera. El mal inoculado en asesinos y asesinados se transmite a sus herederos como una balsa perfecta para sumergirse en ella, putrefacta e inagotable pero edulcorada al tiempo por el desarrollo de la técnica y la cultura alienante, y esa descomposición virtualmente atrayente infecta partidos y organizaciones políticas y sindicales con sus colores, artificios, corrupciones individualizadas, lo deshumaniza todo y además trivializa y envenena los lenguajes, ya más visuales que lingüísticos, que un día sirvieran para comunicar, pensar, descubrir la belleza, organizan la economía discriminadora y explotadora del mundo, ese mundo que ahora dices con justeza se encuentra en extinción. Y yo soy una criatura de ese mal nada más, y mi misterio no es sino una prolongación de su realidad. ¿Mi vida, Alma? La has descrito en palabras de ella, tu adorada Ingeborg. Exilio.

*Un muerto soy que deambula
no inscrito ya en ninguna parte
desheredado hace tiempo y pronto de nada
que entre los hombres no sé vivir.*

Sin tus besos, sin tu compañía, yo no habría sobrevivido,

¿comprendes? Mi extinción data de lejos, de mucho tiempo atrás. Y mi calor de vida proviene de las veces que tú también lloraste en mi pecho.

Alma se refugiaba en Bachmann en numerosas ocasiones para explicar sus relaciones con Tristán. Eran las palabras de la escritora las que esclarecían su existencia. Los años que antecedieron a tu regreso, le decía a Tristán, apenas si marcaron actos en mi memoria, sólo gracias a mi abuelo puede decirse que tuve un desarrollo de mi educación y de mi sensibilidad. Pero tú, al tiempo que me sacaste de la rutina, de la tristeza, me devolviste el goce por vivir, me hablaste de ellos, me fuiste enviando sus obras, te convertías en otro extraño durante tus prolongadas ausencias, alentaste mi deseo de narrar, tal vez sin proponértelo, sus vidas. También Ingeborg, a pesar de su temprano reconocimiento como mujer y escritora, anheló siempre encontrar un lugar en el que pudiera vivir con Paul, no importaba fuese en el desierto o en el mar, en las estrellas o en el más remoto e ignorado de los castillos perdido en la profundidad de un bosque, lo que deseaba era compartir sin interferencias su amor, se lo repitió una y mil veces, sólo le quería a él y nada le importaba de dónde procedía y adónde se dirigía siempre que pudieran intercambiar sus palabras y sus caricias. Y tampoco lo alcanzó. Por eso, Tristán, los nombres que en ocasiones, cuando estamos juntos, se te escapan, exóticos, con historias ocultas en las que yo no debo o no puedo entrar, salvo el de Auschwitz, ese no necesitas pronunciarlo por estar grabado en tu piel y porque fue el que te unió a Celan, no contribuyen más que a ahondar tu oscuridad, tu enigma que sólo desaparece cuando yo entro en el desierto y tú transformas sus arenas en punzones que se incrustan en mi piel con un fuego purificador que me transporta al éxtasis. ¿Cómo salir luego del fuego en busca del agua para regresar a la vida? Tristán, nuestra historia, que únicamente cuenta y existe para nosotros dos y consigue en ocasiones, aunque no se narre, ese lejano poso de belleza en que el conjuro de los versos de ella reinventa la grandeza del amor.

Insistió Tristán: Cuando dejé de ver a Celan, no de vivir en la memoria de Auschwitz, y me encerré en el silencio, tú fuiste la fuerza que me ayudó a llegar a este presente, al final. Ya apenas quedamos un puñado de sobrevivientes. Y el lenguaje, pervertido e inocuo, no sirve para describir nuestro pasado. De Auschwitz resta lo que tú en tantas ocasiones acariciaste, que al principio únicamente lágrimas te arrancaba, ese número perenne incrustado, más que en el brazo, en la garganta. Homenajes, conferencias, libros, no sirven para acallar el grito silencioso y perenne en nuestra memoria. Extinción, Alma, ¿sabes? O exterminio, como ella dijo. ¿Cuántos años he pasado contigo aunque fuera discontinuamente? ¿Y cuántos besos y palabras

he perdido en tierras y países -no hablemos de las insoportables reuniones- que no me dejaron ni una sola fotografía -leyes de la clandestinidad- para recordarlo? Y sobre todo, ¿por qué no te acompañé a ese lugar, Apolda, que se envuelve en las más espesas brumas del misterio? ¿Recuerdas, Alma? En ocasiones, antes o después de que hiciéramos el amor, yo te leía poemas de Celan, te hablaba de él, de las palabras que intercambiábamos. Nuestras vidas, tan diferentes, habían coincidido en situaciones que se identificaban en la memoria que no desea extinguirse. Recuerdo una noche, poco antes de otra de nuestras separaciones, en que nos acostamos en mi pequeño cuarto de la rue 4 de Septembre, cerca de la plaza de la Ópera. Yo entré en tu cuerpo y me movía acompasadamente, inclinado sobre ti, que abrías tus ojos contemplándome con dulzura mientras oprimías con una de tus manos mi espalda. Me dijiste -nunca querías que me marchara, esa noche menos que nunca, tú regresabas al día siguiente a Alcañiz-: Mátame, por favor, ahora, ahora, pero no me abandones en Austerlitz, termina aquí conmigo. Sí, contesté yo, te mato, sabiendo que el orgasmo no tardaría en vencernos y derrumbarnos uno al lado del otro con las manos entrelazadas, sí, te mataré esta noche. En un susurro, tú, que jadeabas entre espasmos cada vez más convulsos, repetías una y otra vez: Te quiero, siempre, te quiero, compréndelo, te quiero. Confundíamos nuestras palabras y gritos. Y la luna se asomaba a la ventana y sobre su lechosa luz creíste divisar, me confesarías más tarde, la silueta de un jinete negro al que se abrazaba desesperadamente una mujer bañada en lágrimas. Tristán, gritaste cuando el placer nos devoraba, son ellos, se marchan, se van para siempre, Tristán, nos abandonan.

Ya serenados, leímos un fragmento de la novela de Bachmann. Nos dejaba sin explicaciones. Sobraban las palabras. Si en él te encuentras tú, yo tengo otro escenario para mi final.

Quiso pedirle que remontara el río con ella, pero él no respondió y le entregó las riendas. Ella seguía estando en grave peligro y él le hizo señas de que empezara a cabalgar. Ella había perdido su corazón... Le obedeció porque tenía que obedecerlo. Montó en su corcel negro, lo miró en silencio y quiso decirle unas palabras de despedida en su idioma y en el de él. Se lo dijo con los ojos. Pero él dio media vuelta y desapareció en la noche... La princesa lloró por primera vez en su vida... se lanzó a cabalgar varios días y noches río arriba hasta que llegó a un paraje donde el río se perdía en infinidad de brazos que a su vez fluían en todas las direcciones... y la princesa había perdido la orientación... la llanura vivía y nadie, excepto ella, la habitaba.

Otras son mis palabras de despedida, Alma. Contemplo las

plantaciones de tabaco del Valle de Viñales tras haber permanecido largo tiempo solo ante las aguas del charco azul, allí donde Maceo se detuvo después de atravesar la trocha y el Ché Guevara se despidió un atardecer de Cuba antes de marcharse a morir en Bolivia. En las laderas del montículo, desde la puerta de un bohío, el enteco y negruzco campesino me observaba con atención. Pero no subiría la loma con su hatillo de cigarros en la mano dispuesto a vendérmelos a buen precio. Quizá pensara que yo no era un turista, me consideraría más bien uno de los suyos llegados de la capital. Yo había cogido del hotel un poco de pan y queso para masticar y portaba una petaca con ron. A mi alrededor sólo existía, bajo aquel sol y desolación implacables, un reguero de muertos o de derrotas e infortunios. Cuba, Alma, no era lugar idóneo para decir adiós no sólo a la existencia sino también a la memoria.

Hablaba Tristán sobre su derrota en la guerra, la huida de Alcañiz y Calaceite. Mi exilio fue tan doloroso que me impuso el silencio cuando logré sobrevivir a él. Tras salir milagrosamente de Auschwitz, recuperé lentamente las fuerzas que permitían vivir a mi cuerpo. Sólo pensaba en la venganza política. Pero te encontré a ti y el amor que de seguida me despertaste. Si en esto último no me equivoqué, ahora ya te reconozco que en lo otro, mi ortodoxia ideológica, sí. Y tardé demasiados años en desembarazarme de ella. Tarde para reaccionar, para que hubiéramos podido juntar nuestras vidas. Afortunadamente, aun en la distancia, nunca llegamos a separarnos. Tantas veces como te abandonaba, tantas derrotas que sufrí. Hoy, como otros, sonrío con amargura al entonar la canción del marxismo trucada y convertida en «de derrota en derrota hasta la derrota final». El mundo me había despreciado, castigado, excluido de él. Yo vagaba con mi memoria herida víctima de su maldición. Celan viviría en una burbuja no totalmente ajena, por desgracia para él, a los hábitos y costumbres que le imponía la ciudad saturada de gentes y lenguajes que abominaba y acentuaban su malestar por su condición de judío y apátrida, y que en muy contadas ocasiones le prestaba el reconocimiento de algunas personas inteligentes y sensibles capaces de comprender y admirar su obra. Nunca dejó de sentirse perseguido, acosado, incluso despreciado, a pesar de obtener la nacionalidad francesa. Recompensado con días de amor y convivencia que no impidieron -al contrario, diría que contribuyeron a- acentuar su enloquecimiento. Pese a sus intentos por reconciliarlas, tradición, literatura y herencia no coincidían con la ortodoxia religiosa de su pueblo, porque le costaba trabajo admitir la idea de ese viejo Dios indiferente al mundo; como escribiera Hölderlin: «¡Qué poco se preocupan de nosotros los que están en lo alto!». Ese Dios al que buscaban, rezaban, incluso confiaban en él desesperadamente, muchos de mis compañeros de infortunio, judíos,

en Auschwitz. Dios. La revolución. Solo nos resta la amargura. Entonces arrojé a las aguas azules del pequeño charco en el que me había aposentado aquellas últimas horas de mi postrer viaje a Cuba el poema que copié de Bachmann y que te había transcrito. Me disponía yo también, Alma, a internarme por la infinita y solitaria llanura.

Comprendo tus palabras, Tristán. El lenguaje ya no se encuentra roto, ocurre algo peor: no existe. Lenguaje sin seres humanos: ¿es posible? Concluyen sus vidas. Resta la nada. En la nada, quienes todavía no regresan a ella, conservan la memoria. No podemos hablar de la memoria del pasado que dejó de existir. Tampoco del futuro. Sólo nos resta ese breve suspiro del tiempo que narra algo de lo que hicieron en su leve paso por la existencia, intenso para ellos, simple lectura entre las lecturas para los curiosos que puedan asomarse a lo aquí recreado. También nosotros, Tristán, cansados, ya ni sufrimos nuestro final. Aunque continúe encerrada en el laberinto abriendo sendas a una narración que puede ofrecer infinitas dudas y algunas verdades. Y al evocar a uno de los personajes que en algunos momentos se incrusta en su existencia, Heidegger, se refleja el ser de otra mujer, también judía como Paul, y exiliada, que guarda alguna similitud con Bachmann por las relaciones amorosas de ambas; me refiero a Hannah Arendt. Si tanto el poeta como el filósofo, sobre todo este, buscan ocultar lo privado y personal en su creación, encriptando su lenguaje, yo me niego a aceptar esta conceptualización y práctica de las relaciones humanas, prefiero equivocarme pero buscar el corazón de las dos mujeres que, pese a rechazos y miserables formas con las que en ocasiones las trataron, les seguirían amando hasta el final de sus vidas. Por eso entiendo ahora, cuando ninguno de los cuatro existe, algunas palabras en el camino que iniciara el día que tú me diste a leer *Extinción*, cuando pasé del pensamiento y las conversaciones que sobre la historia presente llevábamos tiempo manteniendo, a darles forma literaria.

Como si una vez más el protagonista de la novela de Bernhard, Franz Josef Murau, con 46 años de edad, se hubiera encontrado estos papeles, estos libros, desarrollara sueños y pesadillas que nacían en los campos de exterminio y posteriormente se ubicaban en las relaciones humanas, ya las personas que le rodeaban no vestían trajes militares ni se empleaban en tareas burocráticas para facilitar técnica o rutinariamente la extinción de millones de personas, pero el mundo caminaba por derroteros perniciosos heredados del reciente pasado; sólo el amor a veces lo silenciaba, ocultaba, pero el amor también perecía, y en su relato él no quería ocultar lo que en definitiva atormentaba su pensamiento, a mí me lo transmitía y yo, Tristán, tomé sus palabras para escribir cuanto estás leyendo o, cuanto te he ido enviando o relatando.



VINIERON AÑOS ANTES DE QUE VINIERAS TÚ 1938-1947

Inquisidor: De lo que no se puede hablar, más vale callar. Las palabras ni siquiera son sombras de aquellas cosas. Si la lengua dijera verdad... se rompería en pedazos.
Teresa: Y la lengua en pedazos se niega a dar palabras. Sólo los gemidos, porque más no puede. La lengua está en pedazos, es sólo el amor el que habla.

La lengua en pedazos, Juan Mayorga

Morir era propio de aquella primavera

Año de 1938. Tres de marzo. Días previos a la ofensiva de las fuerzas franquistas en el Frente de Aragón. Cuatro y diez de la tarde.

Antes de que escuchara el zumbido de los aviones me detuve a contemplar la imagen ofrecida por el gato tumbado panza arriba en el estrecho sendero que culebrea entre los árboles y se pierde en pronunciada curva para adentrarse donde se adensan los esbeltos y humedecidos pinos. En el amanecer cayó una fina y casi imperceptible lluvia que desplomaba su leve soniquete sobre la tierra. Ahora lucía el sol.

Te encontrabas, Alma, con otros niños, en la Glorieta. Cruce de caminos de Zaragoza, Teruel, Castellón y Tarragona. De ella, al otro lado del río Guadalope, nace la calle Mayor que arranca desde el puente del Pilar, junto a los chorros, lugar preferido para vuestros juegos. Allí se congregan en torno a los 38 caños los soldados de asueto contemplando a las mujeres que lavan ropa en las aguas del río. En los bancos se sientan pacientemente algunos ancianos

envueltos por el griterío de los niños o la cháchara y canciones de sus madres. Desde el campo de los Capuchinos, donde se encontraban realizando ejercicios de instrucción los componentes de la quinta del 37, me dirigía a cruzar el río camino de mi domicilio de la calle Aguas. Jugabas bajo el puente Viejo a la rueda con tus amigas María y Vicenta. No lejos de ti se hallaba tu madre, con el barreño lleno de sábanas recién lavadas, descansando a la orilla del río.

No habían sonado las alarmas. Al ver los aviones, algunos dijimos que eran republicanos en reconocimiento, o tal vez facciosos de los que incursionaban en nuestras líneas para arrojar octavillas de propaganda. Pero cuando los motores rugieron ya sobre nuestras cabezas, no quedó tiempo más que para intentar escapar del radio de acción en que comenzaron a estallar las bombas. Los gritos me hicieron correr hacia el río. Sobre todo los gemidos de los niños. Polvo. Columnas de humo. Voluptuosas llamas borrando la luz como si una noche imprevista y apocalíptica cayera sobre el pueblo. Caos. Alaridos. Más tarde se identificaron los aeroplanos. Eran Savioa 79 y SM Starviero, los malditos jorobados, de la Aviazione Legionaria italiana. Una quincena de ellos arrojarían al unísono diez mil kilos de bombas, cada una con un peso de entre cincuenta y cien kilos. Procedían de la base de Logroño. Vinieron por la ruta de Zaragoza, Areilza e Hijas. Ahora se ocupaban en disparar con sus ametralladoras sobre las gentes de Alcañiz. Un tiro al blanco contra seres humanos. María y Vicenta murieron en el acto. Tú, ilesa, permanecías acurrucada en el suelo junto al cadáver de tu madre. Te tomé en brazos y, corriendo con tu frágil cuerpo, que tiritaba y se ahogaba sobre mi pecho en entrecortados sollozos, te llevé a casa de tu abuelo, en la calle Salinas. Sin palabras te deposité en sus brazos. Te di un beso en la frente. Limpié las lágrimas que nublaban tus ojos con mis dedos. Vi cómo me contemplabas fijamente, hipando, y salí corriendo de nuevo hacia la Glorieta. La metralla había destrozado el cuerpo de tu madre, los de las niñas que jugaban contigo. También los de algunos ancianos que se encontraban junto a la orilla del río. Parte de sus miembros se esparcían sobre la hierba, otros cayeron al agua, que ya corría venas de sangre. Ropas de distintos colores, como abandonadas barquichuelas de velas plegadas, navegaban corriente abajo. Vestidos, pantalones, prendas interiores, uniformes militares, camisas, en pequeños montones, algunos tintados por la sangre vertida por los cuerpos derrumbados junto a ellas o abandonados en las márgenes, se iban uniendo, impulsados por el viento levantado por las explosiones. Quien no corría y chillaba desesperadamente es porque había muerto o se encontraba imposibilitado de moverse. Llevé con otros voluntarios a la madre de Alma, a otras mujeres, al hospital. Algunos niños intentaban seguirnos, lanzaban desesperadamente sus

manos hacia nuestros cuerpos buscando asirse a ellos para no perdernos y abandonar a sus padres o familiares que dificultosamente trasladábamos. Muertos y heridos se amontonaban en las escasas camas todavía no ocupadas, se depositaban en los pasillos. No habían llegado las autoridades que verificarían el recuento de los cadáveres, ofrecerían los datos y cifras de los destrozos causados por el bombardeo. Vivíamos lo no descrito, lo que ya no se recuerda medio siglo después. El tiempo del dolor, de la muerte real, y no su escenificación o contabilidad. El llanto, la angustia que a todos nos envolvía. La guerra: palabras. El infortunio no se puede recuperar, borrar.

Cuando cesó la matanza, se apagó el eco de los disparos, el estruendo de las explosiones, el aire, en la atardecida, recuperó su transparencia, el cielo su nitidez azul, reinaba el silencio, nada parecía haber ocurrido dos horas antes del oscurecer monótono, ritual de la naturaleza. A los retumbos, derrumbes, gritos, sinfonía de llantos y maldiciones, doblar de las campanas de las iglesias, sucedió el cansancio de la impotencia, el silencio de la destrucción. Todavía, antes de que esta hubiese concluido su ciclo, me dio tiempo a contemplar el bombardeo que sacó a un tren de las vías y esparció en derredor de ellas, volados de los vagones, los cadáveres de numerosos viajeros. Algunos mezclaron su sangre al color de las amapolas nacientes. Recordaría unas palabras de Bachmann sobre lo ocurrido en la tierra austriaca:

Morir era propio de aquella primavera como también vivir, y qué era aquello que creaba primavera y hacía fáciles el morir y el no morir.

Las bombas lanzadas por los italianos han destruido la Fonda Morera. Decenas de muertos en el local donde se edita el diario anarquista *Cultura y Acción*, situado en sus bajos, junto a la tienda de caballeros «Imán». Otras explosiones causan víctimas en la calle Mayor esquina a Campana, en el cuartelillo, donde una compañía realiza instrucción y en cuya explanada, es la hora del recreo, juegan los niños y niñas de las seis clases de sus escuelas. En la plaza de Mendizábal se recogen más cadáveres. Arrastran heridos por la pronunciada cuesta que desciende desde la Lonja hasta el río. De las callejuelas y pasajes que conservan su estructura árabe y judía, se escapan maldiciones, lamentos y gritos. Hacia el refugio de Santo Domingo, en el barrio de los Almudines, bordeando los restos de la muralla medieval, se encaminaban familias enteras. No son los edificios quienes resultan, salvo excepciones, dañados. Son las personas lo que persiguieron las bombas y la metralla lanzadas por los aliados de Franco. Luego se dirá que murieron casi medio millar más

de personas que en Guernica, pero que se hurtó la información para no desanimar a los que combatían en los frentes aragoneses. Desplazaron heridos a Caspe, Híjar, Torrecilla, Lérida, que los dos hospitales de Alcañiz, con capacidad para cuatrocientas personas, se encuentran desbordados: alineados, apelotonados en el suelo, sobre mantas, moribundos junto a dispersos restos humanos, cabezas, piernas, brazos, regueros de sangre.

No más banderas, no más banderas

Hubo un momento determinado que destrozó mi infancia: la entrada de las tropas de Hitler en Klagenfurt. Fue algo tan horrible que en ese día empiezan mis recuerdos, producto de un dolor demasiado temprano, un dolor que, quizá, nunca volví a sentir con la misma intensidad... el surgimiento de mis primeras angustias mortales.

Era el doce de marzo de 1938. Las tropas de Hitler entraban en la ciudad de Klagenfurt. Ingeborg Bachmann contaba once años de edad. Había nacido en aquella ciudad austriaca un veinticinco de junio. Junto a ella se encontraba su madre, Olga, hija de un pequeño fabricante.

Las Juventudes Hitlerianas vociferan por las calles de Klagenfurt. Cantan a Hitler: «Hay tantos que no se encuentran contigo y para quienes, sin embargo, eres el Redentor».

Ha nacido una nueva Iglesia que día a día multiplica sus fieles en Austria. El Mesías cuenta con su Belén propio, y hacia allí, a Breunen, peregrinan los compañeros de escuela de Ingeborg. Ella se niega.

Marcha por los caminos del bosque con su amiga Isa. El padre de ésta regenta una farmacia que es para ellas como una cueva del tesoro, de donde obtienen papilla alimentaria y golosinas. Y se decían: Cuando los invasores pretendan forzarnos, estaremos preparadas porque tendremos veneno: antes que violadas es mejor morir. Todavía la muerte era apenas una palabra sin trascendencia. Y no tardan en olvidar aquellos pensamientos. El sol alumbra sus vidas. En las yerbas sienten el frescor que dulcifica los calores de sus cuerpos. Dormitan. Ingeborg no sería reclutada para temas relacionados con el auxilio a las tropas ni enviada a Polonia cuando años después la guerra barra casas y campos de otras naciones. Se lo debe a su padre, Mathias, hijo de campesinos y profesor de italiano, que desde 1932 era miembro del Partido Nacionalsocialista y en 1939 sería llamado a filas. La admiten

en la escuela de formación de maestros.

Pero los días habían dejado su monótono y apacible transcurrir. A Ingeborg se le echaban encima las visiones espeluznantes de la guerra, la presencia de la muerte hacía acto de presencia ante sus ojos con su desgarró real.

Un día Paul le preguntó por su infancia. Ella le contestó que por desgracia tuvo que renunciar a la música, su gran pasión desde los tres años. Llegó a tocar el piano y componer letras para las canciones que ella misma interpretaba. A partir de los trece años, al abandonar aquella motivación, encontró refugio en los libros, fundamentalmente la poesía. Su infancia, con sus mitos, sueños e inocencia, terminó el día que presencié el desfile de los nazis por las calles de su ciudad y el entusiasmo con el que fueron acogidos por los ciudadanos de su país. Su propio padre, al que buscaba como la mayoría de los niños ansiosamente para que la protegiera y guiara en su crecer a la vida, se hundió junto a las imágenes que conformaban el nuevo paisaje de su tierra, de su educación, se transformó conforme pasó a ser uno más de los portadores de aquellos uniformes que odiaba y le provocaban pánico, acomodándose junto a los intrusos que habían pasado a dominar la ciudad. El pan que comía, el vino que no tardó mucho en aprender a beber, la masturbación incipiente con la que sus dedos conseguían calmar los enigmas y llamadas de su prohibido y perseguido sexo, la hicieron, muy joven, adulta sin serlo. Y la literatura completó el ciclo de su despertar a la libertad, a diferencia de la mayor parte de sus compañeras, de los habitantes de aquel lugar en el que había nacido, y la llevó a comprender que Austria era un simple nombre que carecía ya de existencia propia. Su casa, su ciudad, se encontraban para ella en otro lugar del mundo.

Para huir del fanatismo nacionalista que en todas partes se respiraba, gustaba de internarse por los senderos que llevan por las afueras de Klagenfurt en busca del lago, pasar horas sentada en una barquichuela remando sobre sus aguas dormidas, contemplar una y otra vez la torre de Giordano Bruno construida en 1895, adentrarse en la zona del Kreuzberg y sus tres caminos que desembocan junto a las aguas. Cuando dejase atrás los cuarenta años de vida, comprendería que sólo entre los fracasados, quienes huyen de su patria, podía encontrar acomodo, que todos los senderos que fueron un día rutas de ilusión y esperanza se habían borrado, emporquecido, convertido en estelas no deseadas del dolor.

Infinitas noches, en sus pesadillas, revivía la secuela de aquel desfile de marzo de 1938 que llenó de horror sus ojos de niña. Y de su mirada se borraban los espacios de su ciudad, dejando solamente un escenario sobre el que ululaban cientos de banderas nazis cubriendo sus calles y edificios, las aulas donde estudiaban, las salas en las que

se ofrecían conciertos, los museos, los parques, paseos, estatuas, en todas partes donde su vista se posara. Por eso, cuando un día se despertó gritando de uno de aquellos sueños, escribió:

No más banderas, no más banderas.

Que las banderas cuelguen húmedas de los mástiles.

Que no representen a país alguno.

Como si así pudiera expeler los vómitos que sacudían su cuerpo con el recuerdo de aquellas imágenes.

Bachmann contaba dieciséis años de edad cuando escribió la tragedia *Carmen Ruidora*. Y un año más tarde desarrollaba la narración *La cruz de Honditsch*. Comenzaban los ataques aéreos de los aliados. Se sucedían con violencia que aterrorizaba a una población en su mayoría católica y prohitleriana. El viejo dragón no abandonaba las aguas pantanosas en busca de tiernas muchachas con las que alimentarse. Tenía miedo, como los centenares de habitantes que buscaban día y noche el refugio de las torres de Kreuzberg para escapar a la muerte. A lo largo de los meses, como cajas de cartón, uno tras otro caen edificios de la ciudad. Al terminar la guerra se contabilizarían un millar de ellos los convertidos en ruinas. Cuando faltaban dos meses para que entrara en los calendarios la primavera de 1944, la joven hija de un profesor de italiano miembro del ejército alemán, camino de sus dieciocho años, se embebía en la lectura de obras milagrosamente salvadas a la quema de libros. Thomas Mann y Stefan Zweig entre otros. El veinte de abril, como en todos los pueblos y ciudades del III Reich, se celebraba el cumpleaños de Hitler. La música de Beethoven, Wagner, Richard Strauss congregaba en laica oración a los ciudadanos en el culto de latría a su gran Führer. Pese a los silencios oficiales, se hablaba ya clandestinamente de noticias que cuestionaban las informaciones triunfalistas sobre el curso de la guerra. El desaliento iba transmutando el reciente entusiasmo en silencio profundo. Ingeborg no se congregaba en la Alter Platz para celebrar la fiesta del amado líder. Adentrándose en el bosque, no escuchaba en él los gritos que todavía coreaban triunfos, inminentes victorias, ni contemplaba los brazos alzados que acompañaban a las roncas voces solicitantes de largos años de vida para Hitler. La primavera asomaba sus resplandores en el Hermager. Se había llevado los libros de Baudelaire y Rilke. Vencía el miedo -todo comenzaba a ser destrucción y vergüenza- recitando sus versos: «Pronto nos sumergimos en las frías tinieblas, / adiós, viva claridad». Hasta que el fragor provocado por el regreso de los aviones la ensordecía. Gritaba los versos para no correr hacia el búnker con sus conciudadanos. Como una heroína de las novelas que leía, sumergíase en las alfombras verdes y amarillentas del jardín de su casa: moriré aquí, diluida y

envuelta por ellas, asfixiada en el humo, entre las llamas, los cuerpos que tiemblan y las bocas que espumean llantos y aullidos encima de mi dolor. En las calles continuaban desfilando las Juventudes Hitlerianas con sus malditas banderas y sus jefecillos gritones: a cavar, a cavar, todos a cavar, cavemos, cavemos nuestras tumbas contra los que hollan nuestra tierra. Continúan quemando libros. Su vieja muñeca ha estrenado vestido para abrazarse a ella en la cama. Es con quien habla cuando el sueño tarda en aparecer. Ni sus padres, ni sus vecinos, ni sus profesores entienden ya sus palabras. Tan joven, tan triste, tan abandonada. Y cuando sus padres y quienes como sus padres condujeron a su país al abismo, como ha de decir su admirado Thomas Mann, sean vencidos y el nuevo ciempiés gigante, articulado por cientos de piezas mecánicas perfectamente ensambladas, desfile con otras banderas y cánticos, moviendo al unísono brazos y piernas por las calzadas y caminos de su ciudad, gruñendo acompasadamente con ritmo monótono y horrísono, otro temor se apoderará de ella, se estancará y acidulará su garganta. Piensa que, cuando se desarticule el monstruo, uno más entre los monstruos que se envuelven en banderas, surgirá una nueva pesadilla: cada una de sus piezas se convertirá en cuerpo humano ávido de alcohol, sexo y, si preciso resulta, sangre. Hasta que apenas unos meses más tarde vuelva la luz a sus ojos, la sonrisa a sus labios y el calor a sus senos. Jack Hamesh habría podido convertirse en su primer amante, pero, aun no consumado, le provocó los iniciales estremecimientos del ardor personal y el encuentro amoroso. Los nacionalsocialistas sólo pensaban en salvarse, ocultar sus años recientes, y, aunque la criticaban, aceptaron la acompañara un judío que vestía el uniforme de las fuerzas invasoras inglesas: los vencedores podían castigarlos o, por el contrario, ofrecerles pan y cigarrillos, y ellos ya no tenían el poder para convertirles en humo y depositarles en la fosa más ancha del Universo, la única en que no se yacía estrecho, como le escucharía recitar al gran amor de su vida. Temblaba la mano de Ingeborg al apoyarse en la del joven soldado con el que hablaba de literatura y lloraba mientras él se la acariciaba. Tal vez aquel verano fue -creía entonces- el más dichoso de su vida. Soñaba. Pero cuando de seguida él partió a la nueva tierra de los judíos, ella le despidió en silencio, consciente ya de que con aquel hermoso cuento cerraba la soledad de su infancia.

En Innsbruck y Graz comenzó los estudios de filosofía que iba a concluir en Viena. El año de los juicios de Nuremberg. Los juicios donde la palabra y la memoria serían una vez más vencidas.

Está cayendo, madre, nieve sobre Ucrania

Paul Celan nació el veintitrés de noviembre de 1920 en Czernowitz. La Bucovina era, entonces, una provincia de Rumanía. De familia judía y habla alemana, su padre se llamaba Leo Antschel y Friederik Schvager su madre. Estudia alemán, rumano y hebreo en la escuela materna. A partir de los nueve años sigue clases de francés, y se entusiasma con la botánica. Su padre insiste en que potencie sus conocimientos con un profesor particular de hebreo, aunque él no demostraba demasiado interés. A partir de 1933, con tan sólo trece años, participa en actividades de un grupo clandestino de las Juventudes Comunistas, al tiempo que muestra cada vez más interés por la literatura. Y a las lecciones que recibe de esta materia, junto a la historia rumana y el griego antiguo, añade la lectura de poetas como Rimbaud, Verlaine, Hölderlin y Rilke. Compagina estos libros con otros políticos, y así alterna *El Capital* y el *Manifiesto comunista* de Carlos Marx con textos de Rosa Luxemburgo y con obras de Kropotkin, que en el tiempo se convertirá en uno de sus teóricos preferidos. En 1936 Celan participa activamente en la colecta de ayuda a los republicanos españoles y en el apoyo a los rumanos que van a integrarse en las Brigadas Internacionales para combatir al fascismo en España. Este mismo año descubrirá al que se convierte en el escritor que más leerá y admirará en su vida, William Shakespeare. Aprende inglés para poder leerle en su lengua original y no tarda en organizar transcripciones y representaciones de su obra.

1938. Por su condición de judío le niegan poder matricularse para seguir estudios de medicina en Rumanía. Decide trasladarse a Tours. Es el nueve de noviembre. Tras cruzar el tren tierras polacas, se detiene un día más tarde en Berlín.

Por Cracovia has venido, en la estación de Anhalt. Huyó a tu mirada un humo que era ya de mañana. Bajo paulonias viste alzarse los cuchillos otra vez cortantes de lejanía... Empezó de nuevo allí, donde tienes que ir, el único cristal exacto.

Noche de cristales rotos la llaman. Cracovia, cerca de Oswiecín, Auschwitz. Habían transcurrido diecinueve años desde que arrojaron al canal de Landwehr el cuerpo asesinado de Rosa Luxemburgo. Goebbels ha dicho: «Los pueblos de Europa debieran darnos las gracias de rodillas». Pegada la frente a los cristales de la ventanilla del vagón en que viaja, Paul ve, escucha. Son jóvenes. Apalean judíos, destrozan sus comercios, beben cerveza, cantan. Felices. Seguros de sí mismos. El placer del mal. La fuerza como única razón. El grupo. La masa. Banderas. Uniformes. Himnos. No mires, danos las gracias de que aún

sigas vivo, le gritan al viajero. ¿Ahora o en breves años, cuando lo indescriptible ocurra? Periodistas siempre al servicio de los vencedores. Escribe uno de ellos: «Liberaremos la patria, que es sagrada, de judíos, comunistas, gentes que piensen. Regeneraremos nuestra tierra». Y el día de mañana, cuando el humo deje de fluir a sus miradas, cuando las banderas alfombren las ruinas y las voces de la soledad carezcan de fuerzas para entonar músicas heroicas y marciales, dirán, travestidos en sus nuevos parlamentos y órganos de expresión: tal vez las cobardes y degeneradas naciones de Europa no merezcan que Alemania las proteja.

París era para los eslavos sinónimo de libertad y cultura. Celan pasa unos días en la casa de un tío suyo en la rue de L'Ecole du Medecine. Contempla el paso de mujeres bellas y sonrientes que caminan por las aceras del Barrio Latino, pleno de cafés y librerías. Horas admirando pinturas y esculturas en el Louvre, uniendo en su conocimiento el arte antiguo y el contemporáneo. Montmartre, donde el aire del cielo que toca con las yemas de los dedos le despeja la belleza de la ciudad tendida a sus pies. Montparnasse, zona de teatros que alberga en su corazón la Comedie Française.

A mediados de noviembre parte hacia Tours, donde inicia sus estudios de clínica médica en la escuela preparatoria de Medicina. Regresa a París en las vacaciones de Navidad. Tiempo para Bretón, Eluard, y para contactos y charlas con refugiados españoles huidos de la derrota. París: siempre regresará a París, ciudad de la vida y de la muerte, de la belleza y el engaño, del sueño y el fracaso.

En Tours acudirá por primera vez, como adulto, a una sinagoga. Y en las vacaciones de Semana Santa marchará a Londres. Considera como el más bello de sus sueños ver representado a Shakespeare en los teatros que heredaron su vida y su obra. También estudia la más vieja historia del ser humano en el British Museum.

Sólo transcurrieron siete meses desde que abandonara la ciudad donde naciera. Es verano. Paul ha de regresar a Rumania tras obtener un certificado de estudios en Tours. La guerra cerca ya todas las fronteras. El veintiocho de julio entran las tropas soviéticas en Czernowitch. Tras su estancia en París y conversaciones con exiliados excomunistas e intelectuales huidos de la URSS, Celan desconfía del estalinismo y repudia el comunismo allí instalado. En secreto se considera trotskista. Para ganarse la vida aprende ruso y trabaja de intérprete para las fuerzas de ocupación. Asiste a sesiones del teatro yiddish de Czernowitch. En él conoce a una bella actriz, Ruth Kraft. La regala algunos de los poemas que viene escribiendo en los últimos meses. Conversa con ella sobre los autores que le interesan, Dostoievski, Fontane, Gorki, Gogol, Maiakovski, Kafka, Joyce, Esenin, Karl Kraus, Hölderlin, Trakl, Shakespeare por encima de todos.

Pasean. Se aíslan en solitarios cafés. No tardan en besarse. Es ella más que el yiddish quien le atrae. Ella, que también se ha enamorado de él. Se convierten en amantes. El trece de junio de 1941 los soviéticos comienzan a deportar habitantes de Czernowitch a Siberia, la mayor parte de ellos judíos. Pero el cinco de julio las tropas alemanas ocupan la ciudad. Pronto comienza a correr la sangre de los judíos, a sucederse las deportaciones a los campos de trabajo y exterminio. Se instaura el toque de queda. Los judíos son obligados a portar, visible en sus trajes y vestidos, la estrella amarilla que los identifica. El gueto recién creado los recluye. Ruth comprende que Paul se encuentra en peligro. Y el veintisiete de ese mes lo lleva a una fábrica de cosmética para que se refugie en ella. Ya las redadas son continuas. Friederik, Leo, padres de Paul, son trasladados al campo de exterminio alemán de Mijailovski, situado en Ucrania. Ucrainianos, rumanos, checos, franceses, a través de sus nuevos gobiernos, colaborarán con el invasor, aceptan sus leyes represivas y xenófobas. Paul realizará trabajos forzosos en campos como los de Buräu, Rödera, Felticene. En 1942, el veinte de enero, se celebra la Conferencia de Wansee, que impulsa la ley de exterminio de los judíos, conocida como Solución final. En su discurso titulado «El Meridiano», desarrollado diecinueve años más tarde, Celan recordará esa fecha y sus trágicas consecuencias evocando la marcha a través de Los Vosgos de George Büchner un veinte de enero en el lugar donde en julio de 1941 se había instalado el campo de exterminio de Struthorf, en el Bajo Rin.

Asesinan a sus padres. Los campos de la muerte se extienden desde Francia hasta Ucrania.

Está cayendo, madre, nieve sobre Ucrania: de las lágrimas que vierto, ninguna hasta ti llega.

Celan traduce sonetos de Shakespeare. Escribe poemas. Lee libros que son memoria y creación literaria de su pueblo. Salmo 137: «En las riberas de los ríos de Babilonia, nos sentamos y lloramos al acordarnos de Sion. En los bancos colgamos nuestras ropas». No olvida a Ruth. ¿Hasta cuándo serán siempre desterrados? Escribe:

Seguí en las tinieblas siendo el mismo.

El mismo, madre, que se hunde en las nieves de Ucrania. El campo de trabajo de Velaquia dista 400 kilómetros al sur de Palcer. Soldados rumanos y alemanes lo dirigen. Ya no puede besar los senos de Ruth. Ahora le envía poemas. En ellos se pregunta si la noche es un grito. Si lo oscuro le libra de las cadenas. Dos años de trabajos forzados. Sobrevive. Cuando va muriendo el año 1943, regresa a Trasnitria. Ante la verja de su catedral, en la calle Transilvania, recita a un amigo versos del poema que un día será «Fuga de muerte». Su voz ronca

llora. Su madre golpea con sus gritos de dolor su pecho. El cuerpo desnudo de Ruth, tan lejano, le arranca lágrimas de desesperación. La lengua es ya sólo soledad, el único camino de entendimiento que le resta en el mundo y la existencia.

En abril de 1944 los soviéticos bombardean Czernowitch y por segunda vez ocupan la ciudad. Paul es contratado como ayudante de médico en la clínica psiquiátrica del doctor Pinkas Meyer. En verano viaja a Kiev como sanitario. Se ha separado de Ruth. Y antes de que acabe el año iniciará una nueva relación amorosa con Rosa Leibovici. Piensa que es hora de cambiar de nombre, simplificar el apellido de su padre invirtiendo parte de sus letras: Anshel, Ancel, Celan. Cuenta veinticuatro años de edad. Es un joven bello, de frente despejada, pelo y ojos oscuros, andares firmes. Cuando mira, cuando habla, cuando permanece en silencio o esboza dentro de su seriedad una pálida sonrisa, parece ya transmitir su auténtica pasión de vida: la voz poética. Le han descrito como si tuviera un rostro de almendra. Quienes le escuchan no olvidan su voz, musical, suave y apasionada al tiempo, llanto y lamento, entonación pausada que oculta el vigor vociferante del alemán en que se expresa, sentimiento, pasión moderada y acariciante, sensible hasta la profunda convicción en quien de tal manera habla. Pronto algunos de los que de su obra escriben en Bucarest se refieren a él como el Kafka de la poesía, y encuentran la sombra de Goethe y de Salomón, de Heine y de Bach en ella. De Czernowitch a Bucarest ha arrastrado su poema «Tangoul Mortii». De la orquesta en los campos, del arte de la fuga que dejaba escuchar al amanecer sus notas en la residencia del comandante, de los tangos con los que se despedía o recibía a los presos cuando salían o regresaban del trabajo, le han hablado algunos sobrevivientes. Día y noche laboriosamente tejemos, tejemos, vieja Alemania, tu mortaja... ahora en los campos tejen la muerte, fabrican con los cuerpos de los judíos el humo que escapa por las chimeneas de los hornos a la extensa fosa del cielo, tejemos, tejemos, que no se yace allí estrecho, el amor de Ruth, ¿dónde yaces, Sulamit?, a veces se aferra a la vida con palabras mordaces, otras calla, se refugia en pensamientos que ni él mismo es capaz de interpretar. En el año 1945 la guerra ha terminado, su amigo Petre Salomon le publica algunos de sus poemas, le acompaña en la travesía que precede al exilio definitivo en la tierra devastada por invasiones, muertes. Y nuevas amantes, Lia Fingerhut, Marianne Ufer y la actriz Corina Mercovici, que mitigan de alguna manera el desagrado que le provoca vivir en territorio ocupado y trabajar en ocupaciones burocráticas, como encargarse de la revista de prensa de los periódicos soviéticos. Se ha inscrito en la Universidad e instalado en un apartamento amueblado de la calle Roma de Bucarest. Escribe en rumano al tiempo que traduce a Chejov firmando como

Paul Ancel, nombre que antecede al que por sugerencia de Jessica, esposa de su protector Alfred Margur-Sperber, se convertirá ya en el definitivo Celan. Con Lia, Petre Salomon y otros amigos realiza en abril de 1947 una excursión a los Cárpatos. Publica en rumano el poema «Partidario del absolutismo erótico» y el 2 de mayo en *Contemporan*, revista de Bucarest: «Todestango, Tangoul mortii», que en su versión definitiva se llamará «Fuga de muerte».

La muerte, sobre todo la de su madre, le acompañará en su huida de Rumania. Y la fuga de muerte en su memoria hasta que en París él mismo cree como acto final de su vida su propia fuga de muerte.

No grites de dolor: cual paños flamen las nubes

El pasado, Alma. Nuestro reencuentro, tras la tragedia de Alcañiz, fue en París. Tú habías cumplido los veintidós años. Tu padre acababa de morir, en el exilio como tantos otros. Venías de enterrarle. Te encontrabas sentada en el café Flore. Me quedé contemplándote desde la acera. No sabría decirte si adivinaba en tu rostro una imagen conocida o detenía mi mirada en él por la belleza que irradiaba. Sorprendida, alzaste tus ojos hacia mí. Una leve sonrisa entre la sorpresa y la alegría no lograba abatir la tristeza que lo aureolaba. Tristán, exclamaste, apenas con un hilillo de voz. Tristán, ¿qué haces aquí? Yo asentí nervioso. Nos abrazamos. Qué delgado estás, dijiste. Sin responderte me senté a tu lado. Nos contemplábamos mientras la memoria convertía el silencio en un turbión de recuerdos. Al fin te pregunté: Alma, ¿cómo te encuentras en París? Parecía que ibas a llorar de un momento a otro. En vez de responderme cambiaste de idea preguntándome: ¿Y tú? No nos habíamos visto desde mi huida de Alcañiz, y ninguno de los dos podíamos escapar al recuerdo de aquel día. Luego llegaron las palabras y las explicaciones mientras consumíamos copa tras copa de cerveza. Evocaste a tu madre y yo reviví la secuencia de aquellos minutos dramáticos en que te la arrebataron para siempre. ¿Cómo se podía pasar de la paz idílica que vivías a orillas del río al retumbo de la catástrofe que destruye el tiempo y la vida? Todavía creía contemplar tus lágrimas y, algo más terrible, tu pregunta a nada ni a nadie dirigida pero que resumía todos los interrogantes de la existencia. Por qué, qué estaba pasando, quiénes eran los culpables de aquello... Un prolongado silencio en el que con mis manos acaricié tus ojos, luego las tomaste entre las tuyas apretándolas como si pretendieras regresar a los días azules,

machadianos, de tu infancia, y para no acongojarte más con los recuerdos, comencé a hablarte de Paul Celan y de su madre asesinada por los nazis, y del nunca olvidado complejo de culpabilidad que como una sombra más torturaba los recuerdos de Paul, por qué no había intentado ayudarla, se decía, por qué el miedo paralizó su reacción cuando sabía que iban a desterrarlos a los dos, sus padres, él buscó refugio para sí mismo y no luchó por encontrarlo para ellos, por qué no se unió a sus padres si resultaba imposible evadirse de la caravana de deportados que les condujo a la muerte. Y surgieron sus versos, algunos de aquellos poemas escritos cuando regresó de los campos de trabajo a Bucarest, que me había pasado. Yo, que no poseía capacidad para escribir, comprendí que también eran para ti aquellos recuerdos versificados, me identificaba con ellos consciente de que los había escrito para todos los huérfanos del mundo, para todas las víctimas que jamás podrían olvidarse. Ni tu madre ni la suya alcanzarían años para que sus cabellos se blanquearan. ¿Quién podría devolvérselos, por qué los convirtieron en ceniza, por qué se tiñeron de sangre sus corazones, y por qué ninguna de las dos pudo regresar aquel atardecer a casa donde sus hijos las esperaban con los brazos extendidos? No llorarían, diría Celan, ellas por todos nosotros, no les dieron tiempo para las lágrimas, segaron con metralla, apenas en unos segundos, sus llantos, y fuimos muchos quienes lloramos ya para siempre, por ellas. Jamás volveríais a abrazarlas, a contemplar su mirada, a sentir su presencia protegiéndoos.

El cabello de mi madre nunca llegó a ser blanco. Mi rubia madre no volvió a casa. Mi dulce madre llora por todos. El corazón de mi madre fue herido con plomo. No grites de dolor: cual paños flamean las nubes.

Y yo añadí, Alma: el plomo paralizó tantos corazones que resulta casi un milagro cómo pudieron volver a brotar la sonrisa y el amor en nuestras vidas. ¿Cuántos pañuelos se tejieron, sí, en el mundo para las lágrimas que no concluían de brotar y que, si brotaban, se secaban en la agonía de los pechos?

Paseamos largas horas por las calles que bordean el Sena. En la noche nos refugiarnos en la pequeña buhardilla en que yo vivía. ¿Cuántas veces hicimos el amor? Amanecía cuando volvimos a recordar aquel día en que yo te recogí y saqué de la tumba en que se había convertido la ribera del río Guadalupe en Alcañiz. Me hablarías del hombre que no lloraba cuando te dejé abrazada a su cuello mientras le comunicaba que su hija había muerto, el hombre que dirigió su mirada más allá de mi presencia a un lugar no definible, tal vez sin historia, tal vez hundido por el derrumbe de los conceptos en que había creído y que una vez más fueron devastados, derrotados. Tu

abuelo. Y retomo tus recuerdos y palabras. Decías: Le debo no sólo que me acogiera, sino que me enseñara a comprender el sentido de las palabras, a tener ideas propias, crear imágenes, desarrollar hermosas expresiones que me internaban por desconocidas historias, fue quien me condujo por los caminos que se dirigen al pensamiento, impulsan la imaginación, me sacó de los vulgares libros que memorizábamos en la escuela para acercarme a los creados por autores a los que me incitó a conocer, a sentir, como si se encontraran vivos y fuesen capaces de dialogar conmigo. Gracias a él abandoné la cárcel en que vivía y navegué por sueños abiertos a realidades distintas. Volaban desde las bibliotecas o estantes en que yacían encerrados a mi mente, llenaban mi ser, caminaba con ellos por mundos que nunca pensé pudieran existir, ajenos a la realidad sombría, zafia y pútrida en que penábamos. No leía a escritores muertos, no escuchaba música en discos o a través de las ondas, no miraba cuadros colgados en las paredes, sino que abría mis palabras a sus nombres y dialogaba con ellos convirtiéndolos en mi presente, el único que merecía la pena vivirse. Mi abuelo, que trabajó hasta dos años antes de su muerte pacientemente como contable de una empresa olivarera, decía que no vivía para trabajar sino que trabajaba para poder vivir aquella otra vida en la que yo ahora le acompañaba. Mi padre exiliado, mi madre muerta, él se convirtió en mi amigo, mi confidente, mi amante, mi hijo conforme envejecía y yo me volvía más fuerte, mi maestro, mi Dios. El día que murió no lloré: leí durante toda la noche en que despierta le acompañé junto a la cama donde yacía esperando al sepulturero, los dos solos, fragmentos del *Rey Lear*, una de sus obras predilectas, antes de que se cumpliera la rutina de su entierro. El pequeño cortejo fúnebre se desplazó por calles en las que pululaban las sombras de todo lo que me había enseñado a detestar o que me provocaba sufrimiento: sotanas, camisas de falange, mujerucas prematuramente envejecidas de eternos lutos y faltriqueras sobre las que descansaban rancios rosarios, niños esmirriados y víctimas del hambre, barrigudos bebedores de agua sentados ante las mesas del casino que se asoma a la miseria de la ciudad. Nuevamente me encerré en casa, ahora ya en absoluta soledad. Otra de las cosas que le debo a mi abuelo, formado intelectualmente en la lectura de los enciclopedistas, fue mi rechazo al catolicismo, a esa Iglesia católica de tan nefasta influencia en nuestro país: salvó mi juventud con sus críticas y su manera de contrarrestar las enseñanzas que, por parte del resto de familiares y de la escuela, intentaron enfermar mi alma, destruirla, como hicieron con la mayor parte de los niños españoles. Eso provocó mi introversión -los juegos a que nos entregábamos en los primeros años de mi vida contrarrestaban los rezos y obligaciones a que nos sometía la tradición, que inculca su veneno desde el bautismo

hasta la extremaunción pasando por la comunión y, sobre todo, el matrimonio- y dio vida a mi pensamiento, cada vez más alejado de los corsés teócratas.

Y mientras tú te salvabas refugiándote en los brazos y las palabras de tu abuelo, Alma, nosotros huíamos de la guerra, de la posguerra, de los vencedores, incluso de los vencidos. Las tropas del general Líster ocuparon, días después de las matanzas, Alcañiz. Debiera recurrir ahora al cuaderno destruido de mi propia escritura para hablarte de un personaje al que llegué a detestar. Cuando años después, en París, algunos refugiados o exiliados nos referíamos a él, prepotente en su orgullo del reconocimiento que en el partido y en la Unión Soviética se le ofrendaba, incluso a otros como él dentro de las guerras intestinas que debilitaban nuestra organización, guerras civiles siempre entronizadas en la propia guerra civil, y yo te insinuaba las palabras, incluso las acciones que delataban no ya su incultura sino su machismo y violencia irracional, recogidas en algunas de esas conversaciones, me argumentabas: ¿Por qué sólo se habla de fascismo cuando se pronuncian mítines partidistas o se escriben trabajos panfletarios? ¿Qué enfermedad es esa que se achaca siempre a los otros y no a las causas que la provocan y pueden encontrarse, ocultas, en uno mismo? Los sádicos no sólo se localizan encerrados en las clínicas psiquiátricas o encausados en los tribunales, sino que habitan en el interior de las familias, de los ejércitos, de los partidos políticos, sonríen y hablan como personas normales, visten correctamente y pueden ostentar títulos universitarios, y quienes infunden miedo no pueden encontrarse ellos mismos sino imbuidos por el miedo. Soy capaz de comprender y aceptar la acción de los lobos hambrientos, pero no la de los seres humanos que atacan como las fieras y hablan como si fuesen humanos. Yo te hablaba, Alma, de nuestra huida, cargados con el peso de la derrota y también de nuestra propia culpabilidad, enfrentamiento vivido en tierras como las que abandonábamos, y represiones llevadas contra otros republicanos por hombres como Líster. En los primeros días de mi exilio francés, y antes de ser detenido y deportado a Auschwitz, intenté reconstruir la tragedia de Alcañiz pretendiendo no ocultar en mis reflexiones el preámbulo que precedió al gran horror, y comprendí que sería incapaz de narrar cuanto albergaba en mi memoria o incluso podría añadir mi imaginación, porque no era yo únicamente el enfermo, también lo estaba el lenguaje, las palabras, nada se pervierte con más rapidez que esto, y conforme se desarrollan los medios de comunicación, que además multiplican su acoso sobre nosotros hasta enloquecernos, será más difícil lograrlo. Había cumplido veinte años y creía que en mi desarrollo conseguiría descubrir el infinito mar, y si no guardaba esperanzas, mejor sería quitarme la vida. Aquellos días de Alcañiz no

se escribiría mi historia, ni la historia de sus víctimas, ni los bombardeos y ametrallamientos, sería simplemente un episodio más de la miserable historia, pronto tergiversada o silenciada, que nunca al parecer ocurrió, como sucedería nuevamente cuando sobreviviera a Auschwitz, evocación que se incorpora a la memoria de otros acontecimientos similares que retienen después, en el reflejo de libros que los mencionan para lo que llaman textos de estudio, los nombres de algunos criminales con corona o guerreras. Al fin qué importan Alcañiz, Auschwitz, otros miles de lugares del ayer o del hoy, nuevos sitios del infortunio. Habíamos perdido la guerra y huíamos para no ser fusilados o encarcelados. Esa es la única constatación que justificó mi alejamiento de nuestra tierra. Francia era todavía el camino abierto, aunque la mayor parte de los fugitivos quedaban retenidos, internados en campos de concentración. En Toulouse, Perpignan, Argeles-sur-mer, se retuvo a la mayoría. Algunos, privilegiados nos creíamos entonces, llegábamos a París. Allí formamos un grupo compacto que nos veíamos a diario comentando con preocupación las noticias del avance del nazismo y lo que considerábamos inminente guerra y la orientación cada vez más fascista del gobierno francés. Junto a los españoles se volcaban en París gentes procedentes del Este de Europa y numerosos judíos. El antisemitismo se extendía por doquier. Fue así como me encontré, con otros compañeros, a Celan. Era él quién se interesaba por nuestra suerte. Conocimos su apoyo a la República cuando se encontraba en Rumania. Que se inició en el comunismo traduciendo incluso a Marx y a escritores rusos, aunque pronto vimos que se mostraba proclive a las ideas anarquistas, sobre todo por su admiración por Kropotkin. Cuando años más tarde salí de Auschwitz y regresé a París, donde él ya vivía, no resultó difícil que volviéramos a vernos, a reunirnos en Les Deux Magot y el Maubert Mutualité, otros cafés del Barrio Latino. Ya hablaba menos y no gustaba de referirse a su pasado, a la muerte de sus padres en un campo de exterminio ucraniano, a su difícil vida en la Rumania ocupada y colaboradora de los nazis. Prefería escuchar. A mí, particularmente, me demandaba sobre el día a día en Auschwitz. A veces insistía en aquello que nos unía fundamentalmente: el desarraigo, el hecho de que fuéramos los dos sobrevivientes. El lenguaje, me decía, es la única patria que nos queda: el alemán y el español, tan literarios ambos, tan heridos de muerte por los acontecimientos ocurridos, él es quien nos permite buscarnos, encontrarnos con la realidad. El lenguaje franquista y el nacionalsocialista poseían sus objetivos y unos métodos comunes basados en la reiteración de las mentiras y los dogmas para ejercer un efecto dominante sobre sus pueblos. Eufemismos, calumnias, limitación del léxico, mitos históricos, nacionalismo exacerbado,

adoración a los himnos, leyendas, banderas, pero lo peor era la imposición a través de él de la violencia, del culto a sus héroes, a la fuerza bruta, la ridiculización de los débiles, del pensamiento, acoso, aislamiento y persecución y muerte de todos los considerados enemigos. Yo vengo de habitar en la sombra, me decía Celan, y desde ella busco palabras nuevas para existir. Y existir es el presente, el camino hacia el futuro sin olvidar el pasado. Frente a la negación o incluso asunción orgullosa de lo ocurrido -los nazis volvían a sacar la cabeza y escalar posiciones de poder político o religioso- Celan se refugiaba en el silencio. Lo justificaría así en 1949:

Lo que durante los años de guerra era la vida de un judío no se necesita mencionarlo.

Aunque en ese silencio en que se sumergía, en esa mirada que por momentos se oscurecía cada vez más hasta situarse en un pozo cuyo fondo permanecía cegado para nosotros, yo adivinaba caminos tortuosos que le hablaban inculpándole; como te dije, en algún momento me reconoció: ¿acaso hiciste cuanto estaba en tus manos por salvar a tus padres?, ¿por qué permitiste que perecieran solos, por qué los abandonaste a su suerte? Cómo pude sobrevivir era lo que más me preguntaba a mí, cómo podía salir uno con vida de los campos. Y yo le hablaba de quienes trabajaban en las fábricas I. G. Farben, de los músicos, de los cocineros, de médicos o albañiles: nos necesitaban para mantener sus negocios, para mantener a flote su economía de guerra. Sobrevivir era prácticamente imposible para los niños, enfermos, tullidos, ancianos, *sonderkommandos*. La música, la música, insistía, ¿cómo podía coexistir el arte con la barbarie? Por eso te digo que las palabras se encuentran igualmente contaminadas, no podemos continuar usándolas como si ellas no fuesen culpables. ¿La música, le decía yo? Tampoco, tampoco, y tras un prolongado silencio comenzaba:

Negra leche del alba bebemos de tarde, bebemos y bebemos.

A partir de ahí, cuando surgía alguna conversación sobre el tema de la guerra o el genocidio, él no intervenía, no hablaba, se refería si acaso a esos años y sus acontecimientos como «lo sucedido», «aquello que ocurrió».

Y la guerra, la gran tragedia que instauró imágenes del infierno alumbrado por la pesadilla de los seres humanos en España y Alemania, sería la que nos llevara un día, Alma, al amor. A nosotros y a ellos. Y el amor devoró los sueños de la infancia, condujo a un rincón de la memoria la tragedia. Para mí ocurriría lo mismo con la revolución. Seres humanos, guerras, poder, muerte, fueron el fondo sobre el que se erigieron las caricias y los diálogos: ¿acaso no es éste

el corazón de la poesía?

Tras nuestro primer encuentro en París, tras aquella noche en que las palabras y los besos nos unieron para siempre, en el amor y la separación, Bachmann y Celan pasaron a ocupar el lugar de tu abuelo en tu corazón, fueron las sombras vivas que nos acompañaron durante todos estos años.

Y yo me ocupé, Tristán, dificultosamente, de conocer el pasado de ellos, consciente de que no pueden alumbrarse palabras que no existen. Tú me has hablado mucho de Celan y su apenas esbozada tragedia. En sus poemas existen veladas y emocionantes referencias a su madre amada. Las mujeres en la vida de Celan ocupan un lugar de privilegio. En cambio son los hombres quienes acompañan el peregrinar tortuoso por la existencia de Bachmann. Muchas veces me pregunté cómo fueron las relaciones de ella con su padre. Incluso llegué a escribir un texto situándolo precisamente en los días en que se unió al gran amor de su vida. Una vez más vida y muerte, pasado y presente, memoria y deconstrucción del tiempo conjurándose en la instantánea de un presente que albergaba en el misterio la historia que nunca pudo escribirse. Su padre, Tristán, te decía, fue uno de los activos obedientes de la banalidad del mal a la que en ocasiones se refería Ingeborg con palabras de Hannah Arendt. Uno de los más cercanos colaboradores en Klagenfurt, pasivos más que intervinientes, del ascenso y triunfo de los representantes del Partido Nazi. Lo veía a través de los ojos que podían cerrar los suyos, los ojos a los que se pedía fuesen clausurados para no ver, como ocurría con los pensamientos en el no pensar: obedecer, servir y amar a la patria, esa gran señora de múltiples cabezas que regía sus destinos y pretendía al tiempo reinar sobre los restantes pueblos de Europa. Era adolescente Ingeborg cuando gracias a la influencia de su padre el Partido Nacionalsocialista la exoneró de la exigencia que movilizaba a todos los jóvenes de su edad para cumplir determinados servicios. La mayor parte de sus familiares y vecinos fueron transformados en sepultureros de las pesadillas que albergaban las tierras donde se ubicaba el «cementerio de las hijas asesinadas». Eran los espacios asfixiantes, y su padre se convirtió, obligado o por conveniencia, en uno de sus guardianes. Los ojos, los ojos de Ingeborg, como los de los escasos rebeldes que escaparon a aquella servidumbre, le contemplaban a él, uno más, sin rostro distintivo, como uniformado miembro de la serpiente culebreante que a todos los arrastraba en sus más atroces delirios. Claustrofobia, agorafobia, gritos, dilatadas pupilas observando otros ojos sin rostro que serpenteaban desde el techo hasta el suelo del recinto donde yacían encerrados: eran los de las tuberías que escupen por sus oquedades gas zyklon, sanguijuelas que se arrastran y penetran en todos los agujeros y órganos corporales de los

allí secuestrados. Entonces Paul, le dice entre lágrimas Ingeborg cuando le narra el sueño, yo aullaba, me dirigía a mi padre rodeada por aquella masa de cuerpos yacentes que hacia mí alzaban implorantes sus manos, pidiéndole que nos abriera las puertas. Él me contemplaba con rostro estúpido e insensible, sin odio ni gesto alguno en que mostrara reconocirme: yo era solamente una pieza más de aquella masa que debía ser exterminada, ni piedad ni sadismo, ellos solo cumplían la ley. Pero ante los gritos cada vez más potentes que estallaban en el recinto aislado del exterior, pronunciados por mi enrojecida garganta, él desabrochaba sus pantalones y, como si fuera una de las porras portadas por los guardianes, su órgano sexual, largo, grueso y enhiesto, era sacudido por sus manos amenazándome. Pero yo no soy judía, lagrimeaba. Y él, con voz ronca, le dicta su ley, que es la ley que han cosido a su cerebro e impulsa sus actos: Aquí no hay inocentes. Y, como si fuera una melopea, canturrea con voz monótona: Víctimas, solamente víctimas, en nuestra tierra, en el mundo entero, sólo existe lugar para las víctimas. Sigue, continúa Paul, tapa mis palabras, destruye mis malos sueños, demuéstreme que nunca existió el pasado, apriétame con más fuerza. E Ingeborg enloquecía. Ríos de sudor bañaban las amapolas sobre las que reposaban. Todo su cuerpo se convierte en un suave cosquilleo, arde ante la llegada del placer. Gritan los dos al unísono. Como vertiginosos peces se sumergen en la corriente que los arrastra a las profundidades de las aguas del río. Entonces su padre hundió los dedos de sus manos en sus ojos dejándola momentáneamente ciega. Con un judío, con un judío, repetía una y otra vez. Oscuridad de las palabras provocando la oscuridad del amor. Lenguaje que horada la memoria para ennegrecer tanta sangre como les anega. En la cámara de gas, de todos sus rincones, surge la arenga de Goebbels: «El día del despertar de la nación. Utilizaremos todas nuestras posibilidades propagandísticas en grado de concentración nunca habido». Le pregunta a Paul mientras caminan calles de la ciudad ajenos a los petrificados esqueletos que sestean a su paso, unos caídos en las aceras, otros apoyados en los quicios de las ventanas o colgados de los balcones, sobresaliendo la mitad de sus cuerpos de las balaustradas en que se apoyan, moviéndose como autómatas los que todavía se mantienen en pie: ¿No queda rastro de seres humanos en la Tierra, no hay nadie ya entre nosotros que pueda fulgir como las estrellas, desapareció definitivamente el futuro, son éstos ya alumbrados los presentidos «últimos días de la Humanidad»? E insiste: Porque si las estrellas andan por los caminos de nuestros campos y ciudades, nada estará perdido, ¿no es así, Paul, no es esa nuestra esperanza, no luchamos por ello? Ahora se da cuenta de que sus padres no conocen a Paul. Ellos, en Carintia, nunca escucharon su nombre. Les escribe una carta

que reciben en el silencio de una casa del silencio de la ciudad del país que todavía no ha salido del silencio de la posguerra y habla en voz baja, no grita, aunque se prepara ya como el resto del mundo para incorporarse al vocerío. Les dice que ha conocido al hombre más maravilloso que existe, que ha dormido en el lecho junto al poeta que transforma el lenguaje de los tiempos que vivimos, que todos aquellos que huyen del infierno o de él se han salvado lo entenderán, que traspasa el lado oscuro de la locura que recién la ha poseído, que vuelve a desarrollar los bucles y rizos del pelo de los hijos que acaban de nacer o ya juegan en las aldeas y ciudades que lentamente van restañando sus heridas, que la ternura e inocencia regresan a sus ojos. Lo ha escrito antes del fuego que ha de suceder al fuego, mientras sus dedos y los dedos de él inician la búsqueda del placer que en sus cuerpos bullía, antes de que observara las nuevas llamas, las zarzas de los caminos devastados instaladas en los bellos ojos que se incrustaban, huidizos, en los laberintos sin salida de la memoria. No veremos el fin del mundo, Paul, llegó a decirle en una ocasión. Nosotros sólo contribuimos a acelerar su llegada. Y él le contestó: Auschwitz, final de partida.

Su amor llegó pronto y tarde a la vez. Siempre y nunca. Aunque nosotros sabemos, Tristán, que aunque ellos ya no existan, continúan amándose, buscando palabras con las que poder interpretarse a sí mismos y también a nosotros. Por eso intentamos adentrarnos en estos años que vinieron antes de que llegáramos, Paul para ella, Ingeborg, yo para ti, Tristán.

IV

ADONDE NOS DIRIJAMOS BAJO LA TORMENTA DE ROSAS 1954-1960

Veo largos entierros, sin tambores ni música,
que desfilan por mi alma, lentamente:
vencida, la Esperanza solloza,
y la Angustia, despótica
clava sobre mi cráneo una negra bandera.

Baudelaire

Ay, catedrales, ay, aguas no escuchadas, ay, relojes bien adentro de nosotros

En enero del año 1957 Ingeborg Bachmann alquila una pequeña casa en Roma, via Vecchiarelli, 38. Le han concedido en Bremen el premio de literatura de la Ciudad Libre Hanseática. Hace tres meses que ha publicado su poemario *Invocación a la Osa Mayor*. Es su canto a Italia, a la luz y la calma del mediterráneo. Italia dice que «es el país del alma». En él ha recuperado la tranquilidad, la alegría, la mirada, la palabra intercambiada con desconocidos, la pasión por el cine. Contrasta su vivir apacible, sea en Nápoles o en Roma, con la imagen devastada del mundo que se ofrece a los ojos enormes y siempre abiertos de la lechuza que lo representa. Ignora que Celan, al que, aunque ha pasado días a finales de 1966 en París, alojándose en el hotel de la Paix de Blainville, no ha visto ni ha intentado siquiera comunicarse con él, ha comprado su libro en la ciudad de Colonia. Celan había sido invitado a Bremen para ofrecer un recital coloquio sobre su poesía. Cuando le preguntaron por Ivan Goll, enmudeció, se alteró con muestras de nerviosismo evidente, entre la ira y la

desolación, y optó por dejar el local en una crisis que no le abandonó hasta llegar a París. A Bachmann le habían publicado una segunda edición en abril de su poemario anterior *El tiempo postergado*. La influencia de Celan a la hora de hablar de la necesidad del otro, con un lenguaje desestructurado, de un realismo abstracto susceptible de ofrecer un nuevo análisis de la historia y los sentimientos, conduce a Bachmann a un territorio literario nuevo, que se enmarca en su propio distanciamiento del poeta por mucho que se encuentre alojado en su memoria. Su experiencia amorosa la traslada a la perversión de las palabras y conceptos utilizados por los hombres al referirse a la mujer. También constata que el nazismo es algo más profundo y pernicioso que la definición de un sistema político coyuntural, xenófobo, dictatorial y expansivo, es una ideología que se imbrica incluso en la vida cotidiana, en el ser de las personas. De ahí la dificultad para establecer unas relaciones de absoluta libertad entre los sexos, como si la herencia tribal todavía marcara sus vínculos. Lo expresaría con pesar, antes de morir, en su desengaño amoroso transmutado en locura y creación literaria, cuando en una entrevista concedida a una periodista, le dijo:

El amor es una obra de arte, yo no creo que muchos hombres lo puedan realizar. Yo no sé si he logrado realizar el genio del amor... El amor resulta imposible en el tipo de sociedad de masas actual.

Ingeborg consideraba que el fascismo continuaba imponiendo su ideología en la economía, la política y la cultura con nuevas formas y procedimientos, y en una sociedad semejante las relaciones hombre-mujer sufren de ese mal que les imposibilita alcanzar una absoluta comprensión e igualdad. Todavía necesita escribir, publicar, porque conserva la esperanza de unir literatura y vida: si una desaparece, la otra también se extingue.

Literatura y vida van a ofrecer a Ingeborg un nuevo espejismo, resurrección, en este año de 1957, el del reencuentro con Paul Celan, en el que vuelven a amarse ahora sobre todo a instancias del enfebrecido Paul, cuando creen que juntos encontrarán la lámpara que ilumine sus existencias, cuando Am Hof sea algo más que el nombre de una calle.

En septiembre, la Federación de Industrias Alemanas ha concedido a Celan el premio de literatura Círculo Cultural. Del once al trece de octubre de 1957 se celebran en Wuppertal las jornadas «La crítica literaria considerada críticamente». A ellas acude Ingeborg Bachmann, que cuenta treinta y uno años de edad, y Paul Celan, que pronto cumplirá los treinta y siete. Y allí se reencuentran, tras las reuniones y a solas, en un hotel de la calle Am Hof de Colonia, cerca de la estación de ferrocarril y la ribera del Rin, calle que va del Palacio del

Arzobispado a la plaza de la Municipalidad y que fue zona para la vida y comercio de la comunidad judía en la Edad Media. Tras cinco años largos sin relaciones, periodo en el que apenas llegaron a cruzarse alguna misiva, ha sido ahora Paul Celan quien este año le ha escrito con más frecuencia, en ocasiones angustiosamente, acompañando sus palabras de poemas a ella dedicados. La apremia para que vuelvan a encontrarse. Anhela más caricias que palabras, que su encuentro sea intensamente personal, sensual, construir también con el amor un nuevo lenguaje, recuperar la pulsión del cuerpo sacándole del profundo castigo que le inflingiera tras separarse de ella. Desde su condena, desde su destierro, regresaba al imperativo de la pasión que solamente el miedo, la acomodación o la satisfacción provocada por el sexo con su mujer le habían impuesto suspender. Celan rogaba con más fuerza y ardor que nunca a Ingeborg, su Inge, la extraña, reanudar sus relaciones amorosas. Querida, querida, grito tu nombre, soy feliz y vuelvo a ser feliz porque puedo pronunciar y pronuncio tu nombre. Jamás superaré lo que fuiste y deseo vuelvas a ser para mí, poesía y pasión. Mis manos tienen abiertas las páginas del libro en que se encuentra el poema que sólo a ti pertenece, «En Egipto». Y mis labios, que tanto anhelan sangrarse fundiéndose a los tuyos, los labios que besan, muerden, acarician, sorben todos los poros de tu cuerpo -sólo pensar en tu cuerpo desnudo, tan hondamente acogedor, tan profundamente envolvente de mis ojos y punzante de mi piel acribillada por los ríos de fuego que la recorren mientras la fiebre devora mi rostro haciéndome temblar, me enloquece-, labios que se llenan de tu saliva y descienden con lentitud hacia tus endurecidos pezones, que se internan por las curvas más suaves y esponjosas, estancadas como cueva de los tesoros soñados por la imaginación más fértil en los bajos de tu vientre a la búsqueda de la embriagadora savia negra fluyente en sus honduras, y que no tardan en pronunciar torrentes de palabras amorosas hacia mi diosa dirigidas, Inge, querida Inge, Ingeborg, mi Ingeborg, conoces que mi vida no tiene razón de ser sin ti, pero tampoco ignoras que mi palabra sólo puede justificarse cuando se une a la tuya, y sabes de ese instante en el que nos derrumbamos en el campo de amapolas que es el lecho de nuestro placer, el uno ya dentro del otro, el silencio nos acaricia entonces con la más excelsa música jamás compuesta por artista alguno, los dos uno, borrada la historia y la lágrima, consumado el instante en que la estrella irradia el milagro del existir y creer en el mundo. El uno en el otro y el uno para el otro, siendo, estando, viviendo, eso anhelo, Ingeborg, ven, ven a mí y perdóname por todo este tiempo en que permanecí ciego, volveremos a soñar en Colonia, Am Hof, mi boca busca tu boca, mis oídos se estremecen de placer en el susurro de tus palabras, te veo, te sueño contemplando cómo sonríes cuando me

besas, acaricias, ayudas a que penetre en tu cuerpo, cómo te estremeces cuando yo me estremezco, el amor nos transporta a las estrellas para que acompasen con sus destellos de luces nuestro placer.

En Colonia, el nombre de la calle donde volvieron a amarse pasa a convertirse en señal de entendimiento y comunicación para sus comentarios epistolares o poéticos. Celan añadiría al ejemplar de la segunda edición que entregó a Ingeborg de *Amapola y memoria* la dedicatoria manuscrita: «Para ti». En el poema «Corona» se lee: «nos amamos como amapola y memoria». Y el veinte de octubre de 1957 escribirá «Colonia. Am Hof».

Después de estos días de octubre volverán a reunirse en diciembre en Munich -Ingeborg trabaja como dramaturga en la televisión bávara- en su casa de la Franz-Joseph-Strasse, provocando una crisis emocional en Gisèle al enterarse, crisis que refleja en su diario donde va explicitando, primero amargamente, luego con comprensiva conmiseración a Bachmann, el desasosiego por estas nuevas relaciones con su antigua amante. Y cuando el veintiséis de enero de 1958 Celan parte para Bremen a recoger el premio de literatura que le han concedido, no duda en manifestar Gisèle su amargura al enterarse de que volverá a ver a Bachmann. Ingeborg y Paul pasan los tres días finales de este mes nuevamente en casa de ella. Gisèle escribirá en su diario y luego en carta dirigida a Paul palabras que reflejan su dolor y preludian la futura separación que más tarde, en tiempos de absoluto desamor de Celan, ha de estallar violentamente. «Ayer noche me fui a un café para que pudieras con mayor tranquilidad telefonear a Ingeborg. Ese maldito café tan triste que pocos días antes tú me decías que habías descubierto... Intentas tranquilizarme, ¿crees realmente que creo en la indiferencia que finges hacia Ingeborg? ¿Crees realmente que puedo creerte cuando dices que no la verás esta vez durante tu estancia en Alemania?... ¿Por qué la dejaste tan injustamente?»

Continúa al día siguiente su carta reflexiva: «Ayer, muy avanzada la noche leí los poemas de Ingeborg. Me impresionaron. Lloré con ellos. Qué terrible destino. Te quiso tanto, sufrió tanto... ¿Cómo pudiste ser tan cruel con ella? Ahora me he acercado a ella, acepto que vuelvas a verla, me quedo tranquila, le debes eso, pobre muchacha, digna y valerosa en su silencio de seis años. Claro que debes volver a verla. ¡Qué terrible es!».

En diciembre de 1957, cuando Ingeborg envió a Celan dedicado su poemario *El tiempo postergado*, rubricará: «Munich. Am Hof. Ingeborg». Y Paul Celan, ya el once de febrero de 1959, tras su separación -faltan dos meses para que sea definitiva-, en la tarjeta postal que le remite, concluirá su misiva diciendo: «Saludos desde Viena. Distrito 1. Am Hof».

Después de sus días de intensas relaciones, de regreso a París, Celan había adjuntado a la carta enviada a Ingeborg el poema «Ribera del Rin», Colonia, Am Hof

*Tiempo del corazón, los
soñados representan
la cifra de medianoche...
Ay, catedrales,
ay, aguas no escuchadas,
ay, relojes bien dentro de nosotros.*

Habían conseguido de nuevo paralizar el tiempo. Anclaron el reloj de la memoria y dejaron de escuchar los sonidos de la vida que discurrían a su alrededor. Relojes, catedrales, ríos, pasos en la calle, conversaciones de los escritores que les acompañaron, palabras pronunciadas, nombres nunca olvidados, voces o silencios, dejaron paso al tiempo del corazón. Desnudos en el lecho, ahitos de placer, en la medianoche sus ojos se contemplaban. Sus ojos hablaban. Torrentes de palabras brotaban de ellos. Fueron minutos o fueron siglos. Hasta que regresaban de nuevo, ansiosos, desbocados, en vorágine devastadora, y ya gritaban los dedos de las manos, las cinturas de sus vientres, las bocas, los sexos, estremeciendo el silencio de las plazas vacías donde dormitan, fatigadas de soledad, las iglesias, poniendo temblores a las estrellas en su agónica separación. Asomado a las aguas del Sena unos días más tarde de aquella unión que tuvo fin cuando no debía alcanzar final alguna en la cohesión que los devoraba, Paul, desesperado, en pensamientos que viajaban más rápidos que las palabras y que al deshacerse le transmitían angustia de muerte, palabras de deseo e impotencia, de cobardía y resignación convertidas pronto en poemas, más, más, la necesita, quiere verla, en Munich o donde sea, donde ella le diga que vaya, que le espere con su cuerpo abierto para que él navegue como náufrago a la deriva por él, no puede resistirlo, ha de comprenderlo, llora lágrimas sobre el Sena que un día se cristalizarán para siempre, más ansioso que la leona en celo, más doliente que el elefante herido por la vejez y el cansancio que busca terreno propicio para suicidarse. Ingeborg fuma, bebe, estruja entre sus dedos la carta que él le escribe, ¡hasta cuándo este suplicio!

Él había abandonado el lecho dejando heridas en sus senos, salió de ella para regresar solitario a casa, a la norma de su vida, junto a su mujer e hijo que no quería ni podía abandonar, a preocuparse por los problemas editoriales, pequeñas miserias literarias o económicas que le demandaban tiempo y dedicación, incapacitado para continuar revolcando su cuerpo hasta que se extinguiera en el placer de una vez

y para siempre, y dos años después de su separación Ingeborg continuará en el lecho, regresarán a sus manos nuevas palabras escritas por él, ha debido estar horas y horas meditándolas, murmurándolas hasta que al fin se decide a plasmarlas en un papel, le quemar, ha de expulsarlas lejos de sí. París, Viena, no puede dejar de decírselo, no puede guardar el dolor solamente para él, que ella devore sus lamentos, los sufra igualmente: a aquel *tú sabes hacia dónde señalaba* hay que agregarle ya la respuesta: *hacia la vida, Ingeborg, hacia la vida.*

La vida que se les está marchitando a los dos. ¿Qué es el sentimiento de la culpa? Todo son contradicciones. Ingeborg le ha hablado a Paul de Gisèle y de su hijo cuando éste, tomándola de la mano, insiste en que no puede soportar ausentarse para siempre de ella, porque, Inge, yo te amo, y ella piensa en las veces que le invitó a marcharse los dos a la selva, sentimiento que, aun imposible de satisfacer, ahora comparte él, ya no basta que haya confesado a Gisèle sus relaciones con Ingeborg, incluso que ella termine comprendiéndolas y aceptándolas, ¿aceptar, se puede aceptar no con las palabras sino con el corazón? Responde Ingeborg, nadie puede o quiere saber nada de lo que a cada uno le oprime y tortura, el ser humano nació para el dolor, el sufrimiento, pero son ajenos a los por ella experimentados en el instante presente, por qué aceptarlos, yo no tengo Dios, Paul, y sólo camino por la vida consciente de que el final es la muerte, por eso me aferro a este segundo de alegría que nos ha sido concedido o que nosotros fuimos capaces de encontrar, y quiero que en él se desborde nuestra relación y no los sufrimientos y la soledad que no tardarán en presentarse, nosotros nos amamos y tenemos que sufrir, ¿ha de ser así siempre? No soy yo culpable ni lo eres tú, ni los demás pueden impedir que nos busquemos y unamos, ¿ya no deseas que las palabras recuperen su pureza original? Ingeborg, Ingeborg, escíbeme, escíbeme le suplica, soltando su mano, huyendo.

Años después de aquel febrero compartido -madrugada en que los témpanos de hielo golpeaban suavemente los cristales de las ventanas en la habitación en que se habían refugiado-, Ingeborg no le dijo las palabras que escribiría cuando él fuese engullido por las aguas del Sena en las que expresaba

Para ti, si de verdad lo quieres, escribiré un libro que aún no existe. Pero has de quererlo, de verdad, quererlo de mí, y yo jamás te pediré que lo leas.

Nunca terminaría Ingeborg de completar sus *Modos de muerte*. Pero en los centenares de páginas de los tres libros que desarrolló antes de ser consumida por el fuego, habitaba Paul Celan.

Ambos hablan del amor con la culpa

Me sumerjo, Tristán, en el amor más profundo que pueda soñarse, y al tiempo más trágico, el que vivieron en las postrimerías del año 1957 y 1958.

Han sido años, los del silencio entre ambos, que se arrastran desde mayo de 1952 hasta entonces, de intento por recomponer sus vidas sin la presencia ni la influencia del uno en el otro. Celan se ha enfrascado en la lectura de Heidegger. Lee y anota en los márgenes de sus libros buscando palabras y razones para el propio lenguaje de su pasión. El último libro suyo que ha adquirido es *Introducción a la metafísica*, en el que se sumerge con extraordinario interés.

Bachmann, octubre de 1953, consumó su voluntario exilio marchándose a vivir a Roma.

En 1954, tres de febrero, Celan conoce a otro exiliado rumano afincado en París, el filósofo Cioran. Mantendrá durante unos años relaciones con él hasta su ruptura definitiva en 1964, aunque ya cinco antes anotaba que le parecía cada vez menos claro en sus opiniones, mentiroso en sus conversaciones al hablar de sí mismo y sospechoso en su ética y principios filosóficos. Regresa a Alemania para continuar dando a conocer su poesía en las ciudades de Düsseldorf, Colonia, Fráncfurt, Munich y Stuttgart y habla con Heinrich Böll. No se entenderán y acabarán descalificándose mutuamente. Para obtener ingresos no deja de realizar traducciones, poesía o novela -por el alcance de sus ventas traduce a Georges Simenon del francés al alemán-. Entre los poemas que escribe este año de 1954 se encuentran dos antitéticos en su influencia, que muestran las contradicciones en que se mueve: uno, «Señal de reconocimiento», viene tomado del Antiguo Testamento y el segundo recuerda dos insurrecciones que marcaron su juventud: las luchas de los obreros en Viena y la España revolucionaria de la guerra civil. Sobre esto último escribe:

*De un modo bastante curioso el Unicornio ha querido hacerse
llevar con las cabras de Extremadura, reminiscencia aquí renovada
de un flamenco que hemos escuchado en tu casa.*

Era la casa de Isaac Chiva, al que envía el poema.

El seis de junio de 1955 nació su segundo hijo, Eric, que le reconforta tras la pérdida del que sólo iluminó sus ojos durante veinticuatro horas. Durante su infancia le dará paz con sus juegos y vacaciones compartidas en el mar o la campiña, donde olvida los trabajos absorbentes del París en el que continúa traduciendo intensamente para poder vivir. Ha obtenido la ciudadanía francesa. Y prosigue enfrascado durante 1955 en su lucha por desmontar las

acusaciones de Claire Goll sobre el plagio de las obras de su marido. Pese al premio recibido en Stuttgart insiste en quejarse del poco eco que reciben en Alemania sus protestas por las acusaciones de que es víctima y que achaca a la abundancia de críticos antisemitas, lo que demuestra *las justificaciones de las cámaras de gas*. Le escribe a Gisèle: «La resignación es un poco el aspecto principal en la actitud de la gente que no podría ser sospechosa de nazismo». Gisèle suponía para él un apoyo nada conflictivo. Sus cartas nos muestran, por parte de los dos, la simplicidad de sus relaciones basadas en la confianza y la devoción admirativa y sumisa que muestra ella por su marido. Por eso la trata más como a una niña desde el punto de vista mental, una mujer apacible, que como a alguien con quien discutir sus poemas o confrontar ideas. No existen en los textos de su abultada correspondencia pensamientos profundos o controvertidos. Incluso estallan ya las diferencias en la convivencia y las relaciones humanas; al ser internado, se limitarán a cuestiones prácticas y rituales expresiones amoratorias. Celan se dirige a ella, sobre todo en los primeros años de casados, en un mismo tono, incluso cuando vuelva a tener relaciones con Ingeborg no la abandonará, falseando su realidad, mintiendo y buscando siempre la paz y estabilidad que Gisèle le proporciona. Sólo cuando no puede ocultarle más tiempo a Ingeborg Bachmann cambiará sus expresiones y Gisèle mostrará su madurez y consistencia mental con valentía y serenidad ante la nueva situación.

Dedicado a Gisèle ha publicado el poemario *De umbral en umbral*. Viven en el 26 de la rue de Montevideo, distrito XVI. No deja de viajar a Alemania. Bachmann parece totalmente olvidada. Nada hace por intentar ponerse en contacto con ella durante su estancia de varios días en Colonia, Wuppertal, otras ciudades. Pasará cuatro meses, del dos de enero al treinta de abril de 1956, en Ginebra como traductor de la Oficina Internacional del Trabajo. Y un año más tarde estallará su silencio, su aparente profundo olvido de Ingeborg, en la ansiedad, casi locura, que le entra por volver a verla, por encontrarse con ella y amarla. Ocurrirá en el mes de octubre y en la ciudad de Colonia.

Ambos hablan del amor con la culpa.

Ambos quieren estar y morir.

Labio supo. Labio sabe.

Labio calla hasta el fin.

Veintiséis, veintisiete de octubre del año 1957. Los versos no tienen título. El poema solamente les pertenece a ellos. Aquellos días, hasta la primavera del año siguiente, crearon su propio cielo e infierno. Hoy, cuando no existen y yo vuelvo a evocarlos, parece como si los viera, escuchara. Los tengo tan presentes, Tristán...

Ingeborg, que con sus dedos hace temblar alternativamente el vaso

y el cigarro que no cesa de llevar a los labios, esos labios que lamieron, mordieron, acariciaron, sangraron los de él, esos labios callados que ahora musitan incoherentes palabras, se las dice a él, que las responde con otras inaudibles desde la distancia, son palabras que no pronunciaron cuando se unían y entregaban hasta que encrestaban en sus heridas las amapolas en cuyo campo yacían, *estoy sola yo también Paul, no ignoras que tampoco tengo a nadie con quien hablar*, ahora sonrío *¿quién podría decirme quién sabe lo que es el amor? Los labios lo supieron mas ahora permanecen callados*, está bien que Paul haya hablado con Gisèle, que ella conozca de su existencia, que hubo una primavera y ha habido un otoño, y a pesar de lo ocurrido que él decida regresar con ella y con su hijo, aunque le diga a la extraña que no desea separarse de ella, ¿pueden coexistir la una y la otra?, ¿solucionar el dilema? No es Ingeborg quien inventara la idea de la culpabilidad, ni tan siquiera la acepta, ella sólo es consciente de que Paul no puede, no se encuentra dispuesto a abandonar a su mujer y a su hijo, unas horas, unos días sí, incluso es Ingeborg quien se lo demanda, no los dejes, no podría vivir contigo con una herida más en la memoria y ésta más cercana, viva, otras sombras moviéndose, mirándome acusadoramente, ¿cuántas personas componen esta historia?, vuelve a llamar, a maldecir, a gritar, es la vida, la vida de la que no puede evadirse uno, pero si solamente existe una vida, ¿cómo podemos renunciar a ella?, como sea, suplica él, a escondidas, unas horas, un segundo eterno, ven, ven de nuevo, Ingeborg, antes de que el año termine, yo también lo deseo, Paul, iré, me abrasaría si te dijese que no lo anhele, que pese a las sombras, y tú portas demasiadas sobre tu conciencia, siempre que me lo pidas te acompañaré, familiares, amantes, pueblos enteros yacen en tu conciencia, es el deseo quien grita en mí, tengo que verte, poseerte de nuevo, que tú me poseas, que nos amemos y después huyamos, perseguidos, arrastramos una eterna condena, siempre ha de ser así con el amor, pero nos rebelamos contra ella, no los abandones a ellos, ¿pero acaso ha de impedir que nos veamos?, Ingeborg, Ingeborg, contesta a sus ojos Paul, siempre pensé en palabras sagradas, designio, destino, misión, pero ellas ¿qué significado alcanzan?, ¿qué fuerza poseen los nombres ante los brazos que se disparan en busca de otros brazos, la risa que brota del labio cuando encuentra otro labio que sabe y le atrae igualmente?, Ingeborg, tú fuiste desde nuestro primer encuentro, siempre te lo repetiré, lo sensual y lo intelectual, sí, y así yace en ti como permanecerá sepultado en la profundidad de mi memoria, y ahora ella lee «En Egipto»,

cuantas veces lo leo te veo ingresar en ese poema, eres la razón de mi vida, y también porque eres y seguirás siéndolo, lo justifican mis palabras, pero no solamente mis palabras, también quisiera

estar mudo contigo.

Ese año de 1957, Alma, yo me encontraba en uno de los momentos más tristes de mi existencia, en Moscú. Ahora no siento dolor al leer lo que tú transcribes de ella. Siento pesar por lo que nosotros dejamos de vivir ese año. Tú en la infinita soledad de Alcañiz provocada por la muerte del único ser que te restaba y amabas, tu abuelo, yo, al pensar en la derrota de las ideas fracasadas y el engaño de las palabras corruptoras de los sueños, luchas e ilusiones, de tantos seres humanos. Pero no te hablaré, una vez más, de ello. Nuestra íntima miseria era insignificante ante el inmenso drama que se aprestaban a desarrollar, ya en los prolegómenos de su destrucción final, aquellos dos amantes. Querían estar juntos y cada vez se iban alejando más, aunque siempre -sobre todo en Ingeborg- el uno quedara en la memoria del otro. Shakespeare parecía urdir los hilos del drama, la tragedia que pocos años después, los dos, por caminos tan separados como unidos en el infortunio, iban a compartir.

Colonia, Am Hof todavía. Paul expresa que sin la presencia de ella jamás pudiese haber escrito el poema. Soñaban. Mas los poemas y las palabras, contrariamente a lo que Paul en aquellos momentos creía, no les devolverían la vida.

Imaginaba Alma escuchar cómo, abrazado fuertemente al cuerpo de Ingeborg, le susurraba ese anhelo al oído. Inseminaba la noche con la felicidad que sólo cuando eran niños experimentaron alguna vez con semejante intensidad. No tardaron en arrebatarles la niñez. En destrozales los sueños. Intentaban ahora prolongarlos. Le escribía a diario aunque no siempre enviara la carta. No deja un minuto del día de tenerla presente. Le envía poemas. Y hasta recuerdos en que manifiesta su ternura.

7 de noviembre.

Me encontré con una agenda de bolsillo del año 1950. Anotado el 14 de octubre encontré lo siguiente: Ingeborg. Es el día en que llegaste a París. El 14 de octubre estuvimos en Colonia. Ingeborg: hay relojes bien adentro de nosotros.

Gisèle, su hijo, escuchan un grito. También lo oyen las gentes que a esa hora caminan por las calles de París. Alma lo percibió en el cementerio en que había enterrado a su abuelo. También Tristán en la mortecina fiesta en que junto a otros comunistas españoles celebraban algo de una vieja revolución que hacía mucho tiempo fracasara.

¡Ingeborg, amor! Mañana te mudas a una nueva casa. ¿Puedo ir pronto y salir a buscar una lámpara contigo?

Luz, más luz, se cuenta que pronunció Goethe cuando se encontraba regresando a la nada. Buscando lámparas ellos que iluminen los besos para recordarles que existió la vida y la felicidad en el aislamiento de dos seres que sobre los escombros del mundo bailaban con sus bellos cuerpos desnudos una música armónica: la de la pasión amorosa. Le besaba los ojos. Habían transcurrido muchos años desde aquella vez en que acallaron el lenguaje de las palabras para encender con sus labios las llamas del fuego consumidor de sus cuerpos. El recuerdo de Gisèle y de su hijo ha sembrado, sin embargo, de dudas las relaciones. Pero fue Paul quien insistió en aparcarlo. Y se amaron salvajemente, como le gustaría reconocer a Ingeborg en uno de sus versos surgidos en los años de los psiquiátricos.

Aposté todo a una carta y he perdido.

Los dos son conscientes de que nunca vivirán juntos, tampoco podrían: la memoria y la conformación de sus existencias le impiden a Paul desde el comienzo de sus relaciones consolidar su unión con lo «sensual y lo intelectual» tal como reconoce. Ingeborg siempre lo intuyó: desde que se asomaron aquel amanecer de un veinte de mayo a la ventana de su casa de la Beatrixgasse tras ardua noche de amor en la que ella confesó: no tengo nada de mi cuerpo que no haya sido tuyo, donde tú no hayas penetrado, te amé con todas mis bocas y mis sentidos se han quedado drogados para siempre. Llegaban las primeras horas del día. A ninguno de los dos les importaba que alguien desde la calle pudiera contemplarlos desnudos. Celan permanecía ensimismado después de tantas horas de palabras y caricias. Ingeborg se formó la imagen de él que reflejan sus dudas, atenazado pese a la felicidad por el pasado y el futuro:

El hombre es un ser oscuro, sólo es dueño de sí mismo en las tinieblas, y de día regresa a la esclavitud.

Ella misma tendría que volver a la vida burocrática que la encadenaba al absurdo. Bello era amar. Esclavizante y miserable tener que trabajar para poder vivir. Y los dos se encontraban bajo la servidumbre y el peso de la memoria y de la realidad. La memoria que los ignorantes y conformistas habitantes de Viena ya desterraron de su vida cotidiana. La realidad que hacía de Celan un apátrida cuyo hilo existencial era la poesía que no daba refugio ni alimento.

Y habían vuelto a hacer el amor durante cuarenta y ocho horas esos días de diciembre de 1957. El nueve, cuando se separaron, era lunes y ya la noche invadía las calles de la ciudad, Paul le escribirá a Ingeborg desde Frankfurt:

Ingeborg, mi querida Ingeborg, después volví a mirar desde el

tren. Tú también te habías dado vuelta, pero yo ya estaba demasiado lejos. Vino el nudo en la garganta, feroz. Volví al compartimento, tomé los poemas de la cartera. Para mí fue como ahogarme en lo totalmente claro y transparente. Tengo que volver a verte, Ingeborg, porque te quiero. Paul.

—Aquella mañana, cuando mi lecho todavía estaba húmedo y el clavel dormía junto a mi corazón, vi el río oscuro pasar a tu lado.

—Dime, Ingeborg, dime qué te parece si volvemos a vernos en Colonia, mucho, mucho tiempo.

—Sobre el carro de luz alzados, también despiertos, nos encontramos extraviados, porque donde nosotros no habitamos solamente se encuentra la nada.

—Ingeborg, Ingeborg, me encuentro tan pleno de ti, de tu presencia, de tu cuerpo, de tu vida, de tu amor, y además por fin sé, interpreto tus poemas para verte como eres, ya es el cuerpo y el alma lo que me entregas.

—Allá se te hunde entonces la amada, en la arena, y te parece sea inmortal aunque no lo olvides, siempre parece dispuesta la despedida en cada abrazo.

—Un día más, otro más, más días, Ingeborg, tú y yo, contempla mis lágrimas, están llorando por ti.

—Vienen días más duros.

—Ya es dos de enero de 1958. ¿Y cuál es nuestra realidad? Yo en París, tú en Viena. Ingeborg queridísima, ¿qué puedo decir que no te haya expresado ya?, ¿qué me queda por decirte? ¿Acaso ignoras que mi corazón te acompaña? No tengas miedo esta vez, Ingeborg, esta vez no.

—La tierra de Alemania ennegrece el cielo, Paul, y se refleja en mis pensamientos. Tengo miedo. Busca la noche palabras y abisma el cráter del silencio, te lo escribo, lo grito, porque lo inexplicable recorre en voz baja el país. Sé cuánto te afecta, nos afecta a los dos. Ahora, cuando guardo silencio, es mediodía sin embargo.

—Ya se desvanece la amapola y sangra otra vez la memoria.

Cartas a diario él le envía. El teléfono se satura de comunicaciones que nunca quisieran alcanzar un final. Voces de guerra vuelven a roncar en las ciudades del mundo. Continúan martirizando y asesinando seres humanos. Mientras piensan: «Nuestra deidad, la Historia, nos ha deparado un sepulturero que no alcanzará la resurrección».

Y vuelven a buscarse, a amarse, a devorarse hasta las lágrimas y el

agotamiento en la casa que Bachmann alquilara en Munich. Y tras el abrazo, agonizaba enero, llega la despedida. Celan ya no leía sus poemas, sino sus cartas, envolviendo su garganta en abrasadora angustia.

Era un miércoles del mes de junio del año 1958. El ocho de mayo se había consumado su separación definitiva, tras una estancia de dos días de Celan en su casa y una interminable y angustiosa discusión. Ingeborg se encontraba en el café Georges V, en París, junto a la estación de metro del mismo nombre. Había citado a Paul a solas, tras tener un encuentro con él y Gisèle. Un verso martilleaba sus mentes:

Adonde nos dirijamos bajo la tormenta de rosas.

Los caminos de la soledad. Definitivamente historia el pasado: intento de repensar su vida y posibilidad de futuro. Falta menos de un mes para su cita con Max Frisch en París. Ahora lo único que sabe, más allá de donde pueda dirigirse, es que se ha terminado el tiempo de las rosas. Y donde pueda encontrarse a partir de ahora, incluso con quien pueda encontrarse, habitará la memoria sin olvido. Pasaba gente a su lado. No la veía. Tampoco escuchaba la radio en la que hablaban de ella, de su talento, de su belleza, de sus compañías. Continuaba trabajando para sobrevivir, no como estímulo. Felices los alemanes que volvían a pensar en sus ejércitos y en sus tanques, en sus juego de poder y guerras ahora bancarias. Bachmann ha protestado públicamente contra el rearme de las fuerzas alemanas. El veintinueve de mayo se estrena en la radio su obra *El buen dios de Manhattan*.

Ingeborg y Paul se han separado. En la isla de San Luis apenas pueden brotar las palabras. Como si los dos tuvieran miedo de ellas. Heridos. París les infunde su soledad, les erige infranqueables fronteras. Andan casi tambaleándose, temiendo caer de un momento a otro en un vacío sin fondo. La tierra se abre. Sus pies caminan, pero no sienten el suelo que pisan. Llueve. Así se diluyen las lágrimas. Ella le contempla sin distinguir sus rasgos físicos, tan enturbiados tiene los ojos. Él los cierra. Ciego. Ciego. Se ha quedado ciego. Le dejaron ciego al nacer, grita. Ingeborg detiene un taxi. Paul queda estático, inmóvil bajo la lluvia.

Tres de julio. Ingeborg camina sola. Cientos de sombras se desplazan junto a ella sin rozarla. Pont Mirabeau. Ingeborg no soporta su nombre. Nunca volverá a pisarle. Todos los ríos del mundo parecen haber secado sus aguas. Ya ha dejado de navegar por ellas. ¿Qué función tienen entonces los puentes si ya la voz, como las lágrimas, se han secado?

Alma, yo también me separé de ti no una, muchas veces. Imposible recordar cómo caminaba, sol, lluvia, nada importa, solo, por calles

que iba perdiendo conforme me dirigía a una estación de ferrocarril, a un aeropuerto, pensando en ti, sabiendo que podía dar marcha atrás, regresar a tus brazos, pero no lo haría, puedo recordarlo ahora, Alma, que caminas junto a Ingeborg. ¿Quién te consolaba en mi ausencia, siempre mi ausencia? ¿Quién daba sonrisa a tus labios y luz a tus ojos? ¿Fingías también en Alcañiz la paz que no supe concederte? Recuérдалo, Alma, con ella y el trueno de las hojas -que en todas partes existen árboles, ríos y puentes-, antes tan silenciosas en la perenne siesta de los arbustos, me siguen muy de cerca ahora, aquí, desde donde te escribo, en el Oriente cubano, contestando a las últimas cuartillas que sobre ella me enviaste, hojas no escritas sobre nosotros y otros seres humanos que durante siglos presenciaron historias jamás narradas. *Reja del lenguaje*: el corazón de las tinieblas poéticas de Paul Celan. También yo descanso en esta inmensa distancia que de ti me separa en la noche más oscura. Han transcurrido desde esos días que describes más de cuarenta años. Todo parece desaparecido a mi alrededor. De la vida aquí no te hablo. ¿Qué revolución no se convirtió en fuegos artificiales tras su luminoso estallido? Pienso en aquellos días en que también nosotros nos besábamos. ¿Te acuerdas cómo contemplaba tu cuerpo desnudo en la cama, como si fuera la pintura más bella creada por el esteta supremo del Universo? Temblaban mis dedos acariciándolo y apenas lograba articular palabra alguna. También a nosotros nos apartó aquello que no debió apartarnos nunca, sabiendo que el tiempo lo logrará de todas formas un día. Sin ser conscientes de que al separarnos destruíamos o apagábamos el amor, todo son obstáculos para deshacer la felicidad que debiera ser la única norma de vida. La que ya no podemos recuperar. La que ellos perdían en los días que describes para siempre. Y Paul lo sabía: lo único que tendrían que hacer es salir a buscar la lámpara. La lámpara, Alma, que al fin sólo parece encontrarse, marchita, apagada, en las aguas del Sena o en la sierra más recóndita del lugar en que me encuentro, aquí, más allá del valle de Viñales, donde se estrellaron las naves y galeones en los pasados siglos que hablan de descubrimientos y conquistas.

Ahora, Tristán, no resulta fácil escribir sobre cuanto aconteció aquellos últimos meses de relaciones tan intensas como fugaces que desembocan no sólo en la separación, sino en el silencio definitivo entre ellos, y que he intentado analizar como leerás en posteriores envíos sobre sus años de locura y destrucción. Venían cuando se produjeron, a su vez, de una incomunicación de casi cinco años impuesta por el propio Celan. No podemos entrar en los sufrimientos que a ella le causó el egoísmo consustancial a la manera de otorgar o rechazar su compañía por parte de Paul, porque ni tú ni yo ni nadie queremos convertirnos en jueces de vidas ajenas, de historias que

únicamente a ellos les competen, y porque tampoco poseemos las claves para intentar descifrarlas en sus goces y sufrimientos, en sus grandezas y miserias. Intento únicamente adentrarme en esta etapa, quizá la más difícil de describir, dado que parece incomprensible tras su reanudada pasión la brusca ruptura, el tiempo que les conduciría entre espasmos periódicos de agonía y dolor a la muerte y que entremezcla las acusaciones de Claire Goll, la presencia de Max Frisch, los violentos ataques de Celan a su mujer, los interminables internamientos en clínicas psiquiátricas, la dulcificadora presencia de Thomas Bernhard para Ingeborg y la inquietante de Heidegger para Paul. Nos servirán para recorrer el laberinto emocional de ambos las palabras que nos dejaron u otras que no se atrevieron o quisieron legar pero a las que intentamos dar existencia. Pienso estas cosas y te las escribo mientras contemplo y escucho cerca del Faro de San Sebastián el siempre frustrado empuje de la blanca espuma de las olas contra la tierra en que se esparce, derrumba y desaparece para no tardar en resurgir en el cansino e imperecedero combate que con ella mantienen. Son las hijas que el mar crea desde hace miles de siglos, crea y destruye en un juego que recuerda al de los propios seres humanos. Siempre igual, monótono con su música y rutina inacabada. Sólo alguna vez, y pueden transcurrir años en surgir esta rebelión, enfurecidas, se agitan desesperadamente, saltan los muros que las contienen y, arrollando cuanto encuentran a su paso, avanzan libre y salvajemente entonando cantos de destrucción liberadora sobre los edificios, árboles, seres humanos que encuentran a su paso, arrastrándolos hasta sus abismos antes de desaparecer. Pronto amanecerá. El horizonte es una masa ennegrecida de nubes que agitan el vuelo de las gaviotas y ahuyentan a cualquier mirón, paseante o marinero, del puerto o de la playa. Y pienso en que con las olas miles de millones de seres humanos durante su vida actúan parecida y resignadamente, de acuerdo a la rutina trazada por algunos de ellos, sea con las leyes que proclaman o con los nombres de los dioses a los que adoran, con su poder o con las costumbres que marcan y regulan el camino y las fronteras que no pueden atravesar. Surgen entonces las palabras escritas por Paul Celan a Ingeborg Bachmann el veintitrés de noviembre de 1957 desde París, cuando se lamenta de las pequeñas cosas que se interpusieron en los tiempos en que les inundaba la felicidad que ellos no supieron retener.

Y después cartas llenas de *nimiedades* y *hostigamientos* apenas veladas mientras escribe a Gisèle palabras vulgares y rutinarias. El tiempo de los hábitos y la trivialidad, con un lenguaje impropio de él cuando a su mujer se dirige, mató y mata a lo largo de los siglos lo que debió ser libertad y razón de ser para personas como Paul e Ingeborg.

Esta noche soñé que me hallaba en una cámara de gas, totalmente sola, que todas las puertas se encontraban cerradas, que no había ventanas, Jordan instalaba los tubos y dejaba entrar el gas.

De una de las novelas de la trilogía de Ingeborg. A veces vale más una línea brotada de la doliente imaginación creadora que confesiones personales de mil páginas.

Ingeborg entregaba en su despedida un poema a Celan. Y recordaba

*Adonde regresemos bajo la tormenta de rosas
las espinas iluminan la noche y el trueno
de las hojas, antes tan silencioso en los arbustos,
nos sigue ahora muy de cerca.*

Adiós, amor, adiós, poesía. Adiós otra vez cada una de las noches en que no concilia el sueño. Y cuando accede a él, resulta peor. Se abren las cámaras de gas. Se desatan las persecuciones por interminables túneles, por ríos en los que desesperadamente bucea mientras se asfixia, asciende por escaleras que nunca alcanzan la cima de las torres, corre a través de bosques cuyos árboles espesan sus troncos impidiéndole caminar y que consiga desprenderse de las ramas que la oprimen y ahogan. Incapacitada para gritar y recuperar la lucidez, nadie la ofrenda auxilio para que logre abandonar los laberintos que la encarcelan. Al fin, con un aullido, abre los ojos. La habitación se encuentra a oscuras, mas a través de los cristales del balcón se filtra un hálito de luz. Se incorpora en el lecho y asoma su rostro pálido y aún cubierto de sudor al exterior. Los árboles se han transformado en edificios que avanzan hacia ella, moviéndose lentamente, se abren todas las puertas y ventanas de las viviendas ante las que cruza, como si quisieran engullirla. Ingeborg, exhausta, murmura con voz inaudible:

No te he perdido a ti, sino al mundo.

Todas las campanas de las iglesias de la ciudad tañen plegarias al unísono. Solloza como una niña. Él no regresará nunca más. Nunca más sus ojos, sus labios y sus manos volverán a acariciarla. Ha muerto la primavera para siempre. El ardor del verano secará su piel. Desaparecen sus lágrimas. Agostada su garganta. *Él no regresará nunca más.* Los violines acompañan aquellas palabras: Nunca más.

Como si fuese un ser fantasmal surgiendo de algún lejano país envuelto en su negro abrigo, aparece el extraño. Ha muerto. Víctima del exterminio. Celan lee en el *Frankfurter Zeitung* la nueva estrofa que

Bachmann ha agregado al musicalizar Werner Henze el poema que aparecía en el libro *El tiempo postergado* que ella le enviara en la Navidad de 1953. «Bajo la tormenta de rosas» posee ahora un significado que puede interpretar por ir dirigido a él.

*Dondequiera que se apague lo que las rosas encienden
la lluvia nos barre el río. Ay noche aún más lejana.
Pero una hoja que nos alcanzó nos sigue, flotando
sobre las olas, hasta la desembocadura.*

¿Es la hoja del medallón que Celan le regalara y después con malos modos le reclamó, la hoja que marca el amor y el desamor del poeta por la extraña? ¿La hoja que ella nunca extravió, la que le acompañaba en la distancia, cuando, pese a su silencio, no dejaba de pensar en él y esperarle? Cuando la locura ronde a Celan en los tumultuosos años en que desesperado intenta matar a Gisèle, suicidarse, y sufra numerosos internamientos en psiquiátricos, cuando Ingeborg sea presa de los trastornos que también la enclaustran y someten a tratamientos de *shock*, Ingeborg, que recogió al poeta entre sus brazos siempre que éste, por breve tiempo que fuera, se lo demandaba, que le ha amado hasta los límites en que el dolor y el placer se mezclan y confunden, Celan escribe sus palabras de sosiego en el desasosiego:

*Quédate tranquila, piensa en el parque, piensa en la hoja,
piensa en el jardín de Viena, en nuestro árbol, en la Paulownia
flora.*

Años después alguien informará a Ingeborg que Paul ha muerto. Y como prueba irrefutable de sus palabras le mostrará una hoja seca. Y en ese momento, ante la hoja que recrea su memoria, que en sus arrugas lleva escrita las palabras y grabadas las imágenes que reverdecen el pasado, lo que les unió y vivieron, ella comprenderá que su propia vida se ha extinguido junto al hombre desaparecido

porque le amaba más que a su propia vida.

Encontremos las palabras

Te decía, Tristán, en mi anterior escrito, que, más allá de nuestras interpretaciones, son las palabras que todavía se cruzan en las postrimerías de sus relaciones las que nos ayudan a internarnos, aunque sea siempre más entre las sombras que entre las luces, por sus

pensamientos, a bordear las fronteras en que se debatía su vida.

En diciembre de 1958 Max Frisch e Ingeborg Bachmann habían decidido vivir juntos aunque manteniendo cada uno su independencia. En junio del 59 Ingeborg se marchaba a Roma conviviendo esporádicamente. La relación se rompería definitivamente en el otoño de 1962. El diecinueve y veintidós de julio de 1959 se producirían los primeros encuentros entre Frisch y Celan. Sus relaciones siempre serían tirantes, frías, a veces con duros enfrentamientos, sobre todo a causa de la ayuda que Celan le pedía en su contencioso sobre las acusaciones de plagio formuladas por Claire Goll. La presencia de Bachmann, no ya sólo por su relación pasada sino por el amor que nunca perdería por Celan, era consciente de ello Max Frisch, se interponía, además de otras diferencias personales, en su difícil convivencia. Desde Zurich, el dieciocho de noviembre de 1959, Celan escribe a Ingeborg sobre las heridas que mutuamente se han inflingido. Y le confiesa:

No puede ser que tú y yo volvamos a desencontrarnos, me destruiría... Voy a escucharte, pero ayúdame tú también escuchándome. Ruego que encontremos las palabras.

Pero Celan no se encuentra solo en la literatura. Le acompañan sus obsesiones, sus miedos. Realiza un esfuerzo intentando que puedan, pese a lo sucedido, escucharse uno al otro. Y sobre todo necesita su ayuda. Son momentos angustiosos para él, difícilmente comprensibles para los demás, en que demanda a todos sus conocidos solidaridad, que le defiendan no ya sólo de las acusaciones de plagio, sino de las persecuciones de que es víctima. A Max Frisch le considera débil en las palabras que le ofrece como respuesta a su petición. Un mes después de la carta que le ha enviado, Ingeborg comunica a Celan los problemas que atraviesa con Max, en parte por el no entendimiento que se produce al considerar Max que lo único que realmente le importa a Ingeborg es su relación con Celan. Y tras la disputa también entre ellos reina ahora el silencio. Vive así una pesadilla y no puede mantener relación al tiempo, y del tipo que sea, con los dos. Ha pensado en marcharse para siempre a cualquier lugar del olvido, alejarse de ellos. Paul nunca conocerá lo ocurrido en profundidad entre el autor suizo y la escritora austriaca. Y ésta, el once de febrero de 1960, le escribe:

Querido Paul: Después de todo lo que ha sucedido creo que ya no podemos continuar. Ya no me es posible. Me resulta muy difícil decirlo. Te deseo mucha suerte. Ingeborg.

Dos meses tarda en contestarle Paul. Recuerda ahora las palabras que le dijo la última vez que se vieron. Hace ya dos años. Fue en París.

Cuando tomó un taxi para despedirse de él. Palabras que cree explican su actual desavenencia. Palabras en las que le pedía que *no se perdiera en aventuras*. Cree que eso es lo que ha sucedido y que Ingeborg ni siquiera se da cuenta. ¿Dónde se encuentra? Y para justificarlas no halla mejor razón que hablar de sí mismo, de sus problemas, de su desesperación por los ataques que reciben sus poemas de *algunos profanadores de tumbas*. Y ante esas calumnias ella guarda silencio, sigue su vida con *literatos*. Y concluye:

Y un buen día -no voy a enumerarte todo de nuevo- recibo una carta en la que «después de todo lo sucedido rompes conmigo». ¿No te da vergüenza, Ingeborg? Y por favor. No consultes ahora en otros antes de responderme o no responderme. Consulta contigo misma.
Paul

En los meses siguientes se envían algunos libros. Y palabras, tan calculadas como banales, que dan cuenta de sus trabajos ocasionales en sus breves y espaciadas cartas. Todo lo ocurrido parece olvidado o sedimentado en sus doloridas mentes. El día diecisiete de noviembre Celan le escribe proponiéndole que se encuentren al día siguiente en Zurich. Y Bachmann responde:

Querido, querido Paul: el veinticinco estoy aquí, ¡así que nos veremos! Estoy tan contenta que puedo alegrarme de haberte encontrado un día de lluvia en París. También encontraremos el modo de borrar ese mundo del mapa.

Pero la entrevista se dilata. Y el dos de diciembre Paul insiste:

Tiene que suceder algo. No puedo esperar más. Llámame, por favor.

No logran comunicarse. Y al día siguiente, tres de diciembre, Ingeborg, con tristeza y amargura le escribe. ¿Es su amor lo que solicita de nuevo Paul o simplemente su ayuda ante las críticas de que es objeto su obra, y que él magnifica hasta convertirlas no ya en literarias sino en ataques por su condición de judío? Porque el once de octubre había aparecido en el *Tagesspiegel* de Berlín un ataque de Günter Blöcker, que alcanzara el premio Fontane de la literatura alemana por su libro *Algunos perfiles de la literatura alemana, canon de la literatura universal moderna*, en el que no incluyó entre los 26 autores tratados a Celan. Y ahora el libro de este autor que criticaba era *Reja de lenguaje*. Celan consideró que se trataba de un ataque antisemita y que un poema suyo de la obra podría dar respuesta a quienes le acosaban, perseguían o intentaban destruirle. Esas voces en el camino de ortigas que hablan de quien se encuentra solo con la

lámpara y sólo posee la mano para leer en ella. Y añade:

*Voces, entretajidas de noche, sogas,
en las que cuelga la campana.
Cómbate, mundo:
Cuando la concha de los muertos llegue flotando,
repicarán aquí.*

Y ante esas voces su corazón se repliega al corazón de su madre, siempre en su memoria, porque las voces guturales se dirigen a su propio corazón.

Para Celan, en los tiempos sombríos en que su vida se desarrollaba, apenas quedaban ya seres humanos, y esa era la causa de que escasearan tanto los poemas. Porque él intentaba salvar de la destrucción una lengua enmudecida que durante los años recientes había sido herida de muerte con mortíferos discursos, y precisamente eran sus poemas la luz que pretendía iluminar su origen y su situación y destino, lenguaje ante la realidad destruida. Pretendía descubrir una realidad auténtica, por eso le querían silenciar, lo que suponía silenciar la propia realidad no ya pasada, sino la impuesta por sus herederos también culpables de ese pasado al que continuaban encadenados. Imposible dialogar con gentes como Blöcker que solamente buscaban destruirlo con infamias que carecían de respuestas.

Pese a todo solicitaba ayuda. Urgente. Es lo que pedía a Ingeborg, que fuesen otros los que con dureza respondieran a aquellos insultos. Ingeborg no consideraba que una crítica dejara de ser una opinión personal, y le solicita paciencia, que se concentrara en otros menesteres, escribir sobre todo, continuar su obra, que alcanza un valor muy superior al de las mezquinas campañas desatadas sobre su persona. Y le hacía ver que ella también atravesaba profundas crisis personales. Cada día más insostenible su relación con Max Frisch. Y doloroso el alejamiento humano de Celan. Cansancio existencial acentuado por cuanto ocurría en Alemania y en el mundo. Se encuentra este año de 1961 más deprimida que nunca. Paul insiste en su desazón, en que le acusan de robar a un moribundo, falsificar referencias y citas en sus poemas para hundirle, negarle, expulsarle otra vez de la comunidad de hombres libres, asesinarle lentamente. Se acentúa su paranoia basada en algunos datos que podrían considerarse irrelevantes ante la grandeza que buenos lectores encuentran en sus poemas, pero se encuentra obsesionado creyéndose víctima de una «gigantesca» y orquestada provocación montada contra él por ser judío, y al tiempo le obsesiona la idea de que pueda reunirse con Ingeborg en Roma, lo que provoca una vez más los celos de Gisèle.

Pero ya es tarde para que unan sus palabras y sus labios. La distancia se va volviendo abismal, irrecuperable.

En noviembre el diario *Neue Rundschau* publica un texto que encabeza Ingeborg Bachmann junto a destacados escritores y críticos alemanes rechazando las acusaciones de plagio vertidas contra Celan. Los últimos encuentros de Paul e Ingeborg, siempre acompañados de otras personas, tendrán lugar a finales de este año de 1960 en París y Zurich.

El dos de diciembre de 1959 Ingeborg había recibido una carta de Gisèle, primera de las que a partir de entonces, no con regularidad, se intercambiarían. Fue después de enterarse de las relaciones de su marido con ella y de haber leído sus poemas. Quiere mostrar su solidaridad con la escritora austriaca por lo mal que lo ha pasado durante los últimos años, hacerle ver que la comprende y considera que el mundo la ha tratado injustamente. Piensa que las dos han padecido mucho y se encuentran hermanadas en el dolor. Pero cree que Bachmann puede, en los difíciles momentos que atraviesa Celan, ayudarle. A su vez Ingeborg, en un borrador no concluido, se lamenta por el rechazo y la incompreensión en que se encuentra en su relación con Paul y con Frisch. Lo que más le duele es el alejamiento, la repulsión que de pronto Paul parece sentir por ella. Y piensa que tal vez Gisèle esté en condiciones de ofrecerle un amor más inagotable y animoso.

Celan ha publicado en el diario que recogió la protesta de Bachmann y los escritores alemanes el «Diálogo en la montaña», uno de sus escasos textos en prosa, y en enero de 1961, con ocasión de recibir el premio George Büchner de literatura en Darmstadt, pronunciará su más importante texto literario: *El meridiano*. Asiste a una conferencia que imparte Adorno en París el quince de marzo, a quien conociera en octubre del pasado año en Alemania, y dos días más tarde se disculpa por no poder ir a la segunda que ofrece el filósofo con una escueta nota:

Me siento muy solo, estoy muy solo, conmigo mismo, y con mis poemas (lo que creo son una y la misma cosa).

Bachmann publica en junio *A los treinta años*, sus relatos autobiográficos. Y desencuentra las palabras con las últimas que les dirige a él y a Gisèle en Navidad: un simple saludo que también firma Max Frisch.

Creo, Tristán, que Ingeborg, su historia, que termina con el alejamiento en que ya no volverán a encontrarse ni a escribirse el uno al otro, puede explicarse en una carta que no fue enviada nunca a Paul Celan. Encontraríamos su origen en ese lamento contra un mundo en ruinas, ese grito que es también la asfixia ante el amor que explota

y se destruye al tiempo. Poema que tú me enviaste y que yo aprendí de memoria para recitarlo una y mil veces cuando contemplaba mi soledad en la imagen del espejo de mi casa de Alcañiz, de la que tú también te encontrabas ausente. *El tiempo postergado*. Versos y razones en las que decir lo oscuro no es sino llevar al corazón *Amapola y memoria: Nos decimos palabras a oscuras*.

Paul, no es tu presente el que nos separa, y todavía más grave: tampoco tu futuro. Es el pasado. Tú sólo puedes vivir en el pasado, por eso no existe un bosque donde pudiésemos cobijar ni el amor ni las palabras. Las estrellas llamadas a iluminar nuestra esperanza se apagaron o ennegrecieron con el humo brotado en los campos de exterminio. A diferencia tuya la mayor parte de los sobrevivientes comprendieron que era mejor no tener memoria, preferían volver a nacer libres de culpa, no los perseguiría el ayer que dejó de existir cuando obviaron la existencia del crimen, pero tú no, y eso nos conduce a un presente que se convierte en este pasado que nos condena. ¿Cómo podemos así crear un lenguaje nuevo, purificarlo, no contaminarlo, si comenzamos por destruir nuestro propio amor, que como todo amor, cuando se realiza plenamente, se libera de cualquier tipo de culpa? Porque si contaminamos la palabra amor con otras que usamos cotidianamente, ninguno de los dos tendremos salvación: enloqueceremos: inútil entonces proseguir buscando la utopía. Tú, en tu vida real, trabajo, lucha sobre quienes te acosan y desprecian o acusan injustificadamente, vida familiar, aunque te cueste reconocerlo, sigues el rastro de los demás hombres, los hábitos de la sociedad enferma, degenerada, que se va encaminando lentamente hacia su mundo burocrático de muerte. Y yo, para mi desgracia, soy tal vez demasiado inteligente para no comprender mi imposibilidad para adaptarme a esa forma de vida, rechazo el matrimonio como uno de los convencionalismos que más daño hacen a las relaciones hombre-mujer, ya de por sí difíciles por no decir imposibles. Prefiero dar tumbos, perseverar en la búsqueda de lo imposible, caeré con otros hombres que me causarán daño, ya lo hacen, pero siendo consciente de que podré olvidarlos de inmediato sin que me dejen como tú herida de muerte, de locura por amor. Me sacrifico y acepto el sacrificio. Me envías al silencio y me cargas con el peso de una culpa que no creo tener y de una historia que a todos nos golpea si queremos verla. No se puede sentir y pensar al tiempo, si eres mujer, ¿verdad? Me encontraba dispuesta a ocultar los pensamientos para no analizar razones con tal de no perder tu compañía, aunque fuese de manera tan irregular y anómala como tú pretendías. Pero de seguida tus dudas, expresadas en ocasiones con tan vehementes como injustas palabras, alimentaban mi desconfianza. Y tu rechazo causaba en mí un profundo dolor que temí pudiese transformarse en odio momentáneo.

De nada servía que las palabras y los pensamientos entrasen en crisis. No. Imposible que tus palabras, mis palabras, consiguiesen prolongar nuestra relación. Volvemos a encerrarnos en la rutina hasta que la locura nos devore. Las palabras, como las rosas, marcaron mi corazón. Ninguna lámpara podemos encontrar ya que devuelva la luz a nuestros ojos, a nuestros labios. Entramos en la definitiva oscuridad. Has criticado mi manera de vivir estos pasados años, mundana, decías. Cuando no ignoras que estoy de acuerdo en reconocer mis errores. Conozco lo efímero y falso del éxito y la publicidad: en la literatura o en las relaciones humanas. Es como la borrachera: tras la euforia producida por el alcohol vomitas todo lo trasegado. No hablaré de ello más, pero te juro que nadie más que yo se encuentra tan absolutamente lejos de esas historias que airea el sensacionalismo periodístico, por eso no entiendo el malestar tan profundo que te provocan a ti las críticas. Lo importante y desgraciadamente nocivo para nosotros es que tú nunca fuiste consciente, o no has querido serlo, de que sólo te tengo a ti, que esa es la única salvación a la que podía asirme, aunque ya no me ames, tal vez porque nunca llegaste a amarme plenamente, al menos como yo entiendo el amor, por eso no deseabas continuara a tu lado, cuando bastaba que me escribieras unas líneas o me llamas por teléfono para que corriera junto a ti. Paul, recuérdalo:

El amor tiene un triunfo y la muerte tiene otro, el tiempo y el tiempo después. Nosotros no tenemos ninguno. Alrededor nuestro sólo hundirse de estrellas. Destello y silencio. Mas la canción por encima del polvo después nos superará.

Semanas y meses he intentado, Tristán, encontrar unas razones que explicaran cómo, consumado y reiterado en distintos años ese apasionado amor, ante la insistencia de Celan, de pronto, se llega a la ruptura absoluta. Terriblemente cansada debiera encontrarse Ingeborg para aceptar el final, que hasta sin palabras se quedaba. Tal vez sólo ella y Paul podrían explicarlo, y pienso que los psicoanalistas y los psiquiatras que los trataron apenas llegaron a encontrar causas determinantes, explicativas de su situación clínica, más preocupados seguramente por adormecerlos y calmarlos en sus crisis que por dialogar sobre sus vidas. Recuerdo unas palabras de Thomas Bernhard que podrían aplicarse perfectamente a esta última parte de la historia de los dos, cuando hablemos de las crisis que les llevan a los largos internamientos en psiquiátricos. Habla de la locura y dice: «Su esencia, su realidad es tan impenetrable e indefinible como la de la propia vida». Es posible que, cuando nos adentremos en las relaciones de Celan con Heidegger y el fondo del judaísmo que impregna no sólo su existencia sino parte de su creación poética, encontremos raíces que

puedan aplicarse a su comportamiento humano. Lo que parece fuera de duda es que Ingeborg no estaba de acuerdo con los poemas más religiosos de Paul. Y éstos conducían a herencias y asociaciones ideológicas de él que aparecen más visibles y profundas en sus relaciones, literarias sobre todo pero también humanas, como las mantenidas con otra mujer todavía más enferma y desequilibrada precisamente por sus convicciones profundas enraizadas en el judaísmo, Nelly Sachs, a la que trató sobre todo epistolarmente con especial dedicación una vez que se había separado de Ingeborg, y que aunadas a las acusaciones de plagio y críticas a su obra contribuyeron a su enloquecimiento. No dudaba Ingeborg de la perfección poética que, por ejemplo, poseía la plegaria «Tenebrae», variante sobre las tinieblas que en su ininterrumpido éxodo habían envuelto al pueblo judío y la sangre derramada por el sacrificado cuya búsqueda proseguían. Era precisamente el primer poema que le leyó al reanudar sus relaciones amorosas y que defendió como uno de los mejores que nunca escribiera. Bachmann, ¿cómo iba a poder aceptar que Paul se encontrara cerca de un Señor Todopoderoso absolutamente impotente y cruel, para ella inexistente, que aceptara mitos como los del sacrificio y la sangre derramada como imposiciones por culpas, pecados o cualquier otro concepto irracional impuestos por semejante Creador? Era sin duda otro poema que continuaba «Fuga de muerte» pero pasado por una malla religiosa, aunque enfrentado al cristianismo, y que ella no podía admitir: obispos, rabinos, líderes de cualquier culto religioso sólo conducían a la esclavitud, perversión de las conciencias y de la libertad.

*Cerca estamos, Señor,
cercanos y aprehensibles.
Aprehendidos ya, Señor,
entregarfados, como si fuera
el cuerpo de cada uno de nosotros
tu cuerpo, Señor.
Ruega, Señor,
ruéganos,
estamos cerca.*

Celan se involucraba en el destino del pueblo judío. Consideraba que la poesía revelaba la verdad. Su razón humana se hipotecaba a la razón mística. Las palabras destino y Señor no encontraban cabida en el vocabulario de Bachmann. Celan le insistió en que el poema no era sino una transcripción del sufrimiento actual de su pueblo sometido a la «limpieza de los nazis», el hostigamiento sobre los judíos que él mismo padecía, él y su hijo, no podía por tanto olvidar a aquellas

criaturas, ni a los ancianos o las mujeres, todos clavando sus uñas en las paredes, en los cuerpos más cercanos a los suyos cuando recibían las descargas del gas, intentando desgarrar inútilmente las puertas metálicas o el cemento de los muros de los nichos en los que habían sido enterrados vivos, Cristo, el de la poderosa Iglesia, no había sido sacrificado por los judíos sino por los antecesores de los nazis que ahora imponían la solución final. Tomó Paul el pasado para poder hablar del presente. Esa era labor del poeta que ella no acertaba a ver cuando anteponía sus prejuicios ideológicos a la inmersión en la oscuridad de las palabras reveladoras.

Dios se encuentra demasiado en tus palabras, le dijo Ingeborg, eso es lo que no me gusta, el recurso a la irracionalidad. Venimos de mundos diferentes, Ingeborg, yo creo que toda palabra es una concreción surgida de Dios. Piensa que ninguna persona es como otra y que el lenguaje accede a través de rejas que ocultan a quien lo emite. Lo que tú ves no es lo que yo veo, como tú me interpretas no es como yo hablo, en el medio se encuentra la oscuridad que envuelve a la palabra.

No podríamos entonces, Paul, comunicarnos, entendernos nunca, si situas poderes oscuros que escapan a mi comprensión por encima de nosotros, sólo tú serás capaz de entenderte a ti mismo, ¿crees eso de verdad?, ¿tan ciego o ensoberbecido te ves? Tu memoria, tu oscuridad suplantando a lo humano, entonces solamente aceptas mi apariencia, tomas mi cuerpo pero no buscas mi corazón, así te basta con apurar el placer y luego regresar a ti, a tu soledad, a tu otra vida, no das ningún valor a mis palabras, no te fuerzas por encontrarlas como yo hice desde que te conocí, no sólo en tus palabras, en tu memoria y en tu realidad humana, aunque pongas rejas siempre intenté atravesarlas para conocerte mejor y estar más cerca de ti.

Paul bajó los ojos y quedó en silencio.

Y a veces creo, añadió ella, que no es eso lo que nos separa, que existen temas y realidades más vulgares, tal vez inconfensables, que alejan al uno del otro.

Inge, yo parto de una realidad que me hirió a mí más que a ti, y la realidad que busco, aunque no lo creas, sólo puede encontrarse en las palabras que me hieren y con las que intento llegar a mi propio corazón. Me rodean vendavales de silencio y entre ellos se encuentra el del propio Dios. Lo espantoso se apodera de mi memoria, en esos momentos nadie puede acompañarme y menos confortarme, por eso mi lenguaje se torna incomprensible, aunque esta no sea mi pretensión, que yo deseo una expresión nueva pero sencilla, tan veraz como rigurosa. Lo oscuro no debe sino decir la verdad, pero ¿quién desea acercarse a aquello de lo que es culpable o salió huyendo?

Como ves, Tristán, sus palabras anticipaban de alguna manera el

viaje hacia sus postreros días. Ya iniciaba su último y más profundo desnudamiento de la composición poética tradicional, no deseaba encabalar unas palabras en otras, que cada una cargara con el peso de la historia arrastrando conceptos propios de sus antepasados bíblicos y el alejamiento de los empleados por los responsables de «lo sucedido», como un manantial que se unía a decenas de manantiales para conformar el ancho río en que podríamos sumergirnos para comprender la magnitud de su mensaje, introducirnos en su propia angostura sin las huellas del pasado reciente, purificado con los nuevos vocablos y sucintas imágenes por él empleadas. Quería acceder al silencio absoluto y pensaba que en sus relaciones y en sus versos conseguiría encontrarlo. Su vida era su amargura. Le negaban, le perseguían, no podía entregarse tampoco a un amor que le obligara a encadenar su misión, que le pudiera sacar de ella, convencerle de que no todo estaba perdido, como insistía Ingeborg, prefería dejarse llevar por la desgracia y la rutina, la placidez de una mujer que nada le discutía y le aceptaba como si fuese un dogma imponiendo acatamiento y sumisión, reafirmar su genio y su diferencia por muy rodeado de amenazas que se encontrase, de voces acusatorias, persecuciones, había nacido y existía para ser sacrificado, no supo salvar a sus padres por salvarse él, su error no podía culminar en la vulgaridad o la clandestinidad, se quebró en la trampa del día a día de la existencia, como el lenguaje que la calcina. Él era el Salvador de la palabra y, como desde su juventud le señalaran, el continuador de Hölderlin y de Kafka. Ingeborg no estaba dispuesta a colocarse de rodillas ante quien lo hacía con sus rabinos, y a servir solamente de estímulo y satisfacción a sus límites del amor, aquellos que parecían nacer y morir en el placer sexual o el silencio ante su discurso. Quería abrazarse a un hombre con sus labios y las palabras que de ellos brotaban, un hombre libre, que la deslumbró ciertamente desde que le conociera y del que se enamoró quizá ciegamente, un hombre que no se sometiera a leyes ni prejuicios. Ingeborg no perseguía otra ley ni otro tiempo que no fuese el del corazón, y este debía ser más ancho y luminoso que el de los viejos pergaminos, y no le bastaba sólo con llenar los minutos o las horas en que se entregaban a la pasión sexual, deseaba acompañarle en la luz, fuese de las ciudades, los ríos o los bosques, para que pudiesen hablar, cantar, besarse, recitar sus poemas, sin tener que amortiguar y ocultar sus sentimientos. A partir de aquellas nuevas relaciones iniciadas en octubre de 1957 en la ciudad de Colonia, cuando vuelvan a separarse, sus cartas muestran el rechazo de Ingeborg a la coyunturalidad de las mismas y su desconfianza ante el secretismo que ahora le impone Celan, al tiempo que insiste en continuar anudando con ella su pasión amorosa. El dieciséis de noviembre Bachmann le comenta su visita al Jardín Inglés

y los recuerdos que le han atenazado la garganta rememorando los paseos que dieron por el parque municipal de Viena, cuando vivían el «hechizo» de su amor sin ataduras que coartaran su libertad, como ahora sucede. Y apenas una semana más tarde insiste en ese pasado que abrió esperanzas a su vida y que en el presente no es sino otro espejismo que puede terminar causándole un más hondo dolor. Hacía siete años que festejaron el cumpleaños de Paul y ahora se limitaba a escribir «insensato y triste» aunque se encuentre unas horas a su lado y le bese en los ojos. Es Paul quien se atormenta con las dudas planteadas por su situación actual. Gisèle sufre. Y él no se atreve a abandonar a su hijo. Se convence de que no debe hacerlo. Pero tampoco quiere renunciar a Ingeborg. Es el veintitrés de noviembre. Cumple años. Ingeborg le ha recordado lo lejano que queda el día en que se amaron para celebrarlo. Gisèle se encuentra en la casa. Paul se encierra en su habitación. Y escribe en el dolor de la ausencia, todavía más esperanzado que arrepentido:

¡Que en aquel entonces hayamos tenido que hostigar a muerte a nuestros corazones con tantas nimiedades, Ingeborg! ¿A quién obedecíamos, dime, a quién?... Saldremos a buscar la lámpara, Ingeborg, tú y yo, nosotros.

Y se marcha sin atreverse a contemplar los ojos que en la despedida apenas esquivan posarse en los suyos: Gisèle, su hijo, en ese momento nadie puede retenerle, él no es capaz de dominarse a sí mismo. Serían dos días de diciembre. O dos siglos. Cuando se separe de Ingeborg, tampoco podrá contemplar la mirada herida de ella. Tiene ganas de vomitar. Siente vértigo. Porque ha sido feliz, inmensamente feliz. Y nuevamente acepta el sacrificio. En el vagón del tren donde permanece acosado por sus pensamientos, situada frente a él, una mujer joven lee un libro de poemas. Es de Ingeborg Bachmann. Paul la contempla fijamente. Y grita, grita aunque nadie pueda escucharle:

Tengo que volver a verte, Ingeborg, porque te quiero.

Luego se lo contará en una de las últimas cartas que va a enviarle. Año de 1959. Obsesión de Celan por comunicarse con ella.

Con una catarata de palabras el teléfono te lo hace más difícil.

Hablar es distinto a escribir. Hablar es necesidad de buscarse, convencer, regresar al amor. Ingeborg le contesta:

Encontremos las palabras.

Palabras comunicación, tan distintas y distantes a las que

conforman el itinerario poético. Paul Celan, en su *Reja de lenguaje*, ofrece imágenes para conformar representaciones de lo que la palabra no debe decir, de aquello que es preciso interpretar, música, expresión gráfica capaz de provocar ideas y estas cambiar la falsificada realidad por lo que se pretende ocultar y apunta al corazón de la sinceridad. Insiste Celan en la necesidad de que el ser humano se sumerja en la verdad. Y escribe a Bachmann en el último día de septiembre de 1959:

Pienso y pienso, pero siempre en esta lengua en la que ya no tengo confianza, en la que ya no quiero expresarme.

La lengua del III Reich. Repetición de formas sintácticas vulgares y propagandísticas que terminan convirtiéndose en carne y sangre del vivir, sentir, expresarse del pueblo. Se van grabando en el subconsciente de quienes las escuchan y terminan por conformar una conciencia colectiva. El veneno se ha inoculado sin que sean conscientes de ello, hasta que pasa a convertirse en su forma de expresión y vida. ¿Podrá, se pregunta Celan, encontrarse un antídoto capaz de desnazificar el lenguaje?

Celan ha conseguido en octubre de este año el puesto de lector de alemán en la Escuela Normal Superior de la calle D'Ulm. Ante las tergiversaciones que intentan deformar las razones de su poema «Fuga de muerte», escribe a Ingeborg el dos de noviembre:

Para mí es lo siguiente: un epitafio y una tumba. Quien escribe sobre «Fuga de muerte» lo que el tal Blöcker ha escrito sobre ella, profana la tumba. También mi madre tiene una sola tumba.

El catorce de abril de 1959 había escrito a Max Frisch solicitándole que conversen en Zurich o en Berlín para ver qué se hace ante la «perfidia y el hitlerío» que se *expande* sobre él. El autor suizo le responde que cuanto sabe de Celan es a través de Ingeborg, pero no por su obra, y lo que de esta conoce, aunque la admira, no siempre le resulta accesible. Celan, irritado ante la parca respuesta, le contesta con una frase:

Querido Max Frisch. Hitlerío, hitlerío, hitlerío.

Y le adjunta la carta que ha enviado al *Tagesspiegel* de Berlín en respuesta a la crítica de Günther Blöcker a su obra y que desearía ver apoyada, respuesta que da cuenta de la desazón e irritabilidad que van minando sus pensamientos, situándole en una ansiedad cada vez más enloquecida. Auschwitz. Treblinka. Theresienstadt. Mauthausen: los asesinatos, las cámaras de gas. Cuando el poema los evoca, se trata de «ejercicios contrapuntísticos sobre el pentagrama». Ya era hora de «desenmascarar» a quien escribe poemas en alemán sin carecer del

todo -quizá se deba a su origen- de memoria. Por otra parte, existen ciertos autores -quizá se deba a su origen- que un buen día se «desenmascaran» solos... Tras lo cual pueden seguir escribiendo tranquilamente sobre Kafka. Y su réplica en la que subraya algunos de los ataques que se le hacen, la termina afirmando: *Yo actúo en el vacío.*

El tres de noviembre Frisch le contesta insistiendo en que no le conoce bien y que teme que a él le reduzca al papel de un «antinazi confiable», pero que él ignora cómo se reacciona frente a una crítica negativa, descartando la sospecha de antisemitismo. No acepta que por sentirse ofendido en su vanidad haya de parecerle ilícita la reacción provocada por una crítica literaria, y difícil resulta mantener una amistad si se le demanda que reaccione en contra por tal motivo.

Celan insistía en señalar que quienes atacaban su obra lo hacían prejuiciados por su origen judío, eran antisemitas, no comprendían lo que se transparentaba de su lenguaje, ser oscuro no suponía ser irreal sino verdadero, y en la oscuridad habitaba la historia de los asesinos alemanes, no pretendía que el lector se adentrara en un profundo bosque poblado de gigantescos árboles cuyas ramas se entrelazaban unas con otras para impedirle avanzar, ni crear múltiples metáforas para dificultar su comprensión, sino todo lo contrario, era el lector quien debía hallar la claridad para penetrar a través de ella en su pensamiento, porque, como dijo en su conferencia de Bremen:

El poema no es intemporal, encierra una pretensión de infinitud, intenta pasar a través del tiempo, a través de él, no por encima de él. La realidad no es para el poema en modo alguno algo fijo y dado previamente, sino que se encuentra en tela de juicio, debe someterse a preguntas.

Había, y en ello insistió siempre, de buscar la realidad hasta encontrarla, no sólo en el poema, en toda obra de arte. Así, cuando realizó la traducción del film *Noche y niebla* de Alain Resnais, Celan decidió desnudar cualquier apariencia simbólica que pudieran ofrecer aquellas palabras sobre los campos de concentración nazi, cualquier salida a la esperanza, a la luz, a la vida, y por eso escribió un nuevo título en su traducción:

Noche

Noche -y- noche.

Posteriormente su poema «Angostura» incidiría en esta visión de la realidad del mal, la que arrastraban él y ellos como pueblo, el viaje no era el infierno profético, sino el terrenal, aquel que la memoria reconocía.

A los ataques que sufren sus libros, al recrudescimiento de las

acusaciones de plagio, se une el distanciamiento cada vez más acusado de Celan respecto a Bachmann. Esta sigue con preocupación las polémicas por la desazón que causan en la mente de Paul. Ella es consciente de lo difícil que resulta vivir al margen del orden impuesto por la sociedad, han de hallar, el uno y el otro, el equilibrio con ella, aunque sin supeditar sus libertades a sus exigencias. Los caminos no ya humanos sino poéticos que seguía Celan iban encontrando un rechazo cada vez más acusado, creía Ingeborg que influía en el mismo la presencia de textos bíblicos, no la tensión rítmica y dramática acentuada por Celan al leerlos.

Celan explota al fin contra Max Frisch al considerar que ni le entiende ni le ayuda lo suficiente, calificándole de *cobarde, mendaz e infame*. Piensa que todos le abandonan. Que la mentira y esa infamia le rodean por todas partes. Conforme transcurren los días y las semanas se acentúa su depresión. Incluso considera la posibilidad de dejar de escribir. La literatura sólo le provoca sufrimientos, depresiones.

Había realizado en Bonn una lectura del poemario *Reja del lenguaje*. Allí mismo se produjeron algunos ataques antisemitas. Cuando publica el libro, en marzo de 1959, cree necesario explicitar algunas consideraciones sobre la obra:

Se expresa la dificultad de hablar (al otro) y al mismo tiempo su estructura. La reja, en las culturas arquitectónicas árabe y judía, tan influyente, por ejemplo en Andalucía, separa dentro de la calle, en las casas, a quienes se encuentran situados a uno u otro lado de la misma puerta, aunque pueden hablar entre sí, como ocurre hasta bien entrado el siglo XX en numerosas ciudades influenciadas por esta costumbre. El poema que da título al libro se llama «Redondez del ojo en los barrotes».

Pero la reja es también fundamental, en su acepción religiosa, en los conventos de clausura. En 1955 la madre de Gisèle, católica -nunca los padres de ella vieron con buenos ojos su boda con el judío apátrida Paul Celan- ingresó en un convento de Bretaña. El matrimonio acudió a visitarla. Tanto Celan como Gisèle sólo pudieron contemplarla a través de la reja que comunicaba su encierro con el exterior. Y Nelly Sachs, nada más publicar el libro y leerlo, escribió a Celan: «Tengo conmigo su libro del esplendor, su Zohar... Los cristalinos ángeles alfabéticos -espiritualmente transparentes... Estoy fuera, en el umbral de la puerta, de rodillas, llena de polvo y lágrimas».

Bachmann, decidida a vivir en Italia, no dejaba mientras de apoyar a Celan y al tiempo intervenir en denuncias contra el proceso de rearme alemán, la ascensión de viejos nazis a puestos políticos y económicos del nuevo Estado, y la denuncia de ese pasado que

destruía no sus vidas, sino el desarrollo de la civilización. Critica los procesos de Nuremberg, de tan pocos resultados en su condena a la hora de valorar el alcance de las culpabilidades que debían haber reconocido en los encausados. Trabajaba en la versión de los poemas de Ungaretti y preparaba la edición de su libro sobre los treinta años. Siguió en la primavera de 1961 el proceso de Eichmann a través de los medios informativos e intentó, sin que pudiera realizarse, mantener una nueva entrevista con Hannah Arendt, que cubría para un periódico de Nueva York las sesiones del juicio. A Hannah la había conocido en Estados Unidos en 1955.

La muerte como séquito del alboroto, está decidida desde siempre. ¡Procurad manteneros despiertos!

Ingeborg Bachmann se había trasladado en 1954 a Roma. Allí conoce y trata a Marguerite Caetani, princesa de Barsano, en el palazzo Caetani de la calle Botteghe Oscure, editora de la revista literaria que fundara en 1948 y llevaba como título el nombre de la calle. Ingeborg comenzó a publicar en *Botteghe Oscure* en 1954, manera de obtener ingresos que, aunados a la corresponsalía de periódicos alemanes en Nápoles y Roma, le ayudaban a sufragar sus gastos de Italia. Será al tiempo una excusa que utiliza para intentar no perder el contacto con Celan, para que este no se aleje totalmente de ella. Por su mediación la revista publica en su número XVII, en 1956, su poema «Ante una vela».

El veinticinco de marzo de 1955 se estrenan en radio Bremen varios relatos de Bachmann. Uno de ellos, *Las cigarras*, ha sido musicalizado por su compañero Hans Werner Henze. Y se le otorga el premio del Círculo Cultural de la Federación de Industrias Alemanas.

Este año decide viajar a Estados Unidos. En Harvard participa en un Seminario Internacional de Literatura dentro de los cursos de verano, durante julio y agosto, que dirige Henry Kissinger. Después se traslada a Nueva York, donde se entrevista con Hannah Arendt, que había conseguido en 1951 la nacionalidad estadounidense. He pensado, Tristán, en la importancia de ese encuentro, del que apenas trascendieron noticias. Quizás tú puedas ayudarme a recabar algunos datos.

Hannah, según las informaciones que he podido recopilar, Alma, nació en 1906. Cuentan que poseía unos ojos muy bellos que atraían

con su luminosidad a quienes posaban su mirada en ellos. Le gustaba, ya joven, vestir provocativamente. Era de familia judía y se apasionó desde sus primeros estudios por la filosofía. Con catorce años de edad ya había leído a Kant y a Jaspers. Bajo la tutoría de este último acabará doctorándose en 1928. Rebelde desde su niñez, tuvo con diecisiete años que abandonar la escuela acusada de indisciplina. Su padre había muerto de sífilis cuando apenas contaba siete años de edad. Marchó entonces sola a Berlín, donde recibió clases de Teología estudiando afiebradamente a Kierkegaard. Segura de sí misma, ambiciosa, atraía a sus compañeros y también posaban en ella insistentemente su atención los profesores, que se asombraban de la capacidad y lucidez que mostraba en sus exposiciones y en los diálogos que con ellos mantenía. Como Ingeborg, era una fumadora empedernida. Con dieciocho años de edad pasó a recibir en la Universidad de Marburgo clases de Heidegger, considerado ya como el más brillante filósofo de la época, por lo que no me extraña el interés de Hannah por conocerle y tratarle, e inició relaciones amorosas de inmediato con él. Desde la primera carta que Heidegger le escribe se presenta a ella como el maestro que va a moldear el rebelde espíritu de la joven. Nunca, claro, se refiere a su cuerpo, objeto de su deseo desde que la ve por primera vez. Se presta a ayudarla en su formación intelectual. Era conocida la afición de Heidegger por las mujeres, incluidas sus alumnas. Heidegger engañaba constantemente a su esposa, pero, mientras lo hacía, no dejaba de escribirle cartas denominándole «almita mía querida». Ella, Elfriede, era antijudía y de tendencias pronazis. Con una elevada posición social y mucho dinero, que permitía al filósofo llevar una vida dispendiosa, y hermosa en su juventud, suplió los engaños del marido a los dos años de casarse con un amante, médico amigo de la familia, del que se quedó embarazada. Cuando no pudo ocultar más su estado, confesó a su marido la situación. Heidegger, sin inmutarse, vino a decirle que naturalmente él ya estaba enterado de ello sin que se lo dijera, pero que no debía sentirse desgarrada por esa relación, el médico no valía nada y podía considerarlo un asunto pasajero, no perdería el tiempo en hablar más del tema. Y accedió a dar su nombre al hijo que tuvo. Heidegger no dudaba en acostarse, además de con sus alumnas, con amigas de la alta sociedad en que se movía su esposa. La vida real no existía para él, debía situarse en función suya simplemente. Y en cuanto a la toma del poder por el nazismo, lo único que le preocupaba es «que no fueran algo más cultos». Hannah se sintió desde el principio seducida por Heidegger, que contaba diecisiete años más que ella. Éste no prestó ninguna atención a los escritos que ella, desde su juventud, ya había realizado. Sólo deseaba su cuerpo. Se le entregó en su despacho de la universidad, pero, a partir de ahí, Heidegger, celoso de preservar

su intimidad y de que nadie compartiera su vida privada ni que ésta trascendiera, exigió a Hannah un secretismo absoluto sobre sus relaciones. Tendrían citas cifradas, precauciones máximas en sus encuentros. Ideó un sistema de puertas cerradas o entreabiertas, lámparas encendidas o apagadas para confirmarle que podía recibirla o no. Conforme transcurrían las semanas, Hannah se fue sintiendo como un fantasma cuyo cuerpo sólo cobraba vida cuando se unía al de él, pasando a ser al separarse una sombra, y, pese a sentir un gran amor por el filósofo, no se atrevía a pronunciar su nombre en público. Era el «único» y a él se entregaba en cuerpo y alma a costa de renunciar a vivir en un mundo reconocible. Como si habitara en un universo al que solamente él tenía acceso y que les pertenecía en exclusiva sin intromisión de nada que viniera o habitara en el exterior de sus recintos clausurados. Unos versos de Hannah lo reflejaban con claridad: «¿Por qué me das la mano / con timidez y a escondidas? / ¿Vienes de un país tan lejano / que desconoce nuestro vino?».

Pasados unos meses comprendieron que continuar aquella relación sin que trascendiera se tornaba imposible. Y por temor a ser sorprendidos en cualquier momento y que se desvelara, Heidegger decide alejarla de su lado y pide a Hannah se traslade a otra universidad donde él pueda ir a visitarla de vez en cuando. A Hannah ya le gastaban bromas sobre su «secreto», entre otros un joven comunista por el que se iba sintiendo atraída, que llega a hablarle del fantasma que se difumina en ocasiones tras las ventanas de la buhardilla en que vive.

Hannah se traslada de Marburgo a Heidelberg, en cuya universidad continúa sus estudios. Y aunque Heidegger la visita cada cierto tiempo, desechada ya por esas relaciones clandestinas, en 1929 marchará a Berlín, donde conoce al joven filósofo Günther Anders, con el que contraerá matrimonio. Vivirán un año en Frankfurt. Ya publicaba textos sobre la cuestión judía y la emancipación de la mujer. Heidegger no había renunciado a su relación con ella. Aprovechando un viaje que debe realizar a Suiza, le propone se encuentren en una venta situada en su camino. Ella lo hace. Duermen una noche allí. Pero cuando Hannah le habla de sus relaciones con otros hombres, él se torna violento. Al final termina cediendo, aunque insiste en que mantengan nuevos encuentros secretos.

Hannah va distanciándose de él, incluso deja de responder sus cartas.

En 1930 vuelven a encontrarse en Nuremberg. Pero la relación es efímera: la sombra ha decidido desvanecerse del todo. Hannah ha comprendido que no la ama, sólo busca acostarse con ella. Años después, en uno de sus escritos, le retratará aún con nombre supuesto: «Él es el vencedor y ha conseguido lo que quería; que la vida, “el

destino” -más exactamente su vida, su destino- se enseñoreara sobre sus pretensiones, que a él le parecían desmesuradas y locas, sin comprometerse en lo bueno o en lo malo, sin empeñarse a fondo».

Desde Estados Unidos, a principio de los años 50, Hannah, en una carta dirigida a Karl Jaspers, terminaría definiendo a Heidegger como «un verdadero asesino». Pero a su regreso a Alemania termina reconciliándose con Heidegger, en presencia de su mujer. Y antes de morir, quince días después de que concluyera su agonía el último nazi, nuestro Caudillo, confesó que le seguía amando, justificándolo así: «algunas cosas en la vida son más fuertes que el ser humano». En cuanto a la entrevista que mantuvieron Hannah e Ingeborg, no he encontrado nada que sirva de ayuda para ilustrarte.

Creo resulta congruente, Tristán, pensar que Ingeborg le explicó a Hannah las razones por las que no deseaba vivir ni en Austria ni en Alemania. Los supervivientes, que eso eran ellas, no podían ya creer en el concepto de patria, llevaban en su memoria el peso de los estragos causados por el nacionalismo. Sólo les restaba la lengua, aunque ésta también debía ser regenerada. Y yo, Tristán, como si leyera tu pensamiento, creo que nosotros también deberíamos depurar la lengua de Cervantes, o al menos intentarlo, que igualmente con la Iglesia y el fascismo fue sacrificada, corrompida, y continúa enferma por los enemigos ideológicos y ahora el mercado que la corrompe y destruye. Pero nos alargaría mucho la conversación sobre este tema. Ingeborg quería hablar de ella, de Hannah, y de Heidegger, también de Celan, pero sobre todo del filósofo alemán cuya influencia tanto les había marcado a las dos en su juventud, aunque fuese por distintas motivaciones, e ignoraba si el alcance negativo que pronto ella, Ingeborg, supo desvelar y criticar, era, pese a su amor, también compartido por Hannah. Ingeborg consideraba, y así debió expresárselo en el desarrollo de aquella conversación, que todo aquel que se niega o no es capaz de pensar por sí mismo, sea por incapacidad, enfermedad o estulticia, se convierte en un esclavo aunque no sea consciente de ello. Por eso a ellas, como a otros ciudadanos minoritarios y rebeldes, no les restaba sino la huida para no ser oprimidas por el medio en que vivían, la huida y dentro de lo posible la soledad. Ella, de momento, había elegido vivir en Roma porque era una «ciudad abierta». Hannah le contestó que conocía la película de Rosellini y que comprendía sus razones. Ella también tuvo que huir de Alemania, eran más difíciles los tiempos cuando en 1937 el hitlerismo le desposeyó de la nacionalidad alemana y se encontraban a punto de detenerla y deportarla -ya había estado encarcelada en 1933-, y después también consiguió escapar de París, tras ser retenida como miles de judíos en el Velódromo de Invierno de la ciudad francesa y encarcelada en el campo de concentración de

Gurs en 1940. En Estados Unidos encontró refugio y nacionalidad nueva, y sobre todo un albergue en el que podía hablar, trabajar, escribir, pensar, todo lo que el nacionalismo alemán le negara.

Consciente era Hannah Arendt de que uno de los motivos que llevaron a Ingeborg a encontrarse con ella era hurgar en las heridas humanas y políticas que le había provocado Heidegger. Yo, con pesar hablaba Hannah de su historia de treinta años atrás, no era entonces más que una joven ilusionada y deslumbrada por quienes eran mis maestros, débil y deseosa de que me amaran y escucharan, carecía de casa y mundo propios, ni tan siquiera mujer con experiencia en eso que llamamos vida, y cuando el gran hombre se fijó en mí creí enloquecer, ¿cómo iba a pensar que quería utilizarme, que yo era un simple objeto de su deseo?, pero con él descubrí el amor y el placer, no era ni esposa, ni hermana, ni hija, ni compañera, pero me había elegido a mí, le gustaba, me hablaba, y nos compenetrábamos haciendo el amor, nos reuníamos, encerrábamos en cuartos cerrados y vedados al exterior, una celda aislada, fuera de aquellas cuatro paredes nada existía, nuestro altar era un sofá o un lecho donde nos uníamos, cuando él se separaba de mí, que yo entonces jamás lo habría hecho de él, él regresaba a la luminosidad acogedora de su mundo exterior, esposa, discípulos, gentes que buscaban ansiosamente su compañía, sus enseñanzas, otras amantes aunque lo ignorara, mientras yo me abismaba con los ojos cerrados en el mundo clandestino al que había sido reducida, incluso cuando abría las puertas y ventanas una vez él desaparecía para que me vieran y dirigieran palabras continuaba presionada por el miedo a que me pudieran sorprender, que mis conversaciones, risas o gritos me pudieran delatar, culpable de quebrantar la paz y grandeza del supremo maestro que me había elegido a mí, que se enterara el mundo, que no, como representación sino como negación para mi existencia, me condenaría, y que se clausurase para siempre el cuarto en que nos refugiábamos poniéndose término al sueño y al placer obtenido en el escaso tiempo en que nos reuníamos, que el resto era para mí la angustia, el dolor, los celos y la impotencia, unidos a la exclusión todavía no quemante pero ya presente, intuita, que impregnaba el ambiente por ser judía, así no era sólo mi origen el que me condenaba sino también mi condición de mujer inexistente para el mundo real, mujer que únicamente podía realizarse en la cárcel en la que él me enclaustraba y dominaba.

Ingeborg encontraba en las palabras de Hannah confirmación a las por ella escritas en las que decía cómo en el mundo sin Dios el hombre era el Ser Supremo, con su pensamiento, su palabra, su poder, y Heidegger su representación, su dominio impuesto sobre los jóvenes a los que debía guiar, conducir como Führer del pensamiento y las ideas

con su filosofía en su caminar hacia el encuentro con la grandeza perdida de la patria. Nadie puede escapar a la vida y a la muerte si la vida es un caminar hacia la muerte, luego sólo existe el arte capaz de ser concebido y de actuar, y lo demás no es sino farsa, representación, servilismo. Y le preguntó: ¿Y el mal, Hannah, dónde lo situamos?

El mal, contestó ella, el mal es consustancial al progreso, al desarrollo técnico, a la burocratización de la vida cotidiana en la que se diluyen las responsabilidades en conceptos como obediencia, ley. Únicamente creo que es la relación entre la ciencia y el lenguaje la que puede vencer ese destino del hombre dominado por la sociedad del mal. E insistía en que para los tiempos venideros y para la civilización el peligro ya no vendría de agresiones exteriores, de guerras -estas se desplazarían a otros continentes o pueblos no enmarcados en el Occidente-. El peligro era global y radicaba en las minorías gobernantes desde su poder económico y financiero que impondrían, bajo apariencias democráticas pero cada vez más restrictivas para los ciudadanos, condiciones de vida discriminadoras y semiesclavizantes

No resulta tan fácil determinar la exclusión de lo subjetivo de lo general, pese a todo, Hannah. Puede sonar a excusa para que algunos decidan encerrarse en sí mismos, construirse un fortificado castillo inabordable en torno a su propio lenguaje críptico en el que encapsulen su pensamiento y sus ideas, y contribuir con su silencio y abstención a que el caos arrastre a la humanidad hasta sus últimos días, como escribió Karl Kraus.

Cuando más tarde Ingeborg le preguntara por su vida personal en Estados Unidos, Hannah le reconocería que Heinrich Blücher, el excomunista crítico con el estalinismo al que conociera en 1936 y con el que había tratado a Walter Benjamin y a otros refugiados alemanes, y que tras divorciarse de Günther Anders se convirtió en su marido en 1940, era algo más sólido que el amor de su enloquecida juventud, constituía el refugio, la protección que necesitaba para equilibrar su existencia, la armonía basada en el respeto mutuo, sin dobles conductas ni imposiciones enfermizas, compañía en la soledad donde se afianza la personalidad propia no destruida por el dominio del otro.

Ingeborg entonces le habló de Paul Celan. Y lo hizo comenzando con versos de uno de sus poemas:

*La muerte como séquito del alboroto
está decidida desde siempre.
¡Procurad manteneros despiertos!*

Le habló largamente de una discusión que había mantenido con Celan en torno a lo inoportuno y reaccionario del arte deshumanizado.

Arte, decía ella, impuesto para afianzar el nacionalismo y militarismo alemán. Porque los nazis no renunciaron a apropiarse de los himnos de Hölderlin o la música de Beethoven, alegorías para iluminar la acción de los que luchan por la patria. El arte es quien define las cosas, los objetos, no estos lo que fundamentan el arte. «El arte es real en la obra de arte», decía Heidegger, y «el artista queda reducido a algo indiferente frente a la obra, casi hacia un simple presente al surgimiento de la obra que se destruye a sí misma en la creación», tautología inspirada en la estética de Nietzsche como su filosofía, que el propio Celan defendía, cuando era Heidegger el que en todo momento remarcaba su odio al pueblo judío y criticaba a Jaspers por el simple hecho de vivir con una mujer judía. Era -Hannah la escuchaba sin interrumpirla- un discurso que removía sus contradicciones, pero que le interesaba tanto por la personalidad de Bachmann y Celan como por cuanto le había unido a Heidegger -el filósofo y el hombre que en su fuero interno deseaba convertirse en guía espiritual de la Alemania del Führer, aunque no se lo permitieran manteniéndole tras su renuncia al rectorado de la Universidad de Friburgo en un segundo plano-, quien parecía llevado a suplir la desaparición de Dios del primer lugar de la escena. Pero la noche del mundo no la había traído Dios sino ellos y los hechos y leyes de unos hombres a los que él, Heidegger, apoyó. Y respecto a la poesía y el arte pensaba lo mismo. La noche del mundo -insistía- era un destino necesario -¡qué importaban murieran en ella millones de seres humanos!- para cambiar el declive de la civilización y devolver a Alemania su grandeza, por eso el terror no significaba nada en sí mismo, las víctimas no constituyen sino seres desgraciados, incapacitados para conocer su propia mortalidad, se aferran a la vida con la ilusión de que dure eternamente, aquí o en la prolongación prometida cuando mueren en la Tierra, ignoran que sólo son humanos y mortales porque existe el lenguaje y es el dueño de la palabra quién consagra y celebra con su pensamiento la existencia. ¿Si hubiese vencido el nacionalsocialismo habría sido distinto? Otra pregunta sin respuesta. Ya lo humano, la palabra que intenta acercarse a ese concepto no le interesa, nada es racional, sólo dictadura vocinglera, metafísica que nada tiene que ver con la industrialización planetaria que entierra la vieja historia de Occidente -el resto de los pueblos del mundo no contaban para él, quizás en aras de la lógica del nuevo lenguaje también debieran ser exterminados-. Se lamentaba de lo mediocres que eran los funcionarios del nacionalsocialismo incapacitados de comprender la grandeza de una persona como él, lo que, de dejarle hacer, hubiera significado para la gran Alemania. El dominio técnico sobre la tierra, pienso, Hannah, al que se refería Heidegger, es el que facilita el actual genocidio, asesino y depredador

no sólo del hombre sino de la propia Naturaleza que tanto decía admirar. Y, efectivamente y gracias a la técnica que «nos amenaza a hombres, casas, tierras, con un único invierno infinito», ha perdido su carácter sagrado, y su ocaso es su final. Y él no sería su salvador. Con su palabra y con su acción contribuía a la noche eterna de la Nada. Si el pasado carece de destino, el presente que ellos contribuyeron a impulsar borró completamente de la esperanza la vieja utopía.

Aunque es posible, Tristán, que ella, Ingeborg, cuando le preguntara por Celan, perdiera la palabra, sintiera que su corazón quedaba oprimido por un peso cada vez más angustioso. Su pensamiento tal vez se paralizó, la oscuridad cada vez más tenebrosa apagaba la estancia, cesaban los ruidos, Hannah, con los ojos entornados removía también su pasado, sus encuentros con Heidegger. ¿Tan poderosa era la sombra de aquel hombre? Un gran silencio, como si se encontraran en el Todtnauberg, a las puertas de la cabaña los tres, las dos mujeres y Celan, y aquellas estuviesen clausuradas, cerradas las ventanas, solamente el humo que escapaba por la chimenea daba cuenta de que alguien, Heidegger sin duda, se encontraba dentro. Se miraron entre sí, fatigados por el largo camino y el frío que penetraba sus ropas y helaba los huesos. Los pájaros sobrevolaban las copas de los árboles y aullaban con sus graznidos roncós en aquel tenebroso vacío.

Ingeborg abandonó la casa de Hannah: no volvería a verla pese a las promesas que se hicieron de encontrarse en otra ocasión en Alemania o en cualquier otro país europeo.

V

NADA DE *DELIKATESSEN*

1960-1970

Sin pasar por la poesía de Paul Celan y de Ingeborg Bachmann no se puede escribir poesía.

José Ángel Valente

Estoy sola con el tiempo, mi asesino

Ingeborg y Paul habían pasado largas horas hablando de poesía. El lenguaje y su expresión poética conformaban el punto neurálgico de sus conversaciones. Cómo desarrollar una locución plástica y conceptual, innovadora y trascendente, que la preservara de la deformación, anquilosamiento y manipulaciones sufridas no sólo por el peso de la historia, los dramas vividos, las catástrofes que desde que nacieron asolaron a la Humanidad, sino también por su empobrecimiento, ritualización, su perversión burocrática y virtual, sus modos populistas, su realismo ramplón que encubría la posibilidad de penetrar en el exacto significado y trascendencia de las palabras, el decir para descubrir. En Bachmann predominaba sobre todo la influencia de Wittgenstein; en Celan, la obsesión por los significados, metáforas, conceptos filosófico-poéticos de Hegel, Hölderlin, Nietzsche, Heidegger, raíces extraídas de sus conocimientos o personales incursiones en diccionarios y enciclopedias, fueran de lingüística, botánica o mineralogía, función de la lengua que le introducía no sólo en su historia y la de su pueblo, sino en su búsqueda de salvación y futuro, resurrección -tras la humillación sufrida en la tierra que había destruido la moral de los seres humanos- a partir de lo oscuro para mediante el misterio encontrar la luz.

En el diálogo poético se encontraban, enredaban, desunían. Para que en la soledad se convirtiera en palabras transmitidas a quienes ansiosamente habían de buscarlo.

Tuya es la amapola, mío el ojo que contempla tu sexo.

Pero también la espina que da vida a la flor, y tu ojo que sea el agua en que te sumerges, y la memoria de ellas que en esas aguas yacen, que en el agua permanecen y a ellas les dirás: mirad, yazgo con ella, la extranjera.

Dije amor con mi ojo y tú te abriste a mi mirada, acaricié tus senos y tu pelo y escancié en tu boca el agua brotada de las rosas que traspasaron nuestro cuerpo y se convirtió en vino.

Yo me dejé llevar por el jinete negro que desde tierras extrañas había venido a mi encuentro.

Galopaba hacia ti, contigo, cantando, y el vino que te ofrecía era rojo como la sangre para que al beberlo mezclara nuestros jugos: es el segundo de vida que merece apurarse hasta que nos consume.

Tu voz sonaba como las cuerdas de un violín tañendo en las manos del más bello y expresivo querubín, y comenzamos a bogar en el barco de la noche por el río del cielo.

Flameaban las nubes, ah si mi tierna madre pudiese ahora contemplar mi sonrisa.

Ya bebías bajo el amargo vello de mi pubis y después buscabas el rojo de mis labios.

La luna hendía con su reja de luz nuestras espaldas.

Aunque se sucedieran el verano y el otoño, no abandonaríamos nunca este lecho convertido en nave de placer, y la lágrima que derramé pronunció unas palabras: si fuera eterno nuestro amor de amapola y memoria.

Porque cuando las embestidas del placer nos ahogaron derrumbándonos ahitos y resplandecientes sobre un lugar que había dejado de existir, y las palabras se volvieron silencio, contemplamos cómo la luna entristecida desaparecía devorada por la feroz tormenta, y en el ocaso de la luz comprendimos que en el horizonte sólo se dibujaba el paisaje del silencio y la soledad. La muerte nos acechaba por todas partes, nos deseaba, tú la invocabas a veces, pero la creación poética era el resplandor, la lámpara que debía iluminarte para que ilustrara a las gentes del pueblo: nombres de los exilios, de los guetos, de los hornos crematorios, de las sepulturas de los inocentes, de las flores que coloreaban las tinieblas, de los años perdidos del paraíso en su infancia, nombres para conjurar las

Muertes muertas en los caminos del alba.

Ingeborg le decía a Celan que la poesía, como debiera ser la filosofía, era lo contrario del dogma: ni en la tradición ni en el lenguaje de cada época y circunstancia histórica debía quemarse su significado y expresión, e igual le pasaba a la música, al conocimiento, y -su voz se dulcificaba mientras contemplaba los ojos de Paul que no tardaba en opacarlos- al amor. Buscamos, perseguimos la expresiones exactas, aquellas que pueden conducir al sentido que pretendemos otorgar a nuestra creación, ¿y acaso en los sentimientos no ha de ocurrir lo mismo? Lo simbólico y lo oculto únicamente pueden ser develados por un auténtico descubrimiento de la palabra, liberada de sus rejas históricas o vulgares, la palabra que se apoya en otra palabra, como ocurre con las formas geométricas o los juegos desarrollados por los niños, y en el amor la caricia y la profundidad de los sentimientos ha de paralizar los relojes y borrar los convencionalismos, ser tan libre e iluminador como lo son las estrellas que navegan por el firmamento. De no ser así, recuerda, Paul

*Nieve no es sólo la carga blanca de arriba, también es silencio
que nos sobrevive.*

Lenguaje. Memoria. La lengua que tú amabas, la patria que yo aprendí a odiar cuando contaba solamente doce años de edad. Y ahora regresa lo que tras los primeros meses sucedió a la derrota y permanecía oculto. Ya van ocupando el poder otra vez, el económico primero, que con él intentarán sojuzgar y someter una vez más a los pueblos de Europa. Memoria y conocimiento. Y lenguaje como obligación de otorgar racionalidad a la literatura, belleza, para que despierte a las nuevas generaciones en busca de otras islas más afortunadas o del mar que lame el sueño de Bohemia, y las risas y caricias detengan el crimen organizado. La apariencia de normalidad es la anestesia del horror. Auschwitz, insisto, Paul, no yace enterrado en la memoria, Auschwitz es una herida que ya no se cerrará nunca. Apenas abandonaban los últimos sobrevivientes los campos, nuevos hongos de humo se elevaron de la tierra a los cielos y las criaturas que bajo ellos vivían fueron a unirse a la fosa que tú describes en tu poema con los que en ella yacían. Ahora, quienes contra los nazis lucharon eran los que a esa fosa los arrojaban. Y no ignoras lo ocurrido a continuación. Todos, asesinos y víctimas, no tardaron en perder la memoria. Ya vienen a Europa, turistas o nuevos aliados, y nadie quiere hablar de lo que ocurrió, otro acontecimiento similar a lo que ha de suceder en otros lugares, pienso en África. Sus modos de muerte son ahora sus formas de vida. La herida de la muerte: de ella venimos, por ella nos comunicamos, nunca deja de regresar. Parece que lo único que es necesario y consustancial a la historia es que siempre existan víctimas, miles, millones de inocentes sacrificados a la

mayor gloria de los poderes divinos o terrenales.

Las palabras se quebraron al fin. Se dio cuenta de que hablaba sola. Paul había dejado de existir. El pez adorado se había perdido para siempre en las aguas de un inalcanzable río y ella quedaba abandonada a orillas del lago sin que nadie viniese a buscarla. Pretendiste, insistía, traspasar lo que el lenguaje usual oculta- y la literatura será cada vez más frivolidad, memoria chismográfica, experimentalismos vacíos- para legarnos palabras sufrientes con las que reflexionamos y penetramos en el misterio que prolonga tu dolor secreto. Nuestra vida es lo que hemos perdido, Paul, nuestro amor el que ha naufragado. Sólo por segundos maravillosos fuimos inmensamente felices, luego vino el sufrimiento y la amargura, el castigo. No nos llevará la memoria a la resurrección sino al fuego. También a mí ha de consumirme. Agua y fuego, que ya perdimos el lenguaje de nuestras manos y nuestras bocas. ¿Qué se hizo de nuestros labios? Y tantas cartas hemos destruido, palabras que no llegamos a pronunciar... Escribiré como si fuera otra vez una niña y te hablaré de las heridas abiertas, del perdón que no se concede, de los experimentos que nos envejecieron, del frío y el silencio retornado a nuestro ser. Frío, sí, Paul, mucho frío recorre todo mi cuerpo, ya no me presta calor la lumbre del cigarro que no abandona mi mano, ni el alcohol que devora el hielo del vaso antes de correr por mi garganta, no visitaré nunca tu tumba porque tú en ninguna tumba has de yacer, continuarás diluyéndote en las aguas del Sena como ellos se diluyeron en las fosas de los cielos, y necesitaré ir a buscarte a través de ellas hasta el bosque en que nacen o se pierden, allí nadie podrá encontrarnos, te amo, Paul, te amo, siempre te amé, cuando traspasaste por primer vez la puerta de mi casa en Viena supe que mi corazón abandonaba mi cuerpo y no podría recuperarlo nunca, y no lo recuperé, cuando otros hombres entraban en mí yo pretendía incorporarme al ritmo que impone el sexo para acompañarlos en el viaje al placer, pero entonces tus ojos, tu mirada melancólica y dulce, tu sonrisa cristalizada por siglos de tristeza me acosaban y ya las manos que me acariciaban no eran tus manos, como las palabras dejaba de escucharlas, pues no las pronunciabas tú, no encontraba en el lecho tu voz ni tu silencio, Paul, Paul, nunca conseguiré expresarte hasta el límite que te deseaba, cuánto te quería, y el vacío ya no conducía el alcohol a mi boca sino que lo derramaba por mi cuerpo desnudo y gastado, y el cigarro se despegaba de mis labios y abría ojales de fuego a las sábanas.

Sobre la mesa quedaba un papel con las siguientes palabras:

*Tan dentro de tu vida y tan cerca de la muerte
que nadie lo discute ni me enoja.*

Pero su final no había llegado aún, Tristán, vivían los dos aunque ya no se reconocieran. Y, antes de ese final, me parece verlos, desnudos, sentados en el lecho, contemplando el caer de la mansa lluvia desplomada desde los cielos sobre los techos de París. Ingeborg le dice a Paul: El lenguaje es la vida y existen tantas formas de vida como lenguajes, ya lo has leído muchas veces. Pero yo tengo un concepto más amplio de la vida que Wittgenstein. No quiero ni me resigno a vivir como él. El breve tiempo de nuestra vida debemos llenarlo de placer, con permiso de los sufrimientos, con el diálogo del cuerpo y las palabras, prolongarlo hasta el límite, lejos de la resignación, las imposiciones bíblicas o capitalistas, conscientes de que siempre, ocurra lo que ocurra y lleguemos al tiempo que lleguemos, seremos contra nuestra voluntad exterminados. La vida es para mí todavía más importante que la palabra, aunque, por las razones que fueran, dedicara mi mayor tiempo a la literatura. ¿Y acaso no ocurrió lo mismo contigo? Pero también tuviste amantes, perseguías la publicación de tus poemas, buscabas mejores condiciones de existencia para realizar tu trabajo. Si ahondamos en la razón de las palabras, ¿hemos de mentirnos a nosotros mismos? Desde que me viste por primera vez, anhelabas hacer el amor conmigo. Y a mí me ocurrió igual. Por eso resultó tan fácil y tan hermoso cuando a las manos se unió la miel y la música que brotaban de nuestros labios. Nos besábamos y nos hablábamos. Y ahora podrías decirme, sin subterfugios, que, aunque me quieres y me deseas, no estás dispuesto a sacrificar tu libertad por mí, que esa es la única razón que ha de separarnos.

Yo no quiero separarme de ti, Inge. Continuaremos escribiéndonos y encontrándonos siempre que sea posible.

Más o menos a escondidas, ¿verdad, Paul?

Pero compréndelo, es lo mejor para los dos, ¿acaso tú no tienes relaciones con otros hombres, no buscas triunfar, ser reconocida allí donde te mueves? Una niña casi y ya eres más célebre que yo.

Y al paso que voy me quemaría esa celebridad de la que hablas, sobre todo si continúo apoyándome en hombres importantes que me ayudan por ver si pueden acostarse conmigo, dilo, Paul, eso es lo que piensas, porque lo que no estás dispuesto a reconocer es que yo estaba decidida, y eso es lo que nos diferencia, a mandarlo todo al infierno si querías venir conmigo al bosque, a refugiarnos en él.

Tras el bosque, Ingeborg, se abre siempre el desierto. Será mejor que regresemos al lenguaje.

Como si nosotros no existiéramos, como si el lenguaje fuera autónomo de quien lo emite, al menos hasta que volvamos a la cama,

claro, que allí pueden no ser necesarias las palabras.

Lo pones muy difícil, Inge, no buscas meterte en mi piel, comprender mis circunstancias, no ves de dónde vengo ni te importan mis problemas y mis sentimientos.

Claro que me importan, demasiado. Lo que no acepto es que determinadas circunstancias tengan para ti más fuerza que la voluntad del amor. Como si nuestras relaciones no debieran anteponerse a ellas.

El poeta, Ingeborg, no puede negar ni olvidar el dolor de lo humano, como si no fuera él mismo persona y parte de él, y tiene derecho, por tanto, yo diría obligación, a convertir en escritura su propia vida.

Ingeborg reproduce en algunos de sus textos publicados palabras semejantes a las que pronunciaba, y con ellas habló a Celan a través de Wittgenstein: «Lo que no podemos pensar no lo podemos pensar; así tampoco podemos decir lo que no podemos pensar».

Y en una de las cartas que le envió le diría que hablaban, pero que no decían lo que pensaban, que eran excusas cuando anteponía como única razón para su distanciamiento su entrega a la poesía, existían otras como le demostró analizando aquellos años en que dejó de escribirla salvo cuando la necesitó en plena paranoia provocada por las acusaciones de plagio. Tardó en hablarle de Gisèle, de su vida familiar, también podrían haber dialogado sobre los problemas económicos, la estabilidad que buscaba en unas relaciones tradicionales, e incluso de su megalomanía como creador puro, las acusaciones de Claire Goll fueron la mayor ofensa que podía inferírsele, pero corría pareja a las contadas críticas negativas que en escasos medios se realizaron sobre algunos de sus libros, ya sólo dedicaba sus esfuerzos a combatir lo que para él eran meras insidias, los límites del mundo no cristalizaban en el lenguaje sino en su ego, su rechazo a la sociedad literaria en su conjunto, distinta a la reacción que Ingeborg tuvo cuando se sintió asfixiada por lo publicado en periódicos y revistas, vertido en radios o convenciones sociales, el sensacionalismo que tanto asco la producía, se rechazó a sí misma consciente de que, por encima de la literatura que pudiese realizar, necesitaba la concentración, soledad, autocrítica constante, intentaban imponerle un mundo de relaciones, galas culturales, oficialidad de una literatura esclerotizada, mercantil, el creador al servicio de la publicidad, honores que infravaloraban a quienes los recibían convirtiéndolos en gallinas cluecas, le dijo a Celan que ya la literatura donde importaba y cotizaba era en bolsa, como una mercancía más, y así entraba en su decadencia, no existirá ya la pureza, inocencia, sensibilidad para ella en el futuro, bastarán historias vulgares y sensacionalistas, lenguaje de frases hechas, reconocibles y pedestres, tan tosco como el desarrollado en la propia vida y la multiplicación de

los seres humanos uniformes y estandarizados, ella tuvo que abandonar Alemania y Austria bajo la tristeza y el vómito provocados por la vida enloquecida que intentaban obligarle a llevar, fumar, beber, no escuchar y hablar apenas le resultaban ya calmantes suficientes, por eso se perdía por las calles de ciudades italianas, ahora sí extraña entre las extrañas, no ser para poder ser; él, Celan, en su indefensión se sintió, sin embargo, más seguro e identificado con su ser, el lenguaje confirma todos los ríos en que nos sumergimos, las amapolas alfombran el manto de sangre en que se envolvía nuestra pasión, la sede de la memoria que acompañaba nuestra intimidad, conscientes de que más allá de ese recinto que solamente pertenecía a los dos existía otra llamada para ti, urgente y necesaria, los poemas alumbrados para que vieran la luz, las conferencias y recitales que le concedían la autoridad perdida o robada, los íntimos reconocimientos públicos opuestos a su linchamiento; ella renunció ya a todo aquello, dejó de escribir poesía, y así el muro creció entre los dos, ya no se comunicaban convirtiendo las breves palabras que se intercambiaban en rituales convencionalismos coyunturales ajenos al corazón; cada tarjeta de rutinaria felicitación o petición de ayuda no conseguía sino cristalizar, apagar sus emociones, tanto hablar del lenguaje para terminar entregándose a su uso vulgar, la mentira continúa envolviéndole y tú, Paul, la utilizabas para negarme, destruirme, momentos hubo en que te odiaba, pero el amor que descubrí a tu lado era más fuerte que mi rechazo, mi encuentro con otros hombres intentando combatir la soledad, algunos sinceros, puede que hasta enamorados, otros circunstanciales, era como beberte una buena botella de vino, acompañabas tu cuerpo al otro cuerpo hasta que se accede al orgasmo, pero faltan las palabras, los silencios, las amapolas, los espacios en que las rosas florecen, el mar que tras habernos ahogado nos devuelve a la arena y los pinos, porque continuabas incrustado en mi memoria y de seguida me conducías al sufrimiento, y así el vino y el sexo que me drogaron unos minutos u horas me conducían después a la abulia, al sopor y al enloquecimiento, drogas más reales que tú, pensaras lo que pensaras, compartías conmigo en otros lechos malditos rodeados de batas blancas, tal vez si hubiese sido más paciente y sumisa, ayudándote en tus debilidades, no te habrías separado definitivamente de mí, el hecho es que, tras tu ausencia primera y que yo consideré definitiva, la ansiedad que sentías por mí te condujo desesperadamente de nuevo a mi encuentro, necesitabas quemarte en mi cuerpo, hacer el amor una y otra vez buscando la muerte cada vez que entrabas en mí y la muerte no llegaba, y después del fuego ya sabes que restan las cenizas, en la fosa del cielo y en nuestros últimos años de vida. Pero volvemos a encontrarnos desnudos al amanecer en aquellos lujuriosos y poéticos

días de 1957, y te repito que ya todo mi cuerpo ha sido tuyo, que he quedado anonada por ti para siempre, el siempre depositado en Wuppertal, ya era el mes de octubre, ay catedrales, relojes, sí, ay Colonia Am Hof.

Desde 1948 no recorrías las calles de Viena, ahora menos hostiles y ruinosas. Me encontraba ausente. Pero tú me llevabas contigo con mi *Invocación a la Osa Mayor*. Escribiste una nueva versión de «En Egipto». Brotó un vómito indeterminable, limpiador en tu memoria, estalló anulando cualquier atisbo de represión moral o solapada en tu conciencia: necesitabas verme, estar conmigo, amarme, incluso comprenderme algo más de lo que lo habías hecho hasta entonces, yo me encontré desbordada por el torrente de palabras y los poemas que me enviabas pidiéndome auxilio, apremiándome para que acudiera a tu encuentro. Me sentí abrumada. Había sufrido mucho. Y de pronto te descubría, otro en los mismos ojos, manos, temblores. Tenías mujer, hijo, nueva vida, y todo ello se desvanecía ante tu presencia. Los poemas de Viena y París me acercaban, memoria de tu compulsión sensual y amorosa desbordada en plena entrega. ¿Para qué, Paul? Para producir más hondas heridas en mi corazón y llenar los últimos huecos de mi memoria de sensaciones que solamente podrá borrar la muerte: ni la literatura ni la enfermedad coartaron aquellos felices días. Por eso, cuando nos separamos e inicié la breve y tortuosa relación con Max Frisch, te escribí en una línea el veinte de noviembre de 1958, cercano ya tu cumpleaños, lo que era un reflejo de amor y desesperanza. Recuérдалo:

El otoño pasado se mete en este otoño.

Tal vez respuesta a tu «Día de las ánimas»:

Una hora de alma embrutecida. La próxima, una luz otoñal, ofrenda a un pensamiento ciego que pasaba. Bloques erráticos, estrellas, negras y llenas de lenguaje: nombradas tras un juramento roto.

Rito que luego, en otra versión, ajustaste más:

Un juramento desgarrado de silencio.

¿Has visto alguna vez un torrente de agua estrellándose contra tus desgraciados oídos, enloqueciéndote con su estruendo? Así me sentía yo el nueve de noviembre de 1957 cuando me escribiste «Ingeborg, amor, mañana te mudas a tu nueva casa», y con ese motivo querías venir de inmediato para que saliéramos a buscar una lámpara juntos. Salimos. Me abrasé. Se apagó la luz. ¿Dónde me encuentro ahora una vez que desde la ventana de mi casa de la Franz-Joseph-Strasse, era el

ocho de mayo, vi como te alejabas, hundidos los hombros, para siempre?

Miércoles veintitrés de junio, año de 1958. Día de mi cumpleaños. Décimo aniversario de nuestro primer encuentro. Tan juntos entonces que ni la hoja de papel en que escribiste el más querido para mí de tus poemas hubiese podido interponerse entre las pieles unidas de nuestros cuerpos. Y ahora estoy sola en París. Te he citado a las cuatro de la tarde en el café George V. Has leído mis poemas. «Adonde nos dirijamos bajo la tormenta de rosas.» Pesaroso, sin decirle nada a Gisèle, acudes a la cita. Me despido. De ti. De los poemas. De la vida que inicié en Klagenfurt. Del cuento del dragón y la princesa. De la memoria en que bailaban las amapolas. Ignoramos que al separarnos caminaremos, lentamente, hacia la locura y la desesperación. Te dije que no quería más encuentros clandestinos. Más discusiones con palabras inútiles. Que me esperan los modos de muerte, nos esperan a los dos. Todavía no ha surgido Max Frisch en mi vida. Lo que no ignoro es que continuará habitando en mí la indecisión y la tristeza.

Max Frisch había escuchado en la radio el guion de Bachmann *El buen Dios de Manhattan* a finales de mayo de 1958. Impresionado por la obra le escribió una carta. Ella le contestó. Quedaron en encontrarse en París, en el hotel del Louvre, donde se alojaba el escritor suizo, para ir a contemplar al teatro una de sus obras que estaban representando esos días en la capital francesa. Pero no acudieron a la función. Prefirieron pasear, hablar. El autor de *Homo Faber* contempla su tristeza. De inmediato se siente atraído por Ingeborg. Él la observa mientras fuma nerviosamente, habla con precipitación y de pronto se sume en profundos silencios. Se sientan en un parque público. Parece esconder un gran dolor. Ella le pregunta por su teatro, su vida. Después enmudece. Max pasa uno de sus brazos por su cabeza para atraerla hacia sí. Ella la recuesta en su hombro. Max la intenta besar. Ella se deja. La invita a cenar. Sí, cenaremos, Max. Nos acostaremos juntos si así lo deseas. Hoy, otro día, no importa. Entrarás en mí. En medio de la niebla que me envuelve aún intento existir. Y cuando la botella de vino se agote, mis ojos tal vez reflejen nuevamente vida. Sí, quiero vivir. Max la acaricia. Le gusta su rostro. Desea su cuerpo. Ignora que escribe poesía. Pero ha leído cosas de ella, y sobre todo sobre ella. Atraviesa, no hace falta que se lo comente, una grave crisis sentimental. Y una semana más tarde se juntan en Zurich convirtiéndose en amantes. Él se muestra feliz cuando los fuertes brazos de Ingeborg le oprimen para hacer el amor. Bachmann duda que puedan vivir juntos. Se separan. Vuelven a encontrarse en Nápoles. Ingeborg le espera en la estación de ferrocarril. Y ahora sí, salvo separaciones ocasionales, conviven siete meses. Hasta que Frisch

cae enfermo y es internado en un hospital. Ella le visita de vez en vez. En el verano de 1959 Max Frisch abandona la clínica. Ese otoño le propone que contraigan matrimonio. Ingeborg se burla de quien no hace seis meses se ha separado de su anterior mujer y, como buen burgués, quiere ya legalizar sus relaciones. No. Es libre. Pueden cohabitar cuando les venga en gana, a su antojo y conveniencia, nada más. Cuando vuelvan a encontrarse en Nápoles, Ingeborg se negará a enseñarle la casa y el barrio donde vive. Han de ser los dos, le dice, absolutamente independientes. Así pueden separarse durante semanas si lo precisan. Max no soporta sus silencios, sus ausencias. No quiere Ingeborg explicarle por qué Roma, cuando él se encuentra alejado de la ciudad, no responde al teléfono, ni de día ni de noche. Pensará en miles de motivos sin que encuentre justificación alguna. Los celos forman parte de la angustia existencial. Hasta que su paciencia estalla. Hasta que ella no responda nunca y solo le quede el sonsonete de una voz telefónica: Roma no responde, Roma no responde. Al fin, en otoño de 1962, tras tiempo de tempestuosas relaciones, romperían sus vínculos. Hablarían por última vez entre ellos seis meses más tarde. Ingeborg había encontrado, al final de su convivencia, guardado en un cajón, el diario íntimo escrito por Frisch durante el tiempo que permanecieron juntos. Lo lee y después le prende fuego.

No es necesario, Tristán, que conozcas las novelas de Frisch en que ella aparece con nombre supuesto, *Mountank*, *Gautelbein*. Es un tratamiento frívolo el que le otorga. No comprende, por ejemplo, que para Ingeborg el dinero carece de importancia. Sirve sólo para gastarlo. No se queja si carece de él. Se compra zapatos como si fuese un ciempiés. Nunca se arrepiente de dilapidarlo. Resplandece cuando lo emplea en regalos. En un cumpleaños saca billetes estrujados en el interior de su bolso y le invita a realizar un viaje a Grecia. Cuando Frisch sea más duro e irónico con ella, escribirá «que Ingeborg se considera poeta». A su lado empieza el desvarío, dice. «Preservar la intimidad, las relaciones que tiene con cada uno, para así no perder a nadie. Su absoluta independencia consiste en dar a cada uno lo que quiere, no lo que ellos exigen de ella.» Y se queja duramente de la presencia en su ausencia de quien realmente ocupa su pensamiento, el hombre al que admira y sigue amando, Paul Celan, a quien Max Frisch no concede el valor literario que ella le otorga. La libertad que manifiesta en viajes de los que no le da cuenta le llena de celos. La desea y sufre por sus continuas ausencias. El matrimonio y la vida hogareña los define como una mezquindad. «El final no lo superamos bien, ninguno de los dos.»

Yo diría, Tristán, que lo pasó mucho peor que él Ingeborg. Porque su sensibilidad era muy superior a la de Max Frisch. Y este no hizo sino añadir sal a la profunda herida que le había causado Celan. Para

él, según se desprende de sus libros, Bachmann era una gran actriz que le engañó desde el principio, arrogante, embustera y desordenada, tan hermosa como coqueta, de grandes y frívolos ojos, siempre deseada como amante.

Ingeborg, cuando se separó de Paul Celan en George V comprendiendo la imposibilidad de que volvieran a verse por las condiciones que él imponía, era consciente de que no podría sujetarse a otro hombre, el tiempo era su asesino y de seguro la llevaría a no tardar a su mansión única: la soledad. Las relaciones pueden romperse en cualquier momento, pero al corazón no lo dominan las leyes y las costumbres, y Paul continuaba incrustado en él hasta que dejara de latir. El de Celan era más frágil, enfermizo. No confesaría a nadie, tal vez ni a él mismo, la existencia en su memoria de Ingeborg, la mujer que le amó con absoluta entrega, la no judía a la que llamó la extraña, la que consiguió apartarle del recuerdo, en días de abrumadora pasión, de Ruth, Noemí, Miriam.

Continúa recordando Ingeborg su postrer encuentro con Paul en París. Una tarde de calor húmedo, casi sofocante, en la rue Longchamp. Sorbe, con tragos ininterrumpidos, el refrescante Pernaud que aumenta el calor de su casi transparente cuerpo. Él, sin pasión y más bien con tristeza, le ha preguntado: ¿Es posible que te hayas enamorado, Ingeborg? Ella responde que no entiende entonces lo que es amor. El amor, en su profundo significado, ha desaparecido de su ser. Hubo hombres tan sólo. Max Frisch le pedirá un día que vivan juntos en Zurich. ¿Y antes? ¿Y cómo ha podido Paul realizar una pregunta semejante? ¿Cómo habla de sentimiento quién la ha conocido tan íntimamente? El amor es el pasado. El presente es la existencia. Sobrevivir. Él no desconoce que el sexo, ayuno de amor, termina en la tristeza. Que la memoria es tristeza. Pero tú piensas, Paul, que yo, viva o no viva con otra persona, estaré viviendo plenamente con ella. Nos acomodaremos. Aunque no me lo digas, creo que eso es lo que tú haces con Gisèle. Si no, no me habrías buscado tan intensamente. No ignoras que no querría dejar de verte. Bondad, amor, compasión, todo nos es necesario, Ingeborg, para sobrevivir. Y está la poesía. A veces la creación escapa a nuestra propia voluntad, se transforma en vida. Sí, eso piensas, Paul, yo no acompaño tus creencias, hemos discutido demasiadas veces sobre este punto, pero de los miedos, las desesperaciones más reales y humanas, no te gusta hablar. Que habiten en los pensamientos, ¿no? Al menos con las palabras, por comedidas que sean, rompamos el silencio, aunque mi abrazo espero que siempre lo aceptes. Nunca olvidaré nuestras primaveras, sobre todo la del inicio que el pasado año se transmutó en otoño.

Cuando Ingeborg dejó de hablar, él callaba. No se atrevía a mirarla

a los ojos. Recordó el poema que el tres de diciembre del pasado año le había enviado Paul. Se titulaba «Un día y otro más». Lo memorizó y en ocasiones, tristes ocasiones de los días más tristes, ante el espejo, contemplando su fatiga y palidez, cada vez más acentuadas las huellas que borran su juventud, lo recitaba:

*Gané, perdí, creímos
en prodigios sombríos, la rama,
escrita grande en el cielo, nos llevaba, crecía
hacia la órbita lunar, un mañana
subió hacia el ayer, recogimos
el candelabro, lloré
en tu mano.*

En plena crisis emocional y humana por los ataques recibidos a su obra literaria, e Ingeborg ya alejada de su vida, Celan visita a Nelly Sachs en Estocolmo. Los trastornos mentales de la escritora judía se han agudizado en delirios de manía persecutoria y la van a recluir más tiempo en clínicas psiquiátricas que en su propio domicilio.

En el mes de septiembre de 1960 Martin Buber se encuentra en París. El día catorce Celan, que le ha pedido una entrevista, se dirige al hotel en donde se hospeda. Le lleva sus libros para que se los dedique. También le entrega unos poemas suyos y otros de Mandelstam que ha traducido, aunque estos se los rechaza por no ser el poeta ruso de su agrado.

Buber cuenta 82 años de edad. Celan se arrodilla ante el patriarca para que le dé su bendición. Después comienzan a hablar sobre la situación que atraviesan los judíos en Europa. Surgen entre ellos profundas discrepancias a la hora de entablar el tema de la culpa y del perdón, de la responsabilidad y su olvido. Buber es partidario de no recriminar a Alemania por «lo ocurrido» y defiende colaborar culturalmente con los autores alemanes. Cada vez más excitado, contrariado, Celan decide interrumpir el diálogo y se marcha avergonzado, confuso. Sus trastornos mentales se agudizan. Como si hubiese perdido la palabra, se presenta ante su mujer, encerrándose en la habitación en que trabaja, donde llora, desquiciado, considerando que la persecución de que es víctima alcanza ya hasta a los máximos intelectuales de su pueblo. ¿Dónde encontrar entonces las palabras que puedan salvarle si hasta autoridades, hombres en los que ha creído desde su infancia, le niegan? Piensa en Nelly Sachs. Ella es quien le hermana con lo que puede quedar de sangre judía en su vida, le afirma en su condición de poeta, en la lengua nueva salvadora y en la memoria que no se rinde, liberadora del peso de la historia y las aflicciones de su pueblo que todos están dispuestos a negar o enterrar.

Sendas o caminos que se internan en el bosque para encontrar la única casa en la que se le permite habitar: en sí mismo, en el diálogo con quienes como Nelly Sachs le necesitan, saben escuchar y esperan que su mensaje poético les guíe y ayude en su travesía, con el que pueden atravesar el meridiano en que convergen la luz y la razón, que no deja de constituir el anhelado caminar hacia la utopía.

1961 es un año que amenaza no sólo la estabilidad emocional de Paul Celan sino su propia existencia. A la reiteración de las acusaciones formuladas por Claire Goll se unen artículos críticos sobre su obra poética. Ingeborg piensa que él acepta de manera casi mística y hasta la extenuación su papel de víctima como si estuviera determinado por un destino superior a la razón humana. Mas no puede ni hablarle ni escribirle. Tal vez los dos se encuentren, Tristán, en los comienzos de su cada vez más acentuada patología enfermiza, incapacitados para cualquier forma de diálogo. Así las obras que realizan no son sino documentos sobre sus crisis, viajes por la enfermedad, reconocen. Y no resultaría fácil adentrarse a partir de ahora en sus vidas cuando estas entran no ya en un laberinto sino en un pozo que no recibe luz alguna del exterior. No se trata de tinieblas literarias, sino humanas.

En el año anterior todavía Celan había trabajado con intensidad. Y Bachmann ofreció un curso sobre poesía y literatura en la Universidad de Frankfurt. Celan coincidió aquellos días de enero con ella al ser invitado a realizar una lectura de los poemas que había traducido al alemán de *La joven parca* de Paul Valéry, pero no realizó ningún intento para encontrarse con Ingeborg. En abril se desató la nueva ofensiva de Claire Goll en Munich contra él. Celan, encerrado en su casa de París, ofrece síntomas claros de la patología que va a internarle en la primera de las clínicas psiquiátricas que le atenderán hasta su muerte, y no quiere comunicarse con casi nadie, ni siquiera por carta. Escribe al tiempo poemas, los más difíciles para su comprensión de los realizados hasta entonces, del libro *La rosa de nadie*, «el documento de una crisis si quieres», explicita posteriormente a Bachmann. En octubre de 1963 se publicaría el poemario dedicado a Mandelstam. Escribiría en su ofrenda que le consideraba «su hermano, víctima del terror antisemita» y, que también había sido acusado de plagio. Por mediación de Gisèle decide al fin solicitar apoyo frente a la persecución de la que se cree víctima, y el veinticinco de mayo se reúnen en Zurich Bachmann, Frisch, Gisèle y él. En noviembre, día veinticinco, Bachmann y Celan celebrarán su última entrevista personal. Ocho días más tarde Gisèle escribirá una larga, angustiada carta a Ingeborg: «Paul está desesperado. Paul está muy cansado... Ayude a la gente a comprender que toda esta historia es innoble y que no se tiene el derecho de permanecer sin hacer nada... Paul espera

cada correo, cada aparición del periódico, su cabeza está llena de esto. No tiene lugar para otra cosa... llámelo por teléfono, por favor... No deje a Paul, manténgalo al corriente. Usted puede ayudarlo. Hágalo, por favor... Hechos, gestos, acciones precisas y valientes... En nombre de la Verdad, en nombre de la Poesía, en nombre de Paul, se lo suplico».

Un día más tarde Ingeborg contesta a Gisèle: «¡Créame, hago lo posible, me ocupo de ello verdaderamente! No pienso sino en eso. Pero, a pesar de todo, nos hace falta paciencia, una infamia de siete años no se detiene en una semana. Usted calmará a Paul».

Gisèle no volverá a escribir a Bachmann hasta diez años más tarde: para comunicarle que se había suicidado.

A partir del año 1961, de estas navidades que han trasmutado la angustia en tristeza acompañada por la separación, definitiva el próximo año, de Bachmann y Frisch, y tras el frío saludo que envían el fin de año a la familia Celan, se abre el periodo que pasará por intentos de suicidio, asesinato, internamiento en clínicas psiquiátricas de Celan y Bachmann, estancias prolongadas de Ingeborg en Italia, a veces en la calma y el placer que le proporciona la compañía de Thomas Bernhard. En junio Ingeborg publica sus relatos *A los treinta años*. En el que da con este título nombre al libro, a través del protagonista masculino, cuenta cómo, en el proceso de destrucción que vive, puede congratularse de la misma manera que los salvados de Auschwitz de haber sobrevivido. Habita en el silencio. Creía haberse vuelto loca, siempre a través de la adopción masculina, agarrada su mano al libro como si fuera un salvavidas, hasta que se desmaya sin perder la consciencia y así queda con los ojos cerrados.

Había llegado el final... Sabía ahora que habitaba en una cárcel... Hablar este lenguaje de bribones...No puedo ya encontrar salida en ninguna parte. Mejor no haber sobrevivido. Por qué nos mantenemos tan aferrados a las costumbres, por miedo a pensar sin tablas de prohibiciones y mandamientos, por miedo a la libertad. Los hombres no aman la libertad. Siempre que aparece la han rechazado.

Y en el último párrafo de su cuento «Ondine» vuelve a recordar al hombre que daba luz a los objetos y vida a las palabras, el hombre de poderosas palabras, que transformaba la vida con ellas, que se movía a su antojo hasta en sus detalles más nimios. Como el más enigmático y poderoso de los monstruos, supo por su parte despertar todos los juegos, no sólo de números o vocablos, sino también de ensueños y, sobre todo, de amor. Mas la verdad, su verdad, emponzoñada, asesinaba cuanto a su alrededor se movía, oscureciéndose el mundo, desapareciendo los claros del bosque. Y ella permanecía debajo del

agua mientras él la ahogaba con su historia, con su poderosa voz, sumergida bajo el agua, muda, a la espera de escuchar lo que Paul nunca se atrevió a decir: Ven, una sola vez, ven. Recuerda este final, Tristán, lo había intuido Ingeborg en la *Invocación de la Osa Mayor*.

Para Ingeborg, para Paul, para mí, también para ti, Tristán, para todos nosotros, los amantes perdidos en el amor que se diluye en el misterio de las ausencias, el amor necesitado e imposibilitado para sobrevivir, el amor que muere o nos asesina, y la memoria que tanta muerte -o vulgares hábitos que dicen necesarios- almacenaba en sus depósitos, se enriquecía con este otro rescoldo de cenizas que iban a acompañarnos hasta el fin: locura, suicidio, qué importaba ya su presente si les habían desconectado el goteo que los mantenía con vida. De nada servía lamentarse. Los lechos marcaban las ausencias, los insomnios debilitaban el corazón, se secaban los ríos oscuros que junto a ellos discurrían. Ni rocío ni clavel, Ingeborg: humo, alcohol, soledad, amarguras. Salvaje Berlín, despiadado París. Pensamientos enloquecidos antes y después de que los drogaran en las clínicas martirizadoras. Y ni siquiera se encontraban juntos. Cada uno peregrinando por las que les acogían o destinaban, a cual más maligna. ¿Quién se había equivocado? Él era egoísta, neurotizado por su manía persecutoria, víctima de la historia y la leyenda de su pueblo, pero ella, ¿qué era ella para los hombres?, ¿sólo sexo? ¿Quién era ella como escritora, o todo era una farsa para obtener el placer que anhelaban les diera? Y si descubrían su inteligencia y sensibilidad, ¿se encontraban dispuestos a soportarla, a que se impusiera a su propio ego?

¿Por qué, por qué no apareció entonces, antes, Thomas Bernhard en su vida, cuando todavía era joven, utópica, entregada, inocente, y no se encontraban los dos enfermos? Thomas, el hombre más inteligente y sensible que conociera, la acogió como escritora y mujer. Y bastaba leer unas palabras suyas a María, es decir Bachmann, dirigidas, para comprender la crueldad del tiempo que le condujo a él, tras naufragios, enfermedades, incomprensiones, aunque al fin pudo estar a su lado en ese tiempo de destrucción final ofreciéndole con su presencia y compañía momentos de lucidez y felicidad. Thomas Bernhard, el que escribió: «los poemas de María son una cumbre de nuestra literatura y no sólo de estos miserables decenios, sino de este siglo nuestro». «Desde que estoy en Roma me he reunido con ella, la única mujer con la que tenía regularmente un contacto, a la que había tenido todo el tiempo necesidad de ir a ver cada semana, vas a ver a la inteligente, había pensado siempre, a la llena de imaginación, a la grande.»

Cuando pensaba en Thomas Bernhard en los días finales de su

vida, no afloraban a los empequeñecidos ojos de Ingeborg lágrimas, sino una resplandeciente y continuada sonrisa que los embellecía y agrandaba, ayudándola, en el silencio en que se extinguen, a que se cierren, calmados como su espíritu, plenamente.

La sangre recae sobre sí misma. Tú eres mi muerte

1962. En el otoño, Ingeborg Bachmann, separada ya de Max Frisch, sufre una gran depresión. Ha perdido el sueño. Angustia y cansancio la postran en el lecho. Rechaza la literatura. El lenguaje ha dejado de existir en la mirada del presente, en la memoria del ayer, en la incertidumbre del mañana. ¿Y cómo encontrar, cuando su cuerpo y su mente son una viviente ruina, frases verdaderas, cómo pedir a la conciencia que se refleje en las palabras si las palabras no emergen de una boca capaz solamente de expulsar vómitos? ¿Qué podría decir en esas circunstancias que plasmase no ya belleza sino una mínima coherencia?

Nada de Delikatessen.

Ya nada me gusta...

No descuido la escritura

sino a mí misma.

Los otros saben

dios lo sabe

qué hacer con las palabras.

Yo no soy mi asistente.

¿Qué sea, que sean los otros?

Mi parte que se pierda.

Ha intentado suicidarse. Es internada en una clínica psiquiátrica de Zurich. Nieva en las calles, nieva en su corazón.

Celan pasa algunas noches llorando. Las acusaciones de plagio le desazonan. Su vida parece estar acabada. Traduce a otros poetas febrilmente. En enero escribe a la especialista y traductora de Kafka, le pide una entrevista para que le ayude a desenmascarar a Claire Goll, su caso, insiste, es tan importante como el de Dreyfus. También pretende ver a Sartre, han de comprender ellos que

la acción psicológica busca su destrucción física.

Intenta ponerse en contacto con René Char. A sus enemigos les trata como hampa, sean de derechas o izquierdas, todos persiguen, insiste, aniquilarle únicamente. El veintidós de enero de 1962 le había escrito a Petre Salomon diciéndole que los neonazis estaban acabando con él y con sus poemas. Las críticas a su obra y la campaña acusándole de plagio parecían consignas extraídas del III Reich, incluso pensó en abandonarlo todo, pero Petre bien conocía lo que era para un poeta sobrevivir al terror nazi, cuando además escribía en su lengua, el precio a pagar por aislarse nuevamente y renunciar a su idioma.

Encontrándose de viaje en la región de Saboya sorprende a un francés que le mira fija y hostilmente, y se lanza sobre él agarrándole por el cuello. Cuando otros paseantes le sujetan, increpándole y llamándole loco, grita que no es sino un compinche de Claire Goll, de los que quieren terminar con él, le miraba agresivamente. Al fin se marcha desesperado. Reemprende el viaje a París en compañía de Giselle. Sentado en el vagón frente a ella, no deja de contemplarla con los ojos dilatados. Al fin se lanza con malos modos sobre su mujer, arrancándole con violencia el pañuelo amarillo que llevaba anudado al cuello. Ha creído ver en él la estrella judía con la que les marcaban los nazis en los guetos

En París le internan en un psiquiátrico del Seine-Saint Denis. Era el último día de diciembre y en él permanecería hasta el diecisiete de enero de 1963.

Ha perdido la fluidez en su lenguaje. También las ganas de leer. Las pinzas en las sienes que le aplican durante el internamiento, los electrochoques que cierran sus ojos almendrados, le desfiguran. Se oscurece la débil luz que alimentaba su mirada entre los dilatados pómulos. Días existen que sólo habita en el delirio. Cuando recupera la libertad, observa con atención, pero sin palabras, los grabados gélidos y heridos de angustia de Gisèle. Consigue ir hilvanando poemas nuevos, más oscuros: filamentos, agujas como las que taladran sus sienes, visiones de colores fuertes y todos desvaídos donde las palabras se transforman en astillas que marcan caminos conducentes a la muerte, filamentos, filamentos, repite, ahora es el poema, la palabra la que le persigue a él, lo acosa, y los sueños y delirios en que naufraga consumen la voz poética reduciendo a cenizas su expresión. Han escrito que su «Fuga de muerte» convierte la tragedia en arte y la desesperación en música, lo que parece inmoral. Incluso Adorno parece situarse en contra suya. Grita desquiciadamente al leerlo. Quiere desaparecer, matarse, ya no es capaz de soportar el poshitlerismo. Es internado nuevamente en las afueras de París. Lee a Shakespeare. Y anota cómo está desarrollando un feroz combate: *el de la poesía solidaria de la verdad*. El veintitrés de noviembre, al cumplir

los 43 de edad, escribe una lista de títulos que pueden ser poemas y, sobre ella, tomando el salmo 45, el lema: *Cabalga por la fidelidad*. Nuevamente internado, su equipaje porta libros de Shakespeare y Kafka. En letra apenas legible anota:

¡Ven, muerte, ven hoy mismo!

Y en febrero:

Escucha, Israel, el Señor Nuestro Dios, el Señor es uno.

Delira. Le inoculan fuertes medicamentos para adormecerle día y noche. Tras siete meses de internamiento abandona la clínica. Luce el sol, queman los adoquines, bronceánse los cuerpos estos primeros días de julio de 1963. Pasea por los muelles del Sena. Compra obras de Anna Ajmatova y Marina Tsvetarieva. El mundo parece ser, para sus poetas, un mundo de persecuciones, acosos, delirios, derrotas. De destierros y genocidios. En todas partes. Ayer y hoy. De persecución a su pueblo. Insiste en los poemas breves. Se ahondan sus compulsiones: fe, piedad, compromiso religioso con sus gentes. Y así se confiesa:

Intento reproducir lingüísticamente al menos trozos extraídos del análisis de las cosas, mostrarlos simultáneamente en varios aspectos e impregnaciones con otras cosas, mi supuesta afición a la abstracción y mi real ambigüedad son momentos de realismo.

Su inestabilidad mental, su abandono físico, su soledad -ya no existen las palabras que se pronuncian junto al cuerpo que se acaricia o se escriben en cartas de ida y vuelta, ya ni siquiera solicita buscarlas, todo se ha convertido en monólogo, soliloquio como sus desvaríos- se traducen en otra hospitalización en febrero de 1965. De nuevo postrado, desnudo e impotente ante las batas blancas, las agujas, las corrientes eléctricas.

La sangre recae sobre mí mismo. Tú eres mi muerte.

Todo se le evade. Inventa palabras nuevas para poemas que son vocablos engarzados en la continuidad del libro *La rosa de nadie*. Se lo había enviado junto a una de sus escasas misivas a Ingeborg, tras dos años de silencio, desde su casa parisina de la rue de Longchamp el veintiuno de septiembre de 1963. Le pedía que le contestase en unas líneas, que le informara cómo se sentía. Él no se encontraba bien, eso explicaría su largo silencio. Comprendería que el poemario era el documento de una crisis. Y argumentaba:

¿Qué sería la literatura si no fuera también eso, y si no lo fuera radicalmente?

Era su última carta, Paul e Ingeborg vivirían ya más tiempo en clínicas psiquiátricas que en libertad.

Locura, hermano, cegado, disparabas, el cuándo, el de dónde, el hacia dónde, lo qué y quién se desvive y malvive y pervive y se revive, el sonido, oh, el sonido, el ojo, oscuro: como ventana de choza, en féretros, urnas, canopes, despertaron los niños, grande va el desterrado allí arriba, el abrasado, con él se desplazan los meridianos, aspirados por su dolor, por el sol dirigido, por doquier es aquí y es hoy, es, desde las desesperaciones, el fulgor, en el que los desunidos entran con sus bocas cegadas, los forasteros de toda la vida, una oreja cercenada escucha, un ojo, cortado en tiras, aprecia todo esto en lo justo, en el negro rayo, memoria trepaste a la luz, Tú-toda realidad-Yo-todo delirio. Te empujé a lo profundo, donde mi más amargo sueño desde el corazón durmió contigo, en la cama de mi inseparable nombre, asediada de colores la vida, acosada de cifras, tú eres mi muerte, a ti te pude retener mientras todo se me evadía. La muerte que me quedaste debiendo la llevo a término.

Ingeborg Bachmann vive en Berlín en 1963. Primero en la Academia de las Artes. A partir de junio en Grunewald Königsallee. Su sueño: encontrarse sola, tranquila, en una hermosa habitación con las paredes llenas de libros, dos mesas en las que poder trabajar y mucho sol, esos diez meses de sol que recibía durante su estancia en Italia, cuando sus ojos se abrieron a las calles para contemplar a las gentes que las ocupaban, a los escaparates de las tiendas, se detenían en los cafés y bares en los que se sentaba ante una de las mesas para dejar fluir el tiempo, prelude todo de aquella habitación romana de un viejo palacio en la que pasaba horas leyendo, escuchando música, pensando en cuanto ocurría en el mundo, en las opiniones de las gentes que hablaban de sus problemas cotidianos, en el profundo desamor que la acompañaba, pero al menos convivía con su gozo de libertad, si como le había ocurrido a Karl Kraus tuviese dinero para no depender de trabajo alguno, escribir lo que le viniera en gana para sí misma, vivir a su antojo sin necesidad de considerar la convivencia con otra persona, la simple relación erótica concluía cuando uno imponía su absoluta soledad solamente compartida en momentos buscados y no prescritos en ningún tipo de dependencia, debía compenetrarse con la palabra que intentaba interpretar el mundo, su mundo, aquel que impidiera que los amantes desembocaran de sus relaciones en el naufragio. No importaba en su vida interna que bordeara los límites de la locura. Peor era asumir el hábito de la enfermedad como práctica diaria que conduce a la esclerosis del pensamiento y del placer. La escritura era también como el amor:

aventura, deleite, comunicación que podía desembocar en la destrucción y el fracaso.

Mas no había sol ni tranquilidad ni belleza en Berlín. Sólo una tras otra cajetillas de Gitanes que ansiosamente consumía y los vasos de alcohol que de la mañana a la noche trasegaba. Y cuando llegó el verano de nuevo se apagó la luz, se dispararon sirenas en los coches y la ambulancia la trasladó a una de las clínicas que conformarían su lugar de residencia largas temporadas de los años que a partir de ahora iba a vivir. Seconal. Nembutol. Nuevos nombres para cuando en sus delirios lúcidos volviera a componer poemas.

Fuera del hospital, recuperada la estabilidad mental y física, Ingeborg Bachmann regresa a la literatura aún no pensando en publicarla, la reflexión poética inducida por los tortuosos caminos de una existencia cada vez más introvertida y que se mezcla con personas con las que no pensó convivir, con tratamientos que no había deseado recibir. Al tiempo considera la necesidad de poner en marcha el proyecto narrativo de sus *Modos de muerte*. *Franza* es la primera parte que concluirá y publicará. En octubre le conceden el premio George Büchner en Darmstadt. Y en diciembre, trasladada de nuevo a Roma, conocerá y hablará con una de sus escritoras preferidas: Anna Ajmatova.

Antes de que lo internasen de nuevo en una clínica psiquiátrica, Paul Celan había intentado matar a Gisèle. En los dos últimos años su estado mental había empeorado, sucediendo a terribles depresiones momentos de imprevisible agresividad. El veintiuno de marzo de 1964 buscó encontrar un paliativo que impidiese su hospitalización marchando a Ginebra para entrevistarse con el doctor y ensayista Jean Starobinski, en la esperanza de que, tras escucharle y analizar su historial clínico, pudiese ayudarle con una asistencia menos agresiva. Starobinski había escrito una tesis sobre el tratamiento de la melancolía y era amigo de Celan, con el que mantenía intercambio epistolar y entrevistas ocasionales. Descendiente de judíos, más por sentimiento que por vida, decía, pensaba que Paul también podía considerarse miembro de esa comunidad. Celan acusaba cada vez más debilidad en su memoria y en su concentración, que limitaban su necesidad de escribir. Le da cuenta de su estado -que él conoce por sí mismo, por Gisèle y por otros médicos con los que ha hablado en París- y de las medicinas que toma. Insiste en que el desencadenante de su actual situación crítica tiene su origen en la persecución, no sólo literaria sino humana, de la que es víctima en todas partes. Difícilmente puede su amigo ayudarle en el dictamen, aunque intenta animarle con sus palabras y razonamientos.

Regresa a París. Pero su estado de ansiedad no disminuye. En enero de 1965 convence a Gisèle para que se traslade, con su hijo, a

otro domicilio. Tal vez encontrándose solo perderá parte de su agresividad, podrá concentrarse en sí mismo, razona. Mas la marcha de ella no disminuye su depresión. Se sucederán los internamientos en clínicas psiquiátricas a lo largo de este año, los tratamientos que le debilitan y limitan su consciencia. A veces se rebela. Acusa de ineptitud a los médicos e intenta rechazar las terapias que le imponen. Tiene que ser sometido a la fuerza y se prolongan los periodos que anulan su libertad. Cuando en noviembre recupera la libertad y se desplaza a Suiza intentando reanudar su vida poética, al regresar sufre una crisis de profundo delirio e intenta clavarle un cuchillo delante de su hijo a Gisèle. Ella y Eric salen huyendo refugiándose en casa de una vecina y amiga. Se le impone la hospitalización forzosa permaneciendo ingresado hasta junio de 1966. Recupera las relaciones con Gisèle, que le muestra su sufrimiento e intenta ayudarle a salir de su postración y ensimismamiento, visitándole y atendiéndole en sus necesidades. Por carta le va dando cuenta Paul de cuanto necesita, pidiéndole ropa limpia, pijamas, camisetas y, sobre todo, agua de colonia -llega a exigirle busque su marca preferida-, libros, señalándole dónde puede encontrarlos, y dinero, al tiempo que le detalla su situación y el tratamiento que recibe para que hable con su amigo Starobinski, entre otros, y vea cómo pueden mejorarla. Va analizando el mundo trágico que le rodea de manera objetiva aunque limitada en sus cartas a Gisèle. Así lo define en una de las que escribe:

Para mi vecino fue más largo y de nuevo bastante penoso de ver. Le han hecho el shock comatoso, mientras que para mí es el shock húmedo. (Aprendo, ya lo ves.) Le han reanimado mediante inyección intravenosa para hacerle volver al «paraíso».

El veintidós de mayo describe una nueva crisis sufrida por su vecino y habla de su decimosexto pinchazo. A él le administran Cloral, Immenocel, insulina, entre otros fármacos. Ha recuperado el sueño, pero sigue perdiendo memoria. Gisèle intenta animarle: pronto saldrá, volverá a escribir, a viajar, impartirá lecturas públicas y ella y su hijo contribuirán a su curación, a que recupere la paz, no ignora que su amor se encuentra herido pero es invulnerable.

Permanece internado hasta el once de junio de 1966. Este año, el día uno de diciembre, en el Instituto Goethe de París se celebra un homenaje a Nelly Sachs por la concesión y entrega del premio Nobel de Literatura. Ella no puede acudir y pide que sea Celan quien hable en su nombre. Él lee una selección de poemas de su amiga. Días después sufrirá un herpes zóster.

Ingeborg Bachmann también padece estos años crisis nerviosas que la llevan a ser recluida en clínicas psiquiátricas tanto en Suiza como en Alemania. En febrero y marzo de 1965 y después en noviembre,

pasará por distintos hospitales de Baden-Baden. En el periodo en que recupera la libertad seguirá con atención el proceso de Frankfurt, mostrando estupor y haciendo pública su protesta porque solamente seis de los veinte nazis juzgados hayan sido condenados a cadena perpetua. Consigue durante el verano de este año regresar a Roma, donde, salvo interrupciones hospitalarias -de mayo a septiembre de 1966-, vivirá hasta su muerte. Allí escribe páginas que después destruye, cartas que se perdieron. Sigue pasando largos periodos hasta su muerte internada en clínicas. Entonces no existe más que delirio. Y Roma enmudece. Como Celan, su amante nunca olvidado.

Esos bichos negros que la acosan desde los huecos de las ventanas, desde las oquedades de los muros. Se hacen los muertos pero ella sabe que no es así, la espían, solamente esperan a que se duerma para saltar sobre ella, comer sus pezones, internarse por su vagina, posarse en los agujeros de su nariz, de sus oídos, adentrarse a través de su boca en su garganta. No puede dormirse. La repugnan, aterrorizan, de vez en vez sorprende sus ojillos rientes y fijos con su mirada en ella. No están muertos. Lo sabe. Sólo fingen. Y entonces se contempla ya muerta. Devoraron su sangre. Pero permanece con los ojos abiertos. Mira en derredor suyo. Nadie ajeno a los bichos que la acompañan. Ni Paul, ni el hijo que no tuvo, ni los amantes que la abandonaron, algunos más interesados en cobrar fama escribiendo sobre ella que en acompañarla cuando ya no jadean, gritan sobre su cuerpo desnudo. Nadie la llama por teléfono. El mundo ha apagado las noticias que antes escuchaba. Encerrada en la ciudad de Berlín, únicamente restan las grietas que ofician en su propio dormitorio de dormitorios para los bichos.

Me siento mirada por la locura, sé que me miro a mí misma.

Escribe un único, nuevo, deshilachado poema en sus momentos de lucidez, en los periodos en que no permanece internada. A veces guarda los versos, a diferencia de las cartas que recibe y que ya apenas la hieren y termina destruyendo.

Nuevamente los vendajes, los frascos con gotas que no tardan en vaciarse, los supositorios, las agujas que incansablemente persiguen la tela de su piel no despellejada o agujereada para continuar taladrándola, horadándola, las pastillas de distintos colores y tamaños que consume en horarios repetidos, reiterados, la comida o bebida ajena a sus gustos y costumbres de cuando era un ser vivo que trasiega mecánicamente y sin voluntad. Se suceden los días, las semanas, a veces los meses, cuyas cifras o nominaciones han dejado de interesarla, como si todos fueran el mismo, perdidos como los poemas extraviados. El dolor que en su constancia y persistencia la habitúa a ese estado de insensibilidad y expresa en palabras que confunden los

idiomas al relatarlas a las batas blancas, batas que han de calmar y reprimir sus agudos momentos de ira en los que desearía agredir a cuanto la rodea, objetos o personas, un cuchillo va rasgando su espalda en el potro de tortura al que la encadenan, no le preguntan sobre el sueño que dejó de existir y se confunde con la lucidez a veces recobrada, hasta cuándo, hasta cuándo, no me reproches que yo no supiera nada mejor que amarte, grita, intenta revolverse en la cama, espasmos agitan todo su cuerpo, procuran sosegarla, ahora sí puedo hablarte, escúchame, ya me encuentro tranquila, ¿no me ves?, hoy hasta he paseado por el jardín, en uno quizá parecido a éste te encuentras tú, me uno a los solitarios amodorrados entre los bancos y las fuentes que trazan senderos que no se bifurcan y nos conducen a la misma entrada de la clínica, a qué ruinas hemos descendido, Paul, y una sonrisa abre al fin mis apergaminados labios, cómo le besaba, con qué ansias le buscaba, pronto la tortura sacará nuestra viscosa saliva de ellos, se escurrirá de nuestras bocas derramándose por la barbilla, esperando que alguna bata blanca acuda a recogerla, la saque de nuestras malolientes ropas, ahora contemplo mis desnudos pechos desprovistos de amor, solamente el dolor me mantiene ya viva, Paul, nuestros corazones dejaron de latir y los vertederos continúan llenándose de palabras sucias, ¿también tú has recobrado la libertad?, lentamente vuelvo a vivir, regresará el color a mis labios y caminaré por las calles de Roma, me sentaré en alguno de sus cafés, intentaré ver a Thomas, con él retorno a la realidad de la existencia, hasta que nuevamente me internen, ya no nos cruzamos cartas, Paul, tú dejaste hace años de pensar en mí, ahora nos une la morfina, tal vez aún en la distancia encontremos palabras en muchos delirios, tal vez, a veces yo contemplo el sillón de los visitantes pensando que vas a derrumbar tu tristeza en él, si encontrara de pronto tus ojos, pero no, continúa vacío, de seguro que tú no contemplas el tuyo, yo no existo ya, ¿verdad, Paul?, mas todavía existo, díselo al de la bata blanca que me contempla con reproches porque piensa me niego a seguir sus prescripciones, que no colaboro y que cuando abandone el hospital regresaré a las andadas, ¿te gusta la palabra, Paul?, volver a las andadas que nos conducen a estos lugares, y tú, ¿por qué no? Hablamos de líquidos cefalorraquídeos, y pienso que si en mi libertad alguien me penetrara y pudiese tener un niño... tú lo tuviste con otra mujer, pero poco puede ayudarte tu hijo en tu actual estado, cuando salga te prometo que intentaré dejar de pensar en ti viviendo, pero en la memoria y el corazón uno no puede curarse, lo sabes, somos sobrevivientes nada más, sobrevivientes hasta el día que decidamos dejar de serlo, vivimos en un mal sueño, los sueños no hacen sino reproducir exagerada y deformada la realidad del mundo, mostrarnos cómo se nos asesina lentamente, cuando asciendo cuatro pisos

comprendo que no tienen otra finalidad que la de atraerme al vacío para precipitarme en él, ¿acaso veinte píldoras de Nembutal tomadas de golpe no serían suficientes para terminar con tanto sufrimiento?, ¿o lejos de ello provocarían uno mayor? Impedir que manos blancas emergentes de blancas batas continúen asesinandome, el fuego, el gas, jeringas múltiples me abrasan, se enroscan a mi cuerpo convirtiéndose en rollizas serpientes viscosas, se introducen por mi vagina, la desgarran, se acomodan en mi estómago, Paul me contempla y me pregunta si me encuentro embarazada, Max Frisch se ríe de mi estado, sabía que acabarías así, tarde o temprano tenía que ser, estos son los abrazos que recibes ahora, grito, grito sin que nadie escuche la ronca angustia que intenta salir expulsada de mis pulmones, no reconozco los ojos que ahora se agrandan contemplándome, no sé si lo hacen con odio, desprecio o simplemente carecen de vida, ya trepan por la cama los sapos, las víboras, los gusanos, las lagartijas, aúllan perros salvajes, han atado mis manos y mis pies con correas de cuero a los barrotes de la cama, no puedo defenderme, se ha llenado de sangre mi cerebro, vomito, la cama es una balsa purulenta sobre la que se abren los esfínteres de mi cuerpo para llenarla de sangre, pus, orina, mierda, una costra ácida y nauseabunda que va envolviéndome, pegándose a mi piel, se despegas del lecho mi cuerpo y atravesando los cristales de las ventanas me eleva por los aires, lejos va quedando la ciudad, los coches, tranvías, gentes, gira y gira mi cabeza en torbellinos que me ciegan, me dejo conducir por los abismos, ¿cuántos inviernos llevo viviendo así? Quiero desmoronarme como vestido viejo, volverme pequeña, decrepita, gris como una piedra, y tumbarme encorvada debajo de una raíz, sin violencia extinguirme de manera que apenas perciba dónde empiezo a terminar y de dónde vengo para no sentir el odio, el dolor, el mal, es preciso que llegue la muerte, se enrosca el cigarro a mis labios, ¿cuántos paquetes de Gitanes me regalaron a lo largo de mi vida, cuántos estancos de ciudades recorrí buscándolos?, ya siento el dulzor mareante del aguardiente que gota a gota, vaso a vaso, botella a botella, voy ingiriendo con placer, que me conduce a ese estado fronterizo entre la consciencia y el sopor, sólo me queda beber, una se mata también bebiendo, apartar vuestras palabras y consejos de mí, odio los sermones, guardadlos para vuestras familias o súbditos, mi única familia soy yo misma y mi dolor y soledad, dejad que me emborrache, pretendéis curarme de qué y para qué, necesito anestesiarme para no veros a vosotros, para acceder al estado que impide me continúe torturando la memoria.

En marzo de 1967 ha abandonado la clínica de Baden-Baden en la que estuvo por cuarta vez internada. El día dieciocho rompe abruptamente con la editorial Piper porque pese a sus recomendaciones han preferido encargar a Hans Baumann, vinculado

a ideas nazis, la traducción de la poesía de Anna Ajmatova frente a Paul Celan, a quien ella había recomendado y que, tras la nueva tentativa de asesinato de Gisèle y de un intento de suicidio, se encuentra confinado en una clínica psiquiátrica.

Es un día de otoño. Ha leído sus propias palabras: *No te he perdido a ti, sino al mundo*. Su cabello recobra tonos rojizos ante las avivadas llamas del fuego de la chimenea. Escribe en su cuaderno cómo es consciente de que ya no va a encontrar Bohemia junto al mar, ni el río de la libertad llegará con el deshielo de la primavera de Praga a los Urales. La aldaba de la puerta ha enmudecido y no espera escuchar su seco sonido convocándola a la fiesta del diálogo. Dice en voz alta: Todo lo perdí el día en que el amor desapareció de mi vida en aquel café situado junto al metro George V. Llovía y con el aguacero se mezclaban las lágrimas que a borbotones se escapaban de mis ojos, camino del taxi. Perdí las grandes y pequeñas cosas. Y ahora, mientras se desgarran la música de Brahms, duermen los libros en los estantes, la cama -mi iglesia- se dispone a acoger mi cansado cuerpo ayuno de caricias, el té, el cigarro, el aguardiente van adormeciéndome, acogen los recuerdos del pasado depositándolos como desvaídas pinturas en mis entrecerrados ojos, la memoria me presta sus postreros sufrimientos.

No vendrá ya nada más

ha garabateado antes de cerrar el cuaderno. No existirá verano ni primavera, quiso añadir. Y la música se arrastra susurrándola en los oídos: no debes llorar más. Hasta las palabras ha perdido. Sólo falta que llegue la muerte y la encuentre desnuda y sin memoria. Ha dejado de asistirse a sí misma. Restan unas brasas en la chimenea. Se queda dormida.

Como si pudiera haber más, y más noche que esta

Ya no tengo dieciocho años. Infeliz día que jamás hubiera pensado en mi juventud llegara a existir. Lo recordé en el vacío en que vivía, sacudida por descargas eléctricas, creía escuchar el sonido de múltiples teléfonos, pero no tenía fuerzas para responder, ya no amaba como las salvajes, me habían dejado fría, poseída por el dolor, me asesinaban lentamente, no recordaba nada de mis ininterrumpidos sueños o pesadillas, invitada a la isla de los muertos sólo entraba la

luz en mi celda cuando aparecía la sombra del hombre que me acompañó en los mejores días pasados en Roma, con el que resucité a través de sus palabras, con sus extinciones acompañadas de vino y extravagancias desafiantes de cuanto nos rodeaba, y por él regresaba ahora a mi tierra, revivía el pasado, a ti te lo debo, Bernhard que decidiste que nos encontráramos en Carintia, mi compañero espiritual, el mejor escritor que existe hoy en nuestra desolada tierra. En el bosque, en el viejo merendero ante cuya rústica mesa de madera se sentaban los aldeanos y cazadores a tomar cerveza -¿qué sería de este pueblo sin la cerveza?-, Klagenfurt y el lago Wörthersee parecen lugares idílicos. Desde cuándo, me pregunto, sus gentes son sin embargo conservadoras, brutas, aborrecibles, con su pereza mental, su rutinaria y abotargada vida, languidecen sin otros alborotos que los provocados por sus tripas o sus accesos bélicos cuando se lo demandan. Vuelve a crecer tras veinte años de la derrota el fascismo abierto. Y lo contemplo en las plazas públicas o en el interior de sus viviendas, católicos en la miseria de su ignorancia y el fanatismo al servicio de la irracionalidad. Una vez más tus palabras, Thomas: «¿Cuándo nos atreveremos a decir que la historia de la Iglesia católica y la del fascismo corren caminos paralelos?». Klagenfurt, donde mi cuerpo explotó en su desarrollo corriendo por los bosques y las alturas de sus cerros, tumbándose en la hierba o remando en la barquichuela dormida en las plácidas aguas del lago. Me estremecía cuando la niebla me acuchillaba o buscaba el resplandor del fuego junto a la alimentada chimenea en la que me refugiaba si el frío convulsionaba mi rostro todavía ayuno de caricias. Contenida mi ansia, despreciaba a los cazadores, prendidas sus miradas en mis saltarines senos como si fuesen cervatillos que ellos quisieran morder y destrozar a dentelladas para alimentar con mi sangre la voracidad de sus deseos, descendientes al fin de Lindwurn que sale de su viscoso pantano en busca de doncellas con las que saciarse para arrojar luego sus huesos al Glandfurt. Culebrea el sendero por el que ahora me interno entre los estanques y, al abandonarlos, me conduce a recónditos lugares en los que ya no me molesta la bulla de los niños. En los dorados días de aquella juventud perdida me encaminaba hacia la torre mirador de Giordano Bruno, lejos del cuidado de mis padres o las miradas libidinosas de quienes se cruzaban en mi camino, unos y otros intentando controlar siempre mis pasos, acechándome, impartiendo órdenes, consejos, o dejando escapar palabras groseras como sus pensamientos, mientras me seguían con sus miradas y miembros despertados por el deseo estallado al contemplar mi juvenil y bien formado cuerpo. Las rejas del cuerpo anteceden a las del lenguaje. En mi soledad poblaba mi imaginación -despertada por cuantas poesías y novelas devoraba- con viajes a lugares que me enseñaban cómo el

mundo no comenzaba y terminaba en Klagenfurt, ya ocupado por las tropas nazis bendecidas por los ciudadanos de mi país: existían otras gentes, lenguajes, historias mágicas y amorosas que ensanchaban mis conocimientos y desarrollaban mi sensibilidad antes de que agonizara entre los muros oprimentes de mi pequeña y vulgar tierra, enquistada en la memoria de un pasado que murió hacía ya tiempo y enclaustrada en la dependencia y alienamiento que, era plenamente consciente de su monstruosidad, amargarían mi vida haciéndome renegar de cuanto tenía que ver con ella, incluyendo su lenguaje, que confirmaba de todas formas mi auténtica, única patria, donde habitaban ellos, el puñado de escritores que constituían mi existencia auténtica. Me detenía ante algunas de las praderas abiertas al bosque, sentándome en compañía de Ise, felices, riendo al sabernos libres y solas, consumiendo los escasos alimentos conseguidos en aquellos tiempos de opresora escasez, hablando de temas prohibidos. Eran nuestros cuerpos. Deseábamos descubrirlos, comprobar el alcance de las caricias que podíamos otorgarles. Iniciábamos los caminos que marcaban el desarrollo profundo de sus necesidades y satisfacciones: el sexo antes de la enfermedad y, a través de él, el placer que antecede al dolor. Poco a poco lo íbamos dominando.

Casitas perdidas en la lejanía. Campesinos y cazadores esquivados para no soportar sus insidiosas preguntas, miradas lascivas. Su aureola: el dinero y el gusto por la sangre, la violencia y el dominio sexual como tufo desprendido de sus carnes y trajes. Ahora, en el regreso, pese a los años transcurridos, continuaba siendo lo mismo. Thomas me lo decía, era habitual conversáramos sobre nuestros miserables compatriotas, extintores y asesinos los llamaba, que se encuentran en todos los lugares, en Viena y en los rincones más apartados de Austria, desarrollando su trabajo criminal. Cuando vayas -repetía sin emoción alguna en sus palabras-, observarás que no sólo necesitan animales sino también seres humanos para volcar en ellos su destructora violencia, y cómo humillan y destruyen igualmente el paisaje. Engordan con la sangre que vierten y engullen, y sobre sus grasientos culos, panzas y pantorrillas se desploman, al tiempo que consumen ingentes litros de cerveza mientras escenifican teatral y vocingleramente sus palabras, pensamientos y obsesiones: matar, extinguirlo todo. ¿Un país? En extinción, Ingeborg. Sus negocios, continuaba diciéndole Bernhard a Bachmann, y planes económicos contribuyen a ello. Es la codicia, brutalidad de quienes acaparan el poder y de quienes desde niños, por culpa de una Iglesia y unos partidos mendaces y corruptos, son educados en esta misma finalidad. Hipócritas. Abyectos. Encontrarás hoy más nazis en Viena, concluía, que en el 38, cuando Hitler estuvo en la Henderplatz para proclamar el Anschluss.

Las palabras de Thomas Bernhard me acompañan mientras visito el castillo de Falkenberg. Si me encontrara en la Costa Azul, en el sur de España, en la Amazonía o en China, tendrían igualmente sentido. Todo el planeta va siendo sacrificado por los políticos sin escrúpulos, que también convierten en sicarios suyos a los arquitectos. Se extingue la memoria del pasado, los restos de sus creaciones más bellas, y crecen las cárceles y manicomios que enjaulan a sus habitantes. ¿Dónde no encontrar fanáticos o vulgares creyentes, nacionalistas de partidos sin escrúpulos, explotados pequeñoburgueses y proletarios que difuminan las barreras que los separaban unificándose en idéntica pauperización ante la minoría poderosa, cada vez más minoría, y rica y poderosa, que se reparte el mundo? Todo se pervierte y los pervertidores consiguen además convertir en sumisos admiradores, como en tiempos de los faraones o los inquisidores cristianos, a sus pervertidos. A este paso las bolsas terminarán supliendo un día el culto de las Iglesias. Las palabras de Bernhard, dice Bachmann. No conocería las que le dirigiera con el nombre de María en su obra póstuma. Pero, sin haberlas todavía escrito, las había ya pronunciado en su presencia cuando se encontraron cerca de donde ella nació. Recuérdalas, Tristán: «Klagenfurt... es la pequeña burguesía rancia la que da el tono, entregada a la estupidez y la megalomanía entre sus hileras de casas deprimentes, torpemente edificadas, entre colinas sin interés, con un clima más viciado que vivificante... María, por su propio impulso, totalmente comparable al mío, se fue de la ciudad de su infancia para ella siempre igualmente nociva, a fin de ir a Viena, ya con todos sus poemas en la cabeza... una chica sola con su pequeño bolso, todas las ilusiones de la rebeldía, de la fugitiva, de la que no sólo busca una salida, sino que la utiliza también, como yo... ir a Viena quiere decir salvarse por un tiempo brevísimo, lo que significa que quien huye a Viena ha de volver a irse de Viena lo antes posible, porque, si no vuelve la espalda lo antes posible a esa ciudad totalmente brutal y degenerada, perecerá. María lo comprendió pronto, yo también».

Tomo el Hölleweg hacia el lago. Sin que broten en mis ojos las lágrimas, un cordel de angustia oprime mi garganta, mientras pienso en los años transcurridos desde mi infancia hasta el viaje que ahora, a mi pesar, he realizado, ya el amor perdido, el pasado que no voy a reencontrar. No es indiferencia, rencor, sino odio lo que siento por la manera en que asesinaron mi juventud, los cuentos y libros que me apasionaban, mis ansias de vida y notoriedad ahora que de mi memoria también busco extinguir los «éxitos» que creí me acompañaban cuando a mí se referían públicamente o en privado, cuando me agasajaban, buscaban los hombres mi cuerpo joven y deseado, me reunía con los triunfadores de la literatura o de la

política, los famosos de la música, el cine, todos ellos se borran ahora en estos paisajes apenas reconocibles, como si la melancolía de lo perdido, el tiempo desaparecido, aquel en que habitaban la ilusión y la inocencia, se diluyeran tal como ocurre con las pastillas que ingerimos disueltas en un vaso de agua para calmar el dolor. Mi conciencia vomita los falsos oropeles, lo más sombrío del tiempo de representación que siguió al de la tormenta de risas, de rosas, de palabras poéticas y caricias sublimes, el tiempo en que mi rostro y mis poemas llenaban portadas de las revistas que consumían quienes se servían de ellas para dar pábulo a sus maliciosas conversaciones y alimentar el ocio de sus vidas, incluso quienes se habían acostado conmigo -tal vez yo lo hiciera pensando que aquello que era necesidad podía convertirse en amor que paliara los estragos producidos por el auténtico y perdido amor-, que no dudaban en describir cuál era mi comportamiento en la cama o en la vida, así, tras desnudarme físicamente, buscaban estúpidamente -les faltaba inteligencia y sensibilidad para conseguirlo- desnudarme moral e intelectualmente, hombres acostumbrados a mujeres esclavas o de alguna forma sometidas. Tenía que huir. Pero en realidad había comenzado a huir en 1938, aquel día en que las tropas de Hitler -cuántas veces se lo diría a sí misma, cuántos de sus sueños bajo distintas interpretaciones y escenarios lo tuvieron por protagonista- me paralizaron en las calles de Klagenfurt contemplando su desfile. La conciencia del exilio, ¿piensan acaso quienes no lo han vivido en el desgarró que provoca, los traumas que crea en el exiliado?, como ocurrió con él, que portaba en su sensibilidad todos los exilios posibles, reales o imaginarios, los había tatuado en su pensamiento con la misma tinta indeleble con la que marcaban los brazos con el número de identificación a los presos de los campos, con la marca que oficiaba otra de las fronteras infranqueables que impedían llegáramos a entendernos y compenetrarnos plenamente, vivir en plenitud más allá del sexo que nos unía, del lenguaje que buscábamos. El exilio le había perseguido a él, e incluso después de muerto continuó persiguiéndome a mí. ¿Por qué exiliamos nuestro amor también, nuestras relaciones y la soledad que pasó a envolvernos, sobre todo por qué exiliamos nuestro propio y mutuo exilio? ¿Ha de ser siempre así entre dos seres humanos cuando ninguno de los dos acepta someterse al otro o transige con leyes religiosas o convenciones sociales heredadas desde el patriarcado? Convivencia como camino de destrucción, decías, Paul. Yo creía, sin embargo, en el milagro si conseguíamos aislarnos de todas las gentes, ruidos, historias pasadas o presentes, y solos y libres alcanzábamos nuestra isla bienaventurada cuyo lenguaje no podría ser destrozado por el mundo. Ese es el misterio, Paul, desierto y agua y todo lo que es misterio. Sin sendas que nos socaven de nuestro propio, íntimo,

insondable laberinto.

Sé que no regresaré nunca más a Austria o Alemania. No quiero saber nada de sus banderas, gentes, proyectos, todo en ellas resulta perverso y criminal, tan pesado y plomizo como sus industrias, fábricas, granjas, mataderos, carnicerías, destilerías y campos de lúpulo, convivencia con familias habituadas a conversaciones vulgares, rutinarias, ciudades que oprimen el espíritu, hombres y mujeres grises, en el campo, en el taller o en las salas de la ópera, vestidos con pajaritas o monos azules, aplaudiendo y enronqueciendo con apasionados bravos o lanzando esputos de agria cerveza, masas congregadas en espectáculos deportivos, religiosos, folclóricos, patrióticos, herederos de un espíritu salvaje y primitivo que llaman heroico, fieles servidores del encadenamiento del trabajo y la oración al dinero, prefiero engañarme en Italia, donde no me reconocen y camino por calles que todavía creo ver con sonrisas, paliando mis crisis y mis traumas con escapadas salvajes puestas al servicio del goce más que del sacrificio que ya me imponen en las caídas y reclusiones en las clínicas donde me internan, nadie allí busca mi nombre ni mi origen, dejar perder mi mirada en el sol o en el abotargamiento de no hacer nada, beber, fumar, comprarme ropa y zapatos para que Thomas se ría a mi lado y guste de acompañar mi a veces estrafalaria figura, lugares elegantes donde nos reímos de la vida y de la muerte, puedo escuchar las voces y las carcajadas, incluso estridentes discusiones de personas a las que no conozco, en los ruidosos cafés o en los pretils que rodean las fuentes de las plazas públicas o sentadas en los bancos de los parques, hasta cuando parecen violentas y amenazadoras no son sino figurantes de una comedia que no desemboca trágicamente, como si para ellas la vida fuese un gran teatro del que son actores y careciera de guión y dirección alguna, y también buscar el silencio de las iglesias que constituyen nobles piedras de historias extinguidas, o las sombras reflejándose en las sombras proyectadas por viejos palacios ahora deshabitados.

No conservas fotos de ese pasado que gravita todavía en mi conciencia, que me llena de dudas y desesperanzas, que me agobia con sus salvajes pesadillas contadas por las personas que sufrieron la guerra o los campos de exterminio. Mi tierra, no una nación, sino una casa que se extingue, la que desde los doce años me provocó náuseas, no es capaz siquiera de amar y cuidar su hermosa naturaleza, y sus habitantes ni la ven ni la sienten ni quieren entenderla, para ellos es sólo una fuerza productiva, algo capaz de ser explotado, que sirve a sus fines utilitarios, el dinero, los bancos, los seguros, ellos solamente piensan y se preocupan por el trabajo, si tienes trabajo lo tienes todo, el trabajo es la vida, existimos para trabajar, el sacrificio es ley de vida y ley de trabajo, y este es lo único que nos justifica y garantiza nuestro

ser y existir, el trabajo es el auténtico ente del pensamiento y de la historia, por lo demás respetamos las normas impuestas por una puritana y mendaz educación, somos comedidos en nuestras relaciones hasta para el sexo, siempre que no se haga por dinero o por la violencia, entonces damos rienda suelta a nuestros instintos más primarios y deseos reprimidos, todo parece regulado y legislado, el gran Dios y su aliado el dinero nos gobiernan y nosotros nos convertimos en obedientes burócratas, de ahí nuestro odio y persecución a quienes a esta norma de conducta anteponen la de su independencia y el culto a la libertad, pero no es de ahora este sentimiento mío, siempre rechacé el país en que naciera. Por su historia, por sus gentes, por las palabras que se escuchan en cualquier parte. Adoraba a ese puñado de escritores y artistas que escapaban de él gracias a su creación e independencia universalizando su lenguaje, su música, sus obras imaginativas y críticas, pero, cuando comprendí que intentaban integrarme con su utilización farisaica y mendaz, se me volvió insoportable. Tendré que dejar de amar algunos de sus paisajes, los que todavía no han sido hollados y destruidos por sus instructores y los cazadores o las masas, y sirven para refugiarme en ellos, ¿quedan algunos?, ¿o todo ha sido ya engullido por lo que se denomina progreso? Te pregunto, Paul, en el no diálogo que impusiste, ¿quién puede explicarnos las razones que tornaron imposible las relaciones del hombre y la mujer en la convivencia intelectual, la continuidad a través de ellas del amor sensual, tienen que ir siempre unidos el amor y el rechazo, el placer sexual y la contienda emocional e intelectual?

Bosques umbríos acariciados por luces otoñales, invernales noches profundas acuchillando espesas selvas, abiertas cañadas por las que discurren aguas de ríos que se abren paso sorteando u horadando rocas abismales, prados en los que relampaguean árboles vestidos de tonos y colores brillantes, fosforescencias ávidas de besos y amapolas. Mis ojos se oscurecen. La memoria va envolviéndose en tinieblas. Se alejan las estrellas de mi mirada, tengo miedo de que estas imágenes desaparezcan de mis sueños. ¿Has existido tú, Paul, yo misma, estuvimos juntos alguna vez?, si yo no puedo contar esta historia, ¿podría alguien acaso relatarla? La niebla envuelve los días pasados y no me atrevo a caminar más por esta tierra que abre ansiosa sus fauces buscando devorarme. Me dirigiré a algún pasaje más oculto, el desierto ajeno al agua, donde no me persiga la perversa ansiedad destructiva de los hombres que sólo buscan nuestros cuerpos o nos consideran adorno o mercancía. Un día dijiste a la princesa que se retirara a un convento, y yo contesté al jinete de la voz melodiosa y la mirada triste que arrastra inocentemente la locura pero que era el único habitante del estanque de nenúfares donde, si así lo deseaba,

ella podría relajarse, que había atravesado tierras y nubes buscándola pero que continuaba sin encontrar palabras con las que entenderme después de amarme, que no estaba loca, que era su amor el que me enloquecía. Reinaba el silencio por todas partes. Nadie podía escucharme ni existía lenguaje capaz de enternecerme. La nieve no cae ya del cielo para alfombrar la tierra y borrar los campos de amapolas, se posa directamente en nuestros corazones y sólo el calor del abrazo que ya no encontramos sería capaz de fundirla. Recuerdo tus palabras, Paul, aunque a mí ya no las dirijas: Malos tiempos vivimos, princesa extraña de los sueños imposibles. Y como si te tuviera a mi lado, aquí, ante las aguas del Glandfurt y no lejos de la torre donde los caballeros buscaban atraer al dragón que se alimentaba de las muchachas atrapadas en los alrededores de la ciudad, cuando andaban por los caminos que bordeaban el lago Wörthersee, me rebelo y grito: soy Inge, y creo recordar tus labios al pronunciar estas palabras, no me ha cegado la niebla con sus desgarradoras lamentos ni me han atado con enmohecidos garfios a las alturas de las almenas para ser una muesca más en el escudo que muestran los caballeros como señal de su dominio, Inge me llamabas, recuérdalo, no es una metáfora más de tu poesía, sino un ser humano capaz de verter sollozos y lágrimas, y tú provocaste con tu fuga de muerte mis modos de muerte, recuérdalo, recuérdalo, Paul, todavía te amo, cuando evoco los nombres que tú evocas me invade la tristeza porque ya me has incluido entre ellos, junto a Noemi, Ruth, Esther, Marianne, yace Inge, un fulgor de estrellas sin cuerpo ni corazón, sin inteligencia ni sexo, que camina por los desiertos cantando lo que escribió antes de morir, la comieron los otros lobos con los que llegó a acostarse o fugazmente convivió, pero siempre fue una extraña para todos, aunque la verdadera extraña sólo a ti te pertenecía.

Era el día de las ánimas de 1957. ¿Qué día es hoy, qué ánimas conmemoramos? Únicamente mi alma vaga errática y solitaria por este espacio sin agua ni horizonte alguno en el que la memoria recrea las palabras que me enviaste:

¿Qué he hecho yo?

Inseminar la noche, como si pudiera

haber más, y más noche que

esta.

Porque fue una, yo creía que interminable noche, Paul, y sin embargo la noche también se termina. ¿Qué hicimos Paul, que hicimos de nosotros, qué es la existencia?

Alma ve reunidos a Ingeborg y Paul en una sala blanca en la que, sobre el suelo, adosados a los azulejos blancos como los techos y las paredes, se encontraban oficiando de asientos dos tablones igualmente

blancos sobre los que descansaban sus dos cuerpos desnudos, lechosos, que tiritaban de frío. A través de los cristales de los altos ventanales a los que no se tenía acceso desde el pavimento se contemplaban tejados colmados de nieve, y de nieve también se encontraban cargadas las ramas de esbeltos árboles que los sobrepasaban con su altura.

Ingeborg hablaba en voz alta, suave, dulcemente, como si estuviera entonando una canción de cuna. Las clínicas existen para matar nuestra rebeldía. Pronto entrará él, quien dirige a las batas blancas que nos atienden, martirizan, el máximo responsable del infierno. Me han dicho quienes le recuerdan que, aunque carecía de nombre, le identifican por su rostro, gestos, palabras, que todo cambia para que todo pueda repetirse, que en los años cuarenta trabajó en Auschwitz hasta su liberación, que le vieron allí, en su enfermería particular, donde realizaba experimentos con deficientes y mujeres presas. Otros creen saber que después de 1945 se encontraba en Argentina, Brasil o España, un respetable ciudadano que por fin ha podido regresar a su patria para continuar en ella ejerciendo su profesión, son médicos eficientes y personas cumplidoras de su deber, su pasado se extinguió con la derrota y su memoria también. Él nos atiende en esta moderna prisión del alma, lleva mi proceso de desintoxicación, destrucción podría llamarse, en el caso de Paul será otro como él, es igual; induciéndonos a pensar que sólo podremos salir de este castigo y del dolor que padecemos quitándonos de en medio, el agua y el fuego son nuestros aliados. Paul sigue dando vueltas a su frustrada visita a Heidegger, grande entre los grandes para él, al que yo veo ya como otro silencioso y cínico follador de alumnas, pasivo y conformista receptor de honores y prebendas. Y continuaba Ingeborg: experimentos con deportados condenados al fuego, gran señor de la bata blanca. Secretos que ayudan a progresar a las ciencias. Es bueno para la Humanidad el exterminio de etnias indeseables, aunque nunca podamos llegar suficientemente lejos. Un mundo más limpio y puro. ¿Qué utilidad tiene alimentar a deformes o enfermos incurables que ningún servicio pueden prestar? La muerte inducida hace desaparecer los cuerpos inútiles. Pensaba Heidegger en el único ente necesario, el que es capaz de crear belleza -su pensamiento y belleza naturalmente, los demás son secuelas de un mundo que debe desaparecer-. ¿Ves? Extinción. Heidegger se adelantó a Bernhard aunque caminaran en direcciones diametralmente opuestas; el uno lo presentía y apostaba por su necesidad, para que se extinguiera la fealdad imponer la pureza de los elegidos; el otro se limitaba con pesar a analizarlo, silencio y exterminio, hacia ello caminamos, no necesitamos argumentar ni discutir nada, ellos conforman el poder, nosotros los vasallos, bebe, Ingeborg, este vino que no tendremos ocasión de volver a beber, bébelo y grita con carcajadas contra esa realidad y riéte más y más

fuerte de los grandes filósofos del laberinto oscuro, bebe conmigo, que no deseáramos ser extinguidos aunque sepamos que todo camina hacia la extinción. Paul lloraba ahora. Nunca ojos tan bellos, esquivos y amargos, derramaron lágrimas tan dulces y dolorosas al mismo tiempo. Ella no se atrevía a acercar sus labios a sus ojos, a bebérselos, también en este instante hubiese deseado devorarlo; si con el placer sexual llegaba el agotamiento, ahora el dolor causaba su extenuación, se asfixiaba; quiso tomar su mano pero él la rechazó, las lágrimas únicamente brotaban en el silencio y la soledad, era demasiado profunda la herida de la memoria para que Ingeborg pudiese compartirla. Heidegger, correcto, admirado, triunfador, les contemplaba sin expresión alguna en su mirada. Pronto entraría el gran doctor de la bata blanca a suministrarles su diaria dosis de veneno, todos se encontraban de nuevo en Auschwitz, un lugar al servicio de la ciencia, la producción industrial, modificado en sus formas de funcionamiento de acuerdo a procedimientos de progreso, eficiencia, en ninguna cátedra universitaria se hablaría del pasado de quienes allí trabajaban o se encontraban internados, nadie podría contemplar la figura de adolescente de ella agarrándose desesperadamente a las piernas de su madre mientras gritaban, voceaban, ululaban las voces y pasos marciales de los soldados ocupantes de las aceras en las que había jugado de niña. Imágenes de una naturaleza incendiada de sol. De un libro de firmas ocupando una pequeña y rústica mesa de madera a la puerta de la cabaña del bosque. Luz diáfana. Silencio sólo turbado en la pantalla de la muerte por los trinos de los pájaros, el viento, las ramas de los árboles por él mecidas. Día de paz en el que poco a poco se va difuminando, hasta su desaparición, el sanatorio. Belleza. Suprema filosofía. Celan sangra a través de la memoria. Ingeborg contempla cómo pasea al lado del filósofo, bebe vino, conversan, le dice: háblame de poesía, nada existe fuera de ella, yo quería que tú, yo no, no volveremos a vernos, es la única ocasión que te queda, por mí, hazlo por nosotros, adiós, te encuentras enfermo, ya muerto afortunadamente para ti, para todos, tu obra es lo que importa, lo demás es palabrería, pero no puedo marcharme así, nos enviaremos nuestros libros, el pasado nunca existió, créeme, la memoria no es de años, es de siglos, eso debe preocuparte, lo demás es vocinglerío. Ya pinchan sus brazos, ingiere las pastillas de seconal, nembutal, a puñados, bebe agua, se atraganta, necesita más dosis. Tenemos que ver cuánto puede resistir, atan a la camilla sus piernas, sus brazos, tapan sus bocas, se vuelcan sobre ella, acallemos el dolor, sonrío el doctor de la bata blanca, rubias, limpias, sangre de raza pura, embutidas en sus níveos uniformes, las enfermeras vierten ácidos cortantes sobre su rostro, negros bichos se aposentan en su carne, con sus ofídicas bocas succionan sus pezones,

otras bocas peludas chupan sus labios, respiración extinguida, muros, losas, las bancadas se han enrojecido, todo se vuelve de color púrpura, déjame estar contigo, dice Ingeborg, déjame estar conmigo, responde él, queremos estar solos, solos, solos, Paul, carezco ya de sexo, me lo han arrancado, pero tú estabas ausente, por eso no queda nada, ya sólo siento odio y asco por todo, mi país, el lenguaje que me acecha, los tratamientos que recibo, las palabras con las que buscan calmarme, ¿sabes que digo a todos los que no quieren escucharme?, ¿quieren que sea sincera?, ¿qué deseo?, así lo escribo

Un miembro erecto que se sienta a gusto en mi boca, el deseo es interminable, en tu pecho he leído la misa, en tus ojos me he transfigurado en una paloma, tan sólo entré volando, la hostia fue un miembro tieso

¿por qué luchó contra la muerte?, ¿por qué no puedo explotar mi odio, qué es hoy día el lenguaje, sea el nuestro o el de otros, el inglés, el español, el chino o el árabe, sino plomo derretido que se inyecta en las conciencias para dormir y aplanar los espíritus...? Arsénico, ácidos, latium, amor como desengaño, destrucción, muerte cuando ya no vive quien deseaba vivir, vuelvo a escribir en la agonía, los bichos negros se arrastran alrededor de mi pluma, ni hijos, ni amante, ni radio, ni teléfono, como insecto agazapado en una grieta de esta planta de Berlín contemplándome con sus hilillos de dientes entrechocados, ya soy víctima del terror y la gangrena envuelta por la indefensión y la soledad, y lo que es peor, Paul, pensando en ti, porque

*Le tengo miedo al amor que
con la intención más cruel, me has infundido tú.
Como ya no vivo en ti,
y ya estoy muerta, ¿dónde estoy?*

Y contemplo las rejas que me encierran en el lugar donde todo parece haberse programado para exterminarme lentamente, obedezco y realizo una de mis comidas diarias, hago mis necesidades con disciplina, a poder ser a la misma hora, busco cómo hacer frente a los gastos que esta prisión no declarada me ocasiona, y duermo cuando vosotros conseguís llevarme al sueño para que así transcurran los días, las semanas o los meses y vaya extinguiéndome lo más delicadamente posible.

Todos los nombres, todos los nombres

quemados a la par, tanta ceniza para bendecir

El treinta de enero de 1967 Paul Celan intentó por segunda y última vez, en nuevo ataque de locura, matar a Gisèle. Cinco días antes, invitado a unas conferencias en el Instituto Goethe de París, se había encontrado con la presencia de Claire Goll en el acto. Demudado, sin dirigir la palabra a nadie, abandonó precipitadamente el local. Los días siguientes apenas se atrevía a salir de casa. Esa noche discutió con su mujer por un tema reiterativo. A Paul no le gustó el color del pañuelo que anudaba en su garganta y exigió que se lo quitara. Ante su negativa hizo ademán de estrangularla. Gisèle comenzó a gritar escapando de su lado. Celan tomó un pisapapeles que había en su mesa hundiéndolo en su pecho, en el pulmón izquierdo, cerca del corazón. Es la propia Gisèle, entre lágrimas y voces demandando auxilio, quien consigue que lo trasladen al hospital. Le operan de urgencia y, al reponerse, le internan en una clínica psiquiátrica, donde, con esporádicas salidas autorizadas por los responsables médicos que lo tratan, permanecerá hasta el diecisiete de octubre. El veintiséis de abril Gisèle ha pedido, obteniéndola, la separación matrimonial y marcha a vivir con Eric a otro domicilio.

El seis de junio se celebra en París una manifestación de apoyo a Israel. Celan, que se encuentra de permiso, se incorpora a ella. Es en la plaza de la Concordia. En su diario agenda escribe sucintamente:

Para que Israel viva.

Y compone un poema de apoyo al Estado judío.

El treinta de julio Celan envía desde Frankfurt una nota -última que le escribe- a Bachmann agradeciéndole su recomendación a la editorial Piper y le pide que le conteste con unas líneas. Con frialdad, le desea suerte y se despide «afectuosamente». Será el fin de las palabras. Habían transcurrido cuatro años desde su anterior carta, en la que le anunciaba un nuevo libro de poemas, *Documento de una crisis*.

1967 es el año de *Cambio de aliento*. Y también es el año en que el veinticinco de julio se encuentran por primera vez Celan y Heidegger.

Ignoro, Alma, si podré ayudarte a tratar este tema. Nos enfrentamos a otra de las grandes contradicciones de Celan y al hombre más oscuro, de vida más encriptada, por usar palabras de ellos, de los que vivieron en la Alemania que culminó en el nazismo. Desconozco cómo podrás tratarle al intentar ahondar en el factor humano cuando no se pretende realizar una tesis doctoral o un estudio más o menos hagiográfico del consagrado según las teorías o cánones establecidos en el pensamiento y la cultura. Los datos que yo puedo

aportarte, recogidos no sólo de libros sino a través de breves conversaciones con gentes de su época, son únicamente eso, datos. Pero el alma humana, el compromiso en la vida familiar, social, cotidiana o política, los sentimientos, las preguntas incontestadas, las certezas que pueden ser equívocas y las angustias, no se explican a través de datos. Y él, y los otros, ya no existen. ¿Qué podrás reconstruir? También parece imposible hablar, escribir de Celan, o de Bachmann, sin tener en cuenta, tanto para la importancia de su literatura como de sus vidas, la existencia de hombres como Heidegger; para comprender su lenguaje poético, pero igualmente para encarnar el misterio, como ves todo es misterio en esta historia, una de las más profundas sombras que lo conforman, que culmina con el suicidio de Celan apenas unos días, veintitrés exactamente, después del último encuentro-desencuentro que con Heidegger tuvo en Alemania. Los dos argumentaron la necesidad que tenían de aislarse, de cómo el lenguaje ha de devorar toda la hojarasca que lo abrasaba, del valor del silencio. Celan se encontró impotente para arrancarle del silencio en que se sumió el filósofo respecto al hitlerismo que tanto obsesionaba al poeta, aunque compartía bastantes de sus pensamientos y reflexiones, sin conseguir que devolviera a su razonamiento la ética y crítica -arrepentimiento en suma por su pasado- que a él le atormentaban en su memoria. Pienso que fue uno más de los motivos que le condujeron en París a buscar el silencio definitivo cuando, sin duda tras largas horas y días de angustiosa meditación y zozobra, se arrojó a las aguas del Sena. Entre los caminos del laberinto para seguir al poeta judío cuya única patria es la palabra, considero que Heidegger es uno de los senderos necesarios por el que debes internarte, aunque has de escuchar también su silencio, cuánto quiso ocultar con él. Es lo que puedo decirte. Y si acaso, por la importancia que tiene para tu escrito y para la propia Ingeborg Bachmann, añadirte la opinión de Thomas Bernhard sobre él: «Heidegger era un charlatán del mercado filosófico que sólo llevaba al mercado género robado, era y es el prototipo del repensador, al que le faltaba todo para pensar por sí mismo. El método heideggeriano consistía en hacer de grandes pensamientos ajenos, con la mayor falta de escrúpulos, pequeños pensamientos propios... Heidegger es el filósofo en zapatillas y gorro de dormir de los alemanes, nada más».

En octubre de 1954 Celan había comprado el libro de Heidegger *Introducción a la filosofía*. Eran sus lecciones impartidas en 1935 y en ellas reclamaba «la verdad intrínseca y la grandeza del nacionalsocialismo, a saber, el encuentro de la técnica de vocación planetaria y el hombre moderno». Celan subrayó esta afirmación. Ya en 1956 Heidegger le enviaba sus libros a Celan. En la biblioteca del poeta encontramos muchos de ellos subrayados junto a volúmenes

abundantes de botánica cuyos términos recitaba Celan en cuatro idiomas. Entre las palabras o frases marcadas figuraban las que pronunciara Heidegger como rector de la Universidad de Friburgo el diez de mayo de 1933 a sus alumnos, que seguro conoces, tras ascender Hitler al poder: «Queremos ser nosotros mismos. Pues la fuerza joven y naciente del pueblo, que ya está pasando sobre nosotros, ya ha decidido.» Y les habló del esplendor y la grandeza de esta puesta en marcha. Y de «la íntima verdad y grandeza del nacionalismo». Porta la cruz gamada en la solapa de su chaqueta. Firma sus cartas con el ritual «Heil Hitler» y obliga a sus alumnos a realizar el saludo nazi. Cuando Ingeborg plantea a Celan la petición que les han hecho para escribir un texto de homenaje a Heidegger en agosto de 1959, en su carta insiste en que por su parte no ha cambiado su postura sobre quien fuera su profesor y realizó su tesis doctoral, que no aceptaba discutir sus errores políticos solamente, pues consideraba que repercutían en su pensamiento y en su obra, y que, pese a la importancia en diversos aspectos de la misma, seguía manteniendo una posición crítica sobre la persona y el pensador. Algo que no venía de ahora. Cuando contaba solamente veintidós años de edad y escribió su tesis sobre el filósofo, pensaba, con esa soberbia y atrevimiento que se da casi exclusivamente en la juventud, que su misión era destruir el mito y la importancia alcanzada por aquel hombre. Y pese a que esos papeles se encontraban guardados en una biblioteca, Heidegger, no sabía por qué conducto, sí los había leído. Por eso no dejó de extrañarle que, al cumplir setenta años y proyectar el libro que le homenajeara, se dirigiera a la editorial pidiendo que Celan, y sobre todo ella, colaboraran con un poema en él. Pero Bachmann no podía aceptar porque continuaba considerando irracional el pensamiento del filósofo. Celan, en su contestación de cinco días más tarde, le hace ver que sería el último en mirar para otro lado respecto a las palabras pronunciadas como rector de la Universidad de Friburgo, pero que ahora, analizando la situación que él atravesaba respecto a determinados escritores considerados antinazis como Böll y Andersch, piensa en el silencio y la aflicción que deben conturbar la vida de Heidegger por aquel error, y al tiempo en la comodidad y en el lucro que rodean a quienes sólo en privado manifiestan su antinazismo pero critican al tiempo obras como la suya, en el fondo porque también es judío. No enviaré, pese a todo, texto alguno para el libro que va a reconocer y glosar la grandeza de Heidegger, porque continúa pensando en la necesidad de una rectificación del filósofo, en el impacto y la grandeza que alcanzaría con ella el hombre al que él sí admira por sus textos sobre la poesía y el lenguaje, la interpretación poética y otras consideraciones de su pensamiento.

Veinticuatro de julio de 1967. Celan ofrece una lectura de sus poemas en Friburgo de Brisgovia. Más de un millar de personas acuden a escucharle. No realiza comentarios a los poemas que lee. Entre el público se encuentra Heidegger. Fue, sin duda, el recital que tuvo más éxito de cuantos ofreció a lo largo de su vida, en el que concitó interminables aplausos, hasta el punto de que, como si se tratara de un concierto interpretado por el más virtuoso violinista, tuvo que saludar y ejecutar un bis durante quince minutos extra.

Diez de mayo de 1933. Quema de libros en todas las universidades alemanas. Heidegger ya es miembro del partido que las organiza y ejecuta. Celan, cuando pronuncie en Bremen el veintisiete de marzo de 1958 un discurso con motivo del premio literario que le han concedido, dirá:

El paisaje del que yo vengo era -si se me permite contemplar este apunte biográfico con algo que surge ahora ante mis ojos desde muy lejos- un lugar en el que vivían hombres y libros.

Es la única referencia a la destrucción, por el fuego, de los hombres y los libros ejecutada por los nazis. En su memoria y en su creación también se aposentaban imágenes del nueve de noviembre de 1938. Un tren detenido en Berlín. Gritos. Apaleamientos. Pánico. Auschwitz. Fuga de muerte.

Observa, este caluroso día de julio en la sala abarrotada de estudiantes, profesores, escritores y profesionales de la cultura que escuchan sus poemas, a quienes le contemplan expectantes y siguen con dificultad sus palabras. Su mirada se detiene en el impenetrable rostro de Heidegger.

*Empezó de nuevo
allí, donde tienes que ir, el único
cristal exacto.*

Sostiene las páginas con sus poemas mecanografiados entre sus manos. Algo une a los dos, al filósofo, al poeta, ahora: la lengua, la poesía. Mas Celan duda quede la lengua enmudecida ante la memoria atormentada que tiene que ver con los poemas que con voz firme y melodiosa va leyendo. Con los poemas ha sobrevivido, en ellos encontró el único lugar donde poder habitar, la única patria que le acoge, la realidad a la que asirse.

Buscaba Heidegger en 1945 un lugar también que le acogiera, que le ofrendara razón de volver a ser, al haber sido destituido como docente. En el castillo de Wildenster, en los altos del Danubio, se refugia. La derrota alemana le insemna un creciente espanto ante las

represalias que los vencedores pueden ejercer sobre su vida. Le ayudan y acogen su viejo amigo, el arzobispo Gröben, y la posición social de su mujer, que, aun de ideología nazi, posee importantes recursos y conserva excelentes relaciones con la aristocracia influyente en los altos mandos de la ocupación aliada. Los franceses le confinan con libertad de movimientos. Heidegger, que siempre ha admirado la firmeza y fortaleza de los cristianos y su perdurabilidad, sólo busca ganar tiempo, consciente de que no tardará en ser restituido a la universidad y mantener su posición intelectual entre vencedores y vencidos. Considera, además, que es antinatural la actual alianza y composición de fuerzas, y que no tardarán los países occidentales en unirse para combatir al auténtico enemigo de todos ellos: el comunismo.

Celan continúa leyendo, ante la atenta mirada del filósofo:

*Todo es distinto de como tú piensas, de como yo pienso,
la bandera flamea todavía,
los pequeños secretos están todavía lúcidos,
arrojan todavía sombras, de eso
vives tú, vivo yo, vivimos.*

Heidegger se estremece. Sus ojos se nublan. ¿De quién habla Celan? ¿A quién se refiere?

El poema no es intemporal. Plantea exigencia de infinito, trata de abrirse paso a través del tiempo -a través, no por encima-. Celan ha detenido la lectura. Cuando la reanuda, cambia de tema. Ahora es el amor perdido el que trasciende su poética. Y el recuerdo de la joven Hannah Arendt, desnuda, esperándole en su despacho, se atraviesa en su garganta. También Ingeborg angustia la voz de Celan.. ¿Y los campos de exterminio, y ahora sí contempla a Heidegger, no plantean igualmente exigencias de infinito, como el amor? Continúa la lectura.

*Tierra adentro, hasta aquí
por el viento traída, la arenaria sopla
dibujos de arena sobre
el humo de los cantos de fuentes.
Una oreja, cercenada, escucha.
Un ojo, cortado en tiras,
aprecia todo esto en lo justo*

Los ojos de Celan apenas se levantan de los papeles depositados en la mesa. Recita más para sí mismo que para quienes le escuchan. Pero Heidegger, tenso, no deja de contemplarle, escucha como si a él fueran exclusivamente dirigidas sus palabras:

*Hablamos de lo que es demasiado
y demasiado poco.*

Ahora se está dirigiendo a otra poeta, judía como él, a Nelly Sachs. Mandelstam, Kafka, judíos y compañeros suyos, le rodean. No los nombra pero son los auténticos ocupantes de la sala. Para ellos, más que para Heidegger, pero también por otras razones especialmente para éste, encamina sus versos. Todos, salvo el filósofo, forman un círculo, entrelazadas sus manos. Heidegger se distancia. Aunque admira a Celan, no puede compartir estos poemas de *Cambio de aliento*, de *La rosa de nadie*. Le turban. Deja que termine:

*Todos los nombres, todos los nombres quemados al par,
tanta ceniza para bendecir.*

Celan no se fotografía, pese a que se lo piden, junto a Heidegger. Éste le invita a visitarle en su cabaña de la Selva Negra para que al contacto con la naturaleza se alivie la crisis que viene sufriendo el poeta, crisis agravada con el intento de asesinato de Gisèle en enero y su tentativa de suicidio. Celan le promete ir al día siguiente. Hablar con Heidegger: otro sueño que pronto se romperá, desaparecerá como cuantos alentaba para sobrevivir en los restos de una vida que se va extinguiendo.

Allí donde Heidegger empieza a filosofar, Wittgenstein lo deja, escribe Bachmann, que añade cómo esa filosofía no puede aportar nada a la solución de nuestros problemas vitales. Los cimientos del lenguaje. Déjame que, como ella, insista: la filosofía ha de cumplir una paradójica tarea, la de suprimir la filosofía. Y tal vez Celan, no sé si lo pensó o era capaz de planteárselo, lo que intentaba pedir a Heidegger en 1967 era que destruyera al Heidegger de 1933. Pensando en el lado humano que buscas siempre a la hora de desarrollar la historia de estas personas, todos son personas, en sus grandezas y en sus miserias, a la hora de hablar de uno de los intocables para quienes nunca los consideran con esa envoltura y piensan que son solamente espíritu, me hubiera gustado para transcribírtelos conocer algunos de los datos sobre la infancia de Heidegger, la rigidez seguramente impuesta en su vida anterior a la que sí fue reseñada, por su padre, tonelero y sacristán. Seguro que Freud le hubiese sacado partido. Dignos de analizar serían no solamente sus escritos sino la totalidad de su existencia, y en ella se incluyen, a la par que sus concepciones ideológicas y sus compromisos vitales con la realidad que le circunda, su vida amorosa y sexual, sus condicionamientos políticos, sus plegamientos al poder y sus acomodaciones a los prejuicios sociales, su oportunismo en todas sus relaciones humanas. Tampoco he podido indagar y conocer la trascendencia que en él alcanzaron sus estudios

de teología y sus relaciones con los grandes jerarcas eclesiásticos. Y en cuanto a uno de sus axiomas, «el problema de la filosofía no es la verdad sino el lenguaje», creo que lo define mejor que cientos de páginas por él escritas. La verdad no importa ni existe para él, pero sí puede manejarla a su antojo e intentar imponer a todos «su» verdad, y el lenguaje sabemos que es otra de las grandes prostitutas de la historia, como el oro, se utiliza como embaucador de voluntades para provecho propio. Que creadores como Celan o Herbert Marcuse fracasaran en su intento de arrancarle una retractación pública o privada por su apoyo al NSDAP es reflejo de aquella alquimia filológica-filosófica consecuencia de su propia debilidad.

La esperanza de una palabra que advenga en el corazón

Un día después de la lectura en Friburgo, el veinticinco de julio de 1967, Celan viajó a la cabaña de Todtnauberg, tosco refugio construido con maderas en un talud de la Selva Negra, donde vive Heidegger. Al poeta, aquel refugio, la ropa de arpillera y los rústicos zapatos que viste y calza el filósofo, le recuerdan descripciones mitológicas de la literatura y música más germánicas que conforman la apología del nacionalismo excluyente, manifestaciones patrióticas que le desagradan y desprecia. Mas junto a ello siente, respira, se sumerge en el más profundo, bello y emotivo lenguaje: el del silencio.

El sol acuchillaba las tinieblas del bosque que envolvían sus cuerpos, crujía la hojarasca bajo sus pies, relámpagos de luz iluminaban sus ojos buscadores de las cimas hacia las que caminaban, jugaban sus pasos a avanzar, retroceder, curvar entre los senderos por los que se internaban borrando segundo a segundo la realidad del mundo del que procedían. De pronto comenzaron a hablar los pájaros. Celan dijo: Cuando yo tenía dieciocho años de edad, escribí que más allá de las lágrimas era la palabra lo que alcanzaba el oído. Y eso pienso del lenguaje. El lenguaje puro, auténtico, como el que aquí emitimos o escuchamos, no el que se impone y desnaturaliza. Esa es la razón de ser de las palabras, su pureza. Llegan al oído y se convierten en pensamientos. La materia oscura no es la poesía, es la vida, la fuente y la estrella se abrazan para componer el libro de la esperanza, al fin el corazón escucha al pensamiento que ha nacido de las cenizas de la civilización extinguida, el misterio es el silencio, los dioses, el cielo y la tierra ya tienen su única cruz.

Heidegger: sus palabras. Expresando con sus gestos contenidos y andares firmes que la palabra, redentora del lenguaje poético, se imponía frente al lenguaje ensordecedor que ha encontrado en las máquinas y sus esclavos, los hombres, el culto de adoración a la velocidad y la propaganda: esa era su negación y su destino. Preciso parece que todo muera para que nosotros podamos vivir. Ser y tiempo. Silencio y soledad. Esa es mi vida.

Bebió Celan agua del pozo extraída con un cubo de madera en forma de estrella. Antes del paseo Heidegger había dicho: Nos perderemos para que al fin podamos encontrarnos en los caminos del bosque.

Recuerda cómo el día anterior le habían pedido a Celan que recitara una vez más el poema «Fuga de muerte», para Heidegger la unión de Bach, Wagner, Goethe y Heine acompañada por pausas, cantos, ritmos que partían de páginas del Génesis y llegaban a superponerse a la tragedia que motivara la composición del poema. En la exaltada lectura que realizaba Celan de esos versos, arrojando en determinados pasajes las palabras por su boca como si fueran ráfagas de ametralladora, creía encontrar Heidegger fragmentos de algunos de los discursos de Goebbels por él escuchados en los años treinta, y aunque considerara vacuos y carentes de significado los que brotaban en la voz del ministro propagandista del III Reich, esta plegaria de muerte, este ritmo a veces romántico, en ocasiones endiablado, otras erótico, y no faltaba lo patriótico, se lo recordaba, aunque les diferenciara la belleza de las palabras y la perfecta composición y locución de Celan frente a la tosquedad y simplismo del alemán. Y eso, más allá de la motivación del poema y del discurso, reconocía en él una obra maestra en la que el filósofo encontraba la exaltadora belleza de la obra de Celan, que la volvía intemporal, y así se diluía su crítica, su denuncia por cuanto significaba, para él terminaba careciendo de tiempo y lugar, se convertía en palabra pura, arrastraría hasta las más profundas oscuridades de la Tierra su ritmo, su expresión terminológica, como ocurría con el propio pensamiento, el de él mismo, sí, el de Heidegger. Así hablaba: ellos podrían salvar el mundo, no el de la memoria reciente, sino el que existió siempre, el ente carecía de ligaduras y dependencias fuera de sí mismo, bastaba con cuidar, preservar el lenguaje, transformarlo en ilegible para los seres inferiores.

En Friburgo, Heidegger dejó pronto de preocuparse por interpretar lo que continuaba escuchando a través de la lectura realizada por Celan: viajaba al compás de su voz suave, melodiosa, precisa, recomponiendo sonidos e imágenes tantas veces escuchadas o imaginadas en obras como *La Muerte y la doncella* o las cantatas de Bach, en su mente se mezclaban las notas de los violines que arañaban

sus cuerdas en el último cuarteto compuesto por Beethoven. Nadie parecía interesado en comprender -es en lo que ahora pensaba mientras caminaba parsimoniosamente al lado del hombre que vivía por y para la poesía- cómo lenguaje y estética se habían maridado, fundido en un todo indisoluble como consecuencia del desarrollo equivocado de la civilización, el arte y la cultura se dejaron envolver no por el pensamiento sino por la técnica, por eso el estruendo estalló en todos los rincones de la patria, su gran patria alemana, y no llevado por un grupo de hombres privilegiados, sino por las masas que pasaban del hambre y la caverna a los edificios burgueses y a caminos creados no para ellos sino para los automóviles y los aviones, que los esqueletos transformaran su carne en metal y les moviesen ruedas en vez de pensamientos -así hablaba Heidegger- el pasado no había desaparecido porque cesaran las actividades de unos y otros contendientes cuando en el fondo eran los mismos con idénticas ambiciones y espurios fines, el pasado regresaba con más fuerza en el presente. Así le hablaba Heidegger a Celan, heredero de Hölderlin que habitaba en la misma isla en que ellos sobrevivían frente al vocerío que destruía el mundo. Y aunque después callara, aunque caminasen sin pronunciar palabras largo tiempo, ellos se comunicaban en el silencio profundo de las sendas del bosque, lejos de los trajes de diseño confeccionados ahora para cuerpos que eran de metal, fuesen militares, banqueros, eclesiásticos, políticos, jueces, barrenderos o artistas, como fabricaban igualmente banderas de distintos colores, signos, dibujos y emblemas colgadas en los mástiles de los edificios oficiales, y daba igual que representasen cruces gamadas, cruces ortodoxas, cristianas, árabes o imperiales, cruces y medallas al fin, chatarra de hierro u oro para suplir las palabras, botas sonoras, correajes relucientes, gorras, sombreros de copa o paja, camisas immaculadas, trajes de faena o de noche, y todo envuelto por el zumbido de radios, televisiones, periódicos, masas embrutecidas cada vez más salvajes, tertulias, fiestas, conciertos al aire libre o en discotecas cerradas, palabrería hueca en terrazas de bares o parques públicos, estruendo al fin, se había consumado el fin del pensamiento y florecía la publicidad unificadora de gustos, no era ya un maestro alemán el dueño del humo que ascendía hacia el cielo, era una preciosa mujer o un apuesto varón diseñado para esos menesteres quienes transmitían el mensaje único que el pueblo debía consumir, ellos no, a mi lado se encuentra el Creador, Celan, te llevaré a la tierra de lo puro, el origen y el futuro, la isla de Hölderlin, porque tú, su heredero, eres ahora el dueño del lenguaje, y él, Heidegger, el del pensamiento, aúllan los gritos, los cánticos, las palmas, los motores de los aviones, las ruedas de los tanques, las sirenas de los barcos, las bocinas de los coches, aúllan el asfalto, las gargantas, los pies, los

tabiques nasales, las bocas, los muros y balcones de los edificios, las fuentes públicas, la gran selva se ha puesto en marcha y se desboca, ocupa todos los caminos y ciudades del mundo, a la cabaña, a la cabaña, regresemos a nuestra isla, la cabaña. Celan: Pero por qué, por qué sobre la ropa de la que al llegar aquí te despojaste para regresar a tus orígenes no arrojaste también la muerte traída por palabras del acontecimiento; si buscabas nueva angostura, era preciso desprenderse de las cenizas viejas. Y, por cierto, ¿qué mujeres escucharán ahora tus palabras, recibirán tus secretas caricias, dónde buscarás y encontrarás el consuelo que te embriague y enloquezca, qué ha sido de todo lo que tomaste para dejar después abandonado?, ¿o es que te dejaron a ti?, la mujer es receptiva de nuestra fuerza, sí, ha de aceptar desempeñar el papel que nosotros le otorgamos para que de inmediato podamos regresar a nuestro ser, pensar, escribir, y que allí ella no pretenda encontrarnos o sustituirnos, y, si lo pretende, pasó contigo, pasó conmigo, por eso ellas no podían equipararse a Ruth, Noemí, Miriam, siempre serían las extrañas aunque su fuerza sensual nos enloqueciera, también de ti huyó de entre tus amantes la más joven e inteligente, pero ahora, insisto, en la soledad de la cabaña no se apodera de ti la añoranza cuando eres consciente de que ninguna luz puedes dejar encendida en el despacho que ya no existe para que acuda a otorgarte no sólo sus favores sino su comprensión y diálogo, como yo tampoco puedo volver a buscar una lámpara con ella, ella, dime, una de las jóvenes que te ayudaban a vivir en el eros que conformaba -decías- la necesaria fuerza primitiva de lo creativo, lo que pese a todas tus reflexiones y principios discursivos no has liberado de ti. Y si la pasión ha sido un componente de tu vida, también de la mía, y así lo he manifestado en cartas personales, tú preferiste acogerte a un discreto silencio aunque no hayas roto los vínculos con ella, como nunca llegaste a romper, mientras existió, los vínculos con el partido, y todo de una forma siempre oscura, está bien la soledad, pero en mi acercamiento a ti continuaba vigente la sombra de tu silencio en aquello que tal vez, en una ocasión al menos, debías haber roto, vine aquí para pedírtelo y todavía conservo la esperanza de que el pensador nos dé la palabra que venimos demandándole. Porque esa palabra que se deposita en alguna parte es tu territorio, pero pienso ha de dirigirse a quienes todavía contemplamos estrellas esperando el mensaje.

Aquel veinticinco de julio de 1967 Celan llenó de nombres su encuentro con Heidegger en el refugio que los aislaba. El martagón, el ruiponce, el clavel, los caminos que callan, las piedras que callan, los árboles que callan, la estrella que le contempla desde el cielo, el alerce que le habla cuando el viento mueve sus hojas. Escribió, al tiempo que se preguntaba por los nombres de las personas que lo hicieron antes

de él, las palabras en el cuaderno destinado a los visitantes:

En el libro de la cabaña, los ojos hacia la Estrella del pozo con el corazón, la esperanza de una palabra que advenga al corazón.

Hubo palabras, no las buscadas. Y hubo más silencio del esperado. Plantas y animales sí fueron temas de conversación. Hechos, no. Filosofía francesa, no alemana. La palabra, una sola, catártica, imprescindible, no llegó a pronunciarse. En algún momento Celan expresó en voz alta, consciente de que Heidegger le oía sin escucharle, que no se podía hablar de justicia mientras el acorazado de guerra no se estrellara contra la frente de uno solo de los ahogados, y que los árboles de cuyas ramas pendían los cuerpos de los ahorcados, ya habían dejado de ser árboles. También la poesía se encontraba enferma: en los cielos convertidos en abismos sin fondo donde yacían los seres humanos sólo quedaban mantos de cenizas, y de los poemas que utilizaran el lenguaje pervertido y falaz de las palabras igualmente enfermas de muerte también había desaparecido la poesía. Y ahora tú y yo nos encontramos aquí solos, sombras entre las sombras.

Heidegger continuaba a su lado, caminando. Alguien les seguía. Pero solamente Celan hablaba, ahora para sí mismo: qué es ser judío sino ser expatriado desde los orígenes del mundo, que nada posee, deambula de tierra en tierra sin que nadie le acoja, y todo cuanto tiene le ha sido pactado al principio, confiscado después. Sin nombre, sin que se le escuche, consciente de que el que le oye no le oye, que habita en el silencio de la montaña donde camina en busca de quien no encuentra, donde se pierde hasta que se atora, confunde y perece cuando se adentra en el reino que habitan los charlatanes.

Entonces Heidegger habló, y dijo: Charlatanes. ¿Qué importan los judíos? Recuerda: la esencia de la poesía se encuentra inserta entre dos leyes, distendientes en sus opuestos sentidos: «las señales que nos transmiten los dioses y la voz del pueblo».

Ya en el coche que conducía el poeta y profesor de la Universidad de Friburgo Gerhard Neumann, el hombre que le había llevado a la cabaña como escribiera Celan en su poema «Todtnauberg», *el que nos conduce, el hombre que nos oye también*, presintiendo que se acercaba el final de su visita, Celan planteó a Heidegger la necesidad, ante el resurgimiento del nazismo, de que hiciera públicas unas palabras de condena al mismo. Su autoridad y prestigio contribuirían a desmontar igualmente las campañas vertidas sobre el propio Celan como poeta judío. Heidegger no le respondió, continuó encriptado en el silencio que nunca rompió sobre este tema. En carta a su mujer, una vez regresara, Celan le confesaba el dos de agosto:

*Espero que Heidegger coja su pluma y escriba algunas páginas,
haciéndose eco y también como advertencia.*

Caminaban, caminaban en silencio Celan y Heidegger por aquellos senderos abiertos a los bosques de la Selva Negra. Crujían las ramas desmochadas bajo sus pies. Sorprendían los ojos de algunas ardillas contemplándoles desde los árboles donde se guarecían. Anclado el sol en el cielo se cubría de azul y el sudor comenzó a correr por sus frentes:

*Árnica, bálsamo de los ojos,
estrago en el pozo del agua
con el balde de estrellas encima
en la
cabaña.*

Todo es selva. Todo es vacío humano. Palabras las del poeta. Contemplaciones sobre el hombre que habla las de Heidegger. ¿Cuántos años lleva Celan viajando a la cabaña con su imaginación, esperando se haga luz en su escabroso caminar? Pero Heidegger no parece dispuesto a conocer, con su historia encerrada, al caminante. Él no ama a los hombres. Son imperfectos. También el poeta, pese a sus hermosos versos. No puede darle lo que le pide. Él enseña, no confiesa. Él también es el superhombre. El que tenga oídos, que escuche sus palabras, pero que no le demande aquellas que no quiere pronunciar. Celan escribe con su propia sangre, por eso quería reunirse con él. Que se negará «a decir la palabra». Ya ha superado el tiempo y el ser del hombre.

Celan continuaba hablando. Heidegger no parpadeaba, difícil interpretar si le escuchaba siquiera. Pero Celan perseveraba en su silencioso discurso: Yo sé, yo quiero preguntarte, pero tú no estás dispuesto a contestarme, dices que careces de respuestas, que las respuestas a esas preguntas no existen, que solamente se puede hablar a través del silencio y me conminas a que me una a tu silencio, mi diferencia contigo es que yo no he perdido la memoria, tú la enterraste el día en que abonaste la primera cuota del Partido Nacionalsocialista. A partir de esa fecha que hoy no deseas recordar y que te exime de una responsabilidad que te afecta exclusivamente a ti, mi angustia no se disipa, porque los interrogantes no respondidos permanecen incrustados en mi pensamiento. Cada vez que me enfrento al hueco que deja lo no escrito en tus textos o discursos, y no hablo ya de mi creación poética, sino de mi condición humana y mi relación contigo, se abre un abismo de desesperanza que se agranda con el tiempo, convirtiéndose en una sima inabordable para mí.

Por qué, por qué, otra formulación que vagaba en el no diálogo

acompañante de sus pasos por el bosque primero, en automóvil más tarde, silencio que no se rompería en la despedida. ¿Acaso alguien puede responderme a estas demandas?

Siempre he dicho que es necesario que el hombre muera para que el hombre nazca. Yo no soy un devoto de la técnica. Al contrario. Son los otros quienes malutilizándola, como la ciencia, empujan a la muerte del pensamiento. Hasta que todo se consuma por el fuego y de sus cenizas brote el nuevo hombre. Esa es certeza en la que habito, que encontrarás en mi cabaña, en mi forma de vida, en mi silencio, en mi huida del tiempo, en mi búsqueda del ser que se viene destruyendo día a día. Los trinos de los pájaros son más puros y auténticos como voces que las que puedas escuchar en cualquier ciudad del mundo. Quien habla hoy a nadie habla, porque no tiene nada que decir, y además no se puede hablar, si lo tuviera, a quien ya ni sabe ni quiere escuchar.

Pero ese por qué y para qué, insistía girando en torno a un alerce al que convirtió en centro, origen y destino del único camino que yo, solo, andaba, no atañe a los demás, es a mí, a mí únicamente a quien interesa, por eso yo tenía que conversar contigo en el gran silencio de la cabaña, porque yo no soy sólo yo, soy yo y mi memoria, y el testamento que me legas es sombrío, no se puede hablar a quien no sabe escuchar, es cierto, tampoco se puede buscar amor y comprensión en quien nunca se deseó amar, a quien se niega su propia existencia. La presencia, no mentada, de la herencia hebrea frente al pensamiento griego y su desarrollo en Alemania, caminos difícilmente encontrados por los que andan con palabras e historias antagónicas, silencios del poeta y del filósofo. En algún momento Heidegger escribió cómo el materialismo judaico, envuelto en un fanático teísmo militante y dominador, pretendió expandirse y envolver la cultura y el ser alemanes. Y entonces Celan recordó la carta que envió el siete de mayo de 1960 a Nelly Sachs:

Una vez me escribió usted que en Estocolmo y en París se extiende el meridiano del dolor. Tendré que hablar con usted de cosas dolorosas, querida Nelly Sachs: casi a diario cae sobre mí la infamia de las gentes. Y apenas hay alguien que entonces tome partido por mí. En realidad lo celebran. He escrito estas líneas. Por la mañana y después he dudado en enviárselas. No, se las envío, Nelly Sachs. No puedo ocultarle lo que es verdad, verdad en sí y por segunda vez verdad por las lágrimas que he llorado.

Aunque no le recitó el poema que añadía a esa misiva; conocía cómo Heidegger rechazaba toda su poesía que se fundamentara o refiriera al judaísmo:

Al abrevadero íbamos, Señor.

*Era sangre, sangre era,
lo que derramaste, Señor.*

Relucía.

Nos devolvía tu imagen a los ojos, Señor.

Ojos y bocas están tan abiertos y vacíos, Señor.

Hemos bebido, Señor.

La sangre y la imagen que estaba en la sangre, Señor.

Ruega, Señor.

Estamos cerca.

Lágrimas, plegarias, lamentaciones, debilidades para que se alegren los vocingleros, los depredadores del arte. No. Yo también fui acosado en 1945. No merece la pena defenderse. Aislarme. Eso es lo que nosotros teníamos que hacer. No escuchar. No hablar. No participar en el triunfante nihilismo y culto tecnocrático que se ha apoderado de Occidente, desarrollo que conlleva la decadencia del ser humano, y menos refugiarse en su condición de sumiso esclavo, nos encontramos por encima de ello y buscamos en el aislamiento cómo combatir, con nuestro pensamiento y lenguaje, la devastación a que se ve abocada la civilización destructora del ente. Las guerras y masacres derivadas de ello perseguían entre otros fines un proceso que interrumpiera la propagación de la gravísima enfermedad que corroía nuestros cimientos, el comunismo, se necesitaba crear un prehumanismo que recogiese lo mejor de la antigua cultura que desarrolló la historia, el pensamiento y la poesía, y ante esa fundamental batalla todo puede justificarse.

Celan pensaba: purificar el lenguaje nada tenía que ver con aquellas palabras, desnudar al ser, explicar el existir era la antítesis de la barbarie. Heidegger quería justificar su silencio.

allí, en el libro, ¿el nombre de quién está anotado antes del mío?

*allí, en este libro la línea escrita con una esperanza, hoy,
con la palabra del pensador que llegue al corazón.*

¿Esperanza? Esa es una palabra de vuestro credo y tradición engañosa, no encuentra acomodo en el pensamiento, es la palabra la que ha de dar vida al pensamiento, pero no contaminado por conceptos como los de fe o esperanza, ha de ser pura, y el consumo masivo de ella o la sumisión tecnológica, las dos, el rezo y la máquina, la adulteran, sea en la reflexión o en la poesía. El árnicia es amarilla como la estrella de los judíos concentrados y deportados. No advendrá la esperanza, la confesión, la resurrección, porque no existen.

¿No existen? Cuando uno cree exclusivamente en el monólogo,

nunca puede encontrarse con el otro. Tú jamás quisiste y te sigues negando a situarte en el lado de las víctimas. Y las víctimas existieron, continuamos existiendo. Y palidecía más el rostro de Celan. Las grandes catástrofes que hemos padecido nos impelen a regresar a lo humano con sus gritos no atajados, y nuestro pueblo, lo que de él resta, no hubiera sobrevivido sin la esperanza: el origen, la persona fuerte frente a la masa, vuestro poder impregnó del mal a la masa para aniquilarnos.

Insisto en el valor, también aquí, del silencio, pensaba Heidegger. La masa es la algarabía. El silencio es lo poético. Y ahí radica el que tú, el poeta, y yo, el pensador, habitemos. En esta noche viviente de estrellas como contrapunto a la hecatombe de los sonidos que las ocultan, sonidos de luces, gritos, mensajes publicitarios sean religiosos, políticos o comerciales, barahúnda asesina, sólo la palabra puede definirse a sí misma, no la histeria ni la fraseología, que si yo me dejara llevar por ella y pronunciara lo que tú u otros me demandan, me destruiría a mí mismo.

No es el silencio, es tu introversión como defensa ante la pureza del vocablo enclaustrado que limpie tu error.

Viviendo en la cabaña ya he hablado lo suficiente. Es el refugio de la poesía en que tú te sumerges. Solamente ella puede dilucidar ese camino que persigues y no lo impuro de quienes mantienen y muestran una y otra vez sus teatrales desvergüenzas con sus insanas o insinceras confesiones.

*Claro del bosque, sin aplanar
orquídeas y orquídeas, solas
lo crudo más tarde
durante el viaje
auto evidentemente
quien nos conduce, el hombre
él también a la escucha
los senderos a medio abrir
con palos en el pantano
humedad
bastante.*

Mirándose a los ojos. Contemplándose, dolidos, impotentes, resignados. Sonido del viento. Pezuñas de animales arrastrándose por las hojas secas. Ya se despiden. Caminan en dirección contraria. También calla quien del silencio sabe y ha de conducir a Celan a la estación de tren. En el vagón, contemplando el rostro de los viajeros, alejándose de la cabaña, de Friburgo. La presencia de lo humano, el desnudamiento de la palabra, palabras brotadas para conversaciones

livianas: ¿existen el hambre, la enfermedad, el dolor, la risa, el trabajo, un nacimiento, la muerte, existió Auschwitz? El progreso, de él hablan ahora. El milagro alemán. La grandeza de este pueblo. En la Cabaña, sólo, el vino en la mesa, en esto pensaba Heidegger: el automatismo asesina al arte. Había regresado una vez más a la callada música. A la contemplación a través de la abierta ventana de las estrellas, la inmensidad del gran vacío desprovisto de luces artificiales y ausente de sonidos humanos, que los grillos, los mochuelos, algún lobo, perros de granjas lejanas, sí se dejaban oír. Dios nació mudo y sordo, y sordo y mudo continúa existiendo, y yo, adonde me dirijo, ¿acaso no enmudecen el pensamiento y el poema, no se marchitó y agostó el licor que brotaba de los labios y los senos de Hannah, perdida para siempre? Hannah, Hannah, sólo les quedan palabras, pero de las caricias ¿qué se hizo?

En el tren ya cierra los oídos a las conversaciones, piensa que el poema se encuentra abandonado, de pronto se cruza la imagen de Ingeborg más allá de la ventanilla del vagón, ni de ella ni de Hannah hablaron en el misterio de la Selva Negra, todo en la vida concluye tornándose misterio, el poema, la noche, cabalgadas de jóvenes mujeres entre los árboles, ellos dos igualmente abandonados.

*Es, es como si en el aligustre estuvieran las naranjas
como si el así arrebatado no llevara puesto
más que su
primera
piel
maternal de lunares, este-
lar de misterio.*

Él no habita en el mundo y el poema deja de habitar en los labios en las conferencias o lecturas públicas, desde ese no ser buscaba el encuentro, un diálogo agónico pero necesario, decías admirar mis versos pero te refugiabas en tus pensamientos para enmudecer, nunca darás respuestas a las infinitas preguntas que nadie te formula, tu silencio recibe homenajes, te aceptan y veneran, santificado en las necesidades del mundo porque no existe la historia más allá de la soledad en que expeles tus palabras, y los sacrificados tampoco pueden demandar preguntas, ¿nadie te dijo que en el arte de la filosofía igualmente yace la banalidad?, un único sonido emanado de tu voz convertido en grito universal, perdón, me equivoqué, perdón, claro, es vocablo de herencia judía, y si entre nosotros no podemos establecer el puente de ese sencillo diálogo, desnudo y sincero, ¿cómo puedes hablar del diálogo entre la palabra y el pensamiento? Regreso no sé adónde, a refugiarme otra vez en los rescoldos del fuego, sí,

Ingeborg, absolutamente solo. Él decía que nosotros no somos sino los excluidos del gregarismo tecnológico, político y mediático, los últimos hijos del silencio. Yo pienso, Ingeborg, que somos nuestro propio silencio, y éste igualmente nos vuelve culpables. ¿Perdonarnos a nosotros mismos por esta traición también de la palabra?

Siempre te pregunto, Tristán, tu opinión sobre Celan, si considerabas que anhelaba convertirse en otro profeta de su tiempo, una especie de Moisés poeta que hiciera brotar del fuego la palabra purificadora que devolvería la esperanza a su pueblo, el del eterno éxodo. Él se consideraba heredero de la lengua del verdugo, y cómo escribía en las cenizas del lenguaje; las palabras causaron la muerte de sus padres y de millones de judíos, y por eso asumía que esa lengua del «acontecimiento» debía oscurecerse para decir la verdad. Todos, supervivientes o herederos, necesitaban sumergirse en vocablos nuevos nacidos de otras fuentes y poblados de nombres, citas, herencias desconectadas del reciente pasado. Te lo digo con su lenguaje en el discurso -quizás el desnudamiento más íntimo que de su vida realizó- de «El Meridiano»:

ve con el arte a tu propia angostura. Aunque fuese difícil, pero el poeta ha de buscar ese camino estrecho, casi imposible, porque si escribe en otra lengua que no sea la suya, la materna, miente.

Tú me dices que resultaría imposible definir con exactitud a una persona como Celan. Que los caminos entre la razón y la locura, el genio narrador y el hombre cotidiano sujeto a las exigencias de una vida mediocre y supeditada a la necesidad de sobrevivir, no pueden deslindarse fácilmente. Que Celan parecía encontrarse a gusto en el mundo del que procedía, añoraba su infancia, y lo expresó en bellísimas palabras que debieran repetirse una y mil veces en todas partes: ese paisaje del que procede en el que antes del «acontecimiento» existían hombres y libros. Todo se perdió. Salvo la lengua. Y esta era la necesitada de resurrección y purificación. Investigaba para ahuyentar adjetivos y artificios dejando nombres y expresiones desnudas, escuetas y precisas. Buscaba retornar al ayer, recobrar la memoria -si es que existe, Tristán, que yo dudo haya existido nunca-, ¿acaso puede desprenderse de todas las contaminaciones que la acechan? ¿Cuándo el árbol no fue desgajado por la tormenta, marchito por la falta de agua e insalubridad del terreno, epidemias, talas salvajes que arrasaron el bosque? Un árbol sólo puede ser árbol mientras la primavera le alimenta, pero las guerras que destruyen los pueblos destruyen la naturaleza. Lo eterno e inamovible es invención del ser humano, y pienso que Celan, aunque no fuese practicante, se encontraba inmerso, y de ahí sus crisis humanas en sus relaciones personales y en sus sentimientos, en

arcaicas y enfermizas doctrinas. Sus relaciones con Nelly Sachs, más que literarias, lo demuestran. Doctrinas que le terminaron de enloquecer y tal vez contribuyeron al suicidio.

Tal vez lleves razón, Alma, tendrás que indagar también en esta vertiente menos estudiada del poeta, su impregnación judaica, yo me he limitado a contarte y transcribirte lo que él hablaba o escribía, no a juzgarle, algo que no me compete. Para él lo viejo ha de extinguirse gracias a purificadores como él mismo, y lo nuevo de la poesía es que clarifica la oscuridad y transforma el silencio en música. ¿Acaso los no formados en esa técnica saben interpretar la música leyendo las notas escritas en un pentagrama? Eso ocurre con la poesía de Celan. Él sí la lee, las palabras habitan en su conocimiento, en su corazón, en sus certezas, que desea y busca transmitir. Cuando la sangre provocada por la violencia consume la civilización, los árboles, los ríos, las montañas envejecen. Huyen los pájaros de la primavera y de los árboles en el fuego, el humo y el olor desprendido a través de las chimeneas de los hornos. Pero también se extingue la vida de las gentes. Celan, pese a los escasos datos que manejamos, a cuanto hayan podido expresar las limitadas personas que le conocieron y trataron, no deja de estar sumido en la oscuridad, en un viaje hacia los misterios a los que solamente podemos acercarnos conscientes de la escasez de certezas que le pueden interpretar plenamente. Y respecto a Heidegger -me parece certero el camino que vas recorriendo para aproximarnos a este tema confuso y que tan mal interpretado puede resultar, no se pueden resumir las conversaciones que mantuvieron-, te diré que el Antiguo Testamento carecía para él de valor. Tampoco eran de su agrado los poemas judaizantes -así los denominaba- de Celan. Ni los de Mandelstam y las versiones que Celan realizó de ellos. Celan admiraba al ruso y consideraba que sólo identificándose «el uno con el otro» podía expresarse la verdad que yacía en el fondo de sus versos, unidad necesaria entre el que traduce y el creador con el que se compenetraba. De Mandelstam escribía Celan:

Apenas conozco a otro poeta ruso de su generación que como él estuviera en el tiempo, que pensara con esta época y desde esta época, y que pensara en esta época hasta el final.

Era, insistía, *lo inalienablemente verdadero*. Y consideraba que introducir en alemán a Mandelstam significaba para él algo tan importante como escribir sus propios poemas, porque al fin el poeta vive su existencia en los poemas que escribe y que ama, que son su única ruta de vida.

Esa influencia, Tristán, la he visto en algunas de las composiciones, influencia a la que se refieren determinados críticos y escritores que han estudiado e intentado interpretar la obra de Paul Celan. Así por

ejemplo en el salmo «Tierra había en ellos», que dice: «No alaben los muertos al Señor. Ni quienes al silencio han descendido», que se refleja en Celan:

*Cavaron y cavaron, así pasaron
su día, su noche. Y no alabaron a Dios
que, así oyeron, todo aquello quería,
que, así oyeron, todo aquello sabía.
Cavaron y nada más oyeron;
ni se volvieron sabios, ni inventaron canción,
ni imaginaron lengua alguna.
Cavaron.*

Era Paul judío de raza semita, Alma, lo era de origen, de cultura, por su historia, pero, sobre todo, podemos interpretarlo a través de una profunda lectura, por su poesía. Mas como confesaría al final de su vida, durante su visita a Israel, no era judío solamente por su nacimiento y tradición, ni siquiera porque en su obra aparecieran temas, nombres, lugares, liturgias, citas y juegos de palabras entresacados o extraídos de sus Escrituras, comparaciones y reflejos de los Salmos, Plegarias, libros bíblicos, no digamos del Cantar de los Cantares, uno de sus preferidos, sino por su espíritu, esto es lo definitivo. Creció siendo fiel al judaísmo no de manera ortodoxa, sino bebiendo el licor de la vida en dos copas: el alemán y su extraordinaria poesía, y el hebreo. Ya, en 1945, cuando pensaba abandonar Czernovitch, ocupado por los soviéticos, dijo a su amante Ruth: ¿Qué pasaría si llegase a Jerusalén y fuera a ver a Martin Buber y le dijese: Tío Buber, aquí estoy, aquí me tienes...Después, veinticinco años más tarde, la entrevista que ambos mantuvieron terminó, aunque en otro sentido, casi tan fallida como la que celebró con Heidegger. Amargo vino el de las dos copas que agriaron su espíritu. No es casual que «Fuga de muerte», la mayor oración y composición poética musical escrita sobre el Holocausto, fuera su poema más publicado y celebrado. En 1948, cuando lee públicamente sus primeros poemas y recibe las alabanzas del editor Ludwig von Ficker, no duda Celan en escribir a un amigo estas sinceras palabras:

*Lo que me alegró especialmente es que se interesaron totalmente
por el aspecto judío de mis poemas; ya sabe que me importa mucho.*

Entre los libros sobre judaísmo que Celan lee, le atrae con fuerza el Gershom Scholem. Y anota la frase de Martin Buber: «Todo tiempo es inmediato a la redención». Aunque desde que salió de la Bucovina apenas había entrado en una sinagoga judía, en los años sesenta devoraba libros sobre ese tema, subrayándolos. En 1959 la sinagoga

de Colonia, durante las fiestas de celebración de la Nochebuena, había sido pintada con cruces gamadas y consignas antijudías. En diversas ciudades alemanas se realizaron algunas otras acciones similares. En febrero de 1960 le escribe a Nelly Sachs preguntándole qué les espera a ellos, los judíos, en los años venideros, subrayando que él además tiene un hijo. Y en un poema que escribe a raíz de estos sucesos habla del veneno que florece. Celan, en un principio, se mostraba duro en sus opiniones sobre el Dios que regía la vida, así se lo expresaba a Nelly Sachs, pero eso no obstaculizaba que siguiera sus palabras con la máxima atención y al fin le reconociera sus dudas sobre el tema: no sabía en verdad afirmar como ella su incuestionable existencia, pero dejaba que su corazón continuara esperando su palabra, suprema y airada. Para cerrar el final de la trascendental conversación sobre los encuentros mantenidos por Heidegger y Celan, y como no podemos meternos en los pensamientos subsiguientes de este posteriores al diálogo que mantuvieron, vislumbrar la importancia y profundidad que Celan le otorgó, tendrás que referirte, Alma, a la carta del filósofo y a las líneas póstumas que conocemos a este respecto del poeta.

Fue tras el envío que Celan hiciera a Heidegger de su poema «Todtnauberg» realizado el doce de enero de 1968. Heidegger le contesta el treinta de enero diciendo: «La palabra del poeta que dice Todtnauberg, nombre, lugar y paisaje donde un pensamiento trató de dar el paso hacia atrás en lo Ínfimo - la palabra del poeta que es a la vez aliento y advertencia y que guarda en su pensamiento el recuerdo de un día en la Selva Negra, cuyo humor fue múltiple. Desde entonces nos hemos dicho en silencio mucho. Pienso que todavía ciertas cosas, un día, serán separadas de lo no dicho para entrar en el diálogo».

Cuando Celan muere, encuentran en su último domicilio de la calle Emile Zola, entre notas y poemas inéditos, un fragmento relativo a Martin Heidegger y su reflexión sobre este encuentro desencuentro:

con su comportamiento debilita usted de forma decisiva lo poético y me atrevo a sospechar que lo filosófico en la seria voluntad de responsabilidad que incumbe a ambos.

Sobre la muerte de Celan percute el ruido producido por las ruedas del tren machacando los raíles en su desplazamiento. Y una y otra vez le dicen, susurran, gritan, entonan, cantan, bisbisean: «lo que había ocurrido, lo que había ocurrido, lo que había ocurrido», eso era el pasado para Heidegger, «lo que había ocurrido», eso dijo y nada más, y cuando Celan hablaba para no profundizar en cuanto había pasado, cuando intentó encontrar palabras por él pronunciadas que paliaran la amargura y la tristeza que le causaba su silencio, se dio cuenta de que, aunque viviera cien años más y brotaran nuevos Auschwitz, él no se retractaría y menos pediría perdón por lo que al fin y al cabo no era

sino un componente más de la filosofía emanada de su pensamiento y forma de vida.

Celan comprendió que «lo que había ocurrido», tal como él expresaba, no había existido para sus responsables. Y algo peor: lo que había ocurrido seguía sucediendo. Por eso se limitó a decir, como tenía costumbre cuando se refería a ese pasado que a él sí le torturaba con su presencia imborrable:

He confiado durante estos años en esta forma mínima de referirme a los acontecimientos sucedidos entre 1933 y 1945.

¿Heidegger, Celan? ¿Esa era la única frase que merecía conocer la historia, Alma?

Mi judaísmo: lo que reconozco en los desechos de mi existencia

Junio de 1967. Celan festeja el aniversario de la toma de Jerusalén por los judíos.

*Imagínate:
el soldado de la ciénaga de Masada
aprende patria.*

En su soledad. Separado de su mujer e hijo. Su paso por las clínicas psiquiátricas le ha dado imagen de hombre envejecido, extremadamente nervioso, ceñudo, triste. Su voz se apaga. Se muestra propenso al llanto. Cuando se libera del internamiento y mínimamente repone sus fuerzas, acepta invitaciones, autorizadas por los médicos, para ofrecer lecturas poéticas en ciudades de Alemania o Suiza. Su dicción se ha vuelto más monótona, a veces parece implorar perdón por lo que lee, o se debilita por el esfuerzo que realiza. Cuando habla, se sujeta con una mano la cabeza, como si el peso de la misma le fatigara y pudiera enmudecer en cualquier momento, mientras con la otra mano pasa las hojas en las que se encuentran mecanografiados los poemas. Su condición de judío se ha acentuado, aún el origen y el peso de la memoria con la sensibilidad herida del presente.

En una carta dirigida a Nelly Sachs el siete de mayo de 1960, le había enviado el poema «Coro de los huérfanos», que decía en una de sus estrofas:

Nosotros huérfanos

*clamamos al mundo
piedras son ahora nuestros juguetes
piedras con rostro, rostro de padre y madre,
no se marchitan como flores, no muerden como animales,
ni arden como leña seca cuando alguien las arroja al horno.*

Era el pasado el que reivindicaba su condición de judío víctima, judío con memoria, judío para la extinción. Pero también el presente, ese que, le decía a Nelly Sachs, se extendía ya de Estocolmo a París, meridiano del dolor, ese que «casi a diario» soportaba él, víctima de la agresividad de las gentes que le odiaban y acosaban. Sin que nadie, apenas, saliese en su defensa. También las lágrimas se ensanchaban de París a Estocolmo.

Le escribe a uno de sus más viejos amigos, colaboradores y divulgadores de su obra, Petre Salomon, enviándole un poema que no es sino el grito de una persona con la que están acabando, *en el sentido más estricto de la palabra*, los neonazis. Y cuando se encuentra en Israel, realizará una declaración oficial en su radio nacional afirmándose como judío, cuestión que va más allá del sentido de su obra, que es «pneumática». Creció en un entorno judío, y ese origen y esa historia aparecen reflejados en su obra. Y explica cómo la lengua en la que escribe, la alemana, es también la de quienes fueron muy importantes en su formación: Rilke y Kafka.

Año de 1968. Huelgas obreras, manifestaciones estudiantiles en París. Celan, mientras se mezcla con quienes ponen en pie de guerra la capital francesa, recuerda su juventud en Bucovina, cuando leía y traducía a Marx, Rosa Luxemburgo, Kropotkin, participaba en campañas de apoyo a los republicanos españoles, protestaba ante el auge del nazismo en Alemania. Más espectador que actor, recorre ahora en este mes de mayo las calles, a veces en compañía de su hijo Eric. Conforme avanzan los días, se intensifica la represión policial, surgen contradicciones entre los activistas y partidos franceses que se involucran o critican el desarrollo del movimiento fundamentalmente protagonizado por los estudiantes, aumenta el desencanto de Paul. Las barricadas y las cargas de los gendarmes le van retirando de la contemplación del incendio parisino. Le aturde el ruido de los helicópteros zumbando sobre su cabeza.

En junio parte a Alemania para impartir unas lecturas poéticas. En agosto vuelve a tomar las obras de Kafka mientras sigue con preocupada emoción las noticias e imágenes que muestran a los ciudadanos checos protestando contra la invasión de Praga. Dos meses más tarde publica *Soles filamentos*. Parecen multiplicarse las explosiones de luz regeneradora en Europa. Pero también le acosan los derrumbes de su existencia en las sombras de su pensamiento. Las

palabras se cortan, como cuchillos van destrozando imágenes, apenas pueden asomar en ellas el sexo, Dios, los viajes, la Historia, Baruch, las lágrimas, pechos juveniles, los ladrillos arrancados de las calles, los coros de gritos, los sombríos ejércitos, los puentes atestados de ira, las eternidades, los compañeros perdidos.

Todo se le evade. En la desolación, nombres, pueblos, culturas extinguidas, su propia mano sintiendo el peso de una historia que va develando su origen, su ser judío, su soledad abisal.

Y otra vez el desequilibrio que le conduce al último de sus internamientos. Es noviembre de 1968. Regresa a los sueños y pesadillas convertidos en creación bajo el efecto de las drogas que le administran, y a los monólogos que mantiene con las paredes de la celda, con los jardines que van cegando su luz hasta el tres de febrero de 1969, en que le autorizan a abandonar el hospital psiquiátrico de Epinay-sur-Orge, con la obligación de acudir a él para un seguimiento terapéutico controlado y recibir las recetas de los medicamentos que debe administrarse. El día veinte del mismo mes accede a cenar con Gisèle. Después perderá prácticamente el contacto con ella, incluso por las cartas que deja de enviarle. Le ha conseguido un piso de tres habitaciones en el número 6 de la calle Emile Zola, frente a los muelles del Sena, junto al puente Mirabeau. Será el último en que sumerja su vida. En agosto escribe una nota manifestando el pesar que siente por la muerte de Adorno, hombre al que define como genial y colmado de dones. Marcha a Suiza. Y después, del treinta de septiembre al diecinueve de octubre, visitará Israel. Declarará:

Mi judaísmo: lo que reconozco en los desechos de mi existencia.

Justifica su viaje a Israel: necesitaba encontrarse con sus habitantes, comprende la soledad judía, busca sus palabras vivificantes en los tiempos que atraviesan de enajenación y masificación.

El catorce de octubre pronuncia una alocución en la Asociación de los Escritores Hebreos de Tel Aviv. Durante su estancia se encuentra con una antigua amiga de Czernovitch, Ilane Schmaeli, con la que mantendrá una intermitente relación amorosa hasta su suicidio. Ella le acompaña en su visita a Jerusalén. Lecturas poéticas en Tel Aviv con numerosa presencia de judíos exiliados de la Bucovina. Comienza a sentirse mal. Y el diecisiete de octubre, más que salir, huye de Israel. Desde París, ya calmado, escribe a Ilane hablándole de lo vivificante que resultó el viaje, hacía mucho tiempo que no vivía con semejante intensidad y emoción como la sentida en Jerusalén, considera crucial esta visita en su vida, *una cesura*. Siempre lo había presentido. Pero a la euforia no tarda en suceder la depresión. Ilane va a París, y tras breve estancia en un hotel, se muda a la casa de Celan y permanece

con él salvo esporádicos viajes, desde finales de diciembre al dos de febrero de 1970. Cuando se marcha, queda solo, aislado, encerrado la mayor parte del tiempo en su casa. El diecisiete de marzo su amigo Peter Szondi, que le encuentra en el café Les Deux Magots, le halla extraviado, casi irreconocible, velada la voz por la tristeza. Dos días más tarde Celan marcha a Stuttgart, y en la Sociedad Hölderlin que fundara Goebbels, da un recital que se torna sombrío. Ignorará si son sus versos o es su propia figura lo que provoca un silencio de muerte; si es el tono de su voz o son las palabras que pronuncia lo que le torna incomprensible a los asistentes. Todavía ofrece una lectura más en Friburgo. Es el veintiséis de marzo, en el domicilio de Gerhard Baumann. Entre los asistentes, Heidegger, que le regala el libro *El arte del espacio* con una vulgar dedicatoria. A Baumann, Heidegger le comenta que Celan ya se encuentra prácticamente muerto.

En París continúa pensando que tiene que regresar a la patria del pueblo judío, le queda mucho por ver, por escuchar.

Necesito a Jerusalén como lo he necesitado antes de hallarlo. Jerusalén me ha hecho levantarme y me ha dado fuerzas. París me deprime y me vacía. París, por cuyas calles y casas tanta locura y carga de realidad he arrastrado durante tantos años. Jerusalén: un final y un principio para mí y para el judaísmo.

Sus poemas de estos meses muestran la influencia que sobre él ha ejercido la visita a Israel. Y sobre todo la presencia de Jerusalén, el impacto que le ha producido. Jerusalén y sus alrededores, la tumba de Absalón, Getsemaní, la puerta de la Misericordia.

Escribe que no está ya a la altura de la ciudad en que vive, pero tampoco se siente en el mundo. Durante los últimos años el tema del judaísmo, sobre todo a través de las relaciones mantenidas con Nelly Sachs, se unía al del análisis de la poética que ambos iban realizando y que en el caso de Sachs culminaría con la obtención del premio Nobel de Literatura. Es aquí donde con mayor precisión se puede analizar la cuestión judía en el hombre y escritor Paul Celan, que reconoce:

Quizá sea yo uno de los últimos que deben vivir hasta el final el destino de la intelectualidad judía en Europa.

Nelly Sachs. 1959. «Su *Libro del esplendor*, su Zohar está conmigo. Vivo en él.»

Celan. 1960. *¿Qué puedo decir? A diario entra la infamia en casa, a diario, créame. ¿Qué se cierne sobre nosotros, judíos?*

Nelly Sachs. 1960. «Cuando sufrimos pertenecemos sólo a Dios. Si

ahora pido de corazón a amigos y conocidos que me ayuden a rescatar al Hölderlin de nuestro tiempo de este terrible embrollo, no hay en ello ni el menor atisbo de interés personal.»

Celan. 1960 (sobre la reunión que tuvieron el treinta de mayo en Zurich). *Sobre demasiado fue la charla, sobre demasiado poco... lo judío, sobre tu Dios... Sobre tu Dios fue la charla.*

Celan. 1960. *Te envío algo de ayuda contra las pequeñas dudas que a uno a veces le adormecen: es un trozo de corteza de plátano, se coge entre los dedos índice y pulgar, se aprieta con fuerza y se piensa en algo bueno.*

Nelly Sachs. 1968. «Estoy de nuevo en casa después de pasar otra vez por cosas terribles. Siempre pienso en ti con angustia de que sigas expuesto al peligro.»

En 1970 Paul Celan reconocería una vez más que en sus poemas se encontraba implícito el judaísmo, aunque nunca, en los escritos sobre él publicados o presentaciones públicas, hubiese aparecido como criptojudío, ni en Alemania ni en ningún otro lugar.

Sin luz, en la penumbra de un mundo sin ganancia, hundido en un cenagal, cercado por las aguas, con la garganta seca, sin que mano alguna me sostenga, ahíto de llorar, trozos de fango tragué en las tinieblas, hermético soy, críptico, no tengo apenas lectores para mis poemas, ¿cómo pueden entonces definirme como el gran poeta religioso de mi tiempo? ¿Lo soy acaso a pesar de mí mismo? Pese a las heridas recibidas y no cicatrizadas, pude nombrar la vida y hablar de la esperanza, si no para mí, desollado ya, para la transformación de la existencia, como si la tiniebla no fuera el destino de todos los vivientes, a lo largo de mi naufragio conviví con aquellos que, como yo, no debían pronunciar otras palabras, emergían estas en nuestros poemas para los que preservamos el lenguaje, ¿qué habiéramos podido decir fuera de los versos? Al principio París se convirtió en una ciudad receptora de nuestra creación y nos encontramos en la ciudad, no como huéspedes, sino como compañeros que intentaban cerrar con sus palabras el histrionismo destructor y asesino que recién la había ocupado, y después hasta momentos de júbilo experimenté acompañando a los jóvenes que cantaban por sus calles *La Internacional*, levantando barricadas contra los destructores de la esperanza, mi hijo había cumplido trece años, y la lengua en desuso acompaña a la que he adoptado, me río tristemente cuando a mi pesar ellos manifiestan que todos somos judíos, no, no quiero volver a contemplar las cruces gamadas ni siquiera pintadas en los muros, ignoran quienes las pintan ahora -los entonces no nacidos- hasta dónde puede alcanzar la maldad humana, que canten lo nuevo pero no nombren lo viejo, pues la hidra puede resucitar en cualquier momento, nunca desapareció, permanece aletargada, no la despertéis,

resistid, eso es lo que cuenta, la memoria presente y el futuro que para ti, hijo, todavía no ha sido escrito, pero ya concluyó el estallido de la fiesta, todo regresa a la normalidad, que recibe el nombre de orden, cansado estoy de vagar por ciudades alemanas hablando y callando, intentando que ciegos y sordos comprendan la realidad de mis poemas, me encuentro solo. Solo estuve siempre, pero ahora la soledad se torna más angustiosa, carece de sombras que velen por mí, me ahogo, ¿hablar, escribir? Nadie quisiera escucharme, comprenderme, y mi ira es mi propia necesidad, Israel mi último destino, tampoco pediré cobijo allí, el fin es el principio.

En 1958, cuando concluía diciembre y todavía recordaba, pese al medio año transcurrido desde nuestra separación, mis discusiones con Ingeborg, su postura crítica -lo revolucionario y lo conservador, la mujer y el hombre-, y yo escribía sobre la confusión de quienes consideraban que el espíritu ha de estar a la izquierda de las ideas y los hechos, cuando la izquierda es ya una reliquia y el espíritu no deja de estar consigo mismo, volvía a pensar en mi condición de judío y en el antisemitismo que nunca desaparecerá. En el abril desde el que iba a leer unos poemas en la Universidad de Bonn, me había encontrado una hoja con mi caricatura y debajo escrito: «Ahí está otra vez el judío ante el Muro de las Lamentaciones. ¡Ved cómo mueve sus cadenas!». Era la pesadilla arrancada un año antes en Colonia, cuando, al pasar junto a mí, un robusto alemán, de esos que reflejan en su cara el olor y el color de las salchichas y en su fortaleza corpórea los barriles de cerveza que ha consumido a lo largo de su vida, me empujó para abrirse paso al tiempo que gritaba: «¿Qué hace este cerdo judío interrumpiendo el tráfico?». Vi de pronto a mis padres en el campo de exterminio, recreé las historias que me habían narrado algunos «cerdos judíos» sobrevivientes, se me nublaba la vista y pensaba que tendría que ponerme de rodillas, llorando e implorando perdón a cuantos pasaban por allí, corrí, corrí con los ojos cerrados y sin saber por dónde ni hacia dónde me encaminaba, hasta que me encontré en una plaza solitaria y me senté en uno de sus bancos cubriendo mi rostro con mis manos. París comenzó también, en gentes desconocidas y rastreras -Vichy no fue una mera imposición militar-, a acosarme. A mi hijo le insultaban en el colegio y, como escribí a Nelly Sachs, en ningún diario francés o alemán podría haber expresado el dolor y la angustia que me devoraban, y nadie contestaba a semejantes personas, en uno u otro país, cuando volvían a mostrar su xenofobia, acaso algunos escribían libros minoritarios o poemas sobre «estos asuntos».

¿me oyes? ¿pero tú me oyes? soy yo y él el poeta oye al que crees oír yo y el otro el silencio de la montaña cuando las piedras y los árboles callan al paso del hombre de los hombres sordos incapacitados para dialogar llegan de lejos las voces de los charlatanes cuya habla

insulsa resuena en los pueblos y ciudades y no importa que no entiendan su propio lenguaje de palabras muertas tampoco ellos nos entienden a nosotros desenterradores de palabras que hablamos al pensamiento ellos conversan de edificios carcelarios y se dirigen a las máquinas cuyos sonidos sí comprenden hombres carentes de voluntad y pensamiento también pierden la libertad y así son los humanos cada vez menos humanos gritan se aferran a los micrófonos a la vía coral de los grandes estadios y plazas públicas a la estulticia de los periodistas porque saben que no hablan a nadie y menos a sí mismos nadie les escucha loros enjaulados en las macrociudades quienes les ven y oyen tampoco desean entender lo que dicen solamente necesitan repetirlo parloteo como el otro ruido provocado por los automóviles trenes aviones máquinas balas explosiones de minas o bombas quien habita en el silencio para ellos vive en la locura

En la montaña, huidos, recordamos el día y la hora en que fuimos convocados sin serlo a la conferencia de Wansee. Era el veinte de enero de 1942. Heydrich, Eichmann, estiraban sus cuerpos y trajes para ofrecer impresión de mayor estatura ante los delegados que allí se reunían. Un día trascendente. Nosotros, los judíos, aún no visibles, proyectábamos nuestras sombras, millones de figurantes, sobre las nobles estancias del palacio. Era el único punto del orden del día de la reunión. Lo denominaban «la solución final». ¿Me oyes? ¿Tú recuerdas, algunos recuerdan esa fecha todavía, qué les dice, me escuchas? Sí, la solución final, la cuestión judía, ahora caminamos, solos, por la montaña, en los ecos de las voces que escuchamos comprendemos que las reuniones continúan existiendo, algunas actualizan nuestro problema, somos, continuamos siendo un problema, ¿me escuchas? Nelly dice que en Suecia también se está recrudeciendo, que pronto sufriremos nosotros sus consecuencias, no olvido ni la fecha de mi nacimiento ni la de mi destino, claro que aquí hablamos en el vacío, porque yo tengo el cielo como abismo y por eso tan pocos pueden entrar en mi poesía, ya lo he dicho, lo sé, me extraña que tú no recuerdes esa fecha, ¿acaso no puedes entrar en ella, Heidegger?, ¿no ves a Büchner el veinte de enero atravesando la montaña, él, como mi yo, sí, el que anda con la cabeza tiene el cielo como abismo bajo sus pies, repito, andando, como yo, porque en cada poema quedó grabado su veinte de enero, la fecha sin duda más negra para el recuerdo, a qué otra fecha podría adscribirse mi escritura?, a ti nada te dice, Heidegger, pero tú, como otros, os encontrabais aquel día, la mañana de aquel día, también en Wansee, tu ojo nunca hablará de la Noche en que Dios dejó a su pueblo abandonado, él había optado por desaparecer y tú por callar, esa nada que impidió que los cabellos de las madres llegaran a volverse blancos un día, yo buscaba tu ojo, Heidegger, y no lo encontré, cierto que estabas ante la puerta

de la Cabaña a la que me habías invitado, pero tu ojo se hallaba cerrado y yo no pude abrirlo con mi presencia, luego paseamos hasta que la humedad interrumpió nuestro camino por el bosque y el silencio del propio bosque fue igualmente el silencio de nuestra memoria, «la verdad pertenece al reino de la lógica, mientras la belleza se encuentra reservada a la estética». Y el arte no posee otro tiempo y fundamento que no se base en sí mismo. Lo expresó Hölderlin, a quien tú calificaste como «el gran poeta de todos los tiempos, al que nunca podrán leer ni interpretar quienes no conocen esta suprema ley que expresa: a la transformación de la esencia de la verdad corresponde la historia de la esencia del arte occidental».

Oscuridad. Solamente ahí puede moverse el pensamiento. El conocimiento se encuentra incapacitado para apoderarse de lo absoluto, fracasará, por muchos medios que utilice, si se convierte él mismo en otro medio con la pretensión de conocerlo. Ni medios ni intermediarios para alcanzar la verdad, porque, ajeno a todo, dices: «el principio es el pensamiento, el pensar que parte de sí mismo, es la filosofía que se constituye en la ciencia, porque así fue en el principio y porque ella es la única que podemos decir es el conocimiento absoluto, porque nada espurio existe en su esencia que la aparte de esa voluntad de ser lo absoluto». Los poetas, en tiempo de penuria, ¿son necesarios?, se pregunta Hölderlin, y tú, argumentando que ya la divinidad ha apagado su resplandor y que en la noche del mundo, que ayuno del fugitivo o los fugitivos dioses, cada vez se torna más indigente, son los poetas quienes enseñan el rastro que dejaron los fugitivos y convierten por eso la noche, que ya es su noche, en noche de la palabra, palabra mutada en razón, en sagrada. Yo, desde las ruinas del presente en que he contemplado no sólo el silencio de los dioses sino el tuyo propio y el de los poetas, pregunto: ¿crees realmente que en el advenimiento de la palabra heredada de Hölderlin se hace presente el futuro? Necesitamos hablar de este presente agónico, reconocer que es él el que nos niega el futuro, ¡tal vez encontremos las palabras que podrían conducirnos el uno al otro!

En junio de 1968 Heidegger acudió por segunda vez a escuchar una lectura poética de Celan. El filósofo había proclamado públicamente su alegría por conocer personalmente a Celan. Él, insistía, era quien más retirado se mantenía de la cosa pública. El holocausto nunca existió para ellos. Acaso Celan se lo preguntara sin palabras, insistiera en sus pensamientos para que le hablara de su posicionamiento durante aquellos años, intentara referirse a su pasado, le hiciese saber lo ocurrido con sus padres, pero ante su reiterado silencio se había mostrado correcto y supo permanecer callado hasta casi el final de su visita. Al fin su expresión era «hechos que sucedieron» y así debía de ser. Enterrado en su memoria que a

través de las palabras oscuras de sus poderosos versos intentó evocar. Heidegger pensaba, en cambio, ahora que veía las huellas de su enfermedad, que el poeta navegaba por el vacío y el abismo del cielo, a cuya extensa y ancha tumba pronto regresaría con los suyos. En esta segunda ocasión en que acudió a escucharle, no hablaron, no pudieron referirse a las palabras o los silencios de la Cabaña. Celan no relató las palabras buscadas y que no existieron. No pudo decir que, aunque era muy celoso de su pasado, cuando se criticaba su poesía -no por las acusaciones de plagio, sino por su contenido y forma- él adivinaba conspiraciones antijudaicas a través de aquellas críticas, juicios de negacionistas de los campos de exterminio, incapaces de admitir la grandeza y necesidad de su obra, y todo porque en escuetas alusiones o en poemas referenciales se traslucía la tragedia vivida por su pueblo y su recusación a los culpables de ella. Heidegger había mostrado lo peor de sí mismo con las palabras dirigidas a Jaspers, acusándole por vivir con una mujer judía. Aceptaba Celan que el filósofo intentara a través de sus reflexiones develar el pensamiento para atravesar las heces de la deshumanización y las tinieblas envolventes del lenguaje. Y hacia la estrella siempre perenne en la Cabaña del pozo pretendió Celan, el verano anterior, que Heidegger depositara su palabra, la palabra que, desde que comenzó a leerle y a intercambiar sus libros, le venía en silencio demandando. El silencio se había convertido en respuesta definitiva, amarga, desalentadora. Perseguidor de la esperanza, de la utopía, Celan no buscó una confesión dirigida al vocerío del mundo, sino a su corazón, por eso viajó con él a través de humedades, orquídeas, senderos semicegados, escuchando únicamente el sonido de las estrellas que les guiaban entre los árboles que escoltaban el pantano.

VI

EL AMOR TIENE UN TRIUNFO, LA MUERTE TIENE OTRO 1970-1973

El sufrimiento que se perpetúa tiene tanto derecho a la expresión como los torturados tienen a gritar... por eso puede haber sido erróneo decir que después de Auschwitz no podía escribirse ya ningún poema.

Th. W. Adorno

Viñadores excavaron el reloj de horas oscuras

A su alrededor solamente existía el silencio. Era ya, confiesa Paul Celan, verdaderamente solitario. Y en Stuttgart, marzo de 1970, habló en público de sus padres, de su infancia, mientras leía poemas de su libro *Compulsión de luz*. Tras el acto, la visita turística. Celan rehúsa ir al concierto que ofrece *La Pasión según san Mateo*. Acepta, sin embargo, que le lleven a contemplar *La Crucifixión* de Grünewald. Quienes le acompañan observan cómo, sin pestañear, clavados los ojos en el cuadro, transcurren interminables los minutos. Se miran unos a otros sin atreverse a interrumpirle. Tiempo angustioso antes de que consigan arrancarle de la sala.

Ya en Friburgo, parece que va a derrumbarse de un momento a otro. Le cuesta trabajo andar. Su rostro, fatigado, da muestras de un patético agotamiento. Llega la lectura de poemas con la presencia de Heidegger, que le contempla como si fuese una estatua de cera. A su vez, Celan parece no reparar en él. En un momento del acto, con voz desfallecida y apenas audible, como si a nadie se dirigiera pero contemplando desvaídamente al filósofo, pide por favor un poco más de atención.

Cuando termina, sin despedirse de nadie, le acompañan a la

estación.

A su llegada a París toma el metro, que se desplaza con escasos viajeros, para dirigirse a su domicilio. Va abstraído, sin reparar en quienes se encuentran cerca de él. De pronto suena una voz ronca que sólo él parece escuchar: Los judíos al horno. Baja los ojos, que termina cerrando. La tristeza es más profunda que las lágrimas. Aprieta los puños como si pudiera conseguir que la sangre brotara de sus manos. Se abren las puertas del vagón. Camina como un autómatas por el andén, sube las escaleras que le depositan en la calle. Es noche cerrada. Apenas circulan coches. Desde todas las ventanas rostros indescifrables, que parecen cadáveres, espían sus pasos.

Le han invitado a visitar a Samuel Beckett. Cuando se dirige a la cita en su domicilio, se detiene de improviso, mira a quien a su lado camina, no puedo ir, no puedo ir, dice, y hace ademán de retroceder. Por qué, por qué, qué te pasa, le preguntan. Y con voz suave y melodiosa, dirigida sobre todo hacia sí mismo, responde: él es probablemente la única persona de esta ciudad con la que podría haberme entendido.

En febrero de este año, último de su vida, ha escrito a Ilana Schmaeli:

Los médicos tienen mucho de lo que responder a este respecto, cada día es una carga; lo que tú llamas «mi propia salud» es algo que no existirá probablemente nunca; los destrozos llegan hasta el meollo de mi existencia. ¡Me han curado reduciéndome a trozos!

Ilana, su última amante en Jerusalén, en París. Por la que regresa a una poesía más íntima, reconocible. La mujer y la compañera de patria. Quiere volver allí, de inmediato. Todavía sueña con elevar el mundo hacia lo Puro, lo Verdadero, lo Inmutable. Cuando llegó a París tras su visita a Israel, el primer recuerdo fue para ella. En verso. Por momentos, que mucho no duraron, recobró el erotismo de su juventud, el que anudó sus relaciones con Ingeborg, el del amado viejo libro sobre los amores del rey Salomón.

Almendrada, que hablaste sólo a medias pero temblando toda desde el germen, a ti te hice yo esperar, a ti. Acógeme.

Estaba la pizca de higo en tu labio, estaba Jerusalén a nuestro alrededor. Yo estaba en ti.

Se despide de la Escuela Nacional Superior de París, donde imparte clases dos veces por semana. Ha conseguido que se publique en francés la obra por él traducida de Kafka *Graco, el cazador*, historia del hombre herido cuya barca de la muerte se ha extraviado.

Nadie creará lo que estoy escribiendo aquí; nadie vendrá en mi ayuda. Mi barca carece de timón: se desplaza con el viento que sopla en las regiones inferiores de la muerte.

Avenida Emile Zola número 6. Frente al muelle sobre el que se asienta el puente Mirabeau.

Lleva horas contemplándolo. Al fin se sienta. Posa su mano derecha en su frente. Cierra los ojos. Tiene un verso atravesado en su garganta. Como si le impidiera respirar. Le oprime. Precisa expulsarlo de ella. *Viñadores...* Todavía el reloj se abraza a su muñeca. El día que no lleve este reloj... le había dicho a Gisèle... Lentamente desabrocha la correa. Lo deja encima de la mesa. Toma la pluma. Y escribe su último poema.

*Viñadores excavan
el reloj de horas oscuras,
de hondura en hondura,
tú lees,
... los Abiertos llevan
la piedra detrás del ojo,
ella te reconoce,
el día del Sabat.*

El ojo ha dejado de ver. Ha apagado la luz, que es la vida. Consciente de que pronto se diluirá en cenizas. Vuelve a contemplar el puente Mirabeau. Recuerda cuando llegó a París, tan joven, tan pleno de ilusiones, enamorado, ansioso por escribir. Vio el puente. Hacia la vida en vuelo de heridas, del puente Mirabeau. La vida ya recibía heridas que terminaban incrustándose en el pensamiento. Mas era vida. Diez años más tarde seguía el camino sin retorno. Y ahora era el veinte de abril. Pascua judía. Volar hacia el sur, la libertad, libre de acosos, de pérdidas, de traiciones y pesadillas.

Escribiendo sobre Silvia Plath, Ingeborg Bachmann decía:

En la enfermedad no hay nada poético. No se pueden unir así como así unas alucinaciones porque tengan en sí algo poético... La enfermedad es lo horrible por antonomasia, la muerte es su salida.

Y Celan le había expresado que sólo lo más profundo logra ser libre. Se cruza ella en su pensamiento: Inge, cuándo se perdió, por qué. Y su hijo, Eric, qué va a ser de él.

Jueves Santo del mes de marzo de 1970. En la semana cristiana de Pasión se habían visto por última vez Heidegger y Celan en el no encuentro. Reconstruye la secuencia: la última cena del silencio celebrada en la Pascua de los seguidores de Cristo. Lee postreramente

poemas. El filósofo entre el puñado de personas que le escucha. Le contempla, se abstrae, metido en sí mismo, es el silencio en que se refugia cuando el maestro alemán que trae la muerte consigo le visita. Celan sufre: no más certezas, no más palabras, no más pensamientos. Va a dejar de vagar por el mundo. La existencia se difumina. Camina por tinieblas que le conducen a un no regreso. La muerte carece de destino. Reducidos los versos a su mínima expresión, las elipsis abarcan mundos infinitos. ¿Los lees conmigo, Heidegger, tú los comprendes? Voz del creador dirigida a los buscadores del tiempo humano, cegado a los insensibles, que la realidad permanece con los ojos cerrados. También tú me cerraste la palabra, Heidegger, me alegro que las mías hayan conseguido al fin volverse impenetrables. Me estoy marchando, eso sí lo sabes, ¿y de qué serviría mi palabra si, como no ignoras, ya estoy muerto, si el tiempo del pasado igualmente abandona mi memoria? Y él, Heidegger, contemplando ese jueves de pasión a Celan, abandonado en aquella tribuna desde la que emitía su voz más debilitada y convulsa a una sala pequeña repleta de cadáveres que aplaudían ritualmente sin entender nada de cuanto el poeta transmitía sosegadamente, expresaría al término del recital que Celan, que era para él el más adelantado de los inmortales que podían encontrarse entre los purificadores, Paul Celan, ya se encontraba enfermo de muerte, incurable, es decir, salvado. El verano, que no tardaría en nacer, ya desaparecería con su luz para quien iba a extinguirse y no podría acompañarle, como le había prometido, en su viaje por el Danubio al lugar en que se desvela el misterio, allí donde Hölderlin encontró y desarrolló la palabra poética.

Cuando Celan apagó su voz -débiles aplausos sonaban de gentes nerviosas y asombradas (¿por qué, por qué sus palabras finales fueron: viñadores, viñadores, sin que hubiese continuación de ellas?)-, vio el cielo que, al despedirse en la Cabaña, le transmitió su realidad: un abismo en el que yacían millares de cadáveres a los que Heidegger, con su silencio, se había negado a dar sepultura.

Caía la noche en aquel jueves santo de 1970 cuando Heidegger regresó a la Cabaña. No transcurriría mucho tiempo antes de que recibiera el comunicado informándole de lo que había sentido y expresado: Paul Celan se había suicidado arrojándose al Sena y yacía en el silencio definitivo que él mismo, esa tarde, le había predestinado.

El jueves dieciséis de abril fue el último día en que Eric estuvo con su padre. Comieron juntos pero ayunaron palabras. Celan llevaba consigo dos entradas para asistir a la representación, en la sala del teatro Recamier, de la obra *Esperando a Godot*. No fueron. Se separaron nada más terminar el almuerzo. Ante las noticias que le transmitió su hijo sobre el estado de su padre, Gisèle llamó varias

veces por teléfono a Celan. El teléfono de él había enmudecido. Amigos, conocidos, intentan comunicarse con Paul. Pero él continúa encerrado en sí mismo. A partir de la madrugada del veinte de abril sus huellas desaparecen de las miradas de quienes le veían entrar, salir de casa, asomarse a la ventana como si contemplara el vacío desde ella. Han de transcurrir quince días antes de que la policía encuentre el cuerpo de un desgraciado más de los que, de vez en vez, eligen morir anónimamente, lejos de cualquier farsa o espectáculo con los que se intenta disfrazar la soledad y la muerte.

Amanecer del veinte de abril de 1970. Al fin camino de las estrellas, Hölderlin, con tus palabras: «Este genio, a veces, se ensombrecía y se hundía en los amargos pozos de su corazón». No ignoro que la palabra queda. El Apocalipsis no es sino el sueño al que desde su nacimiento se ha encaminado la Humanidad. Quienes presencien su fin regresarán de nuevo a sus orígenes. Este siglo no ha sido sino una mácula de polvo en el camino, aunque quienes lo vivimos pensábamos que sólo iba a atañernos a nosotros. Lo escribió Walter Benjamín: «Una sola catástrofe que incesantemente va acumulando ruinas sobre ruinas y las esparce por delante de mis pies». Jamás sentí el frío como estos días pasados en París, a mi regreso de Alemania. Y cuando el frío hiela tu cuerpo, aunque sea primavera, la mente se convierte igualmente en un bloque de hielo. Inútil entonces intentar trabajar. Y si escribir no puedo, ¿qué me queda?, ¿regresar a la clínica, a las medicinas, a los gritos ahogados, a los delirios convulsos, al profundo sopor en el que todos los muertos se desploman sobre tu cabeza e inútilmente intentas bracear en las aguas del río cuya corriente es siempre más poderosa que tus esfuerzos? Cansado estoy de ser incomprendido, de buscar respuestas a acusaciones que laceran mi conciencia, de la apatía o el desprecio de los demás ante las persecuciones de que soy víctima. No es bueno, nunca lo es, pero se convierte en pesadilla cuando me siento enfermo. También mi barca de la muerte parece haberse extraviado, mas yo no viajaré sin rumbo, me dirigiré directamente al corazón del olvido, donde nadie pueda buscarme ni acudir en mi ayuda, y si algún día lo intentan, navegaré a las regiones perdidas en lo inaccesible. Esta noche las campanas de todas las iglesias de París no tañerán por mi muerte, enmudecerán ante la traición de que he sido víctima. De ti también, Heidegger, hace escasos días, cuando me escuchabas hablar en Friburgo y yo veía en tu mirada a mis padres, a cuantos les acompañaban en la crucifixión de Grünewald, y después de contemplar con asco las imágenes de Hölderlin que vendían al pie de la torre donde encontró refugio para poder dialogar sobre la belleza y la locura, te observaba a ti arengando a los jóvenes estudiantes para que participaran en la cruzada por el Imperio alemán y la pureza de la

raza iniciada por Hitler, pero tú en esos momentos ya me dabas por muerto, viajabas por dimensiones distintas a las de mis poemas. Mi alma no se perderá en otros mundos, que mi alma son los versos en los que respira y permanece mi vida. Tú también leerás mis palabras, Ingeborg, llegarán a ti y en ellas volverás a encontrarte y quizás alguna vez, en cualquier lugar del universo, me busques y penetres a través de las rejas del lenguaje. Mi vela se va a consumir, ninguna lámpara volverá a encender su luz para que con ella podamos encontrarnos. Desde esta casa en la que contemplo por última vez el puente Mirabeau, me despido de vosotros. Y ahora, sobre las sombras estrelladas de las aguas, hacia las profundidades, caminaré mi existencia para ser al fin eternamente libre. Y el final, falta poco para que salga a su encuentro, lo dejo escrito en mi agenda:

Marche de Paul

el final que es el principio, sólo desde las profundidades del pozo podía escapar la palabra ya fermentada en su fondo y al fin encontrada por el último de los sobrevivientes, en los tiempos en que existían hombres y libros.

Aturdida por completo en mi destrucción

Todo se ha consumado. No expirará al aire libre, en una cruz. Se sumergirá en las aguas del río. Allí perderá su abrigo negro. Allí se unirá a sus mujeres, a sus padres transportados a un campo de exterminio. Allí comienza a desvanecerse la extraña, camino del fuego. Allí escribiré, ¿cuántas veces hemos leído estas líneas, Tristán?

Mi vida está acabada porque él se ha ahogado en el río durante el transporte. Él era mi vida. Lo amaba más que a mi vida.

María, la adorada criatura de Thomas Bernhard. María, la amada del Crucificado. María, la que en la leyenda de la princesa de Kagra, en su otro yo, Malina, rinde homenaje y postrer adoración al extraño y misterioso viajero que ha marchado a reunirse con los sacrificados de su pueblo. E Ingeborg recoge las palabras, fragmentos de sus poemas y sus propias vivencias de los tiempos que juntos hablaron, vivieron, se amaron, y acuna con su voz enronquecida por el tabaco y el alcohol, con su cuerpo taladrado por agujas y ácidos, la voz melodiosa de un único, verdadero amante. Carece de fuerzas para entonar las melodías que él le cantara, pero no de pensamientos que pueda transformar en palabras.

Paul, yo sólo te adoraba a ti, pero tú tenías otros dioses, ¿cómo no íbamos a separarnos entonces?

¿Separarse? Ella nunca se separó de Paul. Incluso después de morir, él continuó viviendo en ella. La dejó sin fuerzas, exhausta, no solo de lágrimas, carecía igualmente de voluntad para creer en un posible futuro, le llamaba con todos los nombres cuando le adoró, le recibía en su cuerpo. En junio de 1973, tras regresar de su visita a Auschwitz, ya no le apetecía ni salir a pasear por las calles, ha dejado de tomar gran parte de las medicinas que la prescribieron, y escribe:

*Gestos, palabras, muebles, orden de casa, libros, música, todo
gastado... para mí la iglesia es la casa donde yazgo.*

Y recuerda las palabras de Bernhard, otro ser al que acosa la enfermedad, que igualmente es un expatriado en su propia tierra: «Lo que prefiero es estar solo. En el fondo es una situación ideal. Mi casa es también en realidad una prisión gigantesca».

El misterio ya no existe. La memoria es un naufragio sin restos reconocibles. El ojo ha perdido la visión. Sólo la muerte puede liberarla de las piedras que desde su cerebro se han posesionado de todo su ser, que le pesan sobre todo en el corazón y la vagina.

*El odio me ha enfermado
me siento deformada
estos abscesos
un problema incluso mostrarme junto a los hombres...
si se extravía una bala
si alguien me escupe a la cara
como ayer, no me guardo pensamiento
contra el amor que me ha sido dado...
Totalmente ajada de cortantes ácidos
venenos de todo tipo, por el opio
aturdida por completo en mi destrucción.*

En 1971 publicó Ingeborg Bachmann su novela *Malina*, primera de la serie que iba a conformar *Modos de muerte*. Incluye en la obra el relato «Los misterios de la princesa de Kagram», homenaje a Paul Celan. *Malina* no es bien vista por la crítica literaria, que acusa a la narración de excesivamente filosófica, más cerca del ensayo que de la novela, además de sentimentaloides. También se le reprochaba atender al «mundo interior» y olvidar o rechazar cualquier entronque con la realidad social.

Ingeborg defiende la necesidad de analizar las relaciones hombre-mujer dado que esta era la víctima personal y social de las mismas, y

que para ella lo social se entroncaba en las formas de poder vigentes en el mundo actual: entre individuos y clases en el capitalismo, entre hombre y mujer en el patriarcado, y *Malina* no era sino la narración de una aniquilación física y psíquica. En *Tres senderos hacia el lago* desarrollaba de manera implícita su amor por Celan a través de la relación de los protagonistas, Elisabeth Matrei y Franz Joseph Trotta. Y configurando la destrucción tanto de Paul como de ella misma, vemos cómo él refleja a la mujer como una aventurera que sabe Dios qué esperaba del mundo para su propia vida, otra exiliada que después de la muerte le fue arrastrando lentamente en su caída. Trotta, como Celan, fue «su gran amor, el más inconcebible y complejo al mismo tiempo, lastrado de malentendidos, diálogos de sordos y suspicacias». Esa mujer, que al igual que ocurre con Franza, enterrada en la arena, pregunta: «Quién soy yo, de dónde vengo, qué me pasa».

No regresaré a Austria, quizá no regrese ya al mundo, ¿qué son mi patria, Europa, sino lo que tantas veces hablamos Thomas y yo?, porque ya me ahogo y despido de la vida en mi destrucción dando una dimensión menor a nuestro mundo, lo que Bernhard me decía al referirnos a nuestro país, a otros vecinos, durante siglos los criminales han dominado la Tierra imponiendo sus leyes, entre ellos la Iglesia, todas las iglesias, Paul, también la tuya, aunque de momento carezca de imperio político y mediático como la católica, sin la fe, la irracionalidad, el fanatismo religioso y la explotación económica no existirían los fascismos, ellos gobiernan las conciencias y las formas de vida, a nosotros contribuyeron a separarnos, a ti y a mí, que no vivíamos aislados y al margen de las necesidades que nos imponen. Bernhard es demasiado lúcido para que pueda convertirse en un icono como hacen con los filósofos y artistas de la oscuridad, se le neutralizará e instrumentalizará en su tierra como pieza arqueológica del museo nacional para que no trascienda su visceral y diáfana crítica a quienes ya no pueden asesinarle, y cuando, como a mí me ocurre, carezca de fuerzas para escribir y vivir a su antojo, se suicidará de una u otra manera, nos empujan siempre al silencio definitivo los del embrutecimiento tecnificado y luminoso, el que acoge en el museo de la palabra a Cristo y Carlos Marx en la misma urna, ¿dónde quedamos nosotros en la farsa? Simples derrotados de la historia. Reflexioné pronto sobre mí misma y, aunque el precio pagado por la decisión adoptada, huida y soledad, fuese alto, al menos no viví en la mentira que pretendía envolverme a través de los medios de comunicación. El sexo llegó a constituir la mayor de las drogas que conocí antes de que las químicas paralizaran mi cuerpo, y mi mente y mi voluntad se adormecieran y quemaran en las clínicas psiquiátricas. Dejaron de sonar los teléfonos, los clarines que convocan a la revolución, el

corazón se convirtió en una llaga alimentada sólo por las dudas, yo carecía de algo mejor que amarle a él, corriendo mis pensamientos inútilmente en su búsqueda, y las cartas quedaron abandonadas en las cerradas cajas de la incomunicación mientras crecía el dolor y aumentaban las dosis medicinales ávidas de posesionarse de la última vena o poro de mi piel. La historia quedó convertida en correa de cuero que me sometía a una camilla metálica, inyecciones, pastillas, fuego, carnes quemadas, sin atreverme a contemplarme a mí misma, sombras de monstruos bailando mis desaparecidos ojos, ¿dónde te encuentras, hijo que nunca alumbré?, ¿por qué continuas huyendo, amor al que aun muerto persigo? Yazgo en Berlín y todavía me produce temblores el pronunciar tu nombre, Paul, tomaré tu recuerdo mientras el opio, el arsénico o las llamas no concluyan mi destrucción, no puedo perdonarte pero tampoco dejar de amarte, mírame al menos una vez más para que pueda llorar y el río de mis lágrimas me vuelva humana antes de morir, grito y acallan con ácidos mis gritos, si aún pudiera llevar un miembro suave y terso a mi boca a manera de hostia consagrada he escrito en mi delirio, no supimos huir, Paul, de la fatídica estulticia, otros hablan de la banalidad del mal para intentar explicar la condición humana. Y amor, pasión, orgasmo conjugan según la tradición siempre renovada su poder, miedo, represión. De la caricia a la represalia, de la entrega total a la precipitada huida. Muerto y bien muerto debiera encontrarse Cristo, dejemos en su éxodo a Moisés o a Mahoma, y destruidos por el amor curas, imanes y apóstoles o ayatolás. Porque, en el fondo de nuestros pensamientos y en las corrientes nunca agostadas que hacen fluir nuestro deseo, el amor es lo único que puede unirnos. Recuerda, Paul, lo que yo escribiera cuando contaba treinta años de edad, dos antes de nuestra separación, cuando te expresaba cómo los hombres siempre han tenido miedo a la libertad, no gustan contrariar las costumbres ni las leyes que desde los viejos tiempos les mantienen sus privilegios en las relaciones con las mujeres.

Mil veces debieras habértelo repetido a ti mismo y seguro que habríamos sido menos desdichados. El silencio que nos impusimos ya no era el de la libertad sino el de la esclavitud. Tras tu primer enmudecimiento de años regresaste a mí con mayor ansiedad, súplicas, pero no con convicción ni libertad. También la conciencia nos encadena. Y yo compartía tu sufrimiento por el abandono momentáneo de tu mujer y de tu hijo. Me encontraba siempre dispuesta -antes de la destrucción- a acompañarte al más lejano de los desiertos, al más silencioso y oculto de los bosques, si tú lo aceptabas. ¿Para qué sirvió la renuncia, nuestro sacrificio? Estallaste en violencia contra tu mujer, contra ti mismo, y yo, entre los hombres que no podían sustituirte -al final resultó patética mi relación con Max

Frisch-, caí en el naufragio que me llevaba, paralelamente a ti, al purgatorio de las clínicas, ya no podíamos ni refugiarnos en la palabra cuando nos encontrábamos a merced de los especialistas de la destrucción del ser humano, los aparentes apaciguadores de la violencia estallada en nuestras mentes y cuerpos, que apagan momentáneamente el fuego en ellas desatado, ignorando o no, eso no les atañe en su oficio, que no tardará en avivarse, cobrar más intensa fuerza y desatar nuevas acciones y cataclismos, así hasta el final, el tuyo consumado, el mío a punto de realizarse.

Está en marcha mi proceso de destrucción. Podré decirte que he tenido suerte si este año no acaba conmigo... Yo, compuesta de silencios, o bloqueando el silencio... No puedo ya ver ninguna salida por ninguna parte. Mejor hubiera sido no haber sobrevivido.

El amor fue tu, mi destrucción, Paul. Como la vida y la memoria y la civilización, ensayo para la barbarie que llevará, como escribiera Karl Kraus, «a los últimos días de la Humanidad». Tus amapolas y tu memoria son mis formas de muerte. Amor y muerte poseen triunfos opuestos. Ese es el resumen de nuestras vidas. Siento nostalgia de cuanto no hicimos para horadar nuestros propios muros, aquellos que terminan por convertir los cuerpos en pétreos tabiques de cemento imposible de traspasar: ¿dónde quedó la ternura?, ¿qué se hizo de mis caricias más marchitas que las flores con las que me cubrías?, nuestras vidas, ¿en que río fueron a parar?

Casi muda.

Casi oyendo

todavía

la llamada.

Ven. Una sola vez. Ven.

No viniste. El amor enterrado en el ritual de mi memoria. Visité las ruinas de lo innombrable, inexplicable, inexistente. Y allí quedamos los dos enterrados entre todos los nombres desaparecidos, encerrados en alguna de las cajoneras que todavía almacenan cabellos de mujer, juguetes de niños destrozados y descoloridos, dentaduras herrumbrosas, huesos mondados y endurecidos de seres humanos que ni la más hambrienta de las hienas intentaría roer, curiosidades todas turísticas de la industria del ocio, hacía tres años que tú desapareciste y fuera de Auschwitz fui arrastrada por la multitud que caminaba hacia otra ruta temática, era un día frío y gris de mayo de este año de 1973, dos meses después del fallecimiento de mi padre, llenabas mi memoria, me movía como una moribunda aunque articulando pasos entre los esqueletos vivientes de todas las edades que caminaban con

seguridad entre risas o palabras rituales sobre el espectáculo que habían contemplado, que ya se aprestaban a subir a los autobuses o a detenerse en los bares del pueblo para beber y llenarse pronto de olvido, salvo en las fotos que portaban y en las breves referencias que harían de su visita durante sus vacaciones. Me preguntaba por qué tú y yo apenas hablamos de Auschwitz si tú residías allí, si tu memoria, surcada de arrugas cuando se ponía en marcha, se encontraba llena de todos los campos que sembramos con los cuerpos de los seres humanos de todas las edades que convertimos en cenizas. Durante mi visita rastree tu sombra en todos y cada uno de los restos humanos adivinados en cualquiera de sus rincones, en cada piedra de sus fortificaciones, en el barro del suelo, en el cielo que nos cubría e impedía escapáramos de la tierra, poblados de lágrimas algunos rostros demasiado sensibles o melodramáticos. Recordé algunos testimonios escritos por los sobrevivientes. Y en medio de la angustia que me consumía, te escribí reflexionando sobre cómo las matanzas pertenecían a un pasado que no se podía recordar, porque los asesinos seguían conviviendo con nosotros, y todo cuanto había visto carecía de valor, una ruta más entre las temáticas que incluyen catedrales, casinos, discotecas, museos, parques infantiles o playas de moda. Palabras inconexas. Juicios en los que no creo. Farsa que reduce a película de buenos y malos el mal de nuestro mundo, libertades cada vez más perdidas y envueltas en mitos, banderas, concentraciones masivas. Al final sólo me restaba una pregunta, un error para el que no existe retroceso posible: ¿por qué dejamos escapar el amor cuando era lo único que podía salvarnos? «El amor es irresistible» gritábamos al unirnos. ¿Por qué no continuar gritándolo y convencer al mundo que con él podría pararse el avance hacia la nada? Yo también voy a morir, Paul. Me llevará el agua o el fuego, pero mis días se acaban. No puedo continuar sufriendo. Te lo diré con palabras que unen mi visita a Auschwitz con tu vuelo sobre el Sena:

Mi vida se ha acabado porque él se ha ahogado en el río.

Dijiste que tras el placer llegaría el dolor, que el pensamiento incendia el goce, que éramos demasiado parecidos el uno al otro para que pudiéramos compartir nuestros sufrimientos. Tu voz melodiosa acompañaba el viaje de los tuyos a los campos, a los hornos, a la memoria. Y el Sena te transportó en su corriente. Pero no llegaste a morir ni tampoco borraste en mí las huellas de tu presencia, sino del sufrimiento por el sufrimiento de todos los sufrientes que sufrieron nuestro tiempo de vida. Tus padres asesinados. Mi padre entre los asesinos. Las palabras se disfrazaron para no encontrar su fácil definición. Todos pueden ser todos. Unos y otros no son sino víctimas. Transcribimos nuestras dudas, nuestros silencios con las voces que no

se identifican porque pueden ser universales. Lo anoté en mi cuaderno, el que no sobrevivirá a mi muerte. Un día que fuiste condescendiente para que nos acercáramos aun de forma tangencial «a lo sucedido», «el acontecimiento», «lo innombrable». Y así conversamos.

—Qué difícil resulta hablar sobre el problema. Cada día que pasa lo es más. Pero más penoso resulta todavía, Paul, vivir con él dentro de nosotros.

—Por eso no es conveniente ni necesario hablar de él con frases vulgares. En él habitamos. Y basta.

—Mi padre con los asesinos. Mi asesino. Y yo quiero a mi asesino y sufro con la muerte de mi padre.

—Todos somos asesinos, Inge. Yo también maté a mis padres.

—Pero allí uno no moría, era asesinado. Y eso explica las razones por las que ellos pudieron entrar en nuestras vidas. Alguien tenía que hacerlo. Y nos acompañaron con su silencio.

—De manera que así nunca más debieras escribir sobre la guerra y la paz.

—Nunca más. Siempre hay guerra. La guerra es violencia. Es la guerra eterna. La vivimos en nuestra propia familia y en el medio que nos rodea. Y tú por tu pueblo, desde sus tradiciones y exilios a su herencia religiosa, y sus leyes que te afectan y hieren más todavía. Las mujeres por esa causa son doblemente víctimas, no se las quiere otorgar personalidad propia, libertad absoluta. Por eso no basta con crear nuestras propias palabras, también debemos hacerlo con las leyes y creencias.

—Primero se precisa destruir la lengua conquistadora que se nos ha impuesto, y, al hacerlo, descubrirás que tu problema es semejante al mío, en él no existe el sexo, el género masculino o femenino, sólo frases hechas para el dominio del poderoso. La corrupción del lenguaje afecta a todos los seres humanos y a todos los pueblos.

—Esa es la utopía, un nuevo lenguaje crearía un nuevo mundo, una civilización virgen, no corrompida.

—Lo que nos une a ti y a mí, Inge.

—¿Y el sexo no? ¿Entonces qué impide escaparnos a un lugar libres de ataduras, salvo la el amor y la búsqueda de palabras? ¿Qué nos retiene aquí?

—La utopía, dices. Ella también tiene un precio. Ni yo puedo expulsar de mí mi memoria, ni existe ninguna isla bienaventurada, como decía Hölderlin, en la que pudiéramos habitar ajenos a nuestras necesidades. Y comunicarnos únicamente entre nosotros dos nos conduciría a la locura.

—Quieres decir entonces que la libertad no existe, que nacemos ya

esclavos y condenados, y que así viviremos y moriremos, encadenados a las leyes con sus siniestros dogmas y falsos valores.

—Si encuentras una fórmula para escapar, házmela saber, también para olvidar el pasado, transformar mi sensibilidad, y, entonces, ¿quién sería yo?, ¿me reconocerías acaso? Solamente podemos sublevarnos contra nosotros mismos y contra la interpretación que ofrecemos de ese mundo que nos oprime, yo lo intento por la poesía, en la que busco expresar lo que no se puede decir, debemos unir nuestros esfuerzos en ese tema, la ética y los conceptos emanados de distintas palabras e imágenes conseguirían destruir la violencia.

—Lo que buscas en ti me lo niegas a mí. También yo habito en la literatura. Pero el amor es la otra fuerza, necesidad a la que deseo entregarme, te diré que sin él no concibo el hecho de escribir, que escribir es también vivir. Sin la fortaleza del sexo, que combina la ternura y la entrega, como ocurre con los alimentos y líquidos que hemos de tomar para dar vida al cuerpo, no podemos guardar el difícil equilibrio de crear y existir. Sé que tú eres capaz de sacrificar la existencia por la poesía, incluso a ti mismo como ser humano, ¿cómo no vas a hacerlo con el amor? El amor no es sólo sexo, Paul, y si en este ansiamos consumir el diálogo de nuestros cuerpos, en las relaciones intelectuales y humanas, en la confluencia de nuestros trabajos, hemos de alcanzar lo mismo, y ahí tú no te entregas. Yo te busco e intento comprenderte en todo, tú sólo compartes conmigo tu necesidad de mujer. ¿Conoces lo que dijo Karl Kraus, tan acertado en este como en otros juicios no sólo de su tiempo, sino anticipadores del futuro? «Todos los méritos de una lengua tienen las raíces en la moral.» Y en tu poesía eso se cumple, Paul, pero en tu vida o en tus relaciones conmigo, no.

Y ahora lo que sabía es que también había perdido el sexo. Nada quedaba de mí de cuanto floreció en el campo de amapolas que creamos para nuestro uso exclusivo una radiante primavera. Dijimos tras la batalla en él entablada, regadas las flores por nuestros jugos emanados del placer desprendido de nuestros cuerpos, que vivir y morir era ya la misma cosa, al menos habíamos hermanado vida y muerte en nuestra resurrección, por momentánea que ella fuera. Ahora sé, ya no puedo engañarme en esta agonía final, que no sólo te perdí a ti, también abandoné la poesía. Los modos de muerte no conforman sino el espejo de la realidad en que contemplo mi propia desaparición. Escribir, ya sin aliento de vida, sin nube que nos guíe y cobije, ¿para qué? Ni sentido ni placer alcanza que lo haga. El gitane quema mis dedos, el whisky mi estómago, las lágrimas mis ojos, tu nombre mi memoria. Si decidiste abandonar la vida, y ella era, siempre fue, aunque fingiéramos ignorarlo, parte fundamental de la mía, ¿cómo no voy a dejarme llevar por el sueño que consume al fin

mi cuerpo y extingue el dolor que me lleva a odiarlo? Que otros busquen las palabras que intentamos nosotros encontrar y terminaron por ahogarnos. Carezco ya de fuerza y voluntad para incorporarme de este lecho en el que sumerjo los restos de mi derrotada existencia. ¿El futuro? Demasiado vidriada se encuentra mi mirada para poder contemplar las estrellas. Venid, pues, vosotros, los que dicen representáis el futuro, buscad y escarbad en nuestra existencia si sois capaces de hacerlo. A lo mejor ya todos os acomodasteis a lo que ignoro si es representación del mundo. Como sombras chinas podéis ocupar sus cuatro esquinas, lanzar discursos, declarar guerras, destruir pensamientos. Acomodaos más a la estupidez que al crimen, a la corrupción y a sus corrompidos, al lenguaje que se extingue. Y de nosotros no juguéis a rebuscar interpretaciones, mensajes, trascendencias, nuestras vidas se apagaron y las palabras carecen de importancia, ¡ojalá pudieran perderse!, cerremos la voz de las mentiras, filosofía, literatura, arte, derechos humanos, que todo arde en el fuego que conduce al olvido. Lástima que desde la nada Paul y yo, navegantes de las aguas del río eterno y cada vez más contaminado, no podamos soltar una carcajada mientras nos abrazamos y hacemos el amor. Sería el gran triunfo de nuestra vida, la única manera de superar «el acontecimiento» que la ensombreció. Desnuda y sin memoria acudo a ti, muerte, pero también sin palabras. No puedo ser delicada en mi despedida.

Un puñado de dolor se pierde sobre la colina

El veinticinco de septiembre de 1973 un incendio atrajo a vecinos y bomberos al piso en que vivía Ingeborg Bachmann. Ella se encontraba inconsciente en la cama, rodeada por las llamas que habían alcanzado su cuerpo. En el suelo, colillas de cigarros gitanes. En la mesilla de noche, un frasco vacío de pastillas de nembutal y un vaso con restos de hielo y licor. Ingresada en una clínica en Roma, moriría a causa de las quemaduras que habían devorado parte de su cuerpo, el veintisiete de octubre. Contaba cuarenta y siete años de edad.

Al enterarse de su muerte, Thomas Bernhard escribiría: «En un hospital de Roma ha muerto la poetisa más inteligente e importante que nuestro país ha producido en este siglo. Hice viajes con ella, y en esos viajes compartí muchas de sus opiniones filosóficas sobre la marcha del mundo y el curso de la historia, del que se sintió horrorizada de por vida... La noticia de su muerte me recordó que fue mi primera huésped en mi casa, todavía totalmente vacía. Estuvo de

por vida huyendo y vio siempre en los hombres lo que realmente son: una masa obtusa, vulgar y despiadada, con la que realmente sólo es posible romper... Quienes creen en el suicidio de la poeta dicen una y otra vez que se quebró por sí misma, cuando en verdad se quebró sólo por su entorno y, en el fondo, por la vileza de su patria, que la persiguió de cerca en el extranjero como a tantos otros».

Bernhard confesó en sus escritos su admiración por los poemas de Bachmann, no sólo por ser la gran escritora de su tierra, Austria, sino porque traspasaba su origen para impregnarse de un carácter universal y, sobre todo, por la inteligencia que se transparentaba en ellos. Eran, decía, totalmente antisentimentales, propios de una persona insobornable. Para Bernhard, viajar en tren, pasear por un bosque o cenar en un restaurante italiano con ella suponía abrir el mundo de las palabras que merecen ser escuchadas, y concluía compenetrándolos profundamente mientras apuraban, una tras otra, deliciosas copas de vino. Esa Ingeborg María siempre en huida y con un espíritu que aunaba sensibilidad y fortaleza, le había confesado que deseaba morir en Roma. En Roma había muerto. Aunque él continuaba viéndola, leyéndola, paseando en su compañía, porque era de las escasas personas que merecen ser recordadas y amadas. Había sido feliz con ella y el tiempo se había llenado para los dos de sonrisas y palabras, algo inusual en la vida de ambos, tan mordidos por el dolor y las enfermedades.

Siempre en huida, desterrada, dice Bernhard, como él mismo, alejándose de las gentes de su tierra, de la sociedad que lleva siglos cometiendo crímenes, de la Iglesia, del Estado, de los fascistas, también se dirige con sus palabras a Alma y a Tristán, a su España de siglos, huyendo Ingeborg como Walter Benjamin, como Stefan Zweig, como Elias Canetti, como Einstein, como los suicidas, tengan o no nombre, que consiguieron expresar palabras de denuncia antes de elegir abandonar el mundo.

Y ahora era Ingeborg quien expresaba, para sí misma o para Bernhard, sus reflexiones humanas.

El desamor inició para Paul y para mí el camino del fin en 1958. Pero antes vivimos y hablamos en él. Antes del destierro, de los exilios que en ocasiones se inician y terminan por un nuevo paisaje, el que conduce a la locura. Y aquel amor que floreció en la primavera de 1948 y concluyó diez años más tarde, llenó nuestra poesía. Él fue la herida: de ella venimos, por ella nos comunicamos, sólo ahora, que se ha cerrado ahogando nuestras vidas, no se encuentra presente. Tuya es la rosa cuyo olor y perfume nos envuelve, mía la mirada emanada del ojo que tu sexo contempla. La rosa no deja de alumbrar en su fulgor la palabra con la que envuelves a quien un día te acariciara, y dices a los sacrificados: Mirad, yazgo con ella. Y yo dije amor con mis labios y tú

te abriste a mi mirada para de seguida buscarlos, y ya acariciabas mi pelo y mis senos, y el agua se tiñó del color del vino y las rosas se empaparon de la sangre que de tu boca y mis pechos brotaba. Ven, ven a mi encuentro desde las tierras lejanas, yo te decía, y tómame, mi cuerpo se abre a tu caricia, hoy la vida canta a la vida que pretendieron se extinguiera para nosotros. Iba hacia ti cantando, y el vino que ofrecí era rojo. Ahora bebemos nuestras sonrisas, yo te hablo y el mundo nos escucha. Sonaba tu voz como las cuerdas del violín bien acompasado y comenzamos a bogar por el río de la noche en el barco que al cielo nos conduce. Flameaban las nubes. Si mi tierna madre pudiera regresar ahora y contemplar mi sonrisa, decías. Ya bebías a través del amargo vello de mi pubis y buscabas la abierta y negra herida de sus labios. La luna hendía con su reja de luz nuestras desnudas espaldas. Jamás abandonaremos, aunque el verano y el otoño se sucedan y lleguen las nieves del invierno, este lecho en que nos amamos, siempre continuaremos amándonos como amapola y memoria.

Qué lejano el tiempo del amor, el que tú llamaste, Paul, del corazón. Cuánto duró el del desamor.

La memoria coloca el nembutal en su mano. La colilla del cigarro aún fosforescente abre ojos en la sábana que la cubre. El alcohol inicia la quemadura de sus entrañas. Un mes de agonía. El tiempo ha dejado de ser postergado. Y el río oscuro pasaba por su lado, lentamente, día tras día, semana tras semana, envolviéndola, devorándola. Se terminaron los lamentos, las palabras, el tratamiento en las cárceles psiquiátricas. Sus corazones, como sus manos desatadas de las correas que en los momentos graves de crisis las uncían a las camas que los reducían al silencio, no les pertenecían. Se cerraron sus ojos para poblarse en la penumbra de imágenes que nadie podría recobrar. Ingeborg, Paul, la vida en Roma o en París continúa su curso cotidiano, ajena a semejantes pequeñas tragedias. En Austria, Roma no contestaría más. La Bucovina había dejado de existir. Sobre los cielos de la capital de Italia donde con Ingeborg paseara tantos atardeceres o despertara la voz radiante del sol, Bernhard, en sus manos el primer libro de poemas publicado por Bachmann, leía:

*Un puñado de dolor se pierde sobre la colina,
sólo la esperanza aquejada de ceguera
está acurrucada bajo la luz.*

Y piensa, era lógico, María, que amaras por encima de cualquier otro tu poema «Bohemia junto al mar», que me hablaras de él tantas veces. En la extinción presentida del mundo, con la botella de vino que apurábamos trago a trago mientras corríamos tomados de la mano y sonriendo, se proyectaban las palabras que al unísono

pronunciábamos: «No alcanzaremos nunca el país de tu esperanza y, a pesar de ello, tenemos esperanza porque, en el momento que nos falte, dejaremos de vivir. Somos fracasados, desposeídos, por eso nos juntamos, gozamos el uno con el otro porque apuramos la vida frente a la destrucción».

Es Tristán quién refleja estas palabras de Bernhard tal vez todavía no escritas pero sí pronunciadas, que mientras caminan recuerda los momentos, a veces meses, que Ingeborg permanece enclaustrada en los hospitales y apenas recibía noticias de ella. «Porque, pese a las palabras y frases aniquiladoras de los médicos, queremos vivir, aunque hablemos mal de la vida, la despreciamos pero nos aferramos, sin embargo, a ella y queremos en realidad tenerla eternamente.»

Ingeborg continúa agonizando. Quince años atrás, tras sus últimas y más pasionales jornadas de amor vividas con Celan, ya había dejado versos que a manera de epitafios despedían su historia. Ahora, desde el presente que recoge las últimas lágrimas de Celan, Alma arrojó un puñado de amapolas que, mecidas por las aguas del Sena, se encaminaron a los altos de Courbevoie, donde el uno de mayo de 1970, en un filtro de las aguas del río, se encontró el cadáver de Paul Celan. Después lee el fragmento del poema de Ingeborg Bachmann:

Ponte Mirabeau... Waterloobridge

¿Cómo soportar los nombres

soportar a los sin nombre?...

Solos están todos los puentes...

Pues él alcanza las tijeras del sol

en la niebla y, al deslumbrarlo,

lo abraza la niebla en su caída.

Las últimas palabras que en el lecho, antes de perder definitivamente el conocimiento, asaltaron la memoria de Bachmann fueron las tantas veces pronunciadas, aquellas que lamentaban la pérdida de Paul, porque, al perderle a él, también perdía al mundo, aquella pérdida que comenzó en París, cuando al alejarse de su lado, bajo la lluvia y la neblina, comprendió que dejaba atrás los besos y las caricias, y, al tiempo, enmudecían los libros, las grandes y pequeñas tareas cotidianas, los viajes soñados, los que ya nunca realizaría, se alejaba el mar de Bohemia, las palabras no brotaban en espera de respuesta, la voluntad y la esperanza quedaban para rastrear y ofrecer testimonio de todas las pérdidas.

La muerte llegó, y así lo había pensado, una tarde de otoño de 1967 junto al fuego extinguido de la chimenea, para encontrarla desnuda y sin memoria.

Ya no regresaré a Berlín, la ciudad donde no puedo dormir.

Prefiero dejar la vida en Roma. Sola. No me conducirán más veces, aturrida, a la celda hospitalaria para que sobre mi cabeza sobrevuelen los aviones, crepiten las ametralladoras, estallen en vómito a su paso las barrigas de los viandantes, me vigilen los bichos negros desde sus garitas. En Roma, olvidada, prefiero morir en Roma, bebiéndome lo que me queda del mundo, aislada del mundo, que con su moral y leyes, con su patética y miserable, sangrienta historia que nos lega el olor a carne quemada, animal y humana, que por doquier se expande, como decía Thomas, me ha condenado.

Quisiera gritarles a todos que se vayan de una vez de mi lado, que se pierdan, sólo sirven para hacerme jadear unos minutos que preceden a las lágrimas, el cigarro y el aguardiente, sin que el sueño llegue pese al infinito cansancio, basta una duda para borrar los momentos vividos con quien no puedo amar, enterrado de inmediato en el olvido, a los académicos, a los filósofos, a los escritores, a todos los claustros de los profesionales del Universo les digo al unísono, y Thomas asiente: «Todo se rompe y se desgarrar y se despedaza, ese es el progreso». Guarda silencio cuando le hablo del desamor enfermizo, de este caminar hacia el fin acentuado por los infiernos berlineses, pienso en las zahúrdas donde yazgo, en las que al tiempo se celebran galas sinfónicas, en sus directores de orquesta exnazis, en las mil personas ataviadas para las fiestas del arte y la cultura, *ellas atadas a las cadenas de perlas, ellos con rostros refrescados sobre trajes ceremoniosos, ocupando todos los asientos de una sala surcada de cabezas uniformes, y en todas las filas se pueden ver crecer las orejas del auditorio ante la curiosidad comprobando cómo el director utiliza la batuta como un bisturí, metódico y preciso, con una cólera y un delirio homicida* mientras rastrean mi cuerpo buscando lugares no abiertos todavía a la herida, ya puedo asomarme a la ventana y contemplar a los bebedores de cerveza *de carne aburrída y ojos embrutecidos en caras borrosas*, entonces hurgo en mi bolso y busco billetes arrugados que sirven para engalanarme, comprarme otro vestido y así poder aceptar la invitación de Thomas para asistir al *Don Giovanni*, tal vez no despertemos mañana, María, me dice, por eso esta noche vale la pena la experiencia, siempre Roma -sigue hablando ya para sí- irá unida a tu presencia, no concibo la estancia en esta ciudad sin poder verte, eres la mujer más imaginativa que nunca haya conocido, la gran artista de la vida, mi poeta, sólo por tu poema «Bohemia» se justifica hoy la lengua alemana, entonces intervengo, ha hablado de Bohemia, esa Bohemia shakesperiana constituye el único mar de la esperanza que existe, el espacio sin límites, el laberinto perfecto que ninguna salida abre, el camino del sueño y de la tumba del sol, por eso es el poema que prefiero entre los míos, porque como el mar nunca llegamos a abrazarlo del todo, por mucho que lo intentemos acaba

desbordándonos, continuamente estás buscando el amor, María, es la esperanza que ahora comprendes has perdido, Thomas, tú no has creído nunca en la utopía, expresas de manera clara y rotunda la impudicia que por doquier se extiende, lo sencillas que resultan las atrocidades, la miseria de los seres humanos, el trastorno en que cada uno de ellos se sume, pero sin utopía yo no hubiese podido vivir, creo que nosotros, quienes tenemos imaginación y pensamos más allá de la rutina, albergamos siempre la ilusión por regresar a ese mar: vivir y amar para huir de la destrucción de la Tierra y sus habitantes, ¿acaso tu abuelo no pensaba así, no significa él la utopía para ti, serías tú el que eres de no haber existido tu abuelo?, él fue perseguido y encarcelado durante veinte años porque su único Dios era Kropotkin, decías. En ese utópico país deberíamos encontrarnos nosotros. Me resulta difícil aceptar tus palabras por generosas que sean, María. Estás de acuerdo en que todo se extingue y, a pesar de ello, continuas soñando, sufres las agonías de los dolores y, en cuanto despejas la oscuridad de tu mente y puedes poner en movimiento tus pies y tu corazón, atisbas la creencia de que aún podemos acogernos a Bohemia, junto al mar. El vagabundo camina a ciegas porque no tiene ninguna ruta o refugio al que acogerse, Thomas, pero camina a pesar de todo, no lo ignoras, como tampoco que ahora camino con el amor cegado en mis ojos y mis labios, aunque su recuerdo me ayude a respirar. Cuando lo perdí mi memoria no fue destruida, y, sobre todo, las palabras sobreviven. No puedo ya creer en las palabras, Ingeborg, todo ha sido destruido. ¿Y las gentes? Ah, la culta Salzburgo, todos parecen educados cuando te sientas junto a ellos, en un buen restaurante. Al poco les escuchas hablar. ¿De qué conversan? De exterminios y cámaras de gas. Cuanto intentemos narrar en nuestros libros no es sino un pálido reflejo de la horrible realidad en que vivimos. Y yo te contesto diciendo que, aunque vivamos en soledad, nos gusta disfrutar de la buena vida cuando podemos, y que, igual que se puede conceder al cuerpo todo el placer que es capaz de recibir si la enfermedad que tanto nos acosa lo permite, podemos otorgar a las palabras el contenido que les ha sido robado, tú no has hecho otra cosa en tu vida, Bernhard. Huyendo de reconocimientos, honores, todo lo antinatural que configura la falsedad del ser humano. Nosotros no somos humanos, María, pertenecemos a otra especie y vivimos en otra época. Sólo nos resta un segundo de vida, y es el que apuramos ahora mismo.

Se habían sentado junto a una fuente. Nadie reparaba en ellos. No eran reconocidos. Una pareja tal vez de enamorados, podía pensarse. Llevaban una botella de vino en la mano y de vez en vez se la acercaban a los labios para darle un buen trago. Él era un hombre guapo, ahora que respiraba mejor y no se notaba en su rostro el

tratamiento al que había sido sometido con cortisona. Ella se enfundaba en un vestido demasiado llamativo, rojo cardenalicio. Se pusieron en pie. Compraron dos helados que pronto lamían con fruición mientras caminaban. Esta es la vida, y no la de otros. ¿Y quiénes son los otros? Qué se yo, políticos, escritores, sacerdotes, abogados, empleados de banca, cualquiera. Pero si renunciamos a los libros, las conferencias, ¿cómo podremos tomar vino, helados, cenar y yo comprarme zapatos, bolsos y vestidos? Nos dedicaríamos solamente a reír y no hablar de la bulla de los borregos.

Bernhard se reía casi hasta el ahogo mientras contemplaba a Ingeborg probándose trajes de Balenciaga. ¿Cuál llamaría más la atención, preguntó ella? Tendré que buscarme un nuevo trabajo para pagarlo, ¿ves? No quiero tener dinero, pero a veces lo necesito para estas cosas. Me mandan medicinas dicen que para curarme, y yo lo que necesito es esto y vino para emborracharme. Así me siento libre, lo uso y después se desvanece con mi sombra.

Ahora que ha muerto, pensé en mi padre, borracho y fumando aquel dos de diciembre de 1940, cuando se quedó dormido y murió en parecidas circunstancias a las de Ingeborg, sin que se aclarara si fue un accidente o un suicidio; mientras la evoco, recuerdo nuestras conversaciones, cómo una vez se encontraba cabreada porque le habían acusado de falta de compromiso político en sus poemas o relatos, de escribir ignorando los problemas del mundo. Parece que no me han leído quienes me acusan, dijo, o no comprenden nada. Escucha lo que les contesté:

Despiertos están quienes son capaces de imaginar lo que pasa por sí solos, sin vosotros. ¿Acaso crees que has de traerme fotos de cadáveres y pueblos destrozados para que imagine cómo es la guerra, o que tengo que ver a esos niños de la India para saber que es el hambre? ¡Qué prepotencia tan estúpida!

Y escribí: «La ventaja que tiene María sobre mí es que nunca se ha dejado engañar por los signos exteriores, por el arte que tienen depurado de la persuasión. El pequeño burgués y el proletario son productos dignos de lástima, pero insoportables del maquinismo. Las máquinas y las oficinas han destruido a una gran parte, a la mayor parte de los hombres».

Ella lo sabe y prefiere no escucharles. No les da lo que quieren. A través de personajes interpuestos que caminan hacia su desgracia, nunca dejó de hablar del amor, de la transformación del lenguaje y de los asesinos. Y, sobre todo, de los tiempos futuros, sombríos, que por estar muertos ni ella, ni Celan, ni Bernhard vivirían ni podrían testimoniar sobre ellos. Se preguntaba entonces, en el inicio de la farsa, cómo podemos hablar todavía de literatura. Entonces Ingeborg

escuchaba a Bernhard, pensativa, la mirada caída: «El nivel intelectual de la población mundial descende continuamente, al final de este milenio a esa Humanidad no le será posible pensar... existir en un mundo así, dominado nada más que por la estupidez, difícilmente será ya posible». El dolor comenzaba a atenazar sus articulaciones. Del estómago al cerebro crecía la marea envolvente, anonadadora. Pensó Ingeborg en Ungaretti acompañándola un día semejante en el aeropuerto. Quiso recordar qué le había regalado además de su compañía y maravillosa conversación. Tal vez una pluma, su pluma. Thomas la miró profundamente. Dejó de hablar. La tomó por la cintura. Apoyó en su hombro la cabeza de Ingeborg, que había cerrado los ojos. Vamos, mi pequeña, vamos, te acompañaré a casa. Cuando se repuso algo, tras tomarse uno de sus calmantes en un pequeño bar, íntimo y semioscuro, ella le acarició su oscura y corta melena y besó sus claros ojos. Se tomaron de la mano. Le preguntó: ¿No sería bueno que, justo antes de que ese proceso del embrutecimiento del mundo se produzca, nos suicidáramos? Thomas sonrió vagamente. Al fin respondió: Para qué suicidarse si ya nos están suicidando, llevan siglos asesinándonos, Ingeborg, la Iglesia, el Estado, da igual quien gobierne, la gente, ya nadie posee escrúpulos, conciencia, pronto carecerán también de mirada, esta mirada con la que tú y yo a veces nos contemplamos.

Cuando abandonaba la clínica, cuando Bernhard la recogía para llevarla a cenar, contemplaba cómo revivía tras la crisis, exultante, no parecía cargar sobre sus hombros todas las derrotas que año tras año sobre ellos se depositaban. Hablaba excitadamente, admiraba su todavía no extinguido estímulo, sus búsquedas poéticas, sus reflexiones acertadas, cómo criatura semejante podía pensar en dejar de existir.

Y continúa ahora imaginándola a punto de que el fuego la consume y su espíritu, desprendido del calcinado cuerpo, busque las aguas en que su amor se ha perdido tres años antes para convertirse en memoria. Y pasados muchos años continuará viéndola, tumbada en la cama, fumando, la bebida persiguiendo sus otrora sedientos, ahora apagados labios, incorporándose para acompañarle a la noche que se vive en la calle, ruidosa y lumínica, ya se ha arreglado, aún sensual, con sus pantalones de terciopelo negro atados bajo las rodillas con grandes lazos de seda. Estaba pensando, Thomas, que para un escritor debe ser horrible considerar que no cuenta ya para la literatura, o que puede llegar un día en que no cuente, es como si fuera desde ese día un condenado a muerte. No importa nada de eso, Ingeborg, ni la literatura ni la muerte, nada es, todo se ha roto, desgarrado, el progreso también entierra la literatura como está enterrando la vida. Pero yo, cuando no escribo, no soy nada, creo no ser yo misma, y

ahora no escribo. Ya lo harás. Sabes que no es una obligación. ¿No rechazamos a los escritores? Por eso escribimos. Porque no somos escritores. Escribimos para nosotros, y para vivir. Es muy sencillo. Sin otro compromiso que el de las palabras. Olvídate, no vayas a ponerte a escribir ahora y no podamos salir, vamos a bailar en la acera desierta de la desierta calle antes de que nos embriaguemos con un delicioso vino y, aparte de soltar carcajadas, seamos incapaces de dar un par de pasos seguidos. Creo que el problema, Thomas, es que me encuentro demasiado tiempo enferma, y en la enfermedad la poesía deja de existir. Tú también has vivido lo horrible de la enfermedad, sólo la muerte puede entonces curarnos. Ahora desafiarás a la muerte con la chaqueta que te compraste y vas a estrenar, más bella que la usada por un príncipe de la Iglesia, con ese cuello de color turquesa, así te recordaré siempre, María, no hables de muerte porque tú no te morirás nunca, también yo me extinguiré un día antes de que lo haga cuanto nos rodea, somos conscientes, piensa que, aunque ya no existan los lectores, tú y yo somos literatura, tú la mayor poeta que este siglo dio en lengua alemana, yo quien te entrega los manuscritos que escribe para que los leas y me los comentarios, que después deberán ser quemados. Me acuerdo cuando fuimos a comprar esta ropa que ahora te has puesto, cómo te reías al salir a la calle, y allí quienes te contemplaban te observaban con miedo y admiración, con asombro y rechazo, éramos estampa de la felicidad rodeados de insatisfechos. Me dijiste que habías escrito unos poemas que no pensabas publicar, blasfemos y obscenos, que me los dedicabas a mí, y con tu voz tan profunda como suave y acariciante, tan musical como la que en tu edad más juvenil despertaba la pasión de cuantos la escuchaban, adormeciste la noche, cuanto nos rodeaba, aislados del mundo solamente vivían tus palabras, no existía en esos momentos el nembutal, me susurrabas, María, y yo me adormecía en un sueño en el que la Tierra había desaparecido con tus palabras

En las plazas principales de la ciudad navideña grité, jaleé, de manera que la policía enrojeció y las carpas perdieron su mirada fija. Noche de paz, noche de amor, la falta de amor anda por el mundo, se te acrece una palabra que te asfixia. En una noche de amor después de una noche larga he vuelto a aprender a hablar y lloré porque salió una palabra de mí. Apareció mi vengador y se denominó vida. Yo incluso dije: déjame morir, refiriéndome, sin miedo, a mi muerte más querida.

Podía alguna vez, alguna noche de esos días romanos, cuando Bernhard no se encontraba junto a ella y se sentía demasiado cansada, sin nada que decir porque nada quedaba por decir, creyéndose vieja y queriendo ser joven porque las catástrofes la confirmaban ahora que

nunca lo había sido, cuando el teléfono había enmudecido y los cigarrillos quemaron todos sus dedos, deseando continuar burlándose de los hombres que a ella se habían enlazado, de la infamia burguesa y del aburrimiento a la par, sabiendo que carecía de importancia llevarse consigo a alguien encontrado en la calle para que su mano pudiera registrar huella del sexo que la había aprisionado y su piel calmara su deseo sin miedo a que pensarán que la estaban humillando, podía entonces dejarse conducir por un hombre joven que deseara poseerla por unos minutos, podía permitirse quizás que penetrara su cuerpo hasta la amanecida, así dejaba de pensar, apaciguaba sus temblores por unas horas, drogaba su memoria, sólo sería un cuerpo unido a otro cuerpo cabalgando hacia la fatiga y el sueño, todo se confundía en ella al despertar, el alcohol, las escasas palabras pronunciadas, el sexo de alguien cuyo nombre ignoraba o no quería recordar, el orgasmo si había existido, la desesperación, la soledad, el miedo a la muerte, el pasado, vagaba su mirada semienloquecida por el lugar que al fin reconocían sus ojos, no yació, el que fuera, con una puta sino con una mujer extraña y desprovista de palabras y de historia que intentó recuperar su sensualidad animal, que sustituía las jeringas e inyecciones que también pretendían calmarla por unas manos varoniles y un miembro enhiesto penetrándola, llegaba ahora el tiempo del tabaco y del alcohol hasta que volviera a embutirla la somnolencia y despertara en la tarde con sed y hambre, sin fuerzas, e intentara recobrar los movimientos, poner en marcha sus pensamientos, salir de nuevo a la calle, continuaba mudo el teléfono, ignoraba la fecha en que vivía, se encontraba ya más cerca de la solución final, ¿ves, Paul?, también para nosotros existe solución final.

Tejido de polvo, el retumbar vacío de las sílabas

Me resulta difícil encontrar una palabra para reflejar mi estado de ánimo ahora que pongo al diálogo mantenido con ellos y contigo, Tristán, su final. Quizás sea la más sencilla y gastada la que lo refleje: tristeza. Tristeza provoca no hablar más del tiempo extinguido, el de ellos, el nuestro también. Porque tú y yo también nos encontramos encadenados al proceso que marca esta historia. Y así siento el dolor que impregnaba estas últimas páginas acunando nuestro dolor. No hemos narrado nuestras vidas, Tristán, y tampoco convertimos las suyas en piezas de laboratorio para que funcionarios de la literatura

introduzcan sus escalpelos académicos en ellas. Siempre nos interesaron no sólo como creadores sino como seres humanos. El presente que dejó escrito Bachmann hace muchos años es nuestro presente.

Donde la tierra de Alemania ennegrece el cielo, busca la nube palabras y llena el cráter de silencio.

Presente que también se comenzó a escribir el año de 1938 cuando a orillas del río Guadalupe sucedió «lo inexplicable», recorriendo con su mensajería asesina nuestra tierra. Nuestras vidas, las de los españoles, paralelas a lo que ella narra:

Lo inconcebible se ha hecho cotidiano.

Son las dos secuencias, es lo que no pueden narrar las palabras para definir el horror sucedido, arrastrado de por vida. Era una niña de doce años. Los juegos, el trino de los pájaros, tareas escolares a las que se aplica mientras canturrea, primeras lecturas de poemas, sueños mientras sus dedos acarician las teclas del piano, paseos por el bosque, espejos que muestran cómo se va desarrollando su cuerpo, palabras demandando a su madre le desvele tantos misterios que desconoce, todo interrumpido por los bramidos, gritos, botas machacando la tierra que ella pisa, y los rostros, todos los días debiéramos verlos: Hitler, Goering, Goebbels allí, Franco, Millán Astray, el cardenal Gomá aquí. No hubo discursos morales, reflexiones éticas, sólo miedo, violencia, como si la niña se viera de pronto rodeada de monstruos que iban a despedazarla de un momento a otro, seres que parecían existir solamente en los cuentos de terror. Yo apenas escuchaba el ruido de los aviones, veía caer las bombas. Mis ojos contemplaban únicamente los ojos vidriados de mi madre, la sangre que iba devorando sus ropas. Las palabras, nazismo, fascismo, debajo de los lechos donde ellos, nosotros, descubríamos el amor. Un siglo de rostros, voces que envenenan nuestras vidas, también gran parte de la literatura contra la que se rebelan, allí, aquí, algunos poetas, narradores, siempre los más perseguidos, silenciados. Que el resto, no es sino

Tejido de polvo, el retumbar vacío de las sílabas.

Sigo pensando que en el río de las lamentaciones, de las víctimas, Ingeborg fue la más perjudicada, la que menos gana, ¿recuerdas el poema de Celan?, ¿quién gana?, ¿quién pierde? La taciturna. La que escribe:

No ser amado. El dolor podría ser aún mayor... Avejentada en cien años en un solo día. El confiado animal fue llevado bajo

Lloré mucho leyendo sus poemas. Tampoco yo supe de un mundo mejor. Mis días se están acabando. ¿Y los tuyos? Tantas revoluciones perdidas, corrompidas, que devoraron tu tiempo y te alejaron de mí. Para que ahora solamente te envuelva la amargura, el desengaño, también la tentación de poner fin a tus días. ¿De qué hablamos? ¿Cuáles son nuestros Auschwitz? Triste, miserable España. Mas quedamos en que no hablaríamos de nosotros. Escucha, te lo escribo sin cesuras, son sus palabras las que a veces se pasean por nuestros pensamientos. Entonces le debo a alguien pensar que cuatro pisos no son para lanzarse desde ellos y estrellarse contra el suelo, ni un coche para incendiarse al buscar el encontronazo contra un árbol o un muro, que tampoco la noche sea una calle sin salida en la que desaparecer tras una evasión silenciosa. A alguien, Tristán, que ama como ella amó, no le dejaron otra salida que la muerte, lanzaron a sus brazos el fuego y, tras latigazos de sufrimiento, la liberaron al fin de sus pesadillas. Emerge para la vida y la literatura correctas, el mito y el orden quedan así restablecidos, e igual ocurre con Celan. El suicidio de Bachmann, continuidad del de Paul, no es un acto voluntario, es un prolongado asesinato que de alguna manera nos implica a todos, también a sus lectores. Es el reproche que nunca hizo, el castigo que nunca infligió y que se transforma por ello en eterna condena y en herida abierta. Nos hicieron cómplices de sus muertes. Lentamente lo fue su tiempo, nuestro tiempo de asesinos. Sí: los dirigentes políticos, los dirigentes eclesiásticos, los dirigentes filosóficos, nunca se creerán culpables. Su tejido humano y literario es el del polvo.

Sin libertad, sin seres humanos, en la continuidad de los campos de concentración, las guerras y la destrucción del pensamiento, y sobre todo en la carencia de amor -las máquinas perfectas ya no lo necesitarán el día de su reino-, lo expresó antes del fuego:

*Despellejada, y yo cocida, frita y quemada, torturada,
asesinada.*

Todavía brota una lágrima de sus ojos, lágrima que nadie contempla. Y una pregunta de su débil garganta, que tampoco se escucha ni encuentra respuesta. ¿Cuando sus manos dejaron de trenzar, temblorosas y ajadas, sus cabellos, qué día apagó sus ojos impotentes para contemplar la belleza de las rosas, en qué momento el amor perdido, el que tantos instantes de placer le produjo le hizo brotar junto a él, el único, torrentes de hermosas palabras, fue cambiado por continuas heridas y llagas en su cuerpo, convulsiones y pérdidas de conciencia en su mente poblada de bichos negros que la oprimían mientras fingían estar muertos en las grietas de los muros?

Fue al fin el mundo que detestaba y la pérdida de amor los que la abrasaron en su profunda soledad.

El libro de Bachmann: *No sé de un mundo mejor*. Tampoco nosotros, Tristán. Imposible pensar cuánto sufrimiento arrastraba para violentar el lenguaje de la manera que lo hizo. Habitar en la locura añade el riesgo de ser sometida a otra religión, otra cárcel pavorosa, comprobar cómo la existencia es simplemente humo que sólo alumbra dolores y pérdidas innombrables. Cuando no le resta ya sino esperar la muerte, que tarda en llegar para calmarla, vuelve a encadenar los mejores recuerdos que de Paul guarda, y es cuando escribe las palabras más dulces y amargas que puedan recordarse, que tantas veces los dos hemos subrayado:

Yo no sabía nada mejor que amarte.

¿Y ahora? Escucha las palabras que nunca se publicaron en vida, que no logró hacer desaparecer:

Estoy tumbada, sacudida por descargas eléctricas, temblando encima de toda la lona, toda piel, según ninguna consideración en mi tienda soledad.

«Yo no sabía nada mejor que amarte» había escrito tiempo atrás. ¿Qué puede escribir ahora sino lo que en sus delirios escribe? Su vida se ha convertido en un experimento más para quienes tratan a las personas como si fueran cobayas. Sólo en la irreal realidad de los sueños se reflejaba su destrucción. La literatura no dejaba de ser sino otro sueño que se construía cuando estaba despierta, y ahora, cuando sólo en periodos de libertad puede escribir, era algo más que literatura: era su vida. «Beberé la infusión para dormirme.» Morfina, tú sustituyes las palabras y apaciguas mis delirios. Regreso al vacío.

Y tú me preguntabas, Tristán, cómo podía relatar este final de la historia. Esta historia íntima cuyo grito postrero comenzó entre ulular de sirenas de ambulancias y coches de bomberos, gentes tan expectantes como chismosas apostadas ante el portal de una vivienda romana, desenfrenadas carreras por escaleras pobladas de aullidos, llamas que escapan a través de las ventanas de una habitación en la que yace una extraña mujer, una camilla que ya se arrastra bajo la lluvia en la que se extiende un cuerpo devorado por quemaduras, batas blancas que sedan, duermen a la churruscada piel, sin versos que puedan escaparse de una boca contraída, mortecina, negruzca, sin músicas dulces que la acompañen, en una vertiginosa carrera acompasada por bramidos de sirenas, perros, aviones, coches, chimeneas, campanas de iglesias, tardará en morir en la clínica, días y semanas para sentirse acompañada por los muertos a tiros, en las cámaras de gas, víctimas de los bombardeos, va en la ambulancia que

atraviesa parajes por ella conocidos, descritos, que no llegarán a constituir nunca un mundo mejor, va a terminar la pesadilla que se inició en su infancia, en la mía también, va, y tampoco yo conozco una palabra mejor, a concluir el tiempo del desamor, basta ya de nombrar a los asesinos, los asesinos somos todos, y nuestras palabras constituyen ese tejido de polvo, sí, retumbar vacío de las sílabas, cuando se va a morir, morir, morir.

* * *